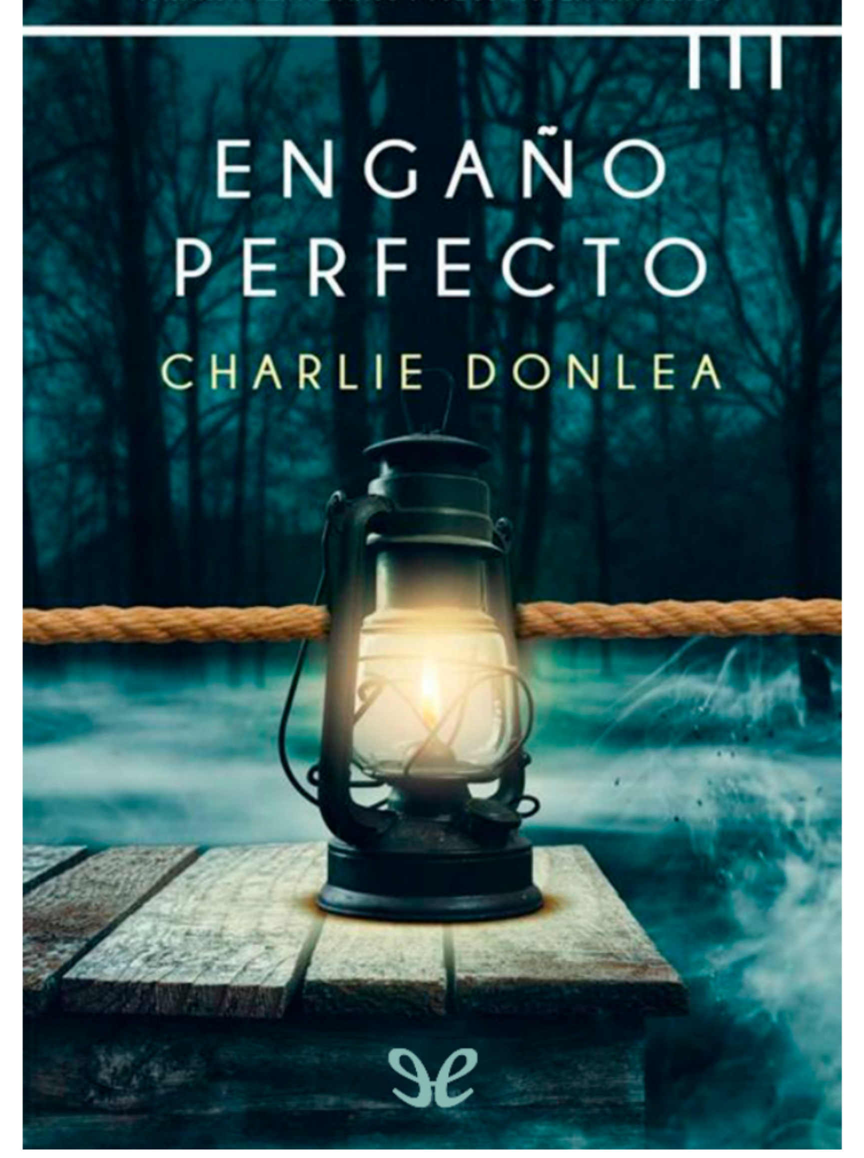

PASARON VEINTE AÑOS Y TODOS SIGUEN MINTIENDO
ENGAÑO
PERFECTO
CHARLIE DONLEA

Avery Mason es la presentadora de *Eventos Nacionales* y acaba de recibir una noticia que será historia: por primera vez en veinte años y, gracias a una nueva tecnología, han identificado los huesos de una víctima del atentado a las Torres Gemelas del 11 de septiembre. La víctima es Victoria Ford, quien había sido acusada del espantoso asesinato de su amante casado, al que encontraron colgado del balcón de su mansión. Toda la escena del crimen estaba cubierta con el ADN de Victoria. En una última y desesperada llamada a su hermana, le ruega que demuestre su inocencia.

Para Avery, investigar este caso y presentarlo en su programa es la excusa perfecta para volver a Nueva York. Necesita llevar adelante otra misión: deberá volver a su pasado, a su verdadera identidad y hacer pagar a quien arruinó su vida. Pero no sabe que hay personas que la están siguiendo, que están obligadas a desentrañar esa misma verdad, cueste lo que cueste.

Las historias se entrelazan en esta astuta trama: los secretos que todos han mantenido ocultos durante los últimos veinte años están a punto de ser descubiertos, pero los engaños han sido perfectos.

Charlie Donlea

Engaño perfecto

ePub r1.0

Titivillus 07.05.2024

Título original: *Twenty Years Later*
Charlie Donlea, 2021
Traducción: Constanza Fantin Bellocq

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



De la invención nace el progreso.
De la reinvención nace la libertad.

Anónimo

Montañas de Catskill

15 de julio de 2001

Dos meses antes del 11S

La muerte estaba en el aire.

Pudo olerla en cuanto pasó por debajo de la cinta policial y entró en el jardín delantero de la palaciega finca. Las montañas de Catskill se elevaban por encima del perfil del tejado en la luz matutina que alargaba las sombras de los árboles. La brisa bajaba desde las estribaciones de las montañas, trayendo un olor a putrefacción que le provocó un movimiento involuntario del labio superior cuando el hedor le llegó a la nariz. El olor a muerte lo entusiasmaba. Quería creer que era porque se trataba de su primer caso como flamante detective de homicidios y no por alguna perversa obsesión.

Un agente de policía lo guio por el jardín hasta la parte posterior de la finca. Allí se encontró con la fuente del hedor. La víctima colgaba, desnuda, del balcón del primer piso; con los pies suspendidos a la altura de los ojos y la cuerda blanca alrededor del cuello que hacía que su cabeza pareciera una piruleta a la que se le había roto el palo. La cuerda colgaba por encima de la reja, tensa por el peso del cuerpo, y desaparecía por los ventanales que daban a lo que supuso que sería el dormitorio.

El detective concluyó que la víctima seguramente habría estado girando durante gran parte de la noche y, desafortunadamente, había quedado mirando hacia la casa. Desafortunadamente porque lo primero que el detective vio mientras caminaba por el césped del jardín fue el trasero desnudo del hombre. Cuando se acercó al cadáver, vio los moratones en el glúteo y el muslo derechos. Las

marcas violáceas contrastaban con la lividez del muerto.

El detective sacó un par de guantes de látex del bolsillo de la chaqueta y se los puso. El cadáver estaba tan hinchado que parecía a punto de reventar. Las extremidades parecían rellenas con masa. La víctima tenía las manos atadas detrás de la espalda con una cuerda, lo que impedía que los brazos rígidos e hinchados colgaran a los lados del torso. Si cortaban esa cuerda, imaginó el detective, el sujeto se desplegaría como un espantapájaros.

Le hizo una señal al fotógrafo forense, que esperaba en la periferia del jardín.

—Adelante.

—Sí, señor —respondió el fotógrafo.

La unidad de criminalística ya había recorrido la finca tomando fotografías y grabando vídeo para registrar la escena tal como la habían encontrado. Ahora lo harían por segunda vez después de que el detective hubiera hecho su recorrida inicial. El fotógrafo levantó la cámara y miró por el visor.

—Entonces, ¿cuál es la primera conclusión? —preguntó el fotógrafo, disparando el obturador repetidas veces para tomar una serie de fotografías—. ¿Alguien ató al tipo y lo tiró por el balcón?

El detective levantó la mirada hacia el primer piso.

—Es posible. O tal vez él mismo se ató la cuerda al cuello y saltó.

El fotógrafo se detuvo y apartó lentamente la cara de la cámara.

—Sucede más a menudo de lo que creerías —dijo el detective—. De ese modo, si se arrepienten, no pueden salvarse a sí mismos. —El detective señaló la cara del muerto—. Tómale unas fotos a la mordaza que tiene en la boca.

El fotógrafo entornó los ojos mientras rodeaba el cadáver para mirar dentro de la boca de la víctima.

—¿Qué es esa mordaza de bola que tiene dentro de la boca? ¿Algo relacionado con sadomasoquismo?

—Sin duda iría de la mano de las marcas de látigo en el trasero. Subiré al primer piso para ver qué es lo que mantiene a este sujeto en su sitio.

Además de cubrirse las manos con guantes, el detective se calzó cubrezapatos desechables para entrar en el dormitorio. Las puertas dobles de cristal que daban al balcón se abrían hacia adentro,

permitiendo que la brisa con olor a muerte entrara en la habitación. El penetrante hedor era menos notorio allí, un piso más arriba de donde el muerto colgaba en el aire matinal. El detective se paró en el umbral y recorrió el dormitorio con la mirada. Era la suite principal, sin duda alguna. El techo abovedado tenía una altura de seis metros. En el centro del dormitorio había una cama de matrimonio extragrande con dosel; a cada lado, una mesa de noche. Contra la pared vio una cómoda cuyo espejo reflejaba su imagen. La cuerda subía por encima de la reja del balcón, entraba por las puertas dobles y seguía a la altura de la cintura por la habitación, hasta desaparecer dentro del vestidor.

Entró en el dormitorio y siguió la cuerda. El vestidor no tenía puerta, la abertura era un arco. Cuando se acercó, vio un espacio ordenado en el que las prendas colgaban de perchas idénticas. En la pared del fondo se veían zapatos dispuestos en pequeños compartimentos de madera de pino. Entre estos se elevaba una caja fuerte negra de alrededor de un metro cincuenta de alto, que parecía pesar una tonelada. El extremo de la cuerda estaba atado con un nudo complicado a una de las patas de la caja fuerte. El detective sabía que el otro extremo estaba anudado alrededor del cuello del hombre, y que, ya fuera que lo hubieran empujado o se hubiera tirado solo, la caja fuerte había hecho su trabajo. Las cuatro patas estaban hundidas en la alfombra sin marcas adyacentes que sugirieran que el peso del cuerpo las hubiera movido ni un centímetro.

En el suelo, junto a la caja fuerte, había un cuchillo de cocina de gran tamaño. El sol de la mañana entraba por las puertas dobles del balcón e iluminaba el vestidor, dibujando la sombra del detective en el suelo y en la pared posterior. Sacó una linterna del bolsillo e iluminó las pequeñas fibras que estaban junto al cuchillo sobre la alfombra. En cuclillas, las examinó a la luz de la linterna. Parecían ser hebras de nailon de cuando habían cortado la cuerda. Sobre la alfombra había un pequeño charco de sangre; unas gotas habían caído sobre el mango del cuchillo. Colocó un cono de señalización amarillo sobre la sangre y las fibras, para indicar que se trataba de pruebas, y otro junto al cuchillo.

Al salir del vestidor, vio una copa de vino casi vacía sobre la mesilla de noche. Colocó otro cono de señalización junto a ella. El

borde estaba manchado con pintalabios. Pasó por encima de la cuerda tensa, junto a la cómoda con espejo y entró en el baño. Miró a su alrededor lentamente, pero no vio nada fuera de lugar. Muy pronto el equipo de criminalística revisaría el sitio con luminol y luces negras. De momento, al detective le interesaba tener una primera impresión del lugar. La tapa del inodoro estaba levantada, pero el asiento estaba bajado y seco. El agua que había dentro se veía amarilla y sintió el penetrante olor a orina cuando su olfato se alineó con su vista. Alguien había utilizado el inodoro y había olvidado tirar la cadena. Un solitario trozo de papel higiénico flotaba en el interior. Colocó otro pequeño cono de señalización junto al inodoro.

Salió nuevamente al dormitorio y volvió a pasear la mirada por la habitación. Siguió la cuerda hasta el balcón y observó el cadáver que colgaba del extremo. En la distancia, la niebla de la mañana cubría las montañas de Catskill como una capa. Era la casa de un hombre muy rico y al detective lo habían seleccionado especialmente para que descubriera qué le había sucedido. En pocos minutos había identificado manchas de sangre, huellas sobre una copa de vino y una muestra de orina que probablemente pertenecía al asesino.

En aquel momento, no tenía ni idea de que todo eso llevaría a identificar a una mujer llamada Victoria Ford. Tampoco podría haber predicho que dos meses después, justo cuando tuviera todas las pruebas organizadas y estuviera muy cerca de obtener una condena, dos aviones de línea —el vuelo 11 de American Airlines y el vuelo 175 de United Airlines— se estrellarían contra las Torres Gemelas del World Trade Center. En una soleada mañana de cielos azules, morirían tres mil hombres y mujeres, y el caso del detective se desvanecería en el aire.

BAJO MANHATTAN

11 de septiembre de 2001

Hasta donde llegaba la vista, era una diáfana mañana de cielo despejado. Cualquier otro día, a Victoria Ford le habría parecido hermosa. Pero ese día, la mañana fresca y el cielo límpido pasaron inadvertidos. Las cosas habían salido muy mal y ella luchaba por su vida. Desde hacía varias semanas. Tras coger el metro desde Brooklyn, subió las escaleras y salió a la luminosa mañana. Debido a la hora temprana, las calles estaban menos atestadas de lo normal. Era el primer día de clase, y muchos padres no habían hecho el viaje habitual a su trabajo para poder dejar a sus hijos en el colegio y hacerse las fotos del primer día. Victoria aprovechó que las aceras estaban vacías y caminó con paso rápido por el distrito financiero hacia el despacho de su abogado. Empujó las puertas del vestíbulo y entró en el ascensor, que tardó cuarenta y cinco segundos en subirla al piso setenta y ocho. Allí, subió dos plantas más por la escalera mecánica y entró en las oficinas. Un instante más tarde estaba sentada frente al escritorio de su abogado.

—Sin ningún rodeo —dijo Roman Manchester en cuanto Victoria se hubo sentado—. Así es como suelo dar las noticias.

Victoria asintió. Roman Manchester era uno de los abogados defensores más conocidos del país. También era uno de los más caros. Pero ahora que las cosas se habían descarrilado, Victoria había decidido que Manchester era su mejor opción. Era alto y tenía un abundante pelo castaño; en un extraño momento de surrealismo, Victoria lo miró y recordó las veces que lo había visto por televisión, respondiendo preguntas de los periodistas o dando una conferencia de prensa para proclamar la inocencia de su cliente. El nombre de ella pronto estaría en la misma categoría que los otros

hombres y mujeres a quienes Roman Manchester había defendido. Pero si eso significaba que evitaría una condena que la enviaría a la cárcel, a Victoria no le importaba. Desde el principio había sabido que sería así.

—La fiscal de distrito me llamó anoche para informarme que han convocado a un gran jurado.

—¿Y eso qué significa? —preguntó Victoria.

—En breve, posiblemente esta semana, presentarán ante un jurado de veintitrés ciudadanos todas las pruebas que tienen en tu contra. No se me permite estar presente y tampoco es un procedimiento abierto al público. La fiscal de distrito no está intentando demostrar culpabilidad más allá de una duda razonable. Su objetivo es mostrar al jurado las pruebas que tiene hasta el momento para determinar si es necesario emitir una acusación formal.

Victoria asintió.

—Usted y yo ya hemos hablado de esto, pero permítame resumirle rápidamente lo que tienen en su contra. Las pruebas físicas son sustanciales. En la escena del crimen encontraron sus huellas, su ADN en rastros de sangre y de orina. Todo eso es incuestionable, ya que se siguieron todos los procedimientos con las órdenes de registro. La cuerda que estaba alrededor del cuello de la víctima coincide con la cuerda que los investigadores encontraron en su coche. Hay otras pruebas físicas menores, además de una gran cantidad de pruebas circunstanciales que se presentarán ante el gran jurado.

—¿No puede cuestionarlas como parte de mi defensa?

—La defenderé, pero no ante el gran jurado. Nuestro momento llegará cuando el caso vaya a juicio. Y habrá que trabajar mucho para llegar a ese punto. Podré cuestionar gran parte de las pruebas circunstanciales, pero, francamente, las pruebas físicas son un obstáculo difícil de superar.

—Ya se lo he dicho —dijo Victoria—. No estuve en esa casa la noche en que murió Cameron. No puedo explicar cómo mi sangre y mi orina aparecieron allí. Ese es su trabajo. ¿Acaso no es por lo que le pago?

—En algún momento podré ver todas las pruebas y analizarlas en detalle para saber lo contundentes que son. Pero todavía no

hemos llegado a eso. De momento, creo que el gran jurado fallará a favor de una acusación formal.

—¿Cuándo?

—Esta semana.

Victoria negó con la cabeza.

—¿Qué debería hacer?

—Lo más importante es calcular de cuánto dinero dispone y cuánto más puede obtener de familiares y amigos. Lo necesitará para la fianza.

—¿Cuánto dinero sería?

—Es difícil decirle una cantidad exacta. Argumentaré que no tiene antecedentes penales y que no existe riesgo de fuga. Pero la fiscal de distrito está buscando una acusación de homicidio premeditado y eso ya implica una fianza mínima de un millón. Es probable que sea más. Además, queda el resto de mi anticipo.

Victoria miró por la ventana del despacho de su abogado y contempló los edificios de Nueva York. Hizo una lista mental de sus bienes. Tenía poco más de diez mil dólares en una cuenta de ahorro conjunta con su marido. Inversiones por unos ochenta mil dólares, aunque tendría que pelear con uñas y dientes por cada centavo, puesto que la cuenta estaba a nombre de ambos. No se hablaban desde que surgieron los detalles de su aventura durante la investigación, cosa que ella sabía que sería inevitable. Los medios se habían regodeado con todos los detalles escabrosos difundiéndolos por todas partes. Poco tiempo después, su marido se había ido de casa.

Podría pedir un préstamo respaldado por su plan de jubilación personal, donde tenía otros cien mil dólares. La plusvalía de su casa podría superar las cinco cifras. Aun con todo eso, le seguiría faltando dinero. Podría pedirles a sus padres y a su hermana, pero Victoria sabía que eso no cambiaría demasiado la situación. Su mejor amiga tenía todo el dinero del mundo y un millón de dólares no le haría mella a Natalie Ratcliff. Era la única opción que le quedaba. El peso de la situación hizo que se le encorvaran los hombros y se le llenaran los ojos de lágrimas. Eso no tendría que estar pasando. Hacía solo dos meses, Cameron y ella habían sido felices. Planeaban un futuro juntos. Pero luego todo cambió. El embarazo, el aborto y todo lo que siguió. Los celos y el odio. Todo

había sucedido tan rápido que Victoria casi no había tenido tiempo de digerirlo. Y ahora estaba en el medio de una pesadilla sin salida. Apartó la mirada de la ventana y la fijó en su abogado.

—¿Qué pasa si no consigo el dinero?

Roman Manchester frunció los labios, se llevó la taza de café a la boca y bebió un sorbo lento antes de volver a dejarla cuidadosamente sobre el escritorio.

—Creo que debería encontrar la forma de asegurarse ese dinero; dejémoslo así. Será mucho más fácil montar una defensa viable si no la envían a prisión preventiva antes del juicio. No digo que sea imposible, solo más fácil.

Victoria sentía un zumbido en la mente. Una vibración real, audible. Imaginó que eran las neuronas de su cerebro tratando de asimilar la gravedad del momento, hasta que comprendió que se trataba de otra cosa. La vibración era real, algo que hacía temblar la silla y el escritorio. El sonido que la acompañaba fue cambiando de un zumbido lejano a un chillido ensordecedor. De pronto, un objeto pasó como un rayo por su visión periférica, pero desapareció antes de que ella pudiera mirar hacia la ventana. Entonces, el despacho de su abogado tembló y osciló. Se cayeron los cuadros de la pared y estallaron los cristales justo cuando el ruido de una explosión le inundó los oídos. Las luces parpadearon y los paneles del techo le cayeron encima. Fuera, el cielo azul de un instante atrás había desaparecido. En su lugar se veía una pared de humo negro que borraba el brillante sol matinal. Esa misma humareda negra se enroscaba por los conductos de ventilación, y un olor inquietante le llenó las fosas nasales. Reconoció el olor, aunque no pudo ubicarlo de inmediato. No era exactamente igual, pero lo encontró parecido a la gasolina.

Manhattan, Nueva York

Veinte años después

La Jefatura de Medicina Forense de la ciudad de Nueva York estaba situada en un edificio blanco de ladrillo, sin ningún rasgo distintivo, en Kips Bay, en la calle 26 Este y la Primera Avenida. Si hubieran ocupado los dos pisos más altos, habrían tenido vistas al East River y al extremo norte de Brooklyn. Pero las plantas superiores no estaban destinadas a los científicos y médicos que deambulaban por el edificio. Se reservaban, en cambio, para los sistemas de purificación de agua y de aire. El aire que circulaba dentro del laboratorio forense más grande del mundo era limpio, puro y seco. Muy muy seco. La humedad era mala para el ADN y la extracción de ADN era uno de los fuertes del laboratorio forense.

En el frío y húmedo sótano se encontraba el laboratorio de procesamiento de huesos. Un técnico abrió la tapa hermética del tanque criogénico, liberando niebla de nitrógeno líquido en el aire. Tres capas de guantes de látex protegían las manos del técnico. Su cara estaba a salvo detrás de una máscara de plástico. El técnico metió unas pinzas en el tanque y levantó el tubo de ensayo de la niebla. Estaba lleno de un polvo blanco que minutos antes había sido una pequeña muestra ósea. El hueso se había congelado con nitrógeno y luego se había agitado enérgicamente la muestra dentro del tubo de ensayo a prueba de balas. El resultado era la pulverización del hueso original, que se había convertido en un fino polvo. La técnica permitía a los científicos acceder a la parte más interna del hueso, lo que aumentaba las posibilidades de extraer ADN utilizable. El concepto era extraordinariamente simple y había sido desarrollado sobre la base de dos de los conceptos básicos de la física: la ley de movimiento y la termodinámica. Si se arrojaba una

manzana contra una pared, se partía en muchos pedazos. Pero si la misma manzana se congelaba con nitrógeno líquido y después se la arrojaba contra la pared, se deshacía en millones de partes. Cuando se trataba de extraer ADN del hueso, en cuantas más partes se pudiera partir el hueso, mejor. Cuanto más fino el polvo, mejor.

El técnico colocó el tubo dentro de un soporte con una docena de tubos que contenían hueso pulverizado. Mientras una niebla de nitrógeno seguía elevándose desde el tubo, sumergió una jeringuilla de precisión en un vaso de líquido, extrajo diez centímetros cúbicos y los añadió al hueso pulverizado. Al día siguiente, en lugar de polvo de huesos, los tubos contendrían un líquido rosa. De ese líquido se obtendría un código genético, una secuencia de veintitrés números única para cada ser humano del planeta. Su perfil de ADN.

En el salón contiguo al laboratorio de procesamiento de huesos, una hilera de ordenadores ocupaba las cuatro paredes. Allí era donde los científicos tomaban los perfiles de ADN generados a partir de muestras óseas e intentaban hacerlos coincidir con los perfiles almacenados en la base de datos del Sistema de Índice Combinado de ADN conocido como CODIS. Pero ese no era el banco de datos nacional que utilizaba el FBI para comparar perfiles de ADN recogidos en escenas del crimen con criminales condenados previamente. Esta base de datos era un archivo independiente de perfiles de ADN proporcionados por las familias de las víctimas del 11S que nunca fueron identificadas después de la caída de las Torres.

Hacía tres años que Greg Norton trabajaba en las oficinas de la Jefatura de Medicina Forense, conocida como OCME. Gran parte de esos años los había pasado en el laboratorio de informática. Todas las mañanas se encontraba con una cantidad de perfiles de ADN secuenciados a partir de fragmentos óseos que habían sido recogidos entre los escombros de las Torres Gemelas. Cargaba cada secuencia en la base del CODIS y buscaba coincidencias. En los tres años que llevaba allí, nunca había encontrado ni una sola. Pero esa mañana, cuando se sentó con la segunda taza de café delante del teclado, una luz indicadora verde parpadeaba en la pantalla.

“¿Verde?”.

Una luz roja significaba que no se habían encontrado coincidencias para las secuencias cargadas, y Greg se había

acostumbrado tanto a eso que no esperaba otra cosa que la luz roja. Desde que trabajaba en la OCME, jamás había visto una luz indicadora verde. Clicó en el icono y aparecieron dos perfiles de ADN en el monitor: números blancos contra un fondo negro. Eran idénticos.

—Hum, ¿jefe? —dijo en tono cauteloso, con los ojos fijos en los veintitrés números que tenía delante de él para cerciorarse de que no cambiaran.

—¿Qué pasa? —preguntó el doctor Trudeau, haciendo volar los dedos sobre un teclado del otro lado de la habitación.

Como jefe de Biología Forense, Arthur Trudeau estaba a cargo de identificar los restos de víctimas de muertes masivas en el estado de Nueva York. Durante casi veinte años había estado dedicado a identificar las muestras recogidas de los muertos durante el ataque al World Trade Center.

—Tenemos una coincidencia.

Trudeau dejó de teclear y lentamente miró hacia el ordenador de Greg Norton.

—¿Cómo dices? Repítelo.

El técnico asintió y sonrió, sin dejar de mirar los números en su pantalla.

—Tenemos una coincidencia. ¡Tenemos una coincidencia, joder!

El doctor Trudeau se puso de pie y cruzó el laboratorio.

—¿Paciente?

—Uno, uno, cuatro, cinco, cero.

Trudeau se dirigió a un ordenador que había sobre un soporte alto, atrajo el teclado hacia sí y tecleó los números.

—¿Quién es? —preguntó Greg.

Otros técnicos habían oído la noticia de una identificación confirmada y se habían reunido alrededor de ellos. Trudeau miraba el monitor y el pequeño reloj de arena que giraba mientras el ordenador buscaba. Finalmente, apareció un nombre en la pantalla.

—Victoria Ford —dijo.

—¿Familiar más cercano? —quiso saber Greg.

Trudeau negó con la cabeza.

—Los padres, pero han muerto.

—¿Algún otro contacto?

—Sí —respondió Trudeau, desplazando la pantalla hacia abajo

—. Una hermana. Con domicilio en el estado de Nueva York.

—¿Quiere que la llame?

—No. Volvamos a repetir el proceso para asegurarnos. De principio a fin. Si vuelve a mostrar coincidencia, la llamaré.

—Es la primera en… ¿cuánto tiempo, jefe?

El doctor Trudeau miró al joven técnico.

—En años. Bien, ahora repite el proceso.

PARTE I

EL ENGAÑO

CAPÍTULO 1

Los Ángeles, California

Viernes, 4 de mayo de 2021

Avery Mason no buscaba la fama. Con un cementerio de secretos en su pasado, lo que menos quería era fama. Con todo, la había encontrado. Si había sido por casualidad o intencionadamente, era una pregunta que solo la terapia podría responder. Requeriría de una zambullida en profundidad dentro de su tumultuosa crianza, un examen de la complicada relación con su padre y abundante introspección y reflexión. Avery no tenía tiempo para nada de eso. Porque cualquiera que fuera el motivo, lo que Avery sabía con certeza sobre la fama era que se cernía como una ola colosal sobre la arena. O la cabalgas, o permites que te ahogue. Ella eligió cabalgarla y de una manera espectacular.

Avery Mason tenía treinta y dos años y era la mujer más joven que había conducido *Eventos Nacionales*, el programa vespertino más visto de la televisión. Su ascenso a la cumbre de los índices de audiencia era improbable, estadísticamente insólito y algo que Avery jamás había esperado. Mack Carter había sido el presentador histórico y popular de *Eventos Nacionales*. Su muerte, ocurrida el año anterior mientras cubría los asesinatos del instituto privado Westmont, había sacudido a la industria periodística de la televisión. También había dejado una vacante en la cima de *Eventos Nacionales*. En medio del pánico, la cadena televisiva eligió a Avery para que llenara el enorme hueco que había dejado Mack hasta que pudieran encontrar a un presentador permanente. Como colaboradora frecuente del programa, Avery había presentado secciones que siempre habían obtenido altos índices de audiencia. De hecho, eran tan altos que Avery fue nombrada como la primera copresentadora en la historia legendaria del programa. Hacía

exactamente un mes que ocupaba ese puesto cuando murió Mack Carter. La habían lanzado al centro del escenario, bajo los focos más intensos, esperando que fracasara, pero Avery Mason había tomado el papel de presentadora principal el otoño anterior y fue un éxito. *Eventos Nacionales* no solo permaneció en la cima de los programas más vistos, sino que incrementó su audiencia en un veinte por ciento.

Los críticos explicaban el éxito de Avery como una carambola de morbosa curiosidad. Según argumentaban, la gente sintonizaba el canal para ver cómo esa mujer sin experiencia manejaría la aplastante presión de reemplazar a uno de los presentadores más queridos de Estados Unidos en el programa de noticias y actualidad más antiguo de la televisión. El problema con ese argumento era que los índices de audiencia de Avery no bajaban nunca. Que ella fuera joven y atractiva ciertamente no perjudicaba a su estrella ascendente, y Avery admitía que era probable que su aspecto atrajera a un cierto público de hombres que tal vez no solían ver un programa de actualidad y noticias. Pero su aspecto no era la única razón de su éxito. Lo que mantenía altos los índices de audiencia era su talento, su carisma y el contenido del programa. La gran repercusión mediática tampoco le había venido mal. En el último año había estado en las portadas de las revistas de ocio, había dado incontables entrevistas y posado para sesiones de fotos; también se había publicado un artículo en la revista *Eventos Magazine* sobre sus habilidades naturales frente a la cámara y su ascenso a la cima de las noticias por cable. Y a pesar de todo, había logrado mantener oculto su pasado.

El fuerte de Avery eran los crímenes reales: encontrar un misterio sin resolver y analizarlo minuciosamente con su público de una manera que los enganchaba y no los soltaba. Se forjó un nombre gracias a su incursión oscura y atrevida en algunos de los crímenes más sórdidos del país. Pero, para contrarrestar las historias siniestras que cubría, Avery también contaba historias de supervivencia y esperanza. La gente veía el programa para ser testigo de esas historias de milagros y de superación. No pasaba una semana sin que Avery presentara algún tipo de historia real, sacada del centro de Estados Unidos, que hacía sentir bien al público. Como la de Kelly Rosenstein, la mujer que se cayó con el

monovolumen familiar en el embalse Devil's Gate de Pasadena después de que un conductor borracho la sacase de la carretera. La indómita madre de cuatro hijos no solo había logrado escapar del vehículo hundido, sino que milagrosamente lo había hecho con todos sus hijos tras ella. Avery entrevistó a la mujer una semana después del accidente. Cuando en Estados Unidos morían unas seiscientas personas por año debido a hundimiento de vehículos, ¿cómo había hecho esa madre entregada para escapar? Muy simple. Años atrás, Mack Carter había demostrado la mejor manera de escapar de un coche caído al fondo de un lago. Kelly Rosenstein había visto aquel episodio y se acordó de lo que había que hacer.

Conmovida por la historia, Avery decidió buscar la antigua grabación. Fue así como terminó esa misma tarde detrás del volante dentro de un monovolumen aparcado junto a la piscina cubierta de un instituto, con un equipo de televisión listo para grabar la acción. Ese día, una grúa gigante levantaría el coche y lo dejaría caer —con Avery dentro— al fondo de la piscina. Cámaras situadas debajo del agua captarían el intento de Avery de escapar del vehículo sumergido. Estaba —sin duda ni vergüenza alguna— muerta de miedo.

Todo el país adoraba a Mack Carter por las escenas de riesgo que hacía, y a Avery no se le ocurría mejor manera de terminar su primera temporada completa como presentadora de *Eventos Nacionales* que con un guiño a su predecesor. La grabación de hoy era su rito de iniciación. Ese sería su último episodio antes de las vacaciones de verano. Un verano que sin duda sería el más difícil de su vida. Seguiría un caso de Nueva York que, a su juicio, tenía potencial: los restos de una víctima de los atentados del 11S acababan de ser identificados por medio de prometedoras técnicas relacionadas con el ADN, y Avery quería contar la historia. Si sobrevivía a la prueba de hoy, partiría a Nueva York a seguir algunas pistas.

Por lo menos, esa era su historia. Se le antojaba como una tapadera perfecta.

CAPÍTULO 2

Los Ángeles, California

Viernes, 14 de mayo de 2021

El monovolumen Honda estaba aparcado sobre un elevador hidráulico a un lado de la piscina cubierta del instituto de Los Ángeles. Avery había elegido la marca y el modelo por su conexión con la clase media. El monovolumen era uno de los vehículos más utilizados en Estados Unidos. Sumergir un BMW de sesenta mil dólares en la piscina de un instituto podía ser emocionante de ver, pero demostrarles a las madres que se quedaban en casa a criar a sus hijos cómo escapar de su vehículo hundido se lograba mucho mejor con un coche común y corriente.

Avery revisó el anclaje del cinturón de seguridad por tercera vez en menos de un minuto. Christine Swanson, su productora ejecutiva, se asomó por la ventanilla abierta del lado del conductor.

—¿Todo bien? —preguntó.

Avery asintió.

—Hazme otra vez la señal de corte —le indicó Christine.

Avery colocó los cuatro dedos de la mano derecha delante de su cuello y los movió de un lado a otro.

—Si sientes pánico o no recuerdas qué hacer, das la señal de corte y los buzos te sacarán en segundos. ¿Entendido?

Avery asintió.

—¡Dilo, Avery! Necesito oír tu voz.

—¡Sí, Christine! Lo he entendido, por Dios. Empecemos.

—Estamos a punto de hundir este coche al fondo de una piscina —dijo Christine con voz serena, tratando de controlar el momento de pánico—. Quiero asegurarme de que tu cabeza esté donde tiene que estar.

—Claro que no está donde tiene que estar, Chris. Si lo estuviera, yo no me encontraría aquí. Y si no hacemos esto pronto, perderé el

valor. Vamos, que empiece el espectáculo de una vez.

Christine asintió.

—De acuerdo. Lo harás muy bien.

Christine se alejó del monovolumen, se llevó los dedos a los labios y silbó. Fue un pitido agudo y estridente que retumbó en las paredes del cavernoso centro acuático.

—¡Grabamos!

Un zumbido sonoro llenó el patio interior cuando se activó el sistema hidráulico de la grúa y se elevó la plataforma sobre la que estaba el monovolumen. Avery se aferró al volante con fuerza como si estuviera conduciendo bajo una lluvia torrencial. Subió la ventanilla y el ruido exterior —los gritos de los productores que daban órdenes, de los ingenieros que guiaban al operador de la grúa, del sonido del sistema hidráulico y los murmullos de los trescientos espectadores que ocupaban las tribunas— se acalló por completo. Lo único que oía ahora era su propia respiración acelerada. Hasta el olor a cloro había desaparecido.

El ascenso finalizó por fin y luego el monovolumen se volvió a sacudir cuando la parte posterior de la plataforma empezó a elevarse, inclinando el morro del vehículo hacia abajo, hacia el agua. El grupo de ingenieros a los que habían consultado sobre la prueba decidió que treinta y ocho grados era el ángulo más adecuado para representar a un coche que se salía de la carretera y caía al agua. Para Avery fue como si estuviera colgando verticalmente desde un acantilado. El cinturón de seguridad la sujetó cuando la gravedad la lanzó hacia delante. Afirmó las piernas contra el suelo para mantener su posición en el asiento del conductor.

Cuando el monovolumen se inclinó hacia delante, Avery pudo ver por el parabrisas toda la piscina olímpica con sus ocho calles. La superficie del agua reflejaba las luces del escenario que se habían montado alrededor de la piscina. Las marcas rojas de las calles del fondo de la piscina oscilaban en imágenes ondulantes, iluminadas por reflectores sumergibles. Vio a los buzos de rescate en posición, cerca del fondo; las burbujas de sus tanques de oxígeno subían a la superficie mientras esperaban la llegada de Avery a los más de cuatro metros de profundidad. En la etapa de planificación, ella había imaginado que la presencia de los buzos la tranquilizaría. Que

el hecho de saber que el rescate estaba a unos pocos metros de distancia le brindaría una sensación de seguridad mientras el monovolumen se hundía. Que sabiendo que solo necesitaba hacer la señal de corte para que los buzos la sacaran inmediatamente del coche le calmaría los nervios y le daría confianza. Pero ahora, colgando sobre la piscina con el peso de su cuerpo contra el cinturón de seguridad, no sentía ni tranquilidad ni confianza. Las cosas *podían* salir mal. ¿Y si no lograba utilizar las técnicas que le habían enseñado los expertos en supervivencia? ¿Y si su mente se paralizaba y sencillamente no recordaba lo que debía hacer? ¿Y si se atascaba el cinturón de seguridad debido a la fuerza del impacto? ¿Y si no se rompía el cristal de la ventanilla como se suponía que debía suceder? ¿Y si los buzos no veían su señal? ¿Y si…?

La sensación de caída interrumpió súbitamente sus pensamientos. El arnés que sostenía el vehículo se soltó. Estaba en caída libre. La sintió mucho más larga que los tres segundos que supuestamente llevaba caer del borde de la plataforma los cuatro metros y medio hasta impactar contra el agua. Durante esos segundos congelados, Avery vio la cámara de televisión al otro lado de la piscina, una de las ocho que estaban posicionadas alrededor del centro acuático. Otras cuatro cámaras GoPro estaban montadas dentro del vehículo, con sus luces rojas repentinamente brillantes y vigilantes. Justo antes del impacto, Avery tuvo un atisbo de la pantalla tamaño cine que mostraría su progreso al público cautivo que llenaba las gradas junto a la piscina. Y luego, hubo un choque.

El impacto fue fuerte. El cinturón de seguridad se le clavó contra el esternón mientras su cabeza se lanzaba hacia delante. El monovolumen se hundió de morro y luego, como si una goma estuviera atada a su parachoques trasero, empezó a retroceder cuando la flotabilidad natural del aire atrapado dentro del vehículo lo llevó de vuelta a la superficie. El vehículo se balanceó y se movió hasta que la madre naturaleza encontró el centro de gravedad y lo hundió lentamente desde el motor. El agua entraba por agujeros invisibles y empezaba a llenar el interior. Avery luchó por controlar el pánico que crecía con cada segundo. El pánico, sin embargo, era bueno. Significaba que tenía conciencia de lo que sucedía y no había sucumbido a la "inacción conductual", un síntoma descrito por los expertos en supervivencia que habían sido consultados para

el episodio. También llamado “desajuste de la expectativa”, era la respuesta de la mente a una situación traumática. El cerebro intenta correlacionar la situación actual con una experiencia conocida del pasado. Mientras el lóbulo frontal queda preso en círculos repetitivos, tratando infructuosamente de encontrar una situación similar desde la cual trabajar, el cuerpo se paraliza y espera instrucciones de la mente. Se trata de la ciencia detrás del proverbial fenómeno del “ciervo frente a las luces de un coche”.

Por fortuna, Avery no padecía ningún desajuste de su entorno. La sinapsis de su cerebro se disparó hacia una experiencia previa cuando había luchado contra el agua inexorable que intentaba ahogarla. Recordó el día que su velero se hundió frente a la costa de Manhattan y ella estuvo a un centímetro de perder la vida. Era imposible recordar aquel día y no pensar en su hermano. Y ahora, esos pensamientos sobre Christopher la trajeron de vuelta a su situación actual. La camioneta se hundía y el agua llenaba rápidamente el interior del vehículo. Pensó en mover los dedos delante de la garganta y poner fin a esa locura. Pero luego recordó a Kelly Rosenstein, la madre que no había tenido la opción de cortar la acción cuando su coche, en el que viajaba con sus cuatro hijos, se hundió hasta el fondo del embalse Devil’s Gate. Era un milagro que Kelly hubiera mantenido la calma el tiempo suficiente como para salvarse a sí misma y a sus hijos. Más asombroso aún era que atribuyera su supervivencia a haber visto un episodio de *Eventos Nacionales*. Si lo que Avery había aprendido de los expertos en supervivencia durante la última semana podía utilizarse ahora para mostrarle a alguien cómo salvar su vida, merecía, como mínimo, su mayor esfuerzo.

Mientras el coche se llenaba de agua, Avery se desabrochó el cinturón de seguridad. Se giró hacia un lado en el asiento, sacó las piernas fuera del agua que se acumulaba en el suelo y colocó los pies frente a la puerta. Apoyándose en la consola central, apuntó con el talón hacia la esquina de la ventana del lado del conductor. El ángulo inferior derecho de la ventana era clave, le habían dicho los expertos. La unión donde el vidrio templado se encontraba con el marco representaba la parte más débil de la ventana. Golpeándola adecuadamente, podría sacar la ventana del marco de la puerta en una sola pieza. Si, en cambio, golpeaba el centro de la

ventana, perforaría el vidrio templado y se cortaría el pie en pedazos. Abrir la puerta sería imposible, puesto que el agua ya llegaba hasta la mitad de la ventana y la presión exterior sería demasiada.

Avery flexionó la pierna, llevando la rodilla hacia su cara, se aferró al volante con la mano derecha y al apoyacabeza con la izquierda y pateó la esquina de la ventana. Cerró los ojos en el momento del impacto y esperó a que entrara el agua por la abertura. Cuando no pasó nada, abrió los ojos. La patada no había logrado nada. El monovolumen seguía hundiéndose en la piscina; la línea de agua ya estaba más arriba de la ventana del conductor. Cerró los ojos y volvió a patear. Esta vez una rotura en forma de telaraña se retorció desde la esquina de la ventana. Intuyendo todos los objetivos que la rodeaban, desde las cámaras GoPro montadas dentro del coche hasta las cámaras sumergibles situadas en la piscina y enfocadas hacia ella, llevó otra vez la pierna hacia sí y pateó con todas sus fuerzas. De inmediato sintió la oleada de agua. Estaba más fría de lo que imaginaba y la fuerza era tan grande que en un instante le cubrió la cabeza.

Mientras el monovolumen completaba su descenso de más de cuatro metros hasta el fondo de la piscina, Avery cerró los ojos y permitió que sus oídos se adaptaran a la presión. Cuando el vehículo tocó fondo con un impacto mucho más suave que unos segundos antes cuando lo había hecho contra la superficie del agua, abrió los ojos y vio al cámara apuntando con el objetivo por el hueco de la ventana que faltaba. Vio también a los buzos de rescate vigilando con atención por si ella daba la señal de emergencia. Avery sacó las piernas por el marco de la ventana, cerró los dedos de la mano derecha alrededor de la manija que estaba por encima de la puerta y se lanzó por la abertura hacia la piscina. Luego se enderezó en posición vertical, levantó un pulgar en dirección a la cámara y se impulsó con las piernas hacia la superficie.

La filmación submarina resultó espectacular. Christine hizo una producción fabulosa y la cadena televisiva filtró en las redes sociales avances del episodio antes de la fecha de emisión, que sería durante la semana de medición de audiencia de mayo. Cuando se emitió “El monovolumen”, como se tituló el episodio, Avery Mason y *Eventos Nacionales* obtuvieron los índices de audiencia más altos

de la historia del programa.

CAPÍTULO 3

Playa del Rey, California

Sábado, 5 de junio de 2021

El jardín de Mosley Germaine era el océano Pacífico. En realidad, era una llamativa extensión de playa además del océano, pero lo primero que notaba cualquier persona al entrar en la casa de Playa del Rey eran las magníficas vistas del agua a través de los enormes ventanales. El diseño de concepto abierto incluía una isla en la cocina que se extendía hasta la vasta sala. Las puertas correderas de cristal que daban al patio estaban abiertas esa noche; habían desaparecido dentro de las paredes como si nunca hubieran existido, permitiendo que la brisa del océano soplara por la casa. La terraza trasera estaba compuesta por varios niveles y construida con piedra italiana importada. Una larga mesa rectangular, que parecía sacada de una sala de juntas, dominaba el centro de la terraza, a pocos pasos de la piscina. Estaba puesta para cuarenta invitados y cada lugar estaba meticulosamente dispuesto con dos platos, tres copas, cubiertos en perfecto ángulo de noventa grados y una tarjeta de identificación que indicaba la ubicación dispuesta por el propio señor Germaine.

Esa noche era la reunión anual de fin de temporada de los rostros públicos de la cadena HAP News, que lideraba las mediciones actuales de audiencia. No había competidores cercanos. Al frente del gigante de los medios estaba Mosley Germaine. Había estado al mando de HAP News desde los años noventa, contratado cuando la programación estelar la encabezaban personalidades desconocidas, los índices de audiencia estaban por los suelos y la cadena de noticias casi ni figuraba en el radar. Pero Germaine poseía un enfoque especial para transmitir las noticias. Elegía a las personalidades y decidía sobre el contenido. Si un programa no lograba atraer a la audiencia adecuada, cambiaba a los

presentadores por alguien nuevo. Si una hora de noticias serias no lograba competir con los telediarios vespertinos de las principales cadenas, reemplazaba al presentador por una cara nueva. Lo hacía con la suficiente frecuencia como para mantener a su gente alineada y alerta, para hacerles saber a todos que la gente sintonizaba HAP News, no a una personalidad individual. Pero cuando un programa tenía éxito y se destacaba del resto, se aseguraba de mantener feliz al presentador, acorralado y sin otras opciones, pero feliz de todas formas. Mosley Germaine era el maestro titiritero que controlaba todo lo que sucedía en la cadena de televisión. Esa noche celebraba otra temporada más en la cima de las noticias por cable. Era una gala anual en la impresionante finca frente al mar del jefe, donde se celebraba el éxito, se ostentaba la riqueza y se difundía la idea de que con dedicación, trabajo duro y lealtad, todo era posible para los pocos y selectos invitados. Avery Mason odiaba cada minuto de esa fiesta.

Llegó sola. No tenía pareja —otro tema para analizar con su terapeuta— y aunque la hubiera tenido, llevar a un novio a ese suplicio anual era mala idea. Necesitaba estar concentrada. Necesitaba estar en su mejor forma. No podía permitirse ninguna distracción cuando entrara en la guarida del león. El señor Germaine era conocido por acorralar a sus empleados con más talento y coaccionarlos para que aceptaran acuerdos con los que no habían planeado comprometerse. Su contrato expiraría en pocas semanas, y solo había habido vagas negociaciones al respecto sobre su futuro en HAP News y como presentadora de *Eventos Nacionales*. Avery había rechazado la extensión del contrato que le habían ofrecido unas semanas atrás. Fue una oferta para probar con qué tipo de resistencia se encontrarían. Avery, con ayuda de su agente, la rechazó de plano, argumentando que quería concentrarse en los dos últimos meses de *Eventos Nacionales* y mantener el alto nivel de audiencia antes de preocuparse por algo tan pueril como el dinero y el futuro de su carrera. Era un disparate. Lo sabía ella, lo sabía Mosley Germaine y todos los demás ejecutivos de la cadena. Pero Avery había expresado su rechazo de una manera que hacía difícil que el señor Germaine la presionara. Así que no lo había hecho. Pero esta noche, en su casa, seguramente lo haría.

En cuanto a obtener ventaja, la jugada había sido de oro. Ella

terminaba la temporada en la cima y ahora podía volver a la mesa de negociación con bastantes municiones. Avery y su agente estaban trabajando sobre una contraoferta, pero hasta el momento, habían dejado a la cadena en ascuas. Ahora, mientras se dirigía a la casa de su jefe sobre la playa, estaba nerviosa. Su presencia en la casa de Mosley Germaine seguramente llevaría a una discusión con él sobre su futuro. La noche se anunciaba como una celebración, un momento para dejar los negocios de lado y disfrutar del éxito que todos habían encontrado en HAP News. Pero Avery sabía que no era así. Esta noche era una emboscada muy bien coreografiada y ella tenía que estar preparada.

Condujo su Range Rover rojo a través del portón hasta la entrada circular. Germaine había contratado un servicio de aparcacoches para comodidad de sus invitados y Avery entregó su vehículo —un regalo que se había hecho a sí misma después de firmar contrato para ser presentadora de *Eventos Nacionales*— a un amable joven que le entregó una ficha a cambio. Avery se había vestido estratégicamente para la ocasión de esa noche. Llevaba pantalones estrechos que acentuaban sus largas piernas. Con su metro setenta y siete de estatura no necesitaba demasiada ayuda. Una blusa blanca sin mangas mostraba sus brazos tonificados y emitía un aura de fuerza, algo que siempre necesitaba para tratar con Mosley Germaine. Su cabello castaño rojizo estaba recogido en una elegante cola de caballo para mantenerlo fuera de su cara cuando se levantara el viento de Playa del Rey. Estar delante del señor Germaine y tener que llevarse constantemente mechones rebeldes detrás de las orejas era una desventaja que no se iba a permitir. Subió los escalones taconeando sobre la piedra; otra jugada táctica. Con tacones medía tranquilamente un metro ochenta. Cuando Germaine lograra encontrarla, estaría a su misma altura.

Una recepcionista la recibió en la puerta principal con una bandeja con copas de champán. Avery tomó una y bebió un sorbo. Como de costumbre, era de lo mejor que había probado. Germaine no escatimaba gastos en esas galas anuales, a las que Avery había sido invitada ya en dos ocasiones anteriores.

Acababa de cruzar el vestíbulo y estaba llegando al extremo de la cocina cuando vio a Christine Swanson.

—Ay, ¡por fin has llegado! —dijo Christine.

—Gracias a Dios. —Avery le cogió la mano con fuerza—. Hazme un resumen rápido. Información necesaria sobre el terreno.

—Vaya, veo que estás en modo pelea. Me encanta.

—Debería haberme vestido con ropa de camuflaje.

—Germaine está en la terraza, en plan festivo. Y el señor Hillary también nos ha honrado con su presencia.

—¿Hillary?

David Hillary era el multimillonario dueño del conglomerado de comunicaciones HAP Media, del cual HAP News era uno de los muchos afiliados. Como presidente ejecutivo, casi todo lo que sucedía en la compañía llevaba su sello de aprobación.

—Sí. Lleva un traje blanco de algodón y parece que acabara de salir de una cabina de bronceado; la que lleva del brazo es su quinta mujer, que parece recién graduada en la universidad.

—Con un título en comunicaciones, seguramente.

Christine se rio.

—No necesitará un título. Si es inteligente, se divorciará dentro de un par de años y se llevará cien millones a su casa.

—Me encanta cuando una de sus ex se lleva otro pedazo de su fortuna —dijo Avery.

Ya había sucedido dos veces en el breve lapso en el que ella había trabajado para HAP News.

—¿Por qué los hombres inmensamente ricos son tan estúpidos cuando se trata de mujeres? —comentó Christine.

—Porque piensan con sus genitales y no pueden evitarlo.

Una repentina imagen de su padre cruzó por la mente de Avery. La apartó de inmediato. No podía permitirse pensamientos dispersos esa noche y el odio que albergaba por su padre era el más grande de todos. Su padre era otro tema que tendría que analizar con el terapeuta que algún día contrataría. Pero esa noche necesitaba mantenerse centrada y ser calculadora. Avery bebió un sorbo largo de champaña mientras observaba a la gente. Se permitiría solamente una copa antes de pasar a agua con gas con limón. Quería mezclarse con los invitados, pero necesitaba mantener la mente despejada. El champán era la bebida que elegía para ese tipo de situaciones. Le hacía sentirse más relajada que el vodka y el vino, y no tenía que tomar más que una copa para eso.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber Christine.

—Bajemos a la playa y escondámonos hasta la cena.

También eso era una estrategia. Avery quería que tanto el señor Germaine como el señor Hillary supieran que había llegado. Pero también quería mantenerse fuera de la vista. Los evitaría durante todo el tiempo posible. El tiempo necesario para que bebieran mucho y perdieran su ventaja. Más tarde, cuando sirvieran la cena, buscaría su sitio asignado en la mesa larga, luciría una gran sonrisa y se sentaría junto a todas las otras personalidades que conformaban el equipo de HAP News. Fuera de su alcance e intocable. Al menos por esa noche. Mañana sería otro día.

—Escondernos en la playa me parece genial —dijo Christine—. Robaré una botella de Dom o lo que sea este glorioso brebaje y nos encontraremos allí.

Se dieron un rápido beso en la mejilla antes de partir en direcciones opuestas. Avery empezó su cauteloso avance por el campo minado que era la fiesta, esforzándose por esquivar los explosivos que acechaban.

CAPÍTULO 4

Playa del Rey, California

Sábado, 5 de junio de 2021

Además de a su productora ejecutiva, Avery también había reclutado a Katelyn Carson, presentadora de un programa matutino, para que se escondiera con ella en la playa. El mar rompía en robustas olas que se estrellaban contra la playa antes de dispersarse a pocos pasos de donde estaban ellas. El rugido del océano complementaba las armonías acústicas que fluían desde la terraza de Mosley Germaine, donde una banda de tres músicos tocaba música folk, quizás una versión de Lumineers o de Mumford and Sons. El ambiente tentaba a Avery a tomar otra copa de champán, pero se resistió.

Vista desde la playa, la casa era una magnífica construcción con techo de pizarra y paredes de estuco iluminadas por la puesta de sol. Los troncos rectos de las palmeras pintaban largas sombras que flanqueaban la finca. Una pasarela de madera atravesaba una zona de piedras y juncos que separaban la casa de la playa. Con todas las ventanas y la puerta abiertas, el interior de la casa se fundía con la terraza, poblada por los presentadores de HAP News de los programas matutinos, de medio día, vespertinos y de fin de semana.

—Tu episodio final fue demencial —dijo Katelyn Carson—. No tengo ni idea de cómo lo hiciste. Estaba muerta de miedo por lo que te pudiera pasar.

El episodio del monovolumen hundido, que Avery había dedicado a su predecesor, seguía siendo popular. No solo fue la hora con más audiencia de la temporada, sino que también había acumulado millones de vistas en el servicio de *streaming* de la cadena de noticias.

—Lo que no se vio en la televisión —dijo Avery— fueron los buzos que rodeaban el vehículo, listos para salvarme si tenía alguna

dificultad.

—No me importa si Aquaman estaba en esa piscina, yo jamás me habría atrevido a hacerlo. Todos aquí estaban hablando de eso hace un rato.

—Christine fue la que hizo que quedara tan bien.

Christine negó con la cabeza.

—No tuve que hacer mucho más que filmar. El resto lo hiciste tú.

—Oí que la audiencia estuvo por las nubes —dijo Katelyn.

—Por las nubes, exactamente —dijo una voz profunda detrás de ellas.

Avery sintió que se le desarmaba la sonrisa cuando miró por encima de su hombro y vio no solo a Mosley Germaine, sino también a David Hillary. Se recuperó de inmediato y obligó a sus labios a curvarse nuevamente.

—*Eventos Nacionales* realmente le ha dado brillo a tu estrella —observó Mosley.

El dardo sutil, que el programa había creado la popularidad de Avery, no pasó inadvertido. Tampoco lo hizo el hecho de que ella se había quitado los tacones para caminar por la arena. Ahora necesitaba esos centímetros mientras Mosley Germaine se le aproximaba.

—Mosley —dijo Avery, sin dejar de sonreír—. La casa tiene un aspecto fabuloso, como siempre.

—Gracias. Por eso me pregunto por qué te estás escondiendo aquí abajo en la playa.

—Escondiendo no. Solo disfrutando del entorno. Debe de ser increíble tener al océano de vecino.

—Teníamos la esperanza de que te tomaras unas copas con nosotros antes de la cena —dijo David Hillary, dirigiendo la conversación a pesar de los esfuerzos de Avery por mantenerse en las banalidades.

—No te vi cuando llegué —dijo Avery a Germaine—. Y no sabía que usted estaba aquí, señor Hillary. Qué lujo. Me encanta su traje.

—Van a servir la cena —dijo Mosley—. Así que creo que no habrá tiempo para copas.

—¿Ya? Parece como si acabara de llegar. Christine y yo estábamos poniéndonos al día con Katelyn. Últimamente, casi no la

hemos visto.

Mosley sonrió. Miró a Katelyn y a Christine.

—¿Os molestaría dejarnos a David y a mí unos minutos a solas con Avery?

—No, claro —dijo Katelyn.

Christine asintió.

—Por supuesto.

—Ya están todos sentándose en su sitio —dijo Mosley—. No tardaremos más que un minuto.

A pesar de sus esfuerzos por evitar esa situación, Avery se encontró a solas no solo con su jefe, sino también con el jefe de su jefe.

—Avery —dijo David, una vez que Katelyn y Christine se hubieron marchado—, quería dedicarte un momento en privado para decirte que lo que has hecho en *Eventos Nacionales* ha sido increíble. Lo has dado todo en el programa y has permitido que mostrara tus fortalezas como periodista.

Avery sonrió. Otro cumplido ambiguo. No respondió. Si no se cuidaba, esto podía ponerse feo muy rápidamente.

—Mosley y yo no entendemos por qué has rechazado la ampliación del contrato.

—Sí, eso. Junto con mi agente estamos preparando una contraoferta, pero todavía no tenemos nada finalizado.

—Pero te ofrecimos la ampliación hace varias semanas.

—Sí, lo sé. Es que estaba concentrada en terminar los últimos episodios de *Eventos Nacionales* y lamentablemente no he podido pensar en otra cosa.

—Es comprensible —dijo David—. Pero la temporada ha terminado y necesitamos una respuesta de tu parte. O estás dentro o estás fuera. Por algo dirigimos una de las cadenas más exitosas de la televisión. Planeamos el futuro y no nos gustan las sorpresas. Estamos tratando de cerrar el equipo de otoño y necesitamos saber si te incluye a ti o no.

—Por supuesto. Me reuniré con Dwight esta semana.

—¿Qué problema tenía la oferta? Solo nos enteramos de que la habías rechazado, pero no nos dijeron las razones —dijo Mosley.

—Pues… —Avery vaciló—. No estoy preparada para hablar de esto esta noche, ¿sabes? Tal vez podríamos dejarlo para la semana

que viene, así Dwight puede participar de la conversación.

—El tiempo es esencial —dijo Mosley—. Estamos trabajando con una fecha límite ajustada para tener todo organizado antes del otoño. Tal vez podrías darnos una idea de a qué se debe el retraso.

Era más una afirmación que una pregunta.

—A Dwight no le convencía el aspecto monetario.

—¿A *Dwight Corey* no le convencía? —preguntó David.

—A primera vista, no. Pero él y yo vamos a reescribir los números ahora que el programa ha terminado.

—La compensación anual ofrecida es alta y te alinea con tus colegas. Después de solamente un año como presentadora, creemos que es muy generosa.

Avery sintió un deseo abrumador de señalarle que "alinearla" con la competencia era un insulto. Le había ganado a la competencia en índices de audiencia semana tras semana durante el último año, por lo que la cadena debería compensarla no por estar "a la par" de otras personalidades, sino por estar por encima de todos ellos en todos los grupos demográficos. También quería mencionar lo inadecuado que era que estos dos ególatras pomposos la aislaran en la playa y utilizaran sus posiciones de poder para intimidarla y llevarla a negociar un contrato sin la presencia de su agente. Pero se tragó las ansias y esbozó una sonrisa falsa que les dijo sin palabras lo que ella pensaba de la oferta.

—Como dije, os prometo que esta semana estudiaré el contrato con atención, ahora que tengo algo de tiempo libre. Y Dwight se pondrá en contacto con vosotros de inmediato para transmitiros nuestras ideas.

—Sí, hazlo —dijo David—. Nos gustaría escuchar tus ideas. *Eventos Nacionales* está en la pausa del verano, pero no podemos permitir que el programa siga demasiado tiempo en el limbo. Terminamos primero en índices de audiencia y queremos empezar en el otoño en el mismo lugar donde lo dejamos. Si por algún motivo decides no ser parte de ese esfuerzo, nos gustaría tener tiempo para elegir a tu sucesor.

—La lista es larga —dijo Mosley—. De posibles candidatos, digo. *Eventos Nacionales* tiene la capacidad de convertir en estrella a cualquiera que lo conduzca. Si decides seguir tu camino, nos vendría bien tener tiempo para preparar al nuevo presentador o

presentadora en cuanto a lo que significa el puesto.

Reemplazarla ahora, tras la temporada más exitosa del programa, sería suicida. Pero les siguió la corriente.

—Llamaré a Dwight mañana mismo —dijo—. Y nos pondremos a ello enseguida.

Los dos hombres asintieron como si la conversación hubiera seguido el curso esperado, luego dieron media vuelta en la arena y se dirigieron hacia la casa. A Avery le llevó un par de minutos dejar de temblar después de que se marcharan. Finalmente, atravesó la playa y subió por la pasarela. Los restos del atardecer arrojaban su sombra como una delgada silueta delante de ella. La brisa era fresca y la hizo caer en la cuenta de cómo había estado sudando. Cuando llegó a la terraza, volvió a colocarse los tacones y rodeó la piscina, que resplandecía con luces subacuáticas rosadas, pasando luego junto a las antorchas que marcaban el perímetro del patio, y alrededor de mesas con estufas de propano en el centro que despedían suficiente calor como para combatir el frío de la brisa marina. El personal de servicio empujaba carros con la cena de la noche: pato asado con verduras variadas, y se pusieron a servir. Justo cuando Avery se sentaba, Mosley Germaine se puso de pie desde su trono de la cabecera y utilizó un tenedor para golpear suavemente su copa y llamar la atención de los demás.

—Me gustaría daros la bienvenida formal a esta magnífica velada. Nos hemos reunido aquí para celebrar nuestro éxito colectivo como cadena de noticias líder por undécimo año consecutivo. Ninguno de nosotros es individualmente responsable por este fantástico logro y ninguno puede llevarse el crédito de manera individual. Esto ha sido un esfuerzo grupal y continuará siéndolo.

Levantó la copa.

—Por los logros pasados y el éxito futuro.

Todos se unieron a él.

—¡Salud!

Avery tomó la copa de champán que tenía delante, la levantó rápidamente y luego bebió un sorbo largo, rompiendo su regla de una sola copa de alcohol. Su estrategia ya se había ido al demonio. ¿Qué sentido tenía estar sobria?

CAPÍTULO 5

Coronado, California

Martes, 15 de junio de 2021

—Setecientos cincuenta por año, durante cuatro años. Esa es la nueva oferta. Incluye la opción de un quinto año según los índices de audiencia del último año del contrato. Se incluirán además incentivos por alcanzar picos de audiencia en nichos específicos a modo de bonos al final del año.

—¿Setecientos cincuenta? —preguntó Avery—. ¿Esa fue la contraoferta? Sigue siendo poco, Dwight.

—Veníamos de seiscientos cincuenta, Avery. Tres millones en cuatro años es una oferta sólida —dijo Dwight Corey—. Como tu agente, te recomiendo encarecidamente que aceptes el dinero de inmediato.

Hacía una agradable temperatura de veintidós grados en Coronado, California, en cuya playa estaba la famosa pista de obstáculos del cuerpo de marinos de élite conocidos como los SEAL. La pista se extendía ante ellos en toda su gloria. Avery se había mantenido en contacto con el miembro de los SEAL que había sido consultor para el episodio del monovolumen, y tras enterarse de lo riguroso que era el programa de los SEAL, había tenido la idea de darle a la audiencia una perspectiva desde la primera fila de la vida de un miembro de esa fuerza: desde el reclutamiento hasta la semana infernal y el programa de entrenamiento de seis meses en demolición subacuática básica; un exigente entrenamiento para elegir a los más aptos para convertirse en miembros de los SEAL. Ya se habían hecho programas similares, pero Avery tenía algunas ideas sobre cómo darle un sesgo diferente al suyo. Intentaría llevar a cabo algunas de las pruebas que los soldados tenían que superar para ser miembros del grupo de élite de fuerzas especiales. Se zambulliría a una piscina con las manos atadas detrás de la espalda

e intentaría sobrevivir durante sesenta minutos. Se lanzaría a las heladas aguas del océano y haría el famoso nado nocturno con tiburones. La pista de obstáculos de los SEAL era considerada una de las más difíciles del mundo, y le pareció que era un buen lugar para empezar.

Avery había llamado a su contacto para que le hiciera un recorrido de prueba por la pista. Se firmaron declaraciones de exención de responsabilidad y acuerdos de confidencialidad. Si lograba que le dieran luz verde a la idea, en algún momento de la próxima temporada de *Eventos Nacionales*, Avery intentaría superar todos los obstáculos de la pista, o al menos la mayor cantidad posible, mientras las cámaras la filmaban. Se vestiría con botas de combate y ropa de faena si llegaba a ese punto, pero para la práctica de ese día, Avery llevaba pantalones cortos, una camiseta de deporte sin mangas, calcetines tobilleros y zapatillas Nike. Su agente, en cambio, estaba impecablemente vestido con un traje con la chaqueta abierta, pero el chaleco abotonado, y corbata. El sol de la mañana brillaba en su frente y se reflejaba en sus gafas oscuras de aviador.

—¿Cuánto mides y cuál es tu peso, Dwight? ¿Un metro noventa y cinco y cien kilos?

—Uno noventa y ocho, ciento ocho kilos.

—Yo mido un metro setenta y siete y peso bastante menos que tú. Quítate ese traje y date una vuelta a la pista conmigo.

—No pienso hacerlo. Tenemos que revisar tu contrato antes de que se arrepientan de la oferta.

—Si corres alrededor de la pista conmigo, consideraré esta oferta espantosa que has negociado.

Habían pasado diez días desde que Avery había estado cara a cara con Mosley Germaine y David Hillary en la playa. Desde entonces, habían estado inmersos en arduas negociaciones.

—Es un buen contrato, Avery. Hicieron su oferta, respondimos con nuestra contraoferta y ahora han subido a un término medio. Demuestra que están comprometidos contigo.

—No subieron a un término medio. Casi ni se movieron. —Avery dobló la cintura para estirar los gemelos—. Mack Carter ganaba ocho millones al año como presentador de *Eventos Nacionales*, y mis índices de audiencia son más altos que los suyos.

—Mack presentó el programa durante años. Joder, prácticamente lo creó. *Eventos Nacionales* no existía antes de Mack Carter. Al menos no como el programa que conocemos hoy. Y te aseguro que no le pagaron ocho millones durante su segundo año como presentador.

—Los índices de audiencia y los ingresos tienen más peso que los años de servicio y tú lo sabes, Dwight. Esta es una oferta baja que me dejaría bloqueada durante los años más productivos de mi carrera.

—Eres joven. Tienes décadas de tus mejores años por delante. Avery, escúchame bien. No podemos exigir lo mismo que ganaba Mack Carter. Él era una anomalía. Las cadenas no basan sus ofertas en casos excepcionales. Esto está acorde con lo que ganan otros presentadores de programas de noticias.

—Mis índices de audiencia promedio son más altos que los de cualquiera de mis competidores.

Avery se estiró y luego se inclinó hacia un lado, extendiendo el brazo por encima de la cabeza para estirar los oblicuos.

—El programa pagó el salario de Mack durante muchos años —dijo—. Hoy en día, los ingresos por publicidad son más altos conmigo. De hecho, un doce por ciento más altos, pero quieren pagarme una parte de lo que le pagaban a Mack. ¿Creen que soy ingenua o solo que no se me dan bien las matemáticas? ¿O acaso es porque soy mujer?

Avery se levantó y miró a su agente.

—Mi último episodio arrasó. Los índices de audiencia se dispararon en todos los nichos. Terminamos la temporada en lo más alto y deberíamos aprovechar las circunstancias. Lo tenemos todo a nuestro favor, todas las cartas en la mano para negociar.

—¿Te refieres al episodio en el que le permitiste a la loca de tu productora que te dejara caer en un monovolumen dentro de una piscina? Eso no es más que un truco desesperado en la semana de medición de audiencia, y te prohíbo que vuelvas a hacer algo así. Si sigues con esas locuras, no tendrás ningún año por delante, productivo o no.

—Me alegra saber que te importo tanto, Dwight. Me gusta este lado tierno tuyo, pero prefiero al agente duro y al negociador implacable que siempre me ha defendido. Sobre todo, cuando estás

negociando el contrato más importante de mi carrera.

—La cadena no va a basar tu contrato sobre la semana de medición de audiencias.

—No les estoy pidiendo que lo hagan. Les estoy pidiendo que tomen como base toda la última temporada. Los números hablan solos, desde las audiencias a los ingresos.

Durante el último año, Avery había rediseñado el clásico programa de actualidad. La mayor diferencia entre Avery y su competencia era que ella nunca tocaba temas políticos. Los expertos cubrían ese ángulo y Avery no tenía estómago para eso. Cubría de manera informal eventos actuales y realizaba las entrevistas obligatorias con dignatarios cuando la situación lo requería. Pero dejaba que sus colegas cubrieran las noticias duras del día mientras que ella se encargaba de los temas no políticos de la sociedad. Había pasado de estudiar Periodismo a terminar un grado de Derecho, y ambos le resultaban muy útiles en su papel en *Eventos Nacionales*. Avery tenía un talento especial para encontrar la verdad al investigar historias de crímenes reales y los conocimientos legales como para saber cuándo entregar sus hallazgos a las autoridades. Uno de sus reportajes más vistos cubría la historia de la desaparición de un niño en Florida. La investigación de Avery —que incluyó entrevistas con los padres, un profundo análisis forense del informe del caso y el descubrimiento de nueva información aportada por el padre— descubrió pruebas alarmantes que sugerían que el niño se había ahogado mientras estaba al cuidado de la abuela, quien luego ocultó el cuerpo en un cobertizo detrás de su casa. Tan sorprendentes fueron los descubrimientos de Avery y tan verificadas sus fuentes que las autoridades tomaron nota y reabrieron el caso. Las cámaras de *Eventos Nacionales* grabaron cuando la policía llegó a la casa de la abuela con una orden de registro y los agentes confirmaron el trágico hallazgo.

Durante el último año, sus exitosos programas especiales sobre crímenes reales se convirtieron en leyenda y sus historias de esperanza y supervivencia —desde hundir un coche en una piscina para demostrar cómo escapar hasta saltar de un avión para revelar la mejor forma de salir bien con un paracaídas defectuoso— atrajeron a espectadores de todos los ámbitos de la vida. En pocas palabras, Avery estaba redefiniendo la televisión de los programas

de noticias y otros se desvivían por no quedarse atrás.

Su primer contrato con HAP News fue un modesto acuerdo por dos años que la designaba como colaboradora de *Eventos Nacionales*. Le permitía presentar varias secciones por temporada y ocasionalmente reemplazar a Mack Carter cuando se cogía vacaciones. Avery utilizó esos primeros años para tomar contacto y aprender el oficio. Su creciente popularidad pronto le supuso un contrato más sustancial que la designaba copresentadora de *Eventos Nacionales*. Mack Carter era la estrella, pero Avery se fue haciendo un nombre y ganando su audiencia. Cuando murió Mack —un suceso impactante que dejó pasmado al país entero—, la cadena cambió el contrato de Avery a un lucrativo acuerdo por un año en el que le pagaban medio millón de dólares mientras buscaban un presentador permanente. El futuro de *Eventos Nacionales* era incierto y, en aquel momento, Avery fue un experimento. Era inexperta y no había demostrado nada. Era joven y sin experiencia. Todos creían que era una solución temporal. Pero Avery Mason demostró que estaban equivocados. Se enfrentó al desafío y nunca dio un paso atrás.

Un año más tarde, hacía gala de un impresionante historial de éxitos como la cara visible de *Eventos Nacionales*. Ya no era la chica nueva. Ya no esperaba abrirse paso y encontrar una audiencia. La había encontrado y le eran fieles. Estaba firme en su papel, lo desempeñaba con elegancia y planeaba dejar su marca y su legado en la cadena de noticias, al estilo de las famosas presentadoras de noticias Katie Couric y Diane Sawyer. Pero solo lo lograría si se mantenía firme durante las negociaciones y no mostraba debilidad. Y también, si lograba evitar que su pasado lo estropeara todo; era muy consciente de ello. Porque si había algo que despertaba más el interés del público que el nacimiento y ascenso a la fama de una joven aspirante a estrella era verla caer en desgracia. El *schadenfreude* —término que usan los alemanes para referirse al sentimiento de alegría o placer que algunos experimentan ante el dolor, sufrimiento o fracaso de otras personas — se había convertido en el nuevo pasatiempo estadounidense.

Avery se acercó adonde estaba Dwight.

—Estoy llegando al final de un contrato que desde cualquier punto de vista ha sido una ganga para *HAP News*. En resumen,

conmigo como presentadora, *Eventos Nacionales* generó unos ingresos más altos que cualquier otro programa producido por la cadena, y durante el último año he sido una de las presentadoras peor pagas. David Hillary se ha forrado de dinero a costa mía. Ahora es momento de que me pague.

Dwight respiró hondo.

—¿De cuánto estás hablando?

—Siete cifras.

Dwight se pasó una mano por la cabeza calva.

—No es una petición absurda —insistió Avery—. Menos si se miran los números. Y no solo los míos: el índice de audiencia es alto toda la noche del viernes porque los telespectadores se quedan viendo el mismo canal después de que termina *Eventos Nacionales*.

—Si vuelvo con una contraoferta tan alta, querrán saber qué es lo que están pagando.

—Están pagando por tenerme a mí y a la audiencia que les traigo.

—Hablo de contenido, joven e indestructible guerrera mía. Van a preguntarme qué clase de contenido tienes planeado para el otoño. Ya sabes, hablo de tu segunda temporada completa. —Dwight abrió las manos y miró a su alrededor—. Volver con la idea del programa sobre los SEAL no va a ser suficiente.

—Esto es solo como diversión. Además, voy a hacer mucho más que un programa sobre los SEAL. Yo misma voy a participar del programa. Pero eso es para más adelante. Para el otoño, estoy investigando una historia que viene de Nueva York. Tiene que ver con el 11S y el momento es increíble.

—Dame detalles. Necesitaré municiones si quieres que vuelva a sentarme a la mesa.

—La Jefatura de Medicina Forense de Nueva York acaba de identificar los restos de una víctima que murió en el atentado a las Torres Gemelas. Veinte años más tarde siguen identificando víctimas. Pronto viajaré a Nueva York para investigar la historia.

—¡Mason! Es tu turno. ¡Vamos, muévete! —gritó un comandante de los SEAL desde la línea de salida de la pista de obstáculos.

—Tengo que irme, D. Habla con Germaine y Hillary. Muéstrales los números y recuérdales la ganga que he sido durante el último año.

Avery corrió hasta la línea, se puso en posición de salida y corrió hasta la pared de ascenso. Se aferró a la cuerda con nudos y empezó a trepar.

—Mierda —dijo Dwight mientras sacaba el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta de su traje sin arrugas.

CAPÍTULO 6

Negril, Jamaica

Martes, 15 de junio de 2021

Walt Jenkins alquilaba una casa solitaria en la zona selvática entre Negril y West End. Un viaje en coche de diez minutos hacia el este lo llevaba al centro de Negril y la zona interior de Jamaica, lejos de las playas de arena blanca que rodeaban la isla y los míticos complejos hoteleros que decoraban sus costas. El interior de Jamaica era menos glamuroso. La pintura de las casas azules, rosas y amarillas estaba descascarillada, los perros vagaban por las calles y la población trabajaba para sobrevivir. Pero era una población amable, que había recibido bien al estadounidense que se había mudado a su tierra para escapar de un problema en su país del que no se hablaba. Los locales nunca le preguntaban a Walt de qué huía. El amor y la ley, solían decir sus amigos jamaicanos, eran los únicos dos problemas del hombre en este mundo. Pero Walt había llegado al lugar indicado, le decían. En esta isla "no hay problemas, tío". Durante tres años Walt había tratado creerse esa filosofía. El ron ayudaba.

Un recorrido de media hora hacia el oeste lo llevaba a los acantilados de West End, donde había más turistas de los que querría ver en toda su vida. Pero allí había un local llamado Rick's Café, y era el único lugar donde Walt podía conseguir ron Hampden Estate, a no ser que fuera a la propia destilería, un complejo gigantesco ubicado en Trelawny, donde destilaban ron en alambiques enormes. Walt había visitado la destilería varias veces y se había hecho buen amigo del dueño. Su gusto por el ron lo llevaba a hacer el viaje a Rick's Café un par de veces por semana, cuando sentía deseos de beber algo bueno.

El hielo tintineó en su vaso cuando Walt salió al porche de su casa. Se sentó en la mecedora y contempló el horizonte. Era su

ritual vespertino desde que había llegado a Jamaica. La casa estaba en la zona selvática de Negril y los atardeceres desde el porche no eran tan espectaculares como cuando iba a la costa, pero igualmente valía la pena pasar treinta minutos de silencio y soledad. En lugar de hundirse en el Atlántico, desde su porche el sol simplemente se ocultaba tras las ramas de palmeras y mangles, recortando sus siluetas negras contra el cielo color cereza.

Bebió lentamente el ron hasta que el sol se ocultó y las estrellas se apoderaron del cielo. Todo estaba en silencio, una gran diferencia con su antigua vida en Nueva York. El ocasional ladrido de un perro vagabundo reemplazaba el constante sonido de bocinas y ni una sola vez se había despertado por la sirena de una ambulancia o un camión de bomberos. Durante su primera semana en la casa, uno de esos perros vagabundos había llegado hasta su porche y se había sentado junto a la mecedora. Walt le había rascado detrás de las orejas y le había llevado un recipiente con agua y algo de carne. El perro nunca más se fue. Walt lo llamó Federal y así nació una amistad.

Federal se sentó a los pies de Walt cuando encendió la luz del porche y apoyó sobre su regazo el libro que estaba leyendo. Había un televisor en la casa, pero solo sintonizaba emisoras locales y ofrecía muy pocos programas de deportes. Durante su primera semana lo había encendido una vez, pero desde entonces, ya no se había molestado en hacerlo. Tres años después, ni siquiera sabía si seguía funcionando. Leía el periódico local y en su iPhone seguía al equipo de los Yankees y otros eventos relacionados con su país. Era un dispositivo para comunicarse, pero Walt no recordaba la última vez que lo había usado para hacer una llamada. Menos aún que el maldito aparato hubiera sonado en algún momento.

Bebió otro trago de ron y abrió el libro, la última novela de John Grisham, que había estado utilizando como distracción para no pensar demasiado en su inminente viaje. En cuanto abrió el libro, su tendencia al autosabotaje le impidió encontrar en las páginas la distracción que esperaba. El capítulo donde lo había dejado estaba marcado con una reserva en American Airlines que había impreso el día anterior. Viajaría de regreso a Nueva York y ver la reserva le provocaba una sensación de ansiedad en el pecho. Bebió otro trago de ron, su antídoto elegido contra el desasosiego, mientras maldecía

los mecanismos subliminales de su cerebro que le habían hecho colocar el billete en un sitio donde no podía dejar de verlo; pero a la vez, se admiraba por haberlo hecho. En su vida anterior había sido agente especial de vigilancia del FBI. Trabajaba en los márgenes, nunca en el centro de atención, y sus acciones siempre habían sido ocultas y discretas. Le alegraba ver que después de tantos años fuera del FBI no había perdido sus habilidades, aun a pesar de que esa noche el objetivo era él mismo.

Colocó la reserva en el final del libro y empezó a leer. Pero su mente no captaba el significado de las palabras. Mientras sus ojos recorrían las páginas a ciegas, su cerebro repasaba los detalles del inminente viaje: qué diría, cómo manejaría la situación de volver a verla después de tanto tiempo.

El amor o la ley, los únicos dos problemas del hombre en este mundo.

CAPÍTULO 7

Los Ángeles, California

Miércoles, 16 de junio de 2021

El Range Rover rojo era el vehículo perfecto para el largo viaje de Avery. Con el control de velocidad fijo en ciento treinta kilómetros por hora y nada por delante salvo la carretera abierta y un país entero por conquistar, el Range Rover se conducía prácticamente solo. Avery lo había comprado hacía un año, tras firmar un contrato como presentadora temporal de *Eventos Nacionales*. Era la primera vez en su vida adulta que Avery Mason ganaba dinero de verdad. Había gastado una cantidad obscena de dinero por cuatro ruedas y un motor trucado, pero una parte de su mente —tal vez el vínculo inquebrantable con su vida pasada— hizo que fuera una compra fácil. Quizá por sus venas corría más sangre de su padre de lo que le gustaba admitir. La diferencia, como Avery nunca dejaba de recordarse a sí misma, era que ella se había ganado su posición en el mundo de manera honesta y lícita. Algo que no podía decirse de su padre.

Se dirigía a Nueva York cruzando por Wisconsin, una travesía que cubriría más de cuatro mil ochocientos kilómetros. El avión era más veloz y más cómodo, pero estaba fuera de discusión. Al igual que viajar en tren o alquilar un coche para evitar hacer miles de kilómetros con su Range Rover. Los billetes de avión, de tren y los recibos de alquiler de coches dejaban huellas digitales y en papel. Avery quería dejar la menor cantidad de pisadas posible mientras cruzaba el país en puntillas. Tenía asuntos que tratar en Nueva York e intentaría manejarse debajo del radar. Se había convencido de que nadie la estaba vigilando y que viajar por tierra en lugar de por aire era pura paranoia. Con todo, cuantas menos huellas dejara, mejor.

El miércoles por la mañana, salió de Los Ángeles por la 605 y tomó la Interestatal 15 en la que se mantuvo durante diez horas

seguidas, excepto por dos paradas para ir al baño. Se incorporó a la I-70 y llegó a Grand Junction, en el estado de Colorado, justo cuando los últimos destellos de sol ardían en el horizonte. Buscó un hotel Hyatt y pagó en efectivo por una sola noche. Cuando apoyó la cabeza en la almohada, todavía sentía la vibración suave de las horas pasadas en ruta. Cerró los ojos y esperó el sueño, un elemento esquivo durante sus viajes de verano. Los recuerdos de su familia se abrían paso en su mente durante los viajes por el país. ¿Cómo no iba a ser así? Su familia era de lo que había huido. Su familia era el secreto que ocultaba.

Durante el resto del año, Avery dormía bien y nunca recordaba los sueños. Pero todos los veranos, cuando viajaba hacia su pasado, los sueños eran vívidos y alocados. Alternaban, en su mayoría, entre su madre y su padre: una madre fallecida y un padre convicto. Amaba a su madre con todo su corazón y en un tiempo también había amado así a su padre. Pero ese amor había sido empañado por la traición de su padre y su lugar lo ocupó una mezcla de odio y desprecio por el hombre a quien Avery había considerado su héroe. Esa noche, sin embargo, recluida en un hotel en algún sitio cerca de las montañas Rocosas, sus padres no estuvieron presentes en sus sueños. Cuando llegó el sueño, también lo hicieron los recuerdos de su hermano.

> *El Oyster 625 pesaba treinta toneladas y medía casi veinte metros de largo. Capaz de navegar el turbulento mar frente a la costa de Nueva York, el velero azul era grande, resistente y caro. Con un precio superior a los tres millones de dólares, fue el odioso regalo de su padre cuando Avery cumplió veintiún años. Diseñado para alojar a una tripulación de carrera de ocho personas, el velero también era apto para salidas relajadas a cargo de solamente dos navegantes experimentados como Avery y Christopher. Sin embargo, dos horas después de que el* Clari-Videncia *saliese del puerto deportivo, el mar se embraveció con olas furiosas de más de un metro de altura que se estrellaban sobre los lados de la embarcación. En los descensos, las olas parecían tragarse la proa. La densa lluvia torrencial reducía la visibilidad prácticamente por completo.*
>
> *Habían arriado las velas y el motor luchaba contra las olas y las corrientes. El puerto estaba a más de cinco kilómetros de distancia y solo se veían aguas turbulentas y cielos negros. El océano levantaba la magnífica embarcación en el aire y la dejaba caer contra las olas como si fuera un juguete. Avery sentía que el Oyster tiraba hacia estribor y le*

costaba controlarlo. El timón quería girar en sentido de las agujas del reloj y ella tenía que hacer fuerza para mantener el rumbo oeste. Sin embargo, el velero tiraba con demasiada fuerza. Algo no iba bien. De pronto, notó que escoraba. De hecho, más que escorar, se hundía. La proa bajaba lentamente, como si fuera a zambullirse bajo el mar. Pensó que era una ola que había hundido la parte delantera del barco, pero cuando no se recuperó, Avery comprendió que se estaba hundiendo.

Levantó la tapa del botón de llamada digital selectiva y lo presionó para enviar una señal de socorro a la Guardia Costera, indicando el nombre de la embarcación y la ubicación exacta en longitud y latitud. Como medida de precaución, y también porque estaba aterrada, tomó el transmisor y lo acercó a sus labios.

—Mayday, mayday, mayday. Aquí el Clari-Videncia, mayday, mayday, mayday.

El chasquido de la voz era fuerte y lleno de estática, casi inaudible por encima de la lluvia y el viento.

—Adelante, Clari-Videncia, aquí la Guardia Costera. Tenemos su ubicación y estamos enviando una tripulación. ¿Cuál es su situación?

—Velero Oyster 625 con lluvia y vientos fuertes. Olas de un metro y medio a dos metros y nos está entrando agua.

—Comprendido, Clari-Videncia. ¿Cuántas personas a bordo?

—¡Dos! —gritó por encima del rugido de las olas—. Estamos en una tormenta y nos está entrando agua. Muy escorados hacia estribor.

—¿Cuál es su tiempo estimado, Clari-Videncia?

—No lo sé —respondió mientras una ola se estrellaba sobre la proa del barco—. Mi hermano bajó para buscar el origen de la entrada de agua y ver si podía contenerla.

—Dígale a su hermano que suba a la cubierta. Nos quedaremos con usted hasta que llegue nuestro equipo.

—¡No hay tiempo! —dijo Avery, mientras otra ola engullía la proa —. ¡Vamos a volcar!

Avery se incorporó en la cama antes de tomar conciencia de que estaba despierta. Era su reacción normal ante el sueño recurrente y había determinado que era un mecanismo de defensa. Se obligaba a despertarse antes de tener que revivir la imagen en la que la proa del Oyster se sumergía y luego se retorcía verticalmente antes de hundirse como una lanza hacia el fondo del océano. Se despertaba antes de que su mente reviviera la batalla con el mar mientras luchaba contra las olas de dos metros que hacían todo lo posible por ahogarla.

Se recostó otra vez y hundió la cabeza en la almohada, alejando todos los pensamientos confusos que se escondían en las sombras de

su mente y esperaban para emerger todos los veranos cuando Avery regresaba a casa. No podía permitir que esos pensamientos la distrajeran de lo que tenía que hacer. Durante el verano tendría que atar los cabos sueltos y deshilachados de su saga familiar. Lo que sucediera después estaría fuera de su control. Si en ese momento se abrían las compuertas y todos los sórdidos detalles de su pasado brotaban como un torrente, al menos habría hecho todo lo posible por las personas que amaba.

CAPÍTULO 8

Sister Bay, estado de Wisconsin

Viernes, 18 de junio de 2021

Avery estaba de vuelta en la carretera a las seis de la mañana siguiente, con un café grande en la consola central —con dos de leche y dos de azúcar— música *reggae* suave en la radio y la carretera sin límites delante de ella. Al este de Denver, se incorporó a la I-80, donde se mantendría durante dos días. Pasó su segunda noche en Lincoln, estado de Nebraska. El viernes por la mañana, cruzó todo el estado de Iowa antes de llegar al límite con Wisconsin. Se dirigió al noreste, atravesando el estado en una ruta diagonal. Muy pronto los cedros blancos y los pinos de Banks dominaban el paisaje hasta donde llegaba la vista. Los pinos le recordaban su adolescencia y los veranos pasados en esa parte del país.

A las tres y media del viernes, llegó al extremo sur de la península Door. Condujo hacia el norte por la carretera 42 y siguió el camino de dos carriles durante ochenta kilómetros. Las costas de la bahía de Green sobre el lago Michigan quedaron hacia el oeste cuando pasó por las ciudades de Egg Harbor y Fish Creek. Eagle Harbor resplandecía bajo el sol de la tarde mientras Avery atravesaba la concurrida ciudad de Ephraim. La marquesina con rayas rojas de la heladería Wilson's inundó su mente de recuerdos de los veranos largos y cálidos de su adolescencia; los mejores de su vida.

Cerca del extremo de la península, Avery llegó a Sister Bay, en el estado de Wisconsin, el pueblo donde había pasado todos los veranos de su infancia. A partir del sexto curso, sus padres la habían enviado de Manhattan a Wisconsin, a la escuela de vela de Connie Clarkson, a pasar los veranos junto con otros chicos de familias acaudaladas del país. El ochenta por ciento de los niños que asistían

al campamento de verano eran del Medio Oeste. El resto viajaba desde la Costa Oeste y la Costa Este y eran niños cuyos padres ansiaban que aprendieran a navegar en una de las instituciones más prestigiosas y codiciadas del país.

Los padres de Avery habían hecho lo mismo con su hermano mayor, Christopher, cuya vuelta a casa a finales de cada verano llegaba con fabulosas historias de la vida sobre el agua, domando los vientos del lago Michigan y deslizándose por las aguas de la bahía Green. Los nombres y lugares se convirtieron en leyenda para Avery. Las islas Washington, Rock, St. Martin, Summer, Big Bay de Noc y el faro de península Point. Avery no veía la hora de que llegara su turno. Cuando por fin llegó, aprovechó la oportunidad. Para cuando llegó a octavo, ya podía manejar un velero de seis metros por su cuenta. En sus años de secundaria, Avery volvió a Sister Bay todos los veranos como instructora de vela, un puesto que por lo general se reservaba para estudiantes universitarios, pero que Avery se había ganado por su destreza en el agua. A los diecisiete años, era mejor navegante que cualquiera de los universitarios que enseñaban en la escuela y podía competir de igual a igual con muchos de los adultos. Ya en la universidad, pasaba sus veranos liderando la escuela de Connie como instructora principal. Avery les debía su disciplina de trabajo y su espíritu indómito a los veranos pasados en Sister Bay y específicamente a Connie Clarkson, la dueña de la escuela de vela y su mentora. Mientras conducía los últimos kilómetros de su viaje, Avery dejó atrás esos maravillosos recuerdos de verano y se concentró en el complicado pasado reciente. Todo había sido más fácil de niña, cuando lo único que le importaba era estar en el agua y domar el viento. Todo era más fácil en aquel entonces, antes de que se enterara de que todo en su vida era un engaño.

Condujo por el largo camino arbolado que llevaba al aparcamiento de la escuela de vela. Situada sobre cuatro hectáreas, la boscosa finca descansaba sobre la bahía. La escuela albergaba doce confortables cabañas de estilo rústico que cada verano alojaban a treinta y dos alumnos. Avery aparcó y contempló las aguas del lago Michigan. Una docena de veleros estaban amarrados al muelle, con dos elevadores anclados en su sitio para sacar los barcos del agua. A mediados de junio, el sitio estaba lleno de

alumnos e instructores. Avery permitió que la marea de emociones la inundara: desde sus días de adolescencia allí y su relación con Connie Clarkson hasta los recuerdos de su hermano y la traición y destrucción que habían causado las mentiras de su padre.

No se molestó en disimular sus ojos enrojecidos ni el maquillaje corrido antes de cruzar por el aparcamiento y subir los escalones de la casa principal. Llamó dos veces y esperó. Un minuto después, Connie Clarkson respondió. Una sonrisa iluminó la cara de la mujer. Se abrazaron como madre e hija.

—Claire —le dijo Connie al oído—. Me alegra mucho que hayas venido.

CAPÍTULO 9

Manhattan, Nueva York

Viernes, 19 de junio de 2021

Habían pasado tres años desde que Walt Jenkins se fue de Nueva York; mil ciento cuarenta días desde que cambió el ajetreo, el bullicio, las calles congestionadas y el aire lleno de smog por la silenciosa tranquilidad de Jamaica. El tiempo había pasado en períodos aleatorios de semanas dolorosamente lentas y meses que pasaron en un abrir y cerrar de ojos. En todos los sentidos, estaba mejor actualmente que cuando se había marchado. No tanto como lo estuvo una vez, pero aliviado en cierta medida por el tiempo que cura todas las heridas, tanto físicas como emocionales. Estaba de vuelta en Nueva York durante una sola noche, la misma noche por la que había regresado en los últimos tres años. En línea con la tradición de su vida, el regreso de Walt a Nueva York era contraproducente en el mejor de los casos, abiertamente destructivo en el peor. Era demasiado inteligente como para creer que algo bueno resultaría de esa noche, pero demasiado estúpido como para mantenerse lejos.

A medida que se aproximaba junio y el encuentro anual de supervivientes se acercaba cada vez más, Walt se encontró buscando precios de billetes de avión. Todos los años volvía al encuentro anual, tomaba egoístamente de los participantes lo que necesitaba de iluminación espiritual para sobrevivir otro año y luego se subía al avión de vuelta a Jamaica, donde bebía ron en silenciosa soledad y trataba de deshacer el daño que el viaje había causado. No era forma de vivir y no podía continuar así. Y, sin embargo, allí estaba de nuevo, atrapado en una espiral descendente de la que no podía escapar. Algo tenía que cambiar o se escurriría por el desagüe de la vida y nunca volverían a verlo. Había estado al borde del desastre con el alcohol antes de que el FBI lo

despidiera…, lo jubilara, se corrigió, con el total de la pensión que le correspondía. Eso había sido tres años atrás y ahora, decididamente se había excedido. No había hablado con sus padres ni sus hermanos en tres años, con excepción de una llamada en Navidad. Había perdido prácticamente todos los amigos que se había hecho en la vida. La razón detrás de todo era una mujer. La misma mujer a la que iba a ver a Nueva York todos los años. Walt Jenkins le daba un nuevo significado al *autoboicot*.

La sección neoyorquina de Supervivientes de Traumas celebraba su reunión anual en junio, en el salón Ascent Lounge del edificio Time Warner de Manhattan. Era una reunión anual de víctimas de traumas que milagrosamente habían derrotado los pronósticos, engañando a la muerte y llegado a la otra orilla de la vida. Vivos, sí. Pero distintos de las personas que habían sido en el pasado. La velada consistía en discursos y entregas de premios, invitados de honor y miembros distinguidos, viejas y nuevas historias. Una parte entera del evento se reservaba para honrar a los médicos y enfermeras, sanitarios y bomberos y otros socorristas cuya presencia de mente y destreza habían salvado las vidas de los presentes.

Esta noche estaban presentes supervivientes de toda clase: una mujer que había sido la única en salvarse de un accidente aéreo en el que murieron ochenta y dos pasajeros; un hombre que se había arrojado de un coche en llamas justo antes de que explotara mientras caía por un barranco; un excursionista que había soportado dos semanas en la naturaleza sin comida y con poca agua; un motorista que no tenía ninguna razón para salir ileso del accidente que convirtió su moto en una bola de acero dentada; y Walt Jenkins, el agente federal que había sobrevivido a dos balas en el torso, una que le destrozó el cuello y otra que le perforó el corazón. Su cirujana traumatóloga le dijo que en el noventa y nueve por ciento de los casos, esas heridas de bala eran fatales.

Además de los supervivientes, la lista de invitados incluía a los familiares de víctimas de los mismos accidentes. Las familias de las víctimas del accidente aéreo en el que murieron todos los pasajeros menos una. Los padres del adolescente borracho que había muerto en el accidente que hizo caer el coche del hombre en llamas por el barranco. La hermana del hombre que no sobrevivió a la naturaleza como su compañero de excursión. El camionero contra cuyo

vehículo se había estrellado la moto. Walt regresaba a Nueva York todos los años para ver a un familiar en particular.

Walt estaba tan lejos de su antiguo empleo en el FBI que solamente poseía un traje. Su nueva vida en Jamaica no requería de atuendos formales y él se había deshecho de todas las chaquetas y corbatas que tenía antes de mudarse. Entonces se acomodó las solapas sobre los hombros, se enderezó la corbata e inspiró hondo antes de abrir las pesadas puertas del Ascent Lounge. Fue directamente hacia el bar.

—¿Qué clase de ron tienes? —preguntó al camarero.

El joven deslizó un menú hacia él sobre la barra. Walt pasó el dedo por la lista sorprendentemente larga de selección de ron y eligió un Mount Gay 1703. El camarero se lo sirvió con hielo en un vaso de fondo grueso; Walt se lo acercó a los labios, sintiéndolo perfectamente equilibrado en la mano. Su jubilación no era lo suficientemente elevada como para permitirse el Mount Gay, y pedir ron que no podía pagar siempre le despertaba una sensación de ansiedad en el estómago. Hasta que bebía el primer sorbo. Con la bebida en la mano, se apoyó contra la barra y observó el salón. Todavía era temprano. Las presentaciones y discursos no habían comenzado. Quería tomarse un trago o dos antes de encontrarse cara a cara con ella. Mientras tragaba su segundo sorbo de ron, sintió una mano ligera sobre su hombro.

—Walt —dijo una mujer.

Walt reconoció la voz inmediatamente. La doctora Eleanor Marshfield era la cirujana traumatóloga que lo había vuelto a dejar entero. Se volvió con una sonrisa.

—No me sorprende haberte encontrado en el bar —dijo la doctora Marshfield.

Walt adoptó una expresión apesadumbrada y levantó el vaso con ron.

—Me declaro culpable. ¿Puedo invitarte a una copa?

—No, gracias, estoy de guardia.

Walt asintió. La mujer pasaba la vida esperando que ocurrieran tragedias: accidentes automovilísticos y heridas de bala. Era una forma terrible de vivir, pero Walt se sentía agradecido por su vocación. Ella le había salvado la vida.

—¿Cómo has estado últimamente, Walt?

—Bien. —Walt asintió varias veces—. Bastante bien.

—¿Qué tal el trabajo?

—Yo… ya no estoy trabajando.

La doctora Marshfield arqueó las cejas y arrugó la frente.

—Pensé que eso era solo algo temporal.

Walt sonrió.

—Yo también. Pero supongo que en el FBI hay una regla no escrita que dice que una vez que a un agente le meten dos balas en el corazón, sus servicios ya no serán requeridos.

—Fue una sola la que te metieron en el corazón. La otra fue en cuello. Soy buena, pero no tan buena.

—Gracias por la corrección.

—¿Y en qué has estado ocupando tu tiempo libre como jubilado?

En ron, surf, culpa y arrepentimiento.

—Sigo sin pillarle el truco a esto de la jubilación —dijo por fin —. Pero lo estoy intentando.

—Eres joven. Tienes toda la vida por delante.

Walt no quiso comentar que eso era precisamente lo que le preocupaba.

El teléfono de la doctora Marshfield emitió un zumbido y ella miró la pantalla.

—Esperaba poder quedarme más. Solo he hablado con algunos de mis antiguos pacientes, pero tengo que ir al hospital. Me ha encantado verte, Walt. Me alegra que estés bien.

—Gracias, doctora. Me alegro de que me hayas encontrado.

Ella sonrió.

—¿Nos vemos el año que viene?

—Si sigo estando vivo.

—Claro que lo estarás. Simplemente no te cruces con más balas. Y tal vez reduce el alcohol.

La observó irse y tomó otro trago de ron antes de volver a observar el salón. Pasó veinte minutos buscándola; sus ojos lo engañaron varias veces, haciéndole pensar que la había visto solo para decepcionarlo cuando la mujer se volvía y Walt veía la cara de una desconocida. Pidió otro ron.

—¡Walt Jenkins, joder!

Walt miró hacia su izquierda. La cara que apareció pertenecía a

su pasado lejano. Scott Sherwood era su antiguo jefe de personal cuando trabajaba para la Oficina de Investigación Criminal de Nueva York allá por los años noventa.

—¿Scott? —Walt movió la cabeza y sonrió—. ¿Qué cojones estás haciendo aquí?

—He venido con una amiga. Dijo que necesitaba apoyo moral, pero desde el momento en que entramos, ha estado conversando con los médicos y las enfermeras que la ayudaron. Había decidido irme cuando me pareció reconocer a mi viejo amigo en el bar. ¡Joder! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—No lo sé. ¿Veinte años?

—¿Tanto? ¿Dónde va el tiempo?

—Dímelo tú a mí.

—¿Qué has estado haciendo en los últimos años? Pregunto por mi viejo amigo Walt Jenkins, pero nadie sabe nada.

—Sí, es que he estado fuera de circulación. Tuve que alejarme de Nueva York para ponerme en condiciones. Y nunca encontré el camino de regreso.

—Oye, te llamé varias veces después de que…, ya sabes. Después de que te disparasen.

—Sí, lo sabía, Scott, y te lo agradezco. Siento no haberme puesto nunca en contacto contigo. Fue una época extraña para mí. No le devolví las llamadas a un montón de gente. Pero sabía que habías llamado. Significa mucho para mí. Soy un idiota por no haberte avisado.

—Para nada —dijo Scott, moviendo la mano como para descartar la idea—. Me imagino por lo que has estado pasando. Quería que supieras que me había enterado de tu situación y que pensaba en ti, nada más. Todos en la oficina te tenían presente.

Walt señaló la barra detrás de él.

—¿Puedo invitarte a una copa?

Scott asintió.

—Encantado. Ginebra con tónica.

Walt se lo pidió al camarero y le entregó la bebida a Scott.

—Por los viejos amigos —brindó Scott mientras levantaba el vaso y lo inclinaba ligeramente hacia Walt.

Walt sonrió.

—Por los viejos amigos.

—Entonces, ¿qué has estado haciendo? Dios sabe que le he preguntado a medio mundo. Nadie sabe qué fue de ti.

Walt sonrió.

—Nada emocionante. Sentí la necesidad de irme de la ciudad por un tiempo, y fue lo que hice.

—¿Dónde fuiste?

Walt hizo una pausa antes de responder.

—Hum… Me fui a Jamaica. Creí que sería por un par de meses, pero nunca volví.

—¿A Jamaica?

—Negril, en el West End.

—No distinguiría Jamaica de Aruba. ¿Y qué? ¿Piensas quedarte sentado en una playa el resto de tu vida?

—No lo sé, la verdad. El FBI me dio una buena pensión y de momento no tengo planes definitivos.

—Suena como una buena vida. Me alegra, Walt.

Walt sonrió y volvió a asentir. Por encima del hombro de Scott Sherwood, y entre la gente, finalmente la vio. No la había estado buscando y, sin embargo, sus ojos se detuvieron en ella. Estaba hablando con alguien y riendo de una manera que traía consuelo a su corazón. Un corazón que literalmente le dolía de vez en cuando, en gran parte por el tejido cicatricial que se había formado, pero a veces, estaba seguro, por lo mucho que la echaba de menos.

—Scott —dijo Walt, apartando la mirada de ella para fijarla en su viejo amigo—. Me ha encantado verte, amigo. No quiero interrumpirte, pero tengo que hablar con alguien que acabo de ver aquí.

—Por supuesto. Gracias por la copa. A mí también me ha alegrado verte. Jamaica, ¿eh?

Walt sonrió.

—Ven alguna vez. Tengo una habitación de sobra.

—¿Hablas en serio?

Walt volvió a mirar hacia la multitud, sintiendo urgencia de hablar con ella. Como si otro momento de retraso pudiera hacer que perdiera su oportunidad. Miró de nuevo a Scott.

—Claro que hablo en serio.

Scott dejó el vaso sobre la barra y busco su teléfono.

—Dame tu número. Tal vez acepte esa invitación.

Walt sonrió con impaciencia y recitó su número de teléfono.

—Será mejor que atiendas cuando llame.

Walt palmeó el hombro de su amigo.

—No lo dudes. Me alegro de verte, Scott.

Se volvió y avanzó por entre la gente. Ella pareció intuir su presencia, porque se volvió justo cuando él se acercaba. Inmediatamente, sonrió. Se quedaron mirándose un momento; todas las otras personas que estaban en el salón desaparecieron. Fue mucho lo que se dijeron sin que ninguno pronunciara palabra.

Por fin, ella extendió los brazos y se los pasó alrededor del cuello.

Walt la envolvió en un abrazo apretado.

—Hola, Meghan.

—Por Dios, qué alegría verte —le susurró ella al oído.

Había mil cosas que Walt deseaba decir. Mil cosas que había ensayado. Cosas en las que había pensado todos los días durante el año que había pasado desde que la hubiera visto por última vez. Que seguía amándola tanto como tres años atrás. Que la echaba de menos como jamás había echado de menos a otra persona. Que si el universo fuera un sitio menos cruel, se habrían conocido antes en la vida. Que no se había marchado porque su amor por ella hubiera disminuido, sino porque era más fácil sentirse infeliz viviendo en una isla en el Caribe que en la misma ciudad que la mujer que amaba, pero con la que no podía estar.

Walt no dijo ninguna de esas cosas. Solo cerró los ojos y la abrazó con fuerza, sintiendo como el corazón de ella latía contra el suyo.

CAPÍTULO 10

Sister Bay, estado de Wisconsin

Viernes, 18 de junio de 2021

Hacía años que nadie la llamaba Claire. De hecho, nadie más la llamaba de otro modo que no fuese Avery Mason en la actualidad. Se preguntó si era realmente posible borrar un pasado y convertirse en otra persona. Los recuerdos de la infancia arraigados profundamente en su subconsciente le decían que no lo era. Por más años que pasaran, una parte de ella sería siempre Claire Montgomery. La parte de ella que estaba atada a Connie Clarkson no poseía otra identidad.

Nacida como Claire Avery Montgomery, no había cambiado su nombre legalmente a Avery Mason, pero había utilizado ese seudónimo en la firma de su primer artículo para el *LA Times* cuando tenía veintiocho años. Lo mantuvo. No fue casual que ese mismo año a su padre lo acusaran por una de las estafas piramidales más grandes de la historia de los Estados Unidos. El cambio de nombre fue una jugada estratégica que hizo tras graduarse en Derecho e intentar escapar del legado de su familia. Ser la hija de Garth Montgomery había puesto fin a su carrera legal antes de que empezara. Nadie confiaría en la hija de uno de los mayores ladrones de Estados Unidos para perseguir a criminales, de manera que no lo intentó. Con un título de abogada inútil y un linaje familiar que intentaba expurgar, huyó de Nueva York y aterrizó en el sur de California. Recurrió a su título universitario en periodismo para conseguir trabajo como reportera en el *Los Angeles Times*.

Estaba mal pagado y era muy distinto a la vida que había dejado atrás. Había sido la hija de un multimillonario y la beneficiaria de un fondo fiduciario destinado a darle una vida de independencia financiera, pero llegó a Los Ángeles y por primera vez en su vida

tuvo que arreglárselas sola.

Al poco tiempo de empezar a trabajar en el Times, se topó con la historia del niño desaparecido de Florida. La historia fue recogida a nivel nacional y su investigación captó la atención de Mack Carter. A ella, como Avery Mason, le pidieron que apareciera como invitada en *Eventos Nacionales* para contar la historia, lo que llevó a un programa especial de tres partes. El episodio final de dos horas incluía la impactante filmación de Avery, seguida por cámaras de *Eventos Nacionales*, que habían acompañado a la policía cuando hicieron el inquietante descubrimiento en un cobertizo detrás de la casa de la abuela. Mack Carter estaba tan impresionado con el instinto de investigación de Avery que la volvió a invitar al programa varias veces ese mismo año. En aquel entonces, ella tenía solo veintinueve años. Las frecuentes apariciones como invitada la llevaron a un puesto más permanente como colaboradora habitual. Los índices de audiencia demostraban que la joven periodista era popular. Tras dos años como colaboradora, le pidieron que se uniera al programa de manera permanente como copresentadora. Cuando Mack Carter murió, se encontró en la posición inverosímil de ser la nueva cara de uno de los programas de noticias más antiguos de Estados Unidos. En apariencia, Avery Mason era una joven periodista exitosa con toda una carrera por delante. Por dentro, era un manojo de nervios y sentía terror de que la atención pusiera bajo la lupa su pasado y la vinculara a Garth Montgomery, su padre, el Ladrón de Manhattan.

Durante la década de los noventa y los primeros años del nuevo siglo, la familia Montgomery había sido un símbolo del sueño americano: una familia trabajadora que había alcanzado los escalones más altos de la sociedad a base de puro esfuerzo y determinación. Garth Montgomery fundó Montgomery Investment Services en 1986, un fondo de cobertura con sede en Nueva York que ofrecía servicios de corretaje de seguridad y asesoramiento de inversiones a bancos, instituciones financieras y personas con gran patrimonio. Después de tres décadas de administrar las carteras de algunas de las personas más ricas del país, asesorar a algunas de las corporaciones más grandes del mundo, supervisar los fondos de jubilación de los sindicatos más importantes de Estados Unidos y controlar los patrimonios de las universidades más influyentes, la

firma tenía cincuenta mil millones de dólares en activos bajo gestión. Parecía ser un fondo global bien administrado que generaba millones para sus clientes. En realidad, era una gigantesca estafa piramidal que pagaba a los inversores a largo plazo retornos escandalosos generados a partir de los depósitos de los nuevos inversores. Un castillo de naipes que podía caer en cualquier momento; finalmente lo hizo y de manera impactante.

Los auditores forenses determinaron que más de treinta mil millones habían sido obtenidos de manera fraudulenta y malgastados en el estilo de vida ostentoso de Garth Montgomery. El resto de los "activos" de la empresa eran ficticios; los libros contables estaban tan maquillados que a los agentes federales casi se les mancharon las manos cuando por fin se las pusieron encima. Las acusaciones federales llegaron el verano después de que Claire Montgomery se graduase de la escuela de Derecho y ella todavía tenía recuerdos vívidos de cómo habían irrumpido los agentes federales por la puerta principal del lujoso ático familiar. Sacaron a su padre de la cama y se lo llevaron esposado y en pijama al coche policial aparcado delante del edificio. En todo el mundo se vio ese recorrido vergonzoso. Se publicaron fotografías en la primera plana de todos los periódicos y los vídeos se vieron en todos los informativos. Si se escribía el nombre *Garth Montgomery* en cualquier buscador de internet, la primera imagen que aparecía era la de su padre en pijama, con las manos esposadas detrás de la espalda y una docena de agentes federales escoltándolo fuera del edificio.

A pesar de que le habían contado los detalles, de todas formas quedó impactada por la magnitud de la situación cuando se hicieron públicos los pormenores de Castillo de Naipes, el nombre que el FBI le dio a la operación que hizo caer a Montgomery Investment Services. Era como ver una película de terror en la que su padre era el villano. Si las acusaciones eran ciertas (y ella sabía que lo eran) significaba que su padre había estafado a miles de personas, arrebatándoles los ahorros de toda una vida, se había apoderado de las jubilaciones de muchos trabajadores y les había quitado a las universidades décadas de contribuciones a su patrimonio. Las acusaciones significaban que la familia *Montgomery* era un espejismo, tanto en sentido moral como

material. Todo lo que poseían estaba contaminado por la codicia y el engaño: el apartamento lujoso, la mansión en los Hamptons, la casa de Aspen, el apartamento sobre la playa en St. Barts, los coches, el avión, el fondo fiduciario de Avery. Hasta el *Clari-Videncia*, el majestuoso velero que se había hundido el verano anterior, provenía de dinero sucio. Pero lo ilusorio no era solamente lo material, sino la mentira de que alguna vez habían sido una familia feliz.

Tal vez aún peor que el fraude financiero fue el engaño personal que salió a la luz tras la condena de su padre. Se descubrió que Garth Montgomery tenía una amante. Una mujer de cuarenta años con la que su padre tenía una relación de más de una década y a la que le había financiado su estilo de vida con el dinero que robaba. La relación había empezado durante la adolescencia de Avery y, de pronto, todas las noches en que su padre trabajaba hasta tarde y los frecuentes viajes de negocios cobraron sentido. Hasta la idea de los veranos que Avery y su hermano pasaban en Wisconsin parecían manchados por la mentira. La revelación de la doble vida de su padre la había herido más que enterarse de que toda su vida había sido una fantasía. El descubrimiento destrozó a su madre; fue el desmoronamiento absoluto de la vida que había creído construir con el hombre que amaba. Un infarto se llevó a Annette Montgomery cuando tenía solamente sesenta y dos años, ocho meses después de que los agentes federales hubieran arrastrado a su marido de la cama en las primeras horas de la madrugada. A pesar de que la autopsia reveló la existencia de una enfermedad coronaria crónica no detectada, Avery no podía superar la idea de que la traición de su padre había sido la verdadera causa de su muerte. Ese pensamiento insidioso siguió alimentando el rechazo que sentía contra su padre. Aunque la muerte de su madre había sido otra tragedia que tuvo que sobrellevar, le daba una cierta sensación de paz saber que no tendría que soportar el estigma de ser la mujer de uno de los hombres más odiados de Estados Unidos.

El dolor y la ira finalmente dieron lugar a la claridad. La vida que Claire Montgomery había llevado durante veintiocho años había terminado. La supervivencia solo vendría si se reinventaba a sí misma. Eso hizo, y así nació Avery Mason.

CAPÍTULO 11

Sister Bay, estado de Wisconsin

Sábado, 19 de junio de 2021

Avery pasó la velada en casa de Connie Clarkson, bebiendo vino y poniéndose al día. Antes había recorrido la finca; visitó la cabaña donde se alojaba todos los veranos, caminó por los muelles y habló con los alumnos que pasaban el verano allí. Por la noche, Connie y ella compartieron historias y momentos importantes de sus vidas desde que se habían visto el año anterior. Avery le preguntó por la escuela. Estaban a tope y tenían una larga lista de espera. La escuela sobreviviría. Connie lo lograría. Las cosas no estaban como habían estado en otros tiempos, pero Connie se arreglaba bien. Si la mujer le guardaba rencor por lo sucedido, jamás lo había demostrado.

Fue, por supuesto, el vínculo de Connie con los jóvenes Montgomery y sus muchos veranos pasados en Sister Bay lo que le permitió a Garth Montgomery acercarse a ella con una oportunidad de inversión. Connie al principio dudó ante la idea de establecer una conexión tan íntima de negocios con el padre de dos de sus exalumnos, pero finalmente sucumbió ante la labia del mago de las finanzas. Invertir con una firma tan destacada como esta tenía demasiados beneficios como para que Connie pudiera negarse. Garth Montgomery prometió trabajar incansablemente por ella y obtener los ingresos que eran tan comunes para la empresa. La firma tenía reglas estrictas sobre inversiones mínimas, pero el señor Montgomery estaba dispuesto a flexibilizarlas en favor de una amiga tan cercana de la familia. Connie había acumulado dos millones de dólares durante el transcurso de su vida y le entregó cada centavo al padre de Avery. Él le prometió duplicarlo en cinco años.

Un año después, los agentes federales golpearon a la puerta de la

empresa. Luego vinieron las órdenes de registro, el congelamiento de las cuentas y el decomiso de activos. Cuando el polvo se asentó, Connie Clarkson, al igual que todos los otros clientes de Garth Montgomery, se enteró de que su dinero había desaparecido. Una contabilidad detallada demostró que se había utilizado para pagar a los inversores a largo plazo, a quienes se les debían retornos escandalosos que el fondo no podía cubrir legítimamente. Parte de ese dinero seguramente había sido derrochado en el estilo de vida extravagante de un multimillonario que había robado para cumplir el sueño americano. Tras prometerle todo, Garth Montgomery dejó a Connie sin nada.

Después de un rato, la conversación de las dos mujeres se apartó de Garth Montgomery y se centró en la muerte de la madre de Avery. Connie era como una madre sustituta para ella, por lo que era natural que Avery se desahogara con la mujer. Y más tarde, como siempre, la charla pasó al hermano de Avery. Al fin y al cabo, Christopher había sido el alumno más querido de Connie a lo largo de los años.

No fue hasta más tarde esa noche, una vez que Avery estuvo acostada en silencio en la habitación de huéspedes de Connie, cuando sus pensamientos volvieron a su padre. A pesar del argumento de la fiscalía de que Garth Montgomery era la definición misma de riesgo de fuga, había desaparecido después de pagar la fianza. Las autoridades federales sospechaban que no había llegado demasiado lejos, ya que había entregado su pasaporte y todos sus activos estaban congelados. Era probable que estuviera en México, aunque no se podía descartar América del Sur. Habían recibido informes de personas que alegaban haberlo visto en sitios tan lejanos como Europa y Australia. Lo único que sabían con certeza era que había llegado lo suficientemente lejos como para mantenerse oculto durante los últimos tres años y medio.

Los agentes del FBI habían hablado varias veces con Avery en ese período y la habían interrogado sobre el paradero de su padre. Ella siempre les decía lo mismo: que no tenía ni idea de dónde se ocultaba su padre, no tenía ningún interés en encontrarlo y se alegraba de que hubiera desaparecido. Y era la pura verdad. Entonces llegó la postal y lo cambió todo.

El domingo por la mañana, Avery y Connie dieron una vuelta a

bordo del velero Moorings 35.2 que estaba amarrado en el muelle de Connie. Avery sabía que la embarcación, construida por Beneteau, era robusta, y estaba diseñada y construida por expertos. Eso no impidió que inspeccionara meticulosamente cada detalle. A las siete de la mañana ya estaban navegando, con Connie al timón. Incluso después de perder todos los ahorros de una vida, la pasión de Connie Clarkson seguía intacta. La mujer vivía para navegar. Avery tenía un velero Catalina de casi once metros en Santa Mónica y navegaba casi todos los fines de semana. A pesar de eso, aceptó las indicaciones de su antigua mentora como si no hubiera navegado en años. Llegaron a la isla Washington antes de regresar. La vela spinnaker flameó ruidosamente cuando viraron y volvió a hincharse cuando tomaron un rumbo cerrado en la dirección contraria. Con el velero escorado en quince grados, se echaron hacia atrás en el asiento y disfrutaron del paseo. En los últimos años, Avery había visto cómo el dolor y la decepción hacían mella en Connie de manera inconfundible. Pero hoy, mientras la mujer timoneaba el velero, Avery vio que sus ojos habían recuperado el brillo que ella recordaba de su adolescencia.

Por la tarde, Avery estaba de nuevo en la carretera en su Range Rover, con los ojos ardientes y enrojecidos por la despedida. Cinco horas más tarde luchaba contra el tránsito en la autopista Dan Ryan mientras atravesaba Chicago. Ya era de noche cuando cruzó Indiana, entró en Ohio y se puso a buscar un hotel. La primera etapa de su viaje había quedado atrás: la peregrinación anual a casa de Connie Clarkson. Le quedaba un día entero de ruta antes de llegar a Nueva York. Allí perseguiría la historia de una víctima del 11S identificada veinte años después de la caída de las Torres Gemelas. Pero, en realidad, estaría persiguiendo otra cosa.

Conducía con la postal sobre el asiento del copiloto. Mostraba la imagen de una cabaña de madera rodeada de hojas otoñales. En el reverso había una caligrafía que Avery reconoció en el momento en que sacó la postal del buzón. La rompió en cuanto comprendió de quién era. Más tarde, sin embargo, la irresistible atracción del amor incondicional la sorprendió y el vínculo natural que une a las hijas con sus padres emergió y la llevó a pegar los trozos y leer las palabras del suyo. No tardó en darse cuenta de que su padre no le había enviado la postal porque la echara de menos. No la había

enviado para lamentar el fallecimiento de su mujer. La envió porque necesitaba ayuda.

Ponerse en contacto con su padre sería peligroso. Ofrecerle ayuda de cualquier tipo, directamente una estupidez. No tenía nada que ganar si lo hacía, y todo que perder. Aun así, no podía dejar de mirar los números que su padre había escrito en la parte inferior de la postal:

777

Sabía lo que significaban y había tratado de no prestarles atención. Los agentes del FBI que la habían interrogado sobre el paradero de su padre estaban equivocados. No había huido a México ni a América del Sur. Tampoco había llegado tan lejos como Europa o Australia. Estaba allí mismo, en Estados Unidos, y Avery sabía exactamente dónde se encontraba.

CAPÍTULO 12

Manhattan, Nueva York

Martes, 22 de junio de 2021

Exhausta tras la semana de viaje y agotada emocionalmente por la visita a Connie Clarkson, Avery se había tomado el día para relajarse. Pero ahora, sintiéndose renovada, necesitaba la distracción de su trabajo para aclararse la mente. Estaba en Nueva York para recabar información. Estaba allí para perseguir una historia. Su reunión de esa noche pretendía poner a prueba la solidez de esa historia. Le resultaba fascinante la identificación de una víctima del 11S veinte años después de la caída de las Torres. Si los detalles resultaban tan interesantes como sonaban, Avery les contaría la idea a sus productores y conseguiría que la cadena aprobara la grabación de entrevistas formales para producir un programa en otoño que coincidiera con el vigésimo aniversario del atentado.

Por la noche, se dio una larga ducha caliente, se arregló y bajó en el ascensor hasta el vestíbulo para coger un taxi hasta Kips Bay. Tras avanzar lentamente por el tráfico de Manhattan, el taxi se detuvo en Cask Bar. Avery pagó, cruzó la acera y entró en el local. Una vez dentro, se sentó en una banqueta de la barra de caoba y pidió vodka con soda. Miró su reloj, eran las 19.30, y vigiló la puerta. Cuando ya se había bebido la mitad de su copa, vio que una mujer alta entraba por la puerta y la reconoció de inmediato.

La doctora Livia Cutty había completado su residencia y su beca de investigación en Carolina del Norte antes de hacerse cargo de la OCME, la Jefatura de Medicina Forense de Nueva York. Su estancia en Carolina del Norte estuvo marcada por su participación en un perturbador caso de mujeres desaparecidas en estados vecinos y las pruebas que descubrió, que ayudaron a resolver el caso. Ya en Nueva York, estuvo vinculada a uno los documentales sobre

crímenes reales más visto de la historia de la televisión, cuando su experiencia en patología forense ayudó a resolver con éxito el caso de un estudiante de medicina estadounidense asesinado en el Caribe. Su exposición en ambos casos atrajo la atención mundial. Tanto abogados defensores como fiscales recurrían a la experiencia de Livia Cutty como patóloga forense de alto perfil. Era la consultora médica para las cadenas NBC y HAP News, y Avery había trabajado con ella en varias ocasiones en los últimos años cuando sus programas especiales sobre crímenes reales requerían de los conocimientos de una destacada patóloga. Avery la había llamado para hablar sobre el reciente descubrimiento que había hecho su oficina: la primera identificación exitosa de una víctima del 11S en muchos años.

—Livia, muchas gracias por venir —dijo Avery cuando ella se acercó a la barra.

—¿Hablas en serio? Cuando recibo una llamada de Avery Mason, me interesa. ¿Qué estás haciendo en Nueva York?

—Estoy en mis vacaciones de verano, pero cuando me enteré de esta noticia decidí que tenía que hablar contigo para saber los detalles.

—Te ayudaré encantada en lo que pueda.

Se sentaron en taburetes contiguos y Livia pidió vino blanco.

—Estoy fascinada con el descubrimiento que hizo tu oficina hace poco —dijo Avery—. Me encantaría saber los detalles. Quiero mostrar el proceso y el descubrimiento en mi programa durante el otoño. El momento en que se da esto es increíble.

—Así es —afirmó Livia—. Veinte años más tarde y seguimos identificando víctimas. Es increíble.

—Me gustaría saber cómo es eso posible. Háblame de ello.

—Bueno, obviamente, yo no era la forense de Nueva York cuando ocurrió el atentado. Pero he oído historias de gente que estuvo en la primera línea. Algunos de ellos siguen trabajando en la OCME hoy en día. Fue atroz, como te imaginarás. Cuando cayeron las Torres, se perdieron miles de vidas de forma cruenta. Hasta te diría que horripilante. Se recuperaron muy pocos cadáveres intactos de los escombros. En su mayoría, lo que se encontró fueron partes de cuerpos, lo que hizo que identificar a las víctimas fuera un desafío monumental. Muchas de las partes que se recuperaron

estaban demasiado dañadas como para unirlas, de modo que había que identificar cada una por separado. Puesto que la mayoría de los cadáveres estaban calcinados, los métodos de identificación habituales (buscar tatuajes, marcas de nacimiento u otras características distintivas) no podían utilizarse. En cambio, había que recurrir al ADN. En algunos casos, los registros dentales ayudaron. Pero depender de la identificación dental y del análisis de ADN tenía sus limitaciones. Esos métodos dependen de que los familiares entreguen los registros dentales y muestras de ADN de sus seres queridos. Mientras estamos sentadas aquí esta noche, hay más de veinte mil restos, en su mayoría fragmentos óseos, que todavía no han sido identificados. Hemos extraído ADN de una parte de esos restos, pero no tenemos con qué compararlo.

—¿Porque las familias no proporcionaron una muestra de ADN de referencia?

—Exacto.

—¿Y la otra parte de los veinte mil restos?

—Hasta hace poco tiempo no teníamos forma de extraer ADN de las muestras —dijo Livia—. Y recuerda, estamos hablando de miles de fragmentos óseos. Los números son sencillos. Cuando cayeron las Torres, murieron casi tres mil personas. Tenemos más de veinte mil muestras para identificar. Muchas de ellas pertenecen a la misma víctima. De vez en cuando, extraemos ADN del hueso y nos damos cuenta de que los restos pertenecen a una víctima que ya ha sido identificada. Lo tachamos de la lista y seguimos. Pero muchos de esos restos óseos se calcinaron de tal manera que se destruyó casi todo el ADN.

—Hasta que desarrollaron esta tecnología nueva.

—Correcto. Y me gustaría adjudicarme el mérito de haberla desarrollado, pero no puedo. Solo tengo una participación secundaria en el proceso de identificación. Lo lleva el doctor Arthur Trudeau, que con su equipo de científicos y técnicos trabaja incansablemente día tras día en el proyecto del 11S.

—Háblame del proceso. Como dije, quiero volver más adelante y entrevistarte en cámara y también al doctor Trudeau.

Livia asintió.

—Podríamos organizarlo, sí. A mí también me resulta fascinante. Funciona así: normalmente, extraer ADN de un hueso es sencillo. Se

toma un raspado de la superficie del hueso para obtener células óseas. Luego se extrae ADN de esas células, utilizando EDTA y proteinasa K, que son enzimas que descomponen la pared celular y permiten que el ADN se libere. Si quieres profundizar en la química de cómo funciona, te lo explicaré encantada.

Avery negó con la cabeza.

—No, gracias. Encontraremos una forma más fácil de explicar el proceso cuando lleguemos a ese punto. Por ahora, me quedo con tu palabra: si tú lo dices, se trata de un proceso sencillo.

Livia sonrió.

—Es el método clásico o de referencia. Se realiza todos los días en laboratorios forenses de todo el país. Pero la mayoría de los huesos recuperados de la zona cero estaban demasiado calcinados como para extraer ADN de la superficie. Te recuerdo que el combustible de los aviones ardió a dos mil grados durante más de cien horas. Es probable que algunos cuerpos se hayan incinerado por completo, convirtiéndose en cenizas. Pero los restos que se encontraron fueron llevados a la Oficina de Medicina Forense de Nueva York para su identificación. Los que no pudieron identificarse de inmediato se guardaron y conservaron para su posterior análisis. Ese análisis ha estado en curso desde hace años y continúa hasta el día de hoy, veinte años más tarde. Esta reciente identificación se realizó mediante un proceso de pulverización del hueso hasta casi convertirlo en cenizas para luego tomar el residuo de la parte más interna, la que estaba más lejos de las llamas destructoras, y extraer ADN de las células que encontramos allí. Ha demostrado ser bastante efectivo. Tenemos esperanzas de que se realicen muchas más identificaciones.

—Fascinante —se asombró Avery—. ¿Y los familiares? ¿Cómo se les anuncia el descubrimiento?

—Tenemos un protocolo para cada familia que nos ha proporcionado muestras de ADN. En primer lugar se realiza una llamada y luego se programa una cita personal.

—¿Te encargas tú de atender las citas?

—No. Lo hace el doctor Trudeau.

—La identificación más reciente fue de una mujer llamada Victoria Ford —dijo Avery—. ¿Puedes contarme algo sobre ella o sobre su familia?

—Solo sé lo que me contó el doctor Trudeau. Los padres de esta víctima han fallecido. Estaba casada, pero no tenía hijos. Su marido se ha vuelto a casar, así que su hermana es el familiar más cercano. El doctor Trudeau se reunió con ella.

—¿Sabes su nombre? ¿El de la hermana de la víctima?

Livia asintió.

—Su nombre ha sido publicado, así que puedo dártelo. Emma Kind. Vive aquí, en Nueva York. Fuera de la ciudad. Cerca de las montañas de Catskill.

—Bien —dijo Avery—. Entonces, ¿estarías dispuesta a recibir a mi equipo de producción en tu laboratorio forense más adelante durante el verano?

—Me encantará enseñaros el laboratorio forense más grande del mundo, y también el de procesamiento óseo donde se llevó a cabo esta identificación reciente.

—Excelente. Decidiré las fechas y te llamaré…

—Me alegro de verte, Avery.

—Yo también, Livia. Gracias de nuevo.

—A propósito, vi tu episodio del monovolumen. Fue increíble.

—Gracias. Demasiado aparatoso, pero los índices de audiencia dominan mi mundo. Sin embargo, esta historia sobre la identificación de la víctima del 11S, creo que tiene el potencial de atraer a una audiencia enorme, pero de manera más personal. Todos recordamos dónde estábamos cuando vimos las escenas por televisión. Quiero encarar la historia de la manera correcta.

—Sé que lo harás. ¿Qué vas a hacer ahora?

Avery se encogió de hombros.

—Me iré a las montañas de Catskill a buscar a Emma Kind y ver si está dispuesta a hablar sobre su hermana.

Avery pasó la mañana siguiente haciendo llamadas, alborotando el avispero y utilizando todos los contactos que tenía para rastrear a gente que pudiera conocer a Victoria Ford. No tenía ni idea de que su presencia en Nueva York ni su interés por Victoria Ford atraerían tanta atención.

CAPÍTULO 13

Negril, Jamaica

Miércoles, 23 de junio de 2021

El Rick's Café era un bar popular construido sobre los acantilados del West End de Jamaica. Esa tarde, como todos los demás días del año, estaba atestado de hordas de turistas en bañador que bebían cócteles de frutas y contemplaban el mar Caribe. La terraza daba al borde del acantilado, donde los clientes se sentaban unos quince metros por encima del agua turquesa, separados del precipicio por un muro de piedra a la altura de la cintura. Escalones tallados en las rocas permitían acceder a los niveles inferiores, donde había sombrillas circulares en los balcones para brindar sombra a los turistas quemados por el sol que comían en el café. Una cala se había abierto paso entre las rocas y permitía el acceso a los catamaranes que llegaban hasta ese destino de moda y permitían a sus ocupantes saltar del barco, lo que normalmente hacían en estado de embriaguez a través de un tobogán acuático situado en la parte trasera que los lanzaba al océano. En las paredes de los acantilados había escaleras que llevaban a los clientes sedientos hasta el bar al aire libre.

Sentado en un rincón del bar, protegido por las hojas de una palmera, Walt Jenkins contemplaba el océano. Un ron Hampden Estates descansaba sobre la barra delante de él; el hielo se derretía lentamente y suavizaba el licor de sesenta grados. Todavía aturdido por su viaje a Nueva York, donde se encontró cara a cara con la mujer que amaba, Walt no se había privado en los últimos días de demostrar su admiración por el ron jamaicano *single-batch*. No fumaba marihuana, como hacían muchos de sus amigos de la isla, y nunca había ingerido una pastilla más fuerte que el ibuprofeno. El ron era su remedio para todo lo que la vida le ponía delante. Lo bebía en los momentos malos y en los buenos, y lo afectaba de

manera diferente según las circunstancias. Sin embargo, en esa ocasión, a pesar de sus esfuerzos, el ron no le estaba funcionando como habitual bálsamo calmante.

Meghan Cobb seguía en su mente. Aunque todavía la amaba, Walt sabía que no podía estar cerca de ella por la sencilla razón de que una parte de él también la odiaba. Bebió un sorbo de ron, contempló el océano y maldijo al universo como lo hacía siempre en los días siguientes a su regreso de Nueva York. Luego permitió que su mente volviera al día en que la había conocido.

Con más de cuarenta años, dos veces divorciado y sin hijos, Walt Jenkins había dejado de esperar que la vida perfecta se apareciera súbitamente delante de él. Llevaba más de una década haciendo carrera en el FBI, estaba satisfecho con su situación en el mundo y se aproximaba a la mitad de su vida con los remordimientos típicos de un hombre que no había tenido hijos y ahora se encontraba sumamente solo. En eso pensaba mientras conducía por las montañas Adirondack. Había sumado un par de días de vacaciones al puente largo del 4 de Julio, había alquilado una cabaña en las montañas, y disfrutaba de unos días de tranquila soledad. Se dirigía al pueblo para comprar un filete y reponer su cerveza cuando vio el SUV en el arcén. Una inclinación evidente hacia el lado del copiloto sugería un neumático pinchado. Aunque Walt había sido agente del FBI mucho más tiempo que policía, llevaba grabado a fuego en su mente un sentido de obligación cada vez que veía un vehículo averiado.

El SUV se había detenido en el arcén, pero estaba peligrosamente aparcado después de una curva donde los conductores imprudentes podrían no verla si la tomaban demasiado deprisa. Walt detuvo a un lado de la carretera, manteniendo una buena distancia entre ambos vehículos para que el suyo fuera visible para el tráfico que pasaba. Encendió las luces de emergencia, se bajó y se acercó al SUV, asegurándose de dejar un amplio espacio. Lo último que quería era asustar a la mujer que estaba al volante, atrapada y sola en un solitario camino de montaña.

Saludó con la mano desde varios metros de distancia. La ventana se bajó y Walt vio a una atractiva mujer que sonreía, nerviosa.

—¿Se te ha pinchado una rueda? —preguntó Walt.

Ella asintió.

—Estoy intentando llamar a la asistencia en carretera.

—Me llevará quince minutos cambiarla. Veinte, como máximo.

—Gracias —dijo la mujer, que seguía con el teléfono al oído—. Ya estoy en línea con ellos.

Walt intuyó su temor.

—Hace años fui policía. Cambié muchas ruedas en esa época. Si

prefieres esperar a la asistencia, me puedo quedar en mi coche para asegurarme de que lleguen. Pero aquí en las montañas en un puente, es probable que tengas que esperar una hora o dos hasta que envíen a alguien.

Walt sacó la cartera del bolsillo y le mostró su identificación a la mujer.

—¿El FBI?

Él sonrió.

—Soy agente de campo en Nueva York. Walt Jenkins. —Le tendió la mano.

La mujer se la estrechó por la ventana abierta.

—Meghan Cobb. —Sonrió, nerviosa—. ¿Quince minutos?

—Tal vez veinte, pero no hay problema.

Unos minutos más tarde, el gato inclinó el coche en ángulo oblicuo. Walt estaba de rodillas, cambiando el neumático. Hablaron durante todo el tiempo y luego media hora más una vez que la rueda de repuesto estuvo en su sitio. Lo que iba a ser una escapada en soledad se convirtió en tiempo compartido con Meghan Cobb. Ella se estaba liberando de una mala relación. Él se había divorciado hacía tres meses. Lo lógico habría sido que su relación hubiera sido un consuelo pasajero para ambos. En cambio, durante el año siguiente se enamoraron. Y luego, en una cálida noche de verano, justo después de cumplir cuarenta y cinco años, a Walt le dispararon cuando junto con su compañero realizaban una operación de vigilancia de rutina. Las balas que lo alcanzaron siguieron caminos fortuitos a través de su cuerpo. La primera entró por el esternón, salió por la escápula y atravesó su corazón en el camino, evitando milagrosamente la aorta. La segunda entró por el cuello y, también milagrosamente, evitó la columna. Sin embargo, no hubo milagros para su compañero, que había estado sentado junto a él en un coche sin identificación. Las balas que destrozaron el cuerpo de Jason Snyder encontraron órganos y vasos sanguíneos en su camino. Murió antes de que llegara la ambulancia.

Después de eso, Walt aprendió el significado de la soledad absoluta.

Tras la muerte de su compañero, a Walt lo golpeó una mala racha como nunca antes la hubiera experimentado y Meghan Cobb quedó atrapada en el medio. Para remediar la situación, Walt aceptó la jubilación anticipada, cobró su pensión y se dirigió al Caribe, donde limitó su contacto con Meghan a una vez al año, a una noche de junio en la que volvía a Nueva York para asistir al encuentro anual de supervivientes. En los días previos al evento, luchaba contra una combinación de emoción y miedo. En los días posteriores, sufría arrepentimiento por lo que había obtenido del viaje, y siempre ansiaba volver atrás. Deseaba haber encontrado el valor para

enfrentarla a sus mentiras. Deseaba haber tenido el valor de expresar su enfado por que le hubiera puesto en una situación tan difícil.

El arrepentimiento pasaba, siempre lo hacía. Luego, solo quedaba una emoción dominante. En el fondo de cada vaso de ron encontraba la culpa. Era una espiral peligrosa, y Walt Jenkins no tenía ni idea de cómo salir de ella.

CAPÍTULO 14

Negril, Jamaica

Miércoles, 23 de junio de 2021

Bebió otro sorbo de ron, disfrutando del dulce ardor en la garganta. Un gran catamarán entró en la cala. Turistas borrachos se zambulleron en las aguas azules y nadaron hacia el Rick's Café. Como hormigas saliendo de un hormiguero, los viajeros de hombros enrojecidos y caras pálidas subieron las escaleras y aparecieron desde las rocas de abajo para tomar el bar por asalto. Algunos se tambaleaban tras haber bebido demasiado ponche de ron en el viaje desde los hoteles todo incluido de Negril. Gritaban órdenes al camarero mientras desde los altavoces sonaban Peter Tosh y Bob Marley.

—Ron Runner.

—Una cerveza Red Stripe.

—Un Jamaican Breeze.

Walt cogió su vaso de la barra, bajó del taburete y se abrió paso entre la gente para salir a la terraza que daba al acantilado. Una mesa para dos estaba desocupada y se sentó. Quería disfrutar del sol y de la vista, beber su ron y permitir que hiciera su magia, pero la llegada de un catamarán solía ser la señal de que era hora de volver a casa. A su izquierda, un saltador local trepó a la cima de un abedul cuyas ramas colgaban sobre el borde del acantilado. Había una plataforma que permitía al saltador estar a casi treinta metros de la ensenada. Todos dejaron de beber, estiraron el cuello para ver su avance y le apuntaron con cámaras y móviles. La música *reggae* se tornó más suave cuando el hombre se sentó sobre la plataforma y balanceó las piernas en la brisa de la tarde, provocando a la audiencia que esperaba su inminente salto.

Mientras todos estaban concentrados en el acantilado, un hombre se sentó silenciosamente en la silla frente a Walt. Cuando

Walt lo vio, ambos sonrieron.

—Pero qué entrada —comentó Walt—. Muy al estilo de Jack Ryan.

—¿Sentarse con un amigo se considera una forma de espionaje? —replicó el hombre.

—Sí, si vas a aparecer de la nada. —Walt se rio—. ¡James Oliver, joder! ¿Qué *coño* estás haciendo en Jamaica?

—Te he estado buscando desde hace un tiempo y un pajarito me contó dónde te has estado escondiendo.

Hasta ese momento, Walt había bebido unos sorbos de ron. Tenía la mente despejada, no nublada como había estado durante los últimos días desde que había vuelto de Nueva York. Podía pensar con lucidez y al ver a su antiguo jefe del FBI sus neuronas se activaron como cuando todavía trabajaba allí. Walt había estado dieciocho años en el FBI, y todas sus reacciones a las circunstancias y su análisis de estas se habían formado gracias al entrenamiento y la experiencia de Oliver. Después de tres años de haber dejado el FBI, los antiguos instintos se habían opacado ligeramente. Sin embargo, al ver a su antiguo superior, todo su entrenamiento y su capacidad volvieron a emerger. En los últimos años había evitado contarle a la gente dónde vivía. Solo sus padres y sus hermanos sabían que había alquilado una casa en Jamaica sin planes de regresar a Estados Unidos. Y ni siquiera su familia sabía que su visado original se había transformado en doble ciudadanía. Había tenido especial cuidado de no decirles a sus antiguos compañeros del FBI donde se escondía. Tenía varios motivos para comportarse como un ermitaño, pero lo hacía en gran parte porque, tras el tiroteo y el escándalo que se desató después, Walt se había convertido en persona no grata para el FBI. Había tenido esperanzas de que el tiempo resolviera ese problema, pero tres años no fueron suficientes para que recuperara su reputación entre sus antiguos colegas.

Ahora, mientras observaba a su antiguo jefe, a Walt le vinieron dos cosas a la cabeza. La primera era que Scott Harwood —su antiguo superior cuando era un joven detective en la Policía Estatal de Nueva York y con quien se había encontrado por casualidad en la reunión de supervivientes— había revelado su paradero. De pronto le parecía obvio por qué Scott había insistido tanto en

intercambiar los teléfonos. La segunda era que si James Oliver se había tomado el trabajo de enviar a Scott Sherwood al encuentro de supervivientes para que localizara a Walt, quedaba clarísimo que quería algo. Y si el FBI quería algo de él tres años después de obligarlo a jubilarse, no podía ser nada bueno.

—Déjame adivinar —dijo Walt—. Ese pajarito fue un cretino llamado Scott Sherwood.

—Siempre fuiste el agente más astuto que he tenido. Veo que nada ha cambiado.

—Han cambiado muchas cosas, Jim.

Jim Oliver paseó la mirada por el Rick's Café.

—Tienes toda la razón. —Señaló el vaso de ron de Walt—. Pero algunas cosas siguen igual.

—La cabra siempre tira al monte. ¿Te pido una copa?

Oliver volvió a encogerse de hombros.

—¿Por qué no? Donde fueres…

Se oyeron exclamaciones ahogadas entre los presentes cuando el saltador se puso de pie sobre la plataforma del abedul. Con las piernas muy juntas, infló el pecho y extendió los brazos en cruz. Luego flexionó las rodillas y saltó. Su cuerpo rotó en un salto mortal hacia atrás cuando se impulsó y tardó unos buenos dos segundos para recorrer los treinta metros y caer en posición vertical, con los pies primero, y desaparecer bajo el agua color cobalto, casi sin salpicar. La multitud emitió vítores sonoros.

—Debo admitir —dijo Oliver, apartando la mirada para clavarla de nuevo en Walt— que en este momento la jubilación es algo que suena muy bien.

—Jubilación forzada. ¿Lo recuerdas? Tú me obligaste a irme. Pero me he acostumbrado. Y realmente me siento feliz aquí en mi propia compañía.

—Ay, vamos, Walt. ¿Un tipo de cuarenta y tantos años, en el mejor momento de su vida, bebiendo solo en un bar en Jamaica? No eres feliz, eres un puto cliché.

—Pienses lo que pienses sobre mí, es necesario que sepas algo: no me interesa.

—¿Así tratas a tu antiguo jefe? He venido hasta aquí para ver a mi amigo y conversar.

—Eso es justamente lo que me preocupa.

La camarera trajo las bebidas y Oliver levantó su copa.

—¿Por los viejos amigos?

Walt vaciló un momento, luego meneó la cabeza y soltó una bocanada de ansiedad contenida.

—Joder, Jim. Qué gusto me da verte.

—Lo mismo digo, compañero.

Chocaron las copas y bebieron sendos sorbos de ron.

—Bien, ahora deja de perder el tiempo y dime qué quieres.

Oliver se mantuvo inexpresivo.

—Tiene que ver con un caso que investigaste. Necesitamos ayuda.

—Yo no investigaba casos para el FBI. Recopilaba información.

—Es un caso de antes de que te unieras al FBI.

—¿De antes de que yo llegara? Nos estamos yendo muy atrás, amigo.

Oliver asintió.

—Veinte años.

Walt entornó los ojos.

—¿Qué caso?

—El de Cameron Young.

—Vaya. Eso sí que me transporta al pasado.

—¿Entonces lo recuerdas?

—Por supuesto. Fue mi primer caso de homicidio: encontraron a un rico novelista colgando desnudo de su balcón en las montañas de Catskill. Tengo la imagen grabada a fuego en la memoria.

Además de la escena del crimen, Walt también recordaba otros detalles del caso. Empezó como policía en la Oficina de Investigación Criminal de Nueva York antes de llegar a la brigada de detectives a los veintiocho años. El asesinato de Cameron Young fue el primer caso que tuvo a su cargo.

Debido a que la víctima era un escritor de alto perfil, la primera investigación de Walt se había llevado a cabo bajo la lupa candente de los medios. Todos los descubrimientos se habían hecho públicos y él tenía muy poco margen de error. Sabía desde el principio que no podía cometer fallos. Y no los cometió. Llevó a cabo una investigación meticulosa y obtuvo las pruebas siguiendo los reglamentos al pie de la letra, sin tomar atajos. Los que tomaron atajos fueron sus superiores.

Pero el trabajo de Walt no era construir el caso de la fiscalía, solo reunir las pruebas y entregarlas a la oficina de la fiscal de distrito. Y lo hizo. Con todos los asuntos en orden, la fiscal había convocado a un gran jurado popular; el procesamiento de Victoria Ford era inminente. Luego llegó el 11S y el caso se desvaneció y desapareció. Más tarde, Walt oyó rumores sobre manipulación de pruebas por parte de la fiscal de distrito. Cuando quiso buscar detalles específicos, solo encontró resistencia y callejones sin salida. Un año más tarde, el FBI lo reclutó para cubrir uno de los muchos puestos en contraterrorismo. Walt se olvidó del caso de Cameron Young y abandonó el trabajo de detective para perseguir terroristas.

—Por lo general soy bueno atando cabos —dijo Walt—, pero no tengo la menor idea de por qué al FBI le interesaría un homicidio de hace veinte años.

—Ha surgido algo y necesitamos tu ayuda. Tu participación en el caso de Cameron Young podría proporcionar la tapadera perfecta.

—¿Tapadera para qué?

—¿Has oído hablar alguna vez de una mujer llamada Avery Mason?

Walt frunció el entrecejo.

—¿La presentadora de *Eventos Nacionales*? Por supuesto. Es el único programa de televisión que veo aquí. Lo veo en la tableta.

—Su verdadero nombre es Claire Avery Montgomery. Se lo cambió a Avery Mason cuando aterrizó en Los Ángeles.

Walt se encogió de hombros.

—¿No es lo que hacen muchas figuras de Hollywood, cambiarse el nombre?

—Puede ser. Pero el cambio de Avery Mason no tiene nada que ver con Hollywood, sino con su familia. ¿Sabes quién es Garth Montgomery?

—¿El estafador piramidal?

—Exacto.

—¿No es el que les robó unos diez mil millones a sus inversores?

—Cincuenta. Convenció a corporaciones gigantes que invirtieran en su fondo de cobertura por los réditos que proporcionaba. Pero manipuló la contabilidad. El FBI se enteró y tomó medidas. Para evitar ir a la cárcel, se ofreció a testificar contra sus socios. Luego

desapareció. Nadie lo ha visto desde entonces.

—¿Y esto qué tiene que ver con la mujer de *Eventos Nacionales*?

—Es la hija de Garth Montgomery y ha hecho un trabajo estupendo de esconderse a la vista de todos. Ninguna persona de entre los millones que ven su programa conoce su verdadera identidad. Pero nosotros sí, y hace un tiempo la estamos vigilando. Creemos que sabe dónde se oculta su padre y que ha estado ayudándolo.

Walt asintió lentamente.

—Sigo sin entender la conexión con el caso de Cameron Young.

—Ha habido novedades en el caso. ¿Recuerdas el nombre de la mujer que lo mató?

—Victoria Ford —respondió Walt—. ¿Cuáles son las novedades?

—Hace cosa de un mes, la Oficina de Medicina Forense de Nueva York identificó restos hallados en la zona cero. Pertenecían a Victoria Ford, y es ahí donde entras tú, amigo mío.

Walt se inclinó hacia su antiguo jefe.

—Te escucho.

—Avery Mason está husmeando por Nueva York con la intención de poder crear un relato sobre una víctima del atentado identificada veinte años después de la caída de las torres. No tardará en averiguar la historia de Victoria Ford y el crimen del que se la acusó. Si has visto su programa de televisión, sabrás que no se detendrá en el relato sobre Victoria Ford. Querrá saberlo todo sobre el asesinato de Cameron Young. No es descabellado suponer que la señorita Mason se interesará mucho en esa antigua investigación. Es su punto fuerte. Y la historia de Cameron Young involucra a un joven detective llamado Walt Jenkins.

Jim Oliver sonrió y bebió un sorbo de ron, obligando a Walt a que esperase un momento antes de que él continuara.

—Avery Mason va a querer hablar con ese detective y averiguar todo lo que recuerda del caso. Necesitamos que te subas a un avión y vuelvas a Nueva York a familiarizarte nuevamente con el caso de Cameron Young.

Walt, que seguía inclinado sobre la mesa, levantó lentamente las cejas.

—Y después… ¿qué?

—Esperas a que Avery Mason se ponga en contacto contigo. Cuando lo haga, necesitamos que la ayudes con el caso. Querrá contar la historia de Cameron Young, llena de sexo y traición, que es oro para la televisión. Trabaja con ella. Dale todo lo que necesite. Y mientras tanto, tenemos esperanzas de que puedas descubrir información sobre dónde se oculta su padre.

—¿Cómo se supone que voy a hacerlo?

—Acércate a ella. Está en Nueva York por una razón que no tiene que ver con la historia de Victoria Ford. Creemos que va a ayudar a su padre de alguna manera o al menos va a ponerse en contacto con él. Si estás cerca de ella, incluso si solo te mueves en su entorno, es posible que te enteres de algo que pueda servirnos.

Walt se echó hacia atrás y negó con la cabeza.

—¿Esta trampa que tienes planeada proviene de los altos mandos? Suena santurrona y desesperada.

—¿Trampa? No seas melodramático. Es simplemente una operación de recopilación de datos para inteligencia, como en los viejos tiempos.

—¿Viene de arriba, Jim?

—Es idea mía, así que viene de mí. Si me estás preguntando si es legítima, la respuesta es sí. Los de arriba la aprueban porque estamos atascados con este asunto de Garth Montgomery y nos hace quedar mal. Castillo de Naipes fue una operación de dos años que costó millones a los contribuyentes y de alguna manera permitimos que el objetivo principal se nos escapara después de haberlo detenido. Este es el final del camino para mí, Walt. Toda mi carrera quedará definida por lo que suceda con Garth Montgomery. Seré el que regresa triunfalmente o el perdedor.

Oliver se inclinó hacia Walt.

—Para decirlo de forma sencilla, necesito encontrar a este hijo de puta. Para encontrarlo, tenemos que ser creativos. Esto es todo lo creativo que puedo ser. Así que sí, todos lo aprueban, pero yo los convencí de que lo hicieran. Necesito tu ayuda, Walt. Volverás a estar en la nómina durante el tiempo que sea necesario.

Hubo una larga pausa mientras Walt digería la información. Había estado buscando algo que lo sacara de la espiral descendente en la que estaba atrapado. Jamás imaginó que la ayuda vendría de su antiguo jefe. Y no tenía ni idea de que implicaría un caso de su

pasado lejano.

—¿Qué me dices, Walt? La jubilación nunca fue lo tuyo. Ambos lo sabemos.

Walt miró a Jim Oliver durante varios instantes. Finalmente, levantó la mano y llamó a la atractiva camarera de dulce acento jamaicano. Durante el resto de la tarde y hasta altas horas de la noche, escuchó a Jim Oliver describir la operación que lo llevaría de vuelta a Nueva York. Hizo todo lo posible por ahogar sus dudas en ron.

PARTE II

EL DESTINO

CAPÍTULO 15

Montañas de Catskill, estado de Nueva York

Viernes, 25 de junio de 2021

La casa estaba situada en las estribaciones de las montañas de Catskill. Avery iba al volante del Range Rover conduciendo por las carreteras de montaña de dos carriles flanqueadas por bosques. El viaje era tranquilo; de vez en cuando pasaba un coche en dirección contraria. Una hora y media después de dejar la ciudad, giró hacia la entrada de la casa de Emma Kind. Era una bonita casa victoriana con un porche delantero que la rodeaba y una fila de macetas de hibiscos colgando desde los aleros. Aun antes de que Avery apagara el motor, una mujer regordeta de pelo canoso salió por la puerta mosquitera y esperó en el porche. Parecía tener unos sesenta y tantos años. Sonrió desde detrás de sus gafas de montura metálica y levantó la mano en un saludo amigable. Avery hizo lo mismo desde el asiento delantero del coche.

—No puede ser cierto —dijo la mujer, mientras Avery salía vehículo—. ¡Avery Mason en mi jardín!

Avery sonrió mientras se dirigía hacia el porche. Cuando había llamado a Emma Kind a comienzos de la semana, había notado bastante escepticismo en su voz; le costaba creer que estuviera hablando realmente con Avery Mason, la presentadora de *Eventos Nacionales*.

—Esto es demasiado —dijo la mujer—. Te dije que no me lo creería hasta que lo viese, y ahora lo estoy viendo.

—Su casa es preciosa —dijo Avery cuando llegó al escalón inferior.

—Gracias. Pasa, por favor.

Avery subió los escalones.

—Soy Avery Mason.

La mujer le estrechó la mano enérgicamente.

—Emma Kind. Esto es realmente increíble. Ven, pasa.

Avery siguió a Emma dentro de la casa. El interior era tan pintoresco como el exterior: una mezcla de estilo victoriano clásico con mucha madera. Robustas vigas de roble adornaban los techos inclinados, los suelos de madera de cerezo brillaban en el sol de la tarde y las puertas estaban enmarcadas por molduras ornamentadas.

—¿Qué deseas tomar? —preguntó Emma—. ¿Té, agua, café?

—Estoy bien. Gracias, de todos modos.

Emma abrió la puerta de la nevera y sacó una botella de chardonnay.

—Tengo a Avery Mason en mi cocina, así que me tomaré una copa de vino. ¿Quieres una?

—Supongo que sería de mala educación negarme dos veces.

Emma sonrió y sacó dos copas de un armario. Salieron a la terraza trasera y se sentaron bajo una gran sombrilla desde donde podían contemplar las montañas en la distancia. Emma sirvió dos copas de chardonnay.

—Gracias por reunirse conmigo —dijo Avery, y bebió un sorbo de vino—. Estoy segura de que no debe de ser fácil hablar de su hermana, incluso tantos años después.

Emma apartó la mirada de las montañas y sonrió a Avery.

—Aunque hayan pasado veinte años, sigo echándola de menos.

—¿Victoria era su hermana menor?

Emma asintió.

—Cinco años menor. Tenía treinta y cinco años cuando la arrebataron de este mundo. —Levantó las cejas y negó con la cabeza—. Me cuesta creer que hoy tendría cincuenta y cinco años. No logro imaginar a mi hermana con esa edad. Cuando una persona amada muere joven, la percepción que tienes de ella queda dentro de una cápsula del tiempo. Solo puedes recordarla como era entonces, no como sería actualmente. Victoria era tan joven y saludable, tan llena de vida. Para mí será siempre esa joven y dinámica mujer. Es la única manera en que la conozco.

—¿La noticia de que han identificado los restos de Victoria le ha permitido pasar página?

Emma bebió un sorbo de vino.

—Supongo que sí, de algún modo. Pero no el tipo que busco.

—¿Y qué es lo que busca?

Emma parpadeó y miró a Avery con expresión de curiosidad.

—¿Sabes mucho sobre Victoria?

—No demasiado. Solo que murió el 11S y que sus restos acaban de ser identificados por la Oficina de Medicina Forense. Tenía esperanzas de que usted pudiera contármelo todo sobre ella.

—Sí, claro. La verdad es que he esperado veinte años para dejar que mi hermana descanse en paz. Tal vez sea posible ahora, pero dudo de que pueda hacerlo de la manera adecuada.

—¿Se refiere a un funeral?

Emma sonrió de una manera que hizo que Avery sintiera que había algo que no entendía.

—No sabes nada sobre el pasado de Victoria, ¿verdad?

—No —dijo Avery—. Por eso estoy aquí.

Emma desvió la mirada hacia las vistas panorámicas y bebió otro sorbo de vino.

—Antes de su muerte, mi hermana estuvo involucrada en una investigación por homicidio. Aquí fue un caso muy importante y se le dio gran cobertura mediática sensacionalista. Un caso espantoso, macabro, con tintes de sexo pervertido. Los medios y la policía pintaron a Victoria como un monstruo.

Avery se irguió en su asiento.

—Cuándo dice que Victoria estuvo involucrada en la investigación, ¿se refiere a que…?

—Me refiero a que dijeron que mi hermana era una asesina. Algo que sé con toda certeza que es falso. Así que hasta que encuentre la forma de aceptarlo, nunca podré dejar que descanse en paz.

Avery había viajado a las montañas buscando una historia reconfortante sobre una mujer que podía pasar página por la muerte de su hermana ocurrida el 11S. En cambio, se había tropezado con una investigación criminal de veinte años de antigüedad. Su mente zumbaba de posibilidades y el centro de curiosidad de su cerebro ansiaba cada detalle.

—¿Podría contármelo? —preguntó Avery, tratando de no sonar demasiado ansiosa.

Emma asintió.

—Para eso he traído el vino.

CAPÍTULO 16

Shandaken, estado de Nueva York

Viernes 25 de junio de 2021

El avión en el que viajaba Walt Jenkins había aterrizado el día anterior. De no haber tomado recientemente conciencia de que su vida caía en una espiral descendente, podría haber rechazado la oferta de Jim Oliver. Pero Walt estaba buscando una oportunidad de dejar de huir y tal vez la había encontrado. El FBI lo alojó en una suite del Grand Hyatt en Midtown. A Walt le llevó poco más de una hora viajar hasta Shandaken en coche. La Oficina de Investigación Criminal de Nueva York era una división de detectives no uniformados que, en su mayoría, ayudaban a las fuerzas del orden locales que carecían de los recursos para casos importantes. El asesinato de Cameron Young en 2001, en las montañas de Catskill, había sido un ejemplo de un departamento de policía local tomado por sorpresa. La comunidad estaba formada por personas adineradas que tenían segundas viviendas en la zona y pasaban fines de semana largos y días festivos en el pueblo. Antes de que encontraran a Cameron Young colgado de su balcón, no había habido un homicidio en la zona en cuatro décadas.

El Departamento de Policía de Shandaken no estaba preparado para un homicidio así, y el jefe inmediatamente había llamado a las autoridades estatales para pedir ayuda. El caso había sido asignado a Walt. Con veintiocho años, era el detective más joven de la división. A los policías mayores de Shandaken no les había hecho ninguna gracia verlo aparecer en la escena del crimen. Walt sabía que pensaban que si hubieran querido el consejo de un chaval sobre cómo resolver un homicidio, se lo habrían pedido a sus propios hijos adolescentes. Pero Walt no se dejó desanimar por la fría recepción y trabajó duro para ganárselos. Se aseguró de incluir al jefe en cada decisión, a pesar de que una vez que les solicitaban

participar, la Oficina de Investigación Criminal tenía plena jurisdicción. Cuando se filtró el nombre de la víctima —Cameron Young, un conocido novelista—, los medios de comunicación tomaron nota. Cuando se revelaron detalles sobre la espantosa naturaleza del crimen, así como sus vínculos con cierto tipo de relaciones sexuales, los medios hundieron sus colmillos en la historia. Para mantener la paz jurisdiccional, Walt nombró al jefe como portavoz oficial y lo invitó a hablar en cada rueda de prensa. Cuando las cámaras grababan, el jefe de Policía Dale Richards, respondía las preguntas de la prensa. Walt trabajaba en la sombra. Estaba encantado de mantenerse fuera del foco de atención y concentrarse en unir las piezas de las pruebas.

Ese día, viernes por la tarde, Walt aparcó el discreto coche del gobierno, prestado por la oficina de Nueva York del FBI, en el pequeño aparcamiento de la comisaría de Shandaken. Debido a que el jefe Richards había sido la cara visible de la investigación sobre Cameron Young, los expedientes del caso se encontraban en la sede policial de Shandaken. Walt esperaba que siguieran existiendo veinte años después.

Cruzó el aparcamiento y entró por la puerta principal. Tan pronto la abrió, Dale Richards le ofreció una taza de café con una mano gruesa y una ancha sonrisa.

—Walt Jenkins, un hombre al que pensé que jamás volvería a ver.

Walt sonrió.

—Dale, me alegro de verte. Ha pasado mucho tiempo.

—Veinte años —le recordó Dale.

Esos años no habían tratado bien a Dale Richards. El hombre había engordado lo que Walt calculaba por lo bajo como unos cincuenta kilos. Llevaba un polo de golf de manga corta que se ajustaba alrededor de su zona media estirando las microfibras hasta su capacidad máxima. El cuello le colgaba bajo la barbilla y se estrechaba como la papada de un pavo hasta llegar a su pecho. Veinte años antes, Dale llevaba el pelo oscuro peinado con gomina hacia atrás, revelando en aquel entonces su línea capilar en retroceso. La retirada nunca había cesado y ahora solo quedaba un estrecho faldón de pelo que rodeaba la base de su cráneo.

—Joder —dijo Dale—. No pareces haber envejecido ni un día

desde que trabajamos juntos.

—Gracias. Tienes buen aspecto.

—Veo que sigues siendo cortés como siempre. Oye, nadie se da vuelta para mirarme por la calle, pero yo me encuentro bien. El médico no para de decirme que adelgace o moriré antes de tiempo. Pero prefiero ser gordo y feliz que flaco y amargado. Y todavía puedo patearles el trasero a la mayoría de los jovencitos insolentes que pasan por aquí creyendo que serán el próximo policía estrella.

—No lo dudo.

—Me sorprendió recibir tu llamada, Walt. El caso de Cameron Young fue hace mucho tiempo.

—¿Has podido encontrar algo?

—Todavía no, pero he reducido las opciones de búsqueda —respondió Dale—. Sígueme.

Walt bebió un sorbo de café, hizo una mueca al tragarlo y siguió a Dale Richards al sótano del pequeño departamento policial. Revolvieron durante una hora hasta que la encontraron: una caja de cartón en un estante junto a otras mil. Estaba marcada como “Cameron Young, 2001”. Dale la sacó de la estantería, sopló la gruesa capa de polvo y se la entregó a Walt.

—Sabía que estaría aquí abajo.

—Gracias, Dale. Me salvas la vida.

—¿Por qué te interesa?

—¿Recuerdas a Victoria Ford? —preguntó Walt.

—Por supuesto.

—La Jefatura de Medicina Forense de Nueva York acaba de identificar sus restos.

—No me jodas.

—Te lo juro. Nos informaron que el antiguo caso podría despertar algún interés, así que pensé que debería volver a familiarizarme con los detalles.

—Ahí debería de estar todo. Por lo menos, todo lo que teníamos.

—¿Puedo devolvértela dentro de aproximadamente una semana?

Dale se encogió de hombros.

—Hace veinte años que está cerrado el caso. Puedes quedártela todo el tiempo que desees.

Tres horas más tarde, Walt estaba sentado sobre la cama doble de su habitación de hotel, rodeado de páginas del expediente de

Cameron Young. De camino hacia la ciudad, se había detenido en una licorería y había encontrado una botella de ron Richland. No era el que más le gustaba, pero serviría. Por primera vez en mucho tiempo, no buscaba que el ron se llevara sus problemas. Mientras leía el expediente del viejo caso, solo quería volver a familiarizarse con todas las personas involucradas en la investigación de Cameron Young. Si iba a reunirse con Avery Mason y hablar del caso con ella, tendría que recordar todos los detalles. Pero existía otra razón por la que Walt estaba ansioso por volver al caso de Cameron Young. A pesar de lo que Dale Richards había afirmado, Walt sabía que no era así. El caso había sido abandonado, pero nunca se había cerrado formalmente.

INVESTIGACIÓN DEL CASO DE CAMERON YOUNG

Situada en un claro de dos hectáreas en las estribaciones de las montañas de Catskill, la casa principal era un imponente diseño de estilo rústico de troncos de Murray Arnott. Construido con madera de Alaska, el exterior presentaba una enorme galería principal con tejado a dos aguas, similar a una cabaña de esquí en Vail, con dos ventanas gemelas que seguían la forma del tejado en pico y ofrecían vistas de las montañas. A cada lado del tejado fuertemente inclinado, la casa estaba construida con troncos horizontales que formaban los dormitorios de un lado y la zona de ocio del otro. El interior contaba con sala y comedor, un cine, una vistosa biblioteca y cinco dormitorios, cada uno con baño privado. El diseño de planta abierta se centraba alrededor de una imponente chimenea de piedra que se elevaba hasta el techo abovedado. Ventanales de siete metros ofrecían vistas interminables de las montañas de Catskill. La cocina era de caoba y acero inoxidable, con robustas vigas de madera que se elevaban hasta el techo inclinado. Una amplia escalera de madera bajaba de la terraza trasera a una piscina que seguía cubierta en los comienzos de la primavera. Dos arroyos corrían a ambos lados de la finca y ofrecían el constante murmullo del agua que dejaba fuera al resto del mundo. Sobre uno de los arroyos se arqueaba un puente que llevaba al pequeño estudio que el propietario utilizaba para escribir sus novelas en días tranquilos.

Invisibles y privadas, otras amplias casas poblaban las colinas de las Catskill. Pertenecían a los ricos y a veces a los famosos. Cameron y Tessa Young habían comprado la vivienda tres años antes, cuando la tercera novela de Cameron llegó a la lista del The New York Times, se mantuvo allí durante un año, y vendió más de un millón de copias. Sus primeras dos novelas le habían permitido vivir

cómodamente, pero la tercera lo separó del resto. Y las dos siguientes lo llevaron a formar parte de una élite de novelistas. Sus libros se vendían en todo el mundo y los Young disfrutaban de su éxito financiero. Años antes, habían utilizado el segundo anticipo de Cameron como pago inicial de la casa en las Catskill. Su último cheque por los derechos de autor había borrado del mapa la hipoteca. Desde cualquier punto de vista, Tessa y Cameron Young vivían a lo grande.

Tessa era profesora de Literatura Inglesa en la Universidad de Columbia. La ironía de que el marido de esta distinguida profesora hubiera alcanzado el éxito escribiendo ficción comercial de baja calidad no se le escapaba a ninguno de los dos. Ella soportaba la escritura de su marido porque mantenía su estilo de vida, pero la consideraba lo que era: basura espectacularmente exitosa.

En el patio trasero, había cuatro sillas Adirondack alrededor de la hoguera. Sentados, Tessa y Cameron contemplaban el cielo de tonos morados que oscurecía las montañas. El fuego proporcionaba suficiente calor como para contrarrestar el frío que llegó cuando el sol se ocultó detrás de los picos montañosos. Estaban disfrutando de unas copas con sus amigos Jasper y Victoria Ford. Jasper era el agente inmobiliario que había encontrado la casa, negociado el precio y concretado la transacción. Para celebrar la compra, Cameron y Tessa habían invitado a Jasper y su mujer a salir a navegar en velero. Los cuatro se habían hecho grandes amigos. En los últimos tres años, Jasper y Victoria habían hecho incontables excursiones náuticas con los Young, que eran entusiastas navegantes, y los cuatro hasta habían pasado juntos vacaciones en las Islas Vírgenes Británicas.

—Cameron, ¿cuándo vas a publicar este verano? —quiso saber Jasper.

—En junio —respondió Cameron—. Estaré de gira durante tres semanas. Comenzaré por la Costa Oeste y visitaré quince ciudades en el camino de regreso. Llegaré justo antes del 4 de Julio. —Señaló su estudio del otro lado del arroyo—. Luego estaré de vuelta en el laboratorio tratando de cumplir con mi plazo para la publicación del año que viene.

—No sé cómo lo haces —comentó Victoria—. A mí no me salen las palabras tan rápido como a ti. Me gustaría tener tu disciplina.

Victoria era asesora financiera en una mediana empresa, pero albergaba la pasión de escribir novelas. En los años de amistad, este secreto había salido a la luz. Cameron le daba consejos y había utilizado sus influencias en el mundo editorial para ayudar a Victoria con su escritura.

—Las fechas límites son muy motivantes. Y por lo poco que has compartido, tú también pareces ser una escritora prolífica.

—¿Cuál es el dicho? —preguntó Victoria—. Si un árbol cae en el bosque, pero nadie está allí para oírlo, ¿hace algún ruido? En el

mundo editorial, si escribes un libro, pero nadie lo lee…, ¿eres realmente escritora?
—Por supuesto que lo eres —afirmó Cameron con tono alentador—. Un escritor es alguien que escribe, no solo alguien que vende libros publicados. Me muero por ver tu manuscrito. ¿Cuándo podré leerlo?
—Ay, Dios, nunca —respondió Victoria.
—Ni siquiera me lo deja leer a mí —dijo Jasper—. Hace ocho años que estamos casados y nunca he leído una sola frase de ninguno de sus manuscritos. ¿Cuántos van, ya? Cinco o seis, por lo menos.
—Cinco —corrigió Victoria—. Y aun con la recomendación de Cameron, su agencia literaria rechazó mi petición. Hasta el momento, más de cien agentes literarios y editores han rechazado amablemente mi trabajo. Lo último que voy a hacer es permitir que mi marido o mis amigos lean mis manuscritos cuando ni siquiera puedo conseguir un agente que quiera representarme.
—Es todo subjetivo —dijo Cameron—. Lo que un agente odia, a otro le encanta. No te des por vencida.
—También depende del momento —añadió Tessa, con una mano sobre la rodilla de Victoria—. Tal vez el mercado no está listo para tus historias en este momento, pero algún día lo estará.
—Ya. —Victoria levantó las manos en señal de rendición—. Cambiemos de tema.
Metió la mano en la cubitera y sacó una botella de vino.
—Este es un Happy Canyon Blanc del valle de Santa Ynez. Jasper y yo lo compramos el otoño pasado, durante nuestras vacaciones. —Victoria llenó todas las copas.
—Por los amigos —dijo—. Y por el libro nuevo de Cameron que saldrá este verano.
Los cuatro amigos hicieron chocar suavemente sus copas.
Cameron miró a Victoria.
—Por la literatura, en todas sus formas y tamaños.

CAPÍTULO 17

Manhattan, Nueva York

Viernes 25 de junio de 2021

Walt estaba acostado en la cama del hotel con un brazo debajo de la cabeza; en la otra mano sostenía las páginas del expediente de Cameron Young. Hacía una hora que estaba leyendo y empezaba a recordar la información sobre el caso y las personas involucradas. Dejó las páginas y cogió el vaso de ron de la mesilla de noche. Bebió un trago largo, sabiendo que necesitaría el ron para poder continuar con las páginas que le esperaban. Su paso por el FBI nunca lo había puesto cara a cara con asesinatos y muerte como lo había hecho su trabajo de detective de homicidios. Era algo que no echaba de menos. Volvió a dejar el vaso en la mesilla de noche y empezó a leer el informe de la autopsia.

INVESTIGACIÓN DEL CASO DE CAMERON YOUNG

Una vez que los técnicos lo hubieron bajado del balcón, el cadáver de Cameron Young fue trasladado a la morgue del estado de Nueva York. Al doctor Jarrod Lockard se le encomendó la autopsia. Los médicos y peritos forenses siempre le habían resultado peculiares a Walt. Personas atípicas que habían tomado un camino tan poco transitado en la vida que los había llevado literalmente a la muerte. Para Walt, la capacidad de diseccionar un cuerpo humano tenía que venir acompañada de algún defecto en la mente. Al doctor Lockard lo apodaban "el Mago" por su capacidad de conjurar cada pista dejada en los cadáveres que pasaban por su morgue. Jarrod Lockard era tan genial en esa especialidad en particular que otros aspectos de su vida habían quedado descuidados, como la higiene personal y el aspecto, así como también cualquier esfuerzo por demostrar el más mínimo indicio de conciencia social. Walt se preguntaba si examinar a los muertos se había cobrado su precio con el doctor Lockard, como si cada viaje al interior del cuerpo de un muerto lo

alejara cada vez más de la vida. No en dirección a la muerte, sino hacia algún lugar intermedio que lo dejaba alienado de los vivos y solo capaz de relacionarse con los cadáveres que llenaban sus días.

A pesar de que acababa de cumplir cincuenta años, el doctor Lockard tenía el pelo blanco hueso y desgreñado en nudos salvajes que no habían visto un peine en años. Algunos mechones particularmente entusiastas se destacaban del resto y parecían estar electrificados. Con unos ojos tan hundidos en sus órbitas que tenía que estirar la frente para mantener los párpados abiertos, el doctor Lockard mostraba una perpetua expresión de sorpresa que lo hacía parecerse al personaje Doc Brown de Regreso al Futuro.

—Pase —dijo el médico cuando Walt llamó a la puerta de su oficina.

Walt entró en el despacho.

—Doctor —lo saludó, extendiendo la mano y esforzándose por no parecer tan nervioso como se sentía. La razón por la que el doctor Lockard infundía tanto miedo en los detectives era un misterio que ninguno de los colegas de Walt intentaba explicar—. Gracias por ocuparse de esto tan rápido —dijo Walt.

El doctor Lockard le dio un apretón de manos flojo, que parecía una masa blanda, y mantuvo una expresión estoica que no era ni benevolente ni despectiva. Señaló la silla delante de su escritorio.

—Tiene un caso interesante entre manos. Siéntese. Hay mucho de que hablar.

Sirvió café en dos vasos de plástico y le entregó uno a Walt. Se sentó detrás de su escritorio y acercó una carpeta.

—Cameron Young —dijo, mientras abría la carpeta y revisaba sus notas—. ¿Ha leído alguno de sus libros?

Walt negó con la cabeza.

—Nunca encontré tiempo para leer ficción.

—Una pena. Yo era un gran admirador suyo. Novelas de suspense. Buen material.

Una imagen cruzó por la mente de Walt: Jarrod Lockard leyendo a la luz de las velas mientras comía alitas de pollo y pasaba las páginas dejando huellas grasientas.

El médico sacó una foto del cuerpo juvenil de Cameron Young tendido sobre la mesa de autopsias. La incisión en Y corría desde sus hombros hasta la pelvis y estaba cosida con gruesas suturas que marcaban hoyuelos en la piel pálida. Deslizó la foto por encima del escritorio.

—Ojalá pudiera decirle que fue una autopsia rutinaria. Lamentablemente, fue todo lo contrario. Esto es lo que puedo decir: el examen externo mostró daños extensos en el cuello de la víctima compatibles con un ahorcamiento por caída prolongada. Su cuello se fracturó en la cuarta vértebra cervical que se desplazó anteriormente, cortando la médula espinal. La víctima cayó desde una altura de unos dos metros y medio desde el balcón del primer

piso antes de que la cuerda detuviera su descenso, ejerciendo una presión de aproximadamente cuatrocientos cincuenta kilos sobre su cuello. Medio metro más y podría haber sido decapitado.

Walt asintió lentamente y estudió la macabra fotografía como si se pudiera deducir algo de ella. Finalmente, la deslizó de nuevo hacia el doctor Lockard.

—Suena bastante claro para mí, doctor.

—A primera vista, sí. Pero la cosa se complica cuando observamos la anatomía del cuello. ¿Sabe cuál es la diferencia entre ahorcamiento por caída prolongada y por caída corta?

—Las caídas prolongadas son como acaba de describir. La víctima cae desde una cierta altura y la desaceleración repentina que produce el nudo corredizo rompe el cuello. Como los ahorcamientos de la época medieval y las atrocidades que siguen ocurriendo en Irán. La muerte se produce de inmediato. Las caídas cortas son cuando la víctima se deja caer lentamente hasta la posición de ahorcamiento y finalmente muere por estrangulamiento tradicional.

—Impresionante, detective. Todo lo que ha dicho es correcto. Un par de detalles pertinentes más: en casos de caídas cortas, el trauma de la ligadura en el cuello es menos extenso. El nudo se ajusta lentamente e impide que el oxígeno llegue al cerebro. Si se permanece en esa posición el tiempo suficiente, el cerebro deja de enviarles a los pulmones la orden de respirar. O también, si el nudo está lo suficientemente ajustado como para comprimir la tráquea, impide la respiración. En cualquier caso, la causa de muerte resultante es la asfixia. En caídas largas, en cambio, la muerte se produce por la sección de la médula espinal. Esto es especialmente cierto si la posición del nudo está debajo de la barbilla, como en el caso del señor Young. El repentino tirón de la cuerda cuando se tensa causa hiperextensión del cuello y el consecuente desplazamiento anterior de las vértebras. El problema que tengo con la autopsia del señor Young es que mostraba signos tanto de ahorcamiento por caída corta como por caída prolongada.

El médico deslizó otra foto sobre el escritorio. Un primer plano del cuello de Cameron Young.

—¿Ve esto? Una banda de equimosis rodea el cuello, por encima de la laceración producida por la caída prolongada, lo que sugiere que la cuerda había sido ajustada durante un tiempo antes de la muerte o antes de que sufriera el trauma por caída prolongada. La congestión en los pulmones, así como las petequias en las mejillas y el revestimiento mucoso de la boca, respaldan esta conclusión. Las hemorragias subconjuntivales pintan un cuadro típico de privación lenta de oxígeno sumado a un aumento de la presión venosa en la cabeza.

—¿Me lo traduce, doctor?

—Alguien le causó la muerte por estrangulamiento lento antes de tirarlo por el balcón.

Walt giró la cabeza levemente hacia la derecha mientras digería las palabras del médico.
—¿Murió antes de caer por el balcón?
—Correcto. El trauma de la caída prolongada ocurrió después de la muerte. Esta conclusión se basa en la cantidad de sangre producida por la herida de la ligadura. Las vértebras, además de cortar la médula espinal, cortaron la arteria carótida izquierda. Si esto hubiera ocurrido al momento de la muerte, esperaría encontrar salpicaduras arteriales producidas por los últimos latidos del corazón. Pero el patrón de pérdida de sangre es coherente con una filtración de sangre residual acumulada en el vaso y no con la expulsión de un vaso bajo presión.
Walt se pasó el dorso de la mano por la barba incipiente de la mejilla mientras consideraba los hallazgos del médico. El doctor Lockard hizo a un lado la foto del cuello de Cameron Young y colocó otra en su lugar.
—Tengo una teoría sobre las heridas en el cuello.
La nueva fotografía mostraba el cadáver boca abajo, con el trasero a la vista.
—Mire esto. —Lockard señaló la foto—. Hay signos de traumatismo en ambos laterales de los glúteos: marcas finas y rojas. Se observaron marcas similares en el pecho y la parte superior de los brazos. ¿Alguna idea de qué podrían ser estas marcas?
—Las vi cuando Young colgaba del balcón. Supuse que las había hecho un látigo.
—Me tiene impactado esta tarde, detective. Las marcas son de un látigo de cuero. Cosas de sadomasoquistas. Bastante brutales, por cierto, a juzgar por el aspecto de las marcas. Y creo que este hallazgo va unido al trauma en el cuello por caída lenta.
Walt negó con la cabeza.
—No lo sigo.
—Sospecho que el señor Young gozaba sexualmente mientras lo estrangulaban.
—¿Una asfixia autoerótica que salió mal?
El doctor Lockard negó con la cabeza.
—Asfixia erótica, sí, pero no hubo nada de “auto” en ella.
Sacó otra fotografía de la carpeta y la colocó delante de Walt. Era un primer plano del pene de Cameron Young. Sin mover la cabeza, Walt levantó la mirada de la foto hacia el médico y arqueó las cejas.
—¿Por qué me hace ver esto, doctor?
—Por la congestión de los vasos sanguíneos del pene y las abrasiones superficiales de la epidermis, el señor Young recibió sexo oral poco antes de morir.
Walt negó con la cabeza.
—¿Alguien le hizo una mamada?
—Lenguaje vulgar, detective. Pero sí. Justo antes de que él muriera, alguien utilizó estimulación oral para llevar al señor Young al borde

del clímax. El cuerpo cavernoso estaba hinchado, pero el conducto deferente no tenía esperma y la vesícula seminal no había liberado el semen.

—Vaya al grano, doctor —pidió Walt mientras deslizaba la foto hacia él.

—Mi examen sugiere que alguien le practicó sexo oral al señor Young hasta llevarlo al borde del clímax, pero antes de que eyaculara, la cuerda que tenía alrededor del cuello hizo que dejara de respirar.

—Joder. ¿Todo eso lo descubrió por la autopsia?

—Cada cuerpo cuenta una historia, detective.

"El Mago" había estado ocupado, pensó Walt; se pasó una mano por el pelo y se arrellanó en la silla.

—Según lo que ve —preguntó—, ¿diría usted que la víctima participó voluntariamente de lo que sea que sucedió?

—Quizás hasta el final. Tenía gran cantidad de células de su propia piel debajo de las uñas, lo que sugiere que quiso arrancarse la soga del cuello antes de morir. Noté rasguños en el cuello por encima de las heridas de la ligadura.

—O sea, que le entró el pánico al final y trató de quitarse la presión del cuello, pero fue demasiado tarde.

—Correcto.

—Y no hay posibilidad de que se trate de un suicidio, como seguramente alegará algún abogado defensor.

—Ninguna posibilidad.

El doctor Lockard sacó otra foto de la carpeta y siguió hablando:

—La cuerda utilizada para estrangular al señor Young era de yute, algo que se ve habitualmente en prácticas de sadomasoquismo. Mucha fricción, poca elasticidad. —Empujó la foto sobre el escritorio—. La misma cuerda se utilizó para atarle las manos y las muñecas. Aquí hay dos cuestiones importantes. Hablemos de los nudos con los que se ataron las manos de la víctima. Como sabe, algunas víctimas de suicidio se atan las manos detrás de la espalda para no poder salvarse a sí mismos si se arrepienten.

Walt asintió.

—La voz de la demencia protegiéndose de la voz de la razón.

—En este caso, queda claro que otra persona le ató las manos al señor Young.

El doctor Lockard sacó otras dos fotos de la carpeta. La primera mostraba a Cameron Young colgando del balcón; un primer plano de las manos atadas con una cuerda tensada por el *rigor mortis*. La segunda imagen, tomada en la morgue después de que el *rigor mortis* se había aflojado, mostraba el nudo.

—Los nudos utilizados para atarle las manos no eran del tipo que se ve en suicidios. ¿Ve esto? —Señaló la foto—. Para atarse sus propias manos, un suicida tiene que utilizar algún tipo de nudo corredizo.

Mete los brazos en nudos sueltos, separa los brazos y los nudos se aprietan. Es la única forma de hacerlo. Estos no eran nudos corredizos. Eran nudos atados firmemente. Tras investigar un poco, puedo decir que creo que eran nudos mariposa alpinos. No soy experto en el tema, pero parece que estos nudos se utilizan normalmente en escaladas de montaña y se hacen con las dos manos. Es imposible atar dos nudos mariposa alpinos tan cerca uno del otro y pasar a través de ellos para colocar las manos detrás de la espalda. Y claramente es imposible atarlos a ciegas detrás de la espalda.

—Entonces, ¿alguien lo ató?

—Correcto.

Walt recogió las fotos, las golpeó varias veces contra el escritorio para emparejar la pila y luego las colocó boca abajo a un lado.

—O sea que Cameron Young estaba satisfaciendo sus deseos durante una sórdida noche de sadomasoquismo. A juzgar por las muchas marcas de látigo en las nalgas y en la espalda, era una noche violenta de juegos. El juego previo incluía atarle una cuerda alrededor del cuello. La cuerda se apretó hasta un cierto punto para añadir erotismo mientras alguien le practicaba sexo oral. La cuerda se apretó demasiado y él murió antes de llegar al clímax. Su pareja fue presa del pánico, ató el extremo de una cuerda larga a lo más pesado que pudo encontrar, que resultó ser la caja fuerte en el armario, y luego lo tiró por el balcón para que pareciera un suicidio. ¿He comprendido su teoría?

—Es un resumen muy claro de mi examen. ¿Tiene algún sospechoso?

Walt se puso de pie.

—Estoy trabajando en ello. Gracias, doctor.

CAPÍTULO 18

Manhattan, Nueva York

Viernes 25 de junio de 2021

Jim Oliver lo había instalado en una suite del Grand Hyatt y Walt estaba feliz de no sentir la claustrofobia que seguramente habría experimentado en una habitación individual. Después de recordar al doctor Lockard con sus ojos penetrantes y su pelo desgreñado, así como la vívida imagen que el forense había pintado de la última noche de Cameron Young, Walt necesitaba espacio para moverse y sacudirse la agitación de las piernas. Incluso veinte años después, el médico tenía la capacidad de perturbarlo. Walt caminó del dormitorio hasta el minibar y se sirvió otros dos dedos de ron. Se sentó frente al escritorio de la sala, donde lo esperaban más páginas del expediente. Eran transcripciones de su primera entrevista con Tessa Young, la mujer de la víctima.

INVESTIGACIÓN DEL CASO DE CAMERON YOUNG

Habían vuelto a las montañas de Catskill a pasar un puente y estaban reunidos en la terraza detrás de la casa, con la amplia escalera que llevaba a la piscina y en el horizonte, la cadena de montañas. Era una bella tarde de verano. Habían pasado la mañana en el velero de los Young y ahora había una botella de Sauvignon blanc sobre la mesa y todas sus copas estaban llenas.

Victoria bebió un sorbo de vino. Tessa hizo girar la copa; todavía no había probado el vino.

—Vi que el *Times* publicó una reseña de tu libro —dijo Victoria a Cameron—. Impresionante.

—Por una vez —dijo Cameron—. Por lo general me destrozan. Personajes planos, trama poco desarrollada, trata de ser ingenioso, pero no lo logra, solo apto para lectura de playa y esto y lo otro. A lo largo de los años he oído todos los insultos posibles, pero esta vez les ha gustado de verdad. Es un milagro.

—¿Cómo fue la gira? —quiso saber Jasper.
—Agotadora. Pero fue genial viajar y conocer a los lectores, aunque estoy feliz de estar en casa y disfrutar de un verano menos agitado. Tengo que entregar un manuscrito en otoño y tengo pensado utilizar el verano para terminarlo.
—Victoria, tal vez Cameron te preste la cabaña para que escribas tú también —dijo Tessa, señalando el estudio de Cameron, situado del otro lado del arroyo cantarín.
Con setenta y cinco metros cuadrados, era una réplica en miniatura de la casa principal.
Cameron negó con la cabeza.
—Lo siento, pero es mío. Los únicos que podemos entrar allí somos mi musa y yo.
—Es así de egoísta —comentó Tessa.
—Egoísta no, solo supersticioso. Hasta ahora me ha funcionado y no voy a innovar. Cuando cruzo ese puente, algo se activa en mi cabeza y no vuelvo a cruzarlo hasta que cumplo mi objetivo de escritura del día.
—Esa guarida masculina me fastidia; a veces me pregunto qué sucede allí dentro. Pero como no tengo permitido entrar, supongo que jamás lo sabré. —Tessa hizo un ademán displicente hacia su esposo y se puso de pie—. Tengo queso y galletas en la cocina.
—Te ayudaré —dijo Victoria.
Una vez que estuvieron dentro, Victoria cogió a Tessa del codo y la llevó hacia el pasillo para quedar fuera de la vista de la terraza.
—No has bebido —dijo Victoria.
—¿A qué te refieres, al vino?
—Sí, Tessa, me refiero al vino. No has bebido.
Tessa negó con la cabeza.
—Me lo estoy tomando con calma, nada más. Son las dos de la tarde y navegar me ha dejado agotada.
—Estás embarazada.
—¿Qué?
—¿Lo estás?
Hubo una larga pausa. Por fin, Tessa sonrió.
—No lo sé. Puede ser.
—¡Ay, Dios! ¿Por qué no me lo has contado?
—No hay nada que contar. Cameron y yo lo estamos intentando, nada más. No creí que sucedería tan pronto. Y tampoco estoy segura de que sea así. Solo tengo un retraso. Pero no quiero beber vino por las moscas. —Tessa volvió a sonreír—. Seguramente me haga la prueba la semana que viene. No digas nada.
—No diré una palabra —le aseguró Victoria. Envolvió a Tessa en un abrazo fuerte y rígido.
Esa tarde, Jasper fue al mercado a comprar carne. Tessa dormía profundamente sobre una tumbona en la terraza. Cameron bajó la escalera y Victoria se reunió con él en el pasillo donde Tessa le

había contado su secreto esa tarde.

—¡Eres un hijo de puta! —exclamó Victoria; levantó la mano y lo abofeteó.

—¡¿Qué mierda…?! —Cameron le sujetó la muñeca.

—¿Está embarazada?

—¿Qué?

—¿Tessa está embarazada?

—No.

—Mientes. Me lo ha contado todo.

—¡Baja la voz! ¿Quieres despertarla?

—Me importa una mierda. ¡Eres un hijo de puta!

Intentó abofetearlo con la otra mano, pero Cameron también se la sujetó.

—Basta —dijo, luchando para dominarla mientras ella intentaba liberarse.

—Me dijiste que no te acostabas con ella —dijo Victoria.

—Fue ella quien lo empezó. ¿Qué podía hacer? ¿Decirle a mi mujer que había hecho votos de castidad?

—Y entonces qué está pasando, ¿eh? ¿Quieres dejar embarazada a tu mujer? ¿La mujer de la que me prometiste que te ibas a divorciar? ¿Ahora estás tratando de dejarla embarazada?

—No estás pensando con lógica. Ha sido la primera vez que tenemos sexo en meses.

Victoria apretó los dientes.

—Me obligaste a abortar, joder, Cameron. Aborté a nuestro bebé porque me convenciste de que no era un buen momento. Que era demasiado pronto y que haría volar nuestras vidas en pedazos. ¿Lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo.

—¿Pero sí es un buen momento para tener un hijo con Tessa? ¡Eres un maldito monstruo! ¡Y un mentiroso!

Él acercó su cara a la de Victoria hasta que sus labios quedaron a escasos centímetros.

—Sabes que te quiero. Y sabes que quiero estar contigo.

—Entonces, ¿por qué no lo estás?

—¿Qué sugieres que haga? ¿Qué salga ahora mismo y le diga a Tessa que me quiero divorciar? ¿Qué espere a que vuelva Jasper para que todos podamos hablar durante la cena sobre nuestra relación, sobre cómo nos enamoramos y pensamos dejarlos?

—Tendremos que hablarlo en algún momento.

—Lo sé. Pero diría que la celebración del 4 de Julio cuando estamos todos juntos no es el momento indicado.

Hubo un silencio; Victoria miraba el suelo.

—¿Es cierto que no le permites entrar en el estudio?

—Joder, claro que sí —dijo Cameron inclinándose para poder encontrar su mirada, que ella desviaba—. El estudio es solo para nosotros. Puedes utilizarlo cuando quieras. Me encanta verte

escribir allí.
Victoria mantenía la mirada fija en el suelo para no mirarlo a los ojos.
—Tarde o temprano, tendrás que dejarme leer uno de tus manuscritos —dijo Cameron.
Se irguió y ella se permitió seguirlo con la mirada. Sus bocas se unieron en un beso apasionado. Él la empujó contra la pared y le apretó los glúteos con las manos por encima de los pantalones cortos. Victoria le mordió el labio inferior y, por un momento, temió que las cosas fueran a ir demasiado lejos mientras estaban allí en el pasillo, a pocos metros de donde Tessa dormía sobre una tumbona en la terraza. Justo entonces, mientras estaban abrazados, la puerta que daba a la terraza se abrió y Tessa entró en la cocina. En el mismo momento, el detector en la puerta principal tintineó cuando Jasper volvió del mercado. Presa del pánico, Victoria se apartó del abrazo y alejó el cuerpo de Cameron de ella mientras se metía dentro del baño y cerraba la puerta con llave. Cameron se pasó una mano por el pelo, recuperó el aliento y entró en la cocina.
—No deberías haberme permitido quedarme dormida —dijo Tessa, palmeándose la mejilla—. Creo que me he quemado con el sol.
—Lo siento, cariño —respondió Cameron y carraspeó—. Parecías tan plácida que no quise despertarte.
Jasper entró en la cocina llevando una bolsa de papel de la carnicería.
—Cuatro entrecots bien gordos. Más espárragos y hongos portobello.
—Fenomenal —dijo Cameron con una sonrisa forzada.
Jasper lo miró y frunció el entrecejo.
—¿Qué te ha pasado en el labio?
Cameron se tocó el labio inferior, sintiendo todavía los dientes de Victoria. Cuando apartó la mano, tenía los dedos manchados de sangre.
—Uy. —Se pasó la lengua por el labio inferior y se limpió la sangre con el dorso de la mano—. Debo de habérmelo mordido.
—Pues casi te arrancas el labio. Será mejor que te pongas hielo —dijo Jasper mientras colocaba la carne sobre la encimera—. Los sazonaré para que estén listos para esta noche.
—Buena idea —dijo Tessa; miró a su esposo, manteniendo el rostro inexpresivo, fue hasta el congelador, sacó un cubito de hielo y se lo dio—. Para tu labio.

CAPÍTULO 19

Manhattan, Nueva York

Viernes 25 de junio de 2021

Walt tomó otro sorbo de ron y pasó la página. Estaba asombrado por lo rápido que volvían a su mente los detalles del caso. Comprendió que no era que los recuerdos se hubieran borrado y desaparecido, sino que habían quedado guardados. Almacenados y cubiertos lentamente por el polvo de la vida, la acumulación de años y las distracciones que los acompañaban. Pero a medida que pasaba las páginas del expediente, volvía a ser aquel muchacho de veintiocho años que se había encontrado en medio de una investigación de homicidio que atraería la atención de todo el país.

INVESTIGACIÓN DEL CASO DE CAMERON YOUNG

Walt terminó su segundo recorrido de la enorme casa en las montañas de Catskill y emprendió el largo viaje en coche de regreso a la ciudad. Repasó lo que sabía hasta el momento. La comunidad que dejaba atrás era tranquila y apacible. La gente que vivía allí era rica. Todos se conocían. El crimen era poco común. Había pocas posibilidades de que Cameron Young hubiera sido asesinado al azar. Pocas posibilidades de que no hubiera conocido al asesino.

Mientras conducía, Walt pensaba en lo que había aprendido en las últimas veinticuatro horas sobre el arte de las perversiones sexuales; se había enterado de los matices del sexo BDSM durante una maratón nocturna en internet la noche anterior. Se estremeció al pensar que alguien pudiera revisar su historial de búsqueda.

El BDSM —las siglas de bondage, disciplina y sadomasoquismo— era sexo agresivo, muchas veces violento y doloroso con consentimiento entre dos adultos, e incluía una gran variedad de accesorios y juguetes. “Consentimiento” era una palabra clave que Walt había visto en casi todos los artículos que había leído, aunque se preguntaba cuánto habría consentido Cameron Young la noche que había muerto. Algo oscuro y peligroso había sucedido en ese

dormitorio.
El análisis de la sangre encontrada en la alfombra del vestidor, como también de la orina del retrete, se estaba llevando a cabo con toda urgencia para que las muestras pudieran compararse con las que Walt pronto les solicitaría a posibles sospechosos. De igual manera, las huellas dactilares obtenidas del cuchillo de cocina y de la copa que habían dejado sobre la mesilla de noche también se compararían con muestras que recogería Walt. Tras la entrevista inicial, Walt decidió que las primeras muestras que solicitaría serían las de la mujer de Cameron Young.
Condujo su coche policial sin identificación por el puente George Washington. Luchó contra el tráfico lento de Manhattan hasta que encontró un sitio para aparcar casi legalmente en el vecindario West Seventies del Upper West Side. La residencia de los Young en Manhattan era un apartamento de dos dormitorios en la planta baja de un edificio sobre la calle Setenta y Seis. Walt se puso la chaqueta y se colocó los puños de la camisa mientras se dirigía a la puerta principal para tocar el timbre. Tessa Young abrió la puerta. Tenía los ojos rojos y húmedos y su nariz estaba irritada y enrojecida.
—Señora Young. Gracias por acceder a hablar conmigo otra vez. Sé que está pasando por momentos difíciles, pero me gustaría ponerla al tanto de lo que he averiguado.
Tessa asintió, se pasó el dorso de la mano por la nariz y permitió que Walt entrara en su casa. Él la siguió a la cocina y aceptó su ofrecimiento de café. Tessa llenó dos tazas y se sentaron a la mesa de la cocina.
—Me disculpo otra vez por no darle su espacio durante este tiempo difícil, pero mi trabajo es averiguar qué le sucedió a su marido y hacerlo lo más rápido posible. Por ese motivo, necesito hacerle algunas preguntas delicadas.
Tessa volvió a asentir.
—Comprendo.
—Cameron estaba en la casa que tenían en las montañas de Catskill cuando lo asesinaron. ¿Cuándo fue la última vez que usted estuvo en la casa?
—El 4 de Julio.
Walt sacó su libreta.
—¿Estaban solos, usted y su marido?
—No, estábamos con amigos.
—¿Puede darme sus nombres?
—Jasper y Victoria Ford.
—¿Son buenos amigos?
Tessa asintió, pero Walt vio que algo cambiaba en su actitud.
—Jasper nos vendió la casa. Fue el agente inmobiliario que llevó a cabo la operación. Los invitamos a él y a su mujer a navegar para celebrarlo. Desde entonces hemos sido amigos.
—¿O sea que son amigos desde hace un par de años?

Tessa asintió.
—Tres años.
—La última vez que estuvo en la casa fue para el Día de la Independencia, el 4 de Julio, pero ¿no estuvo allí ni el 14 ni el 15, cuando mataron a su marido?
—No.
—¿Era habitual que su marido fuera a la casa en las montañas sin usted?
—Sí. Estaba terminando una novela y solía ir a las montañas en busca de tranquilidad. Tiene un estudio junto a la casa, donde escribe.
Walt había recorrido el lugar de trabajo de Cameron Young, una pequeña estructura erigida al otro lado del arroyo, al norte de la finca. Era una pequeña réplica de la casa principal y constaba de un escritorio con un ordenador a un lado y una chimenea a leña y un sillón reclinable del otro. En una esquina había un minibar que tenía cafetera para las mañanas y una pequeña colección de bebidas alcohólicas para las tardes o noches. Si Walt hubiera tenido un ápice de creatividad, se habría maravillado ante el pacífico entorno que había producido una serie de novelas exitosas en los últimos años. Pero Walt Jenkins no era creativo; era analítico. Abordó el espacio con ojo clínico e intentó descubrir si el estudio brindaba alguna pista de lo que le había sucedido a Cameron Young.
—Cuando su marido iba a la casa en las montañas, ¿cuánto tiempo solía quedarse?
—Depende de lo retrasado que estuviese con respecto a la fecha de entrega. Un día o dos, por lo general. No siempre iba solo. A veces yo iba con él. Él tiene su estudio y yo tengo mi oficina en la casa principal donde hacía mi trabajo.
—¿O sea que cada uno tenía su lugar de trabajo privado?
Tessa asintió.
—¿Cameron y usted se llevaban bien?
Hubo una pausa.
—A veces.
Walt asintió.
—¿Cómo describiría su matrimonio?
—¿Mi matrimonio?
—Sí. ¿Tenían problemas?
—Todos los matrimonios tienen problemas.
—Pero me refiero específicamente al suyo, señora Young.
Tessa se encogió de hombros.
—Sí, claro. Teníamos muchos problemas.
—¿Podría describirlos?
Otra pausa.
—Si está preguntando si éramos un matrimonio feliz, diría que no. Hacía años que teníamos problemas, pero intentábamos hacer que funcionara.

—¿Tenían problemas económicos?
—¿Perdón?
—Los problemas de dinero suelen causar fricción en un matrimonio, así que pregunto si tenían problemas económicos.
—No, el dinero no era un problema. Los libros de Cameron han tenido mucho éxito en los últimos dos años. No tenemos deudas más allá de la hipoteca de este apartamento. La casa de las montañas está pagada. Tenemos mucho dinero ahorrado.
—¿Cuándo dice mucho…?
Tessa negó con la cabeza mientras calculaba.
—Tres millones. Tal vez más. Cameron se encargaba de las finanzas. Yo veo el balance una vez al año cuando firmo la declaración de la renta.
—¿El dinero estaba en una cuenta conjunta?
—Sí, detective. Yo podía acceder a todo el dinero en cualquier momento. No necesitaba matar a mi marido por eso.
Walt tomó nota en su libreta.
—¿Su marido tenía póliza de seguro de vida?
—Los dos tenemos seguro de vida. Nos lo hicimos justo después de casarnos. La póliza es de un millón de dólares cada uno.
El tono con que Tessa Young hablaba de los millones que tenían ella y su marido era tan práctico que Walt no sabía cómo tomarlo. O era una actriz consumada o realmente no tenía nada que ocultar.
—Usted es profesora, ¿no es así, señora Young?
—Sí.
—¿Diría que la mayoría de sus ingresos provenían de su marido?
—Gano ciento cincuenta mil dólares por año como profesora en la Universidad de Columbia. Pero sí, la mayoría de nuestros ingresos provenían de mi marido.
Walt hizo varias anotaciones en su libreta y luego levantó la mirada y miró fijamente a la viuda de Cameron Young.
—Lo que viene a continuación es difícil de escuchar e incómodo de decir, pero necesito hacer las preguntas.
Tessa esperó y finalmente asintió.
—Su marido estaba amordazado, señora Young, con lo que se llama una “mordaza de bola”. Es un accesorio de bondage, una práctica sexual en la que se ata o inmoviliza al compañero, y se utiliza en sexo sadomasoquista.
Tessa Young no dijo nada; solo lo miro…
—¿Usted y su marido incurrían en prácticas sexuales que incluían bondage?
—¡Ay, por Dios, no!
Walt hizo una pausa.
—Su marido estaba atado con un tipo de cuerda que también se utiliza comúnmente en el sexo sadomasoquista. ¿Poseían cuerdas de esa clase?
—Por supuesto que no.

—¿Me permitiría revisar su casa?
—Mi abogado me diría que le permitiera revisar lo que desease, pero siempre con una orden de registro.
Walt sacó un papel de la carpeta.
—Jamás le pediría algo así si no tuviera una orden.
—Busque lo que desee, detective. Revise mis cajones y llévese muestras de mi ropa interior o cualquier otra cosa pervertida que tenga en mente.
Walt continuó sin inmutarse.
—Encontramos sangre, orina y huellas dactilares en el dormitorio de su casa en las Catskill. Será importante establecer cuáles le pertenecen a usted, ya que estoy seguro de que habrá huellas suyas en su propia casa. ¿Está dispuesta a proporcionar huellas dactilares y permitir que mi equipo técnico le tome una muestra de la parte interna de la mejilla para un análisis de ADN?
—¿Acaso soy sospechosa del asesinato de mi propio marido, detective Jenkins?
Walt frunció los labios y abrió las manos.
—En este momento estoy recogiendo información, señora Young. En cualquier caso de homicidio, solicito muestras al cónyuge. Es solo parte del proceso.
—Parece recién salido de la escuela secundaria. ¿Cuántos casos de homicidio puede haber investigado antes de este?
Walt mantuvo una expresión neutra y no le dio el gusto de responderle.
Tessa finalmente asintió.
—Por supuesto. Le daré lo que necesite.
—Lo organizaré para esta tarde.
Ella asintió. Walt volvió a su bloc de notas.
—Cuando dice que usted y su marido estaban tratando de que el matrimonio funcionase, ¿a qué se refiere?
—A que estábamos tratando de evitar el divorcio.
Walt esperó.
—Estoy embarazada —dijo Tessa por fin, como si confesara un delito—. Pensábamos que si teníamos un hijo, todo se arreglaría. Al menos eso pensaba yo.
Walt cerró los ojos un instante. Tal vez había presionado demasiado. De todos modos, anotó el embarazo en su libreta y luego se puso de pie.
—Siento hacerla hablar de todo esto. Solo estoy tratando de averiguar quién mató a su marido.
Tessa se llevó una mano a la frente, como si tuviera dolor de cabeza. Sonó el teléfono de Walt. La llamada provenía de la sede policial.
—Disculpe —dijo, mientras se volvía para responder—. Jenkins.
—Oye, Walt, soy Ken Schuster.
Schuster era el técnico forense a cargo del caso Young.

—¿Alguna novedad, Ken?
—Estaba clasificando las pruebas que recogimos de la mansión en Catskill. Hay algo que tienes que ver.
Walt salió de la cocina y se dirigió por el pasillo hasta el vestíbulo, donde ella no oiría la conversación.
—Estoy en la residencia de los Young, ahora, hablando con la mujer. Y a punto de revisar su casa.
—Esto te va a interesar. Es urgente.
—¿Qué es?
—Encontramos una memoria USB en uno de los cajones de la oficina. Tiene almacenado un vídeo.
—¿Qué clase de vídeo?
—Ah…, bueno… Parece ser una cinta de sexo casera.
Walt miró hacia la cocina. Recordó el momento en que Tessa Young había hablado de los espacios de trabajo separados. El estudio era de él. La oficina en la casa principal era de ella.
—¿Quién aparece en el vídeo?
—Cameron Young y una mujer.
Walt bajó la voz aún más.
—¿Su esposa?
—Negativo.
—Voy hacia allí.
Tras su breve entrevista con Tessa Young y un registro más breve aún de su casa, Walt regresó a toda velocidad a la sede policial.
Ahora estaba sentado delante del iMac con Ken Schuster, mirando la grabación en la pantalla. Cameron Young estaba desnudo y en una posición comprometida, inclinado sobre un aparato que Walt reconoció de su investigación nocturna.
—Joder, mira eso. ¿Qué mierda es? —preguntó Ken.
—Un caballo de azotes —respondió Walt en tono práctico—. O a veces se le llama “caballo de disciplina”.
Ken apartó lentamente los ojos del monitor y miró a Walt por el rabillo del ojo.
—Lo he estado investigando —dijo Walt, señalando la pantalla para quitarse la mirada de Ken de encima.
Cuando un participante se colocaba boca abajo sobre el aparato, dejaba sus nalgas expuestas para máximo castigo o placer. El vídeo duraba casi un minuto y mostraba con todo detalle el trasero de Cameron Young. Walt reconoció el fondo y comprendió que se había grabado en el estudio de Cameron Young, aunque la toma estaba ligeramente descentrada. Parecía como si la cámara se hubiera movido y ahora la acción se desarrollara en el lado izquierdo de la pantalla.
—¿Se ve algo más que el culo de este hombre?
Kent señaló el temporizador en el extremo inferior derecho de la pantalla y levantó tres dedos para empezar con la cuenta regresiva. Tres, dos, uno. En el momento en que Ken bajó su tercer dedo, un

sonoro chasquido brotó de los altavoces del ordenador. Walt se sobresaltó casi tanto como Cameron Young, cuyo cuerpo dio un respingo cuando el látigo de múltiples hilos le azotó las nalgas. Volvió a sonar el ruido con un segundo azote.

—¡Dios mío!

—Uf, el contenido es salvaje, no hay duda —dijo Ken.

El latigazo resonó por tercera vez.

—Creo que no puedo seguir mirando —dijo Walt.

—Pues será mejor que lo hagas.

Una voz femenina se oía fuera de pantalla, pero era imposible distinguir las palabras, como si el micrófono de la cámara no estuviera funcionando correctamente.

—¿De quién era esa voz? —preguntó Walt.

Kent señaló la pantalla, sin apartar la mirada de la acción. Momentos después, quedó a la vista el trasero de la mujer. Solo se veía la parte baja de su espalda, sus nalgas y sus piernas debido a lo casero de la grabación y el ángulo descentrado. Pero enseguida después, la mujer siguió caminando y apareció en pantalla. Enfundada en un traje de dominatriz de cuero negro, con muñequeras con tachuelas y una gargantilla con pinchos alrededor del cuello, la mujer pasó junto a las nalgas expuestas de Cameron Young y se dirigió al extremo más alejado de la cámara. El látigo colgaba peligrosamente de su mano derecha. Cuando se volvió para quedar de frente a la cámara, Ken pausó el vídeo, capturando su imagen con nitidez.

—¿Quién es? —preguntó Walt.

—Victoria Ford. La mejor amiga de Tessa Young.

Walt se puso de pie.

—¿Estás seguro de que la has identificado?

—Segurísimo.

—¿Hay algo más que deba ver?

—Si no has disfrutado hasta ahora, dudo mucho que te guste el resto de la grabación.

—Márcalo como prueba y protégelo con tu vida. Documenta con claridad la cadena de custodia.

—Entendido, jefe.

Walt se dirigió rápidamente a su oficina para averiguar todo lo posible sobre la mujer llamada Victoria Ford.

CAPÍTULO 20

Montañas de Catskill, estado de Nueva York

Viernes 25 de junio de 2021

Para cuando Emma terminó de contarle a Avery sobre la investigación por homicidio en la que su hermana había estado involucrada cuando murió, la botella de chardonnay estaba vacía. Avery había viajado a las montañas para entrevistar a Emma Kind sobre la reciente identificación de los restos de Victoria Ford y para determinar si había suficiente material como para un reportaje en *Eventos Nacionales*. La idea de que había tropezado con la historia de un espeluznante asesinato tenía su mente bullendo de ideas sobre el programa especial que podría montar con los detalles del caso.

Avery flotaba en una agradable sensación de embriaguez por el vino, pero no protestó cuando Emma salió de la casa con una segunda botella. Quería saberlo todo sobre la hermana de Emma, fallecida hacía tanto tiempo, y el crimen del que había sido acusada. Otra botella de vino parecía ideal para que Emma siguiera hablando. Además, a Avery le fascinaba el antiguo objeto que Emma había traído de la casa junto con la botella de vino. Lo reconoció como un contestador automático de los años noventa; ahora estaba en el centro de la mesa del patio. Emma se había excusado en el medio de la historia sobre Victoria para ir a buscarlo a la casa. Encontrar el contestador en el trastero le había llevado mucho trabajo. Y aún mayor fue su esfuerzo por resucitarlo. La máquina, una reliquia del pasado, necesitaba tanto pilas como un enchufe eléctrico para cobrar vida. Mientras tanto, Avery bebía chardonnay y trataba de controlar la intriga por lo que esperaba en la máquina. Un alargador se extendía desde el enchufe de la cocina, a través de las puertas del patio, hasta la mesa donde se encontraba la máquina. Las pilas triple A encendieron la luz indicadora en parte

superior. La máquina estaba, sin duda, viva y en funcionamiento.

—Al principio, la noticia fue solo que un rico novelista había sido asesinado en las montañas de Catskill —dijo Emma—. Luego surgieron rumores de un romance. Cuando vincularon a Victoria con el homicidio, yo no me lo creí. Es más, no me lo creí hasta que se filtró ese vídeo espantoso y Victoria se convirtió en el centro de la historia. Los medios parecían animales rabiosos. Los periodistas la esperaban en el vestíbulo del edificio donde trabajaba y en la puerta de su casa. El vídeo estaba en todas partes. En aquel entonces no existían las redes sociales, pero internet comenzaba a levantar el vuelo. La imagen de Victoria con ese atuendo de dominatriz apareció en todos los programas de noticias y en todos los periódicos. El vídeo se descargó miles de veces y se vio interminablemente en todos los hogares cuyos dueños tuvieran tendencias morbosas. A los medios de comunicación se les hacía agua la boca con cada detalle. Durante un breve período, el sadomasoquismo y el *bondage* se convirtieron en titulares diarios y estaban en boca de todos los presentadores del país.

Avery estaba en cuarto año de secundaria en aquel entonces, pero aun ahora recordaba vagamente el revuelo que había causado el vídeo. Le costaba creer que dos décadas más tarde hubiera tropezado con la historia. Comprendía por qué los medios se habían interesado tanto en aquel entonces. Los titulares habrían sido anzuelos gigantes con los que capturar audiencia, vender periódicos y espacios de publicidad. No solo veinte años atrás, pensó, sino también en la actualidad. Avery imaginó sus propios titulares para *Eventos Nacionales*. Los restos de una víctima del 11S identificados veinte años después de la caída de las Torres, una mujer en el centro de una investigación criminal sensacionalista que involucraba a un conocido novelista, y un tórrido relato de sexo y traición. Las posibilidades eran infinitas. Los detalles de la escena del crimen seguramente serían impactantes y despertarían la fascinación morbosa de los seguidores de crímenes reales que veían *Eventos Nacionales*. Avery se preguntó si podría conseguir las fotos de la escena del crimen y más información sobre la investigación. Hasta se permitió imaginar fragmentos editados del vídeo de sexo.

—En las semanas previas al 11S, llegaban malas noticias, una tras otra —dijo Emma—. Las pruebas empezaban a acumularse y yo

no podía creer lo que veía en las noticias de la noche. La policía encontró una cuerda en el coche de Victoria y dijo que coincidía con la que estaba alrededor del cuello de Cameron Young. Al parecer, había huellas dactilares y ADN de Victoria por toda la condenada escena del crimen. Recogieron su orina del inodoro y encontraron rastros de su sangre en el dormitorio principal.

Avery, con la mente nublada por el chardonnay, pensaba a toda velocidad. Seguía maquinando en su cabeza cómo obtener imágenes de ese vídeo sexual casero. Necesitaba acceso al expediente del caso y a los detalles íntimos de la investigación. Pensó por unos instantes en los canales que podría explorar para obtener esa información. Finalmente, volvió a concentrarse en el presente y señaló el contestador automático.

—¿Qué tiene que ver el contestador automático con todo esto?

Emma tomó un sorbo de vino para tranquilizarse.

—Victoria me llamó aquel día.

—¿Qué día?

—El 11 de septiembre. Después de que el primer avión impactase en la Torre Norte. Llamó para decirme que estaba atrapada. Llamó para… para despedirse.

Avery dejó la copa de vino.

—Ay, Emma, eso es terrible. ¿Y usted conservó el mensaje todo este tiempo?

—Sí. Pero no por ese motivo. No porque Victoria estuviera despidiéndose. Aquel día me dijo algo. Quiero que lo escuches.

Avery esperó, sin parpadear y casi sin respirar. El efecto del vino le facilitaba y dificultaba la concentración a la vez. Con movimientos lentos, Emma extendió el brazo y pulsó el botón de inicio. Se oyeron unos segundos de interferencias y luego una voz.

—¡*Emma*!

La voz de Victoria Ford resonó sorprendentemente clara desde ese antiguo aparato que tenía más de veinte años.

—¡*Si estás ahí, coge el teléfono*!

Hubo una larga pausa mientras Victoria esperaba que su hermana respondiera a su desesperada petición. Avery apartó los ojos de la máquina y miró a Emma, que tenía los ojos cerrados. Se preguntó cuántas veces habría escuchado la mujer esa grabación en los últimos veinte años. En el trasfondo de la grabación, se oían

gritos, llantos y caos generalizado.

> *—Emma, estoy en la ciudad…, en el World Trade Center. Ha pasado algo. Hubo una explosión y la gente está diciendo que un avión se ha estrellado contra el edificio. Estoy en la Torre Norte y… creo que estamos atrapados. Hay un incendio en los pisos inferiores que nos impide bajar a la calle. Estamos subiendo a la azotea. Algunos están diciendo que habrá helicópteros de rescate. No sé si me lo creo, pero voy donde van todos. No hay otro lugar adonde ir. ¡Te quiero! Diles a mamá y a papá que también los quiero. Te volveré a llamar cuando sepa qué está pasando. Me despido por ahora.*

Emma detuvo el contestador. Miró a Avery, que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Emma, qué tragedia. Lo siento muchísimo. Debe de ser horrible… tener esa grabación. Ese recordatorio.

—Hay más —dijo Emma—. Otro mensaje. Y ese es el que quiero que escuches.

Emma inspiró hondo y tomó otro sorbo de vino antes de volver a pulsar el botón de inicio.

> *—Emma, soy yo. Hum… escucha. Están diciendo muchas locuras. Todo es un caos y no sé qué creer. Hablan de terroristas y aviones. Hubo otra explosión y la gente está diciendo que otro avión se ha estrellado contra la torre. O contra la Torre Sur. No… No tenemos dónde ir. La puerta que da a la azotea estaba cerrada, así que vamos a tratar de volver a bajar. Alguien dijo que había otra escalera que podría estar abierta. Así que… bueno, me voy. Pero…*

Una larga pausa vació el patio de aire y Avery se dio cuenta de que había dejado de respirar. Se había inclinado hacia el contestador, esperando las siguientes palabras de Victoria Ford. Se percibía una amabilidad en este último mensaje que no había estado presente en el primero. No había ruido de fondo ni caos como en el anterior, y Avery tuvo la impresión de que no solo Victoria Ford, sino el edificio mismo, se había entregado a su destino. Finalmente se oyó la voz de Victoria.

> *—Todo lo que está ocurriendo conmigo. Con la investigación. Tienes que saber… Por favor, es importante para mí que sepas… No hice nada de lo que me acusan. Quería a Cameron, eso sí es cierto. Pero no lo maté. Me conoces, Em. Sabes que no soy capaz de algo así. Dijeron que habían encontrado sangre y orina mías en la escena. Pero no puede ser*

cierto. Nada de eso puede ser cierto. Por favor, créeme. Si me… Emma, si no logro salir de este edificio… Por favor, tienes que creer que soy inocente. Por favor…

Avery esperó durante varios segundos de silencio. Por un momento, pensó que la grabación había terminado, pero Emma no la detuvo. Finalmente, se oyó la voz de Victoria Ford por última vez.

—Busca la manera, Em. Busca la manera de demostrarlo, por favor. Busca alguna manera de demostrarle al mundo que no soy el monstruo en el que me han convertido. Tengo que irme. Te quiero.

Emma alargó la mano y detuvo el contestador. Levantó la mirada hacia Avery.

—Allí lo tienes. El último deseo de mi hermana antes de morir fue que demostrara su inocencia. Lo he intentado durante veinte años, pero no he avanzado mucho. Las personas que estaban a cargo del caso, al igual que el resto del mundo, sucumbieron a la locura posterior al ataque. Cuando la situación recuperó algo de normalidad, mi hermana y su caso pasó al olvido. El asunto se consideró terminado. Intenté mantener abierta la investigación, lo que alegaban sobre mi hermana no podía ser cierto. Pero nadie quería escucharme. Nadie quería hablar conmigo. A nadie le importaba.

—A mí me importa —dijo Avery.

No solamente había dado con una historia que se destacaría en el vigésimo aniversario del 11S, sino que había encontrado un misterio. Había viajado por el país por otra razón, tal vez más importante. Estaba utilizando la información sobre la identificación de los restos de Victoria Ford como tapadera para ocultar el verdadero propósito de su visita a Nueva York, que era ponerle fin a los asuntos de la familia *Montgomery* para siempre. Pero de alguna manera, sin buscarlo, Avery se encontraba frente a un enorme misterio que podría generar altos índices de audiencia.

—Creo mucho en el destino —dijo Emma—. Todo sucede por una razón. Creo que el destino te trajo a mi puerta. Victoria me pidió que limpiara su nombre. No quería ser recordada como una asesina. En todos estos años, no he podido avanzar en desmentir ninguna parte del caso contra Victoria. Ni la sangre, ni la orina ni ninguna otra prueba. Pero tampoco he recibido ninguna ayuda.

¿Podría estar esto a punto de cambiar? Con tu ayuda… Quiero decir, juntas, tal vez tú y yo tengamos mejor suerte. Así como Victoria siempre será esa mujer joven y saludable en mi mente, también siempre será inocente. Por lo que cuando me preguntaste si el hecho de que finalmente identificaran los restos de mi hermana me permitía darle un cierre a lo sucedido…, bueno, tal vez en cierto modo sí. Pero lo único que me traerá *paz* es probar finalmente que mi hermana menor nunca mató a nadie. ¿Me ayudarás?

El agente de Avery había pedido detalles sobre el contenido de lo que ella planeaba presentar en la nueva temporada de *Eventos Nacionales*. Dwight Corey quería municiones antes de volver a la mesa de negociación. Ella acababa de toparse con una fábrica de municiones.

—¿Me ayudarás? —repitió Emma.

Avery asintió lentamente.

—Sí, te ayudaré.

PARTE III

EL ENGAÑO

CAPÍTULO 21

Manhattan, Nueva York

Lunes 28 de junio de 2021

—¿Dónde? —preguntó Dwight Corey.

Avery estaba sentada en Jacques, el bar del hotel Lowell, y revolvía el hielo de su vodka con soda con una pajita. Habían pasado tres días desde su tarde de borrachera con Emma Kind, en la que dos botellas de chardonnay habían acompañado sorprendentes revelaciones sobre Victoria Ford.

—En Nueva York —respondió Avery.

—¿Qué haces en Nueva York?

—Persiguiendo una historia.

—Pues has elegido un momento de mierda. Mosley Germaine quiere reunirse para hablar de tu contrato. Me ha dejado un montón de mensajes para que le devuelva las llamadas.

—¿Ha subido la oferta de setecientos cincuenta?

—Se mantienen firmes, pero quieren hablar de incentivos y beneficios.

—No voy a hablar de incentivos ni beneficios hasta que no esté establecida la base. ¿Recibiste mi correo?

Avery le había enviado un correo detallando los salarios de presentadores de programas de los últimos veinte años, ajustados por inflación y según los índices de audiencia. La hoja de cálculo incluía a los presentadores de *Dateline, 20/20, 48 Hours 60 Minutes,* además de los índices Nielsen de audiencia de cada uno. Según los modelos compilados por Avery, y comparando sus índices con los de la competencia, setecientos cincuenta mil dólares anuales estaba muy por debajo de lo que correspondía.

—Avery —dijo Dwight en tono bastante escéptico—, ¿estás en Nueva York reuniéndote con otras cadenas televisivas?

—Claro que no. Jamás aceptaría reunirme sin tener a mi lado a

mi agente de un metro noventa, intimidante e impecable con su traje y su manicura. Comienzo a dudar de tus habilidades de negociación, pero sigues asustando bastante a la gente. Estoy en Nueva York tras los pasos de una historia, nada más.

—Tenemos que hablar sobre la oferta de Germaine.

—No hasta que me ofrezca algo en serio. Oye, me dijiste que te consiguiera algo de contenido para la próxima temporada. Lo he encontrado.

—De acuerdo —convino Dwight. Hubo una larga pausa antes de que volviera a hablar en tono apesadumbrado—. Hazme un resumen de treinta segundos de esa historia por la que te has ido hasta Nueva York. Venga.

—Recientemente han identificado los restos de una víctima del 11S utilizando tecnología de ADN de última generación en la Oficina de Medicina Forense de Nueva York. Hablé con la forense, la doctora Livia Cutty, y está dispuesta a dejarme ver desde dentro esa nueva tecnología que ella considera será clave para identificar los veinte mil restos de víctimas que siguen almacenados en el laboratorio de criminalística.

—Suena interesante, y muy adecuado para este otoño. Pero no estoy seguro de que sea interesante como para un programa.

—Eso es solo el comienzo. He buscado a Emma Kind, la hermana de la mujer que acaba de ser identificada. Quería darle un ángulo personal a la historia. Algo que pudiera destacarse este otoño cuando todos los demás estén haciendo historias conmemorativas del vigésimo aniversario del ataque. Entonces, me enteré de que los restos identificados pertenecían a una mujer que casualmente estaba procesada por homicidio. Cuando murió, Victoria Ford estaba a punto de ser sometida a juicio por el asesinato de su amante casado, un rico novelista llamado Cameron Young.

—Un momento —pidió Dwight—. ¿Por qué me suena ese nombre?

—Porque en los noventa escribió una serie de novelas de suspense que fueron muy superventas. Por lo que pude investigar durante el fin de semana, era un autor muy popular. Sus libros alcanzaron el primer puesto en todas las listas y se vendieron en todo el mundo. Millones de copias. Hubo gran conmoción por su

muerte en aquel momento. Y luego, justo cuando esa jugosa investigación acaparaba la atención de todo el país, pasó al olvido.

—Por el atentado del 11S.

—Exacto.

—Casi todos olvidaron a Cameron Young y a la amante que lo mató, y comprensiblemente centraron su atención en la amenaza nueva y real de terrorismo en nuestro país.

—Ajá —asintió Dwight pausadamente—. Y entonces, ¿qué perspectiva quieres darle? ¿Que los restos de la víctima recientemente identificada pertenecían a una asesina procesada? No sé si es una historia reconfortante para el vigésimo aniversario.

—Olvídate de esas cursilerías de lo reconfortante. Olvídate del vigésimo aniversario. Eso es solo el anzuelo. Planeo investigar el asesinato de Cameron Young. Es una historia de crímenes reales que superará todo lo que he investigado hasta ahora.

—No te sigo. El caso se abrió y se cerró, ¿no?

—No necesariamente. Emma Kind tiene una historia apasionante sobre su hermana. Tal vez Victoria Ford sea culpable, pero algo me dice que hay más detrás de la historia. Algo que me hace querer investigar los detalles. En solo un par de días he descubierto muchísima información sobre el caso y ni siquiera he hablado con nadie que haya estado ligado directamente a la investigación. Pero Emma me está ayudando con ese frente. Me ha dado una lista de todas las personas que eran parte de la vida de su hermana. Le estoy siguiendo la pista a su viudo. Voy a hablar con sus amigos. Con su familia. Con el abogado que la representó. Estoy tratando de ponerme en contacto con el detective que investigó el caso. He hablado con las autoridades y me han respondido. También contactaré con la familia de Cameron Young. Hay muchísimos puntos de vista aquí, Dwight. El asesinato en sí fue muy raro: una escena de sadomasoquismo y *bondage*, con la víctima colgada del balcón de su mansión. Ah, y en alguna parte hay un vídeo casero de contenido sexual.

—Joder. De acuerdo, frena un poco. No estoy seguro que sea la mejor manera de utilizar tu tiempo ahora que estamos en medio de la negociación de tu contrato.

—¿Cómo que no? Voy a pisar el acelerador. Voy a investigar este asesinato y ver si hay alguna posibilidad de que la policía haya

acusado a la persona errónea, como cree Emma Kind. Si descubro alguna prueba en ese sentido, ataré todos los cabos y elaboraré un programa impactante sobre la víctima del 11S recientemente identificada, que casualmente fue acusada erróneamente antes de morir.

—¿Y si descubres que era culpable?

—Pues sigue siendo una historia interesante. Porque Emma Kind tiene buenas razones para creer que su hermana era inocente.

Se hizo un silencio entre ambos en la línea.

—Oye, Avery, mientras correteas por la ciudad de Nueva York, Germaine podría rescindir la oferta en cualquier momento y contratar a otra persona. ¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

—Tiene una grabación —dijo Avery.

—¿Quién?

—Emma Kind.

—¿Qué clase de grabación?

—La de un contestador automático con mensajes de su hermana de la mañana del 11S. Cuando Victoria comprendió que estaba atrapada en la Torre Norte, llamó a su hermana. Grabó los mensajes justo antes de que se desplomara la torre.

—Mierda —dijo Dwight en tono de fastidio.

—¿Qué pasa?

Avery oyó que él inspiraba hondo y soltaba el aire.

—Comienzas a despertar mi interés. Continúa.

—En la grabación, Victoria Ford alega ser inocente. Le dice a Emma que de ningún modo es capaz de matar a nadie, y le pide a su hermana que si no logra salir con vida de la Torre Norte, lo demuestre ella.

—¿Y puedes *conseguir* esa grabación?

—Ya la tengo.

—¿La tienes en tu poder? ¿Con el permiso de esta mujer de hacérsela oír a millones de televidentes?

—Por supuesto. Emma y yo somos las mejores amigas después de un par de botellas de vino en su patio trasero. Me dio el contestador para que yo pudiera repasar cada detalle de la grabación. Me ayudará con todo lo que necesite, siempre y cuando yo colabore para limpiar el nombre de su hermana.

—De todas las ideas extravagantes que has tenido en los últimos

dos años, esta podría realmente tener buen respaldo.

—Vaya si tiene buen respaldo. Más grande y ancho que la espalda de Dwight Corey. Y pienso estar encaramada a él todo el verano hasta descubrir la verdad.

—Pareces entusiasmada.

—Estoy de viaje, estoy sola y estoy en la trinchera. Tengo un buen presentimiento, Dwight.

—Entretendré a Germaine con evasivas durante una semana o dos. Mantenme al tanto.

Avery sonrió.

—Eso siempre.

CAPÍTULO 22

Manhattan, Nueva York

Martes 29 de junio de 2021

Avery salió del vestíbulo de su hotel. El contraste con los barrios residenciales de Los Ángeles siempre le resultaba impactante cuando volvía a Manhattan. Su piso de dos dormitorios en la planta 12 de la torre Ocean Towers en Santa Mónica le ofrecía vistas interminables del océano Pacífico y largas extensiones de playas seductoras hacia el norte y el sur. Todo en Santa Mónica era bajo y con mucho espacio. Aquí, en Manhattan, todo era alto y comprimido, una infraestructura diseñada para apiñar personas unas encima de otras. Le brindaba un buen cambio de ritmo mientras perseguía su historia, pero no era un sitio donde quisiera volver a vivir alguna vez. Había pasado su niñez en esta ciudad, aunque desde aquel primer verano en el que sus padres la habían enviado a la escuela de vela de Connie Clarkson en Sister Bay, en el estado de Wisconsin, siempre deseó alejarse del hacinamiento. Avery no esperaba terminar en la Costa Oeste, pero ahora que había vivido allí varios años, no imaginaba instalarse en ningún otro lugar.

Las vistas y los aromas del lugar de su infancia le producían una nostalgia esperada, pero también algo más. Habían pasado cosas demasiado desagradables en esta ciudad. Cosas que Avery deseaba olvidar. Cosas que habían puesto su vida patas arriba, que la habían expulsado y la habían obligado a convertirse en una persona diferente. Volver siempre hacía emerger recuerdos que enturbiaban las aguas de su vida. Solo el tiempo tenía la capacidad de aquietarlas y calmarlas. Por supuesto, la solución para estos recuerdos que emergían regularmente a la superficie sería dejar de volver a Nueva York. Pero no eran pocas las cosas que seguían atrayéndola a ese lugar tan importante para ella. La primera era el

recuerdo de la última vez que había salido a navegar en su Oyster 625.

Bajó las escaleras de la estación Penn y pasó por un torno hacia el metro. Se sentó cerca del fondo del vagón y viajó en silencio hasta que se bajó en Chambers Street. Caminó junto a los transeúntes de media tarde varias manzanas, hasta que llegó a la calle Vesey, donde giró hacia el oeste para terminar en North Cove Marina. Todos sus sentidos la bombardeaban —olores, sonidos, imágenes— y conspiraban para que el tiempo se desvaneciera desde que había estado allí por última vez. Era el verano anterior a su tercer año en la escuela de Derecho. Sus padres se habían ido a la casa de los Hamptons a pasar un puente y Avery y Christopher se reunirían con ellos al día siguiente. Mientras tanto, el Oyster 625 estaba a su disposición.

Mientras Avery contemplaba el puerto y las embarcaciones, pensó en Christopher y en aquella mañana de verano. Sabían que se estaba formando una tormenta en el Atlántico. Sabían que se toparían con mal tiempo. Sabían que sería peligroso. Sabían que era una mala idea sacar el Oyster en un día como ese. Pero de todas maneras, Avery subió a bordo y salió del puerto deportivo utilizando el motor del velero.

Caminó por el largo muelle, un paseo lento que la hizo retroceder en el tiempo hasta que se detuvo en el amarre donde, en un tiempo, había descansado el *Clari-Videncia*. En su lugar había otra embarcación perteneciente a alguna otra familia. Avery cerró los ojos mientras por su mente pasaban recuerdos de olas con espuma que se estrellaban encima de la proa. Cerró los ojos con fuerza mientras pensaba en las cortinas de lluvia que convertían en noche el día y en la proa que se hundía bajo la superficie del océano. Se estremeció al recordar cómo había trepado por encima de la baranda para saltar a las aguas frías y turbulentas donde las olas estallaban por encima de su cabeza. Se llevó los dedos a las sienes y trató en vano de borrar la imagen de la popa del velero en el aire, como la del Titanic, antes de que se hundiera en el fondo del océano. Su chaleco salvavidas la había mantenido con vida a duras penas hasta que la Guardia Costera la encontró.

Pero el recuerdo de la última vez que había navegado en el *Clari-Videncia* —y lo que ese viaje final significó para su hermano

— no era lo único que hacía que Avery continuara volviendo a Nueva York. Regresó por el muelle y sacó de su bolso la postal que había llegado a su buzón hacía meses. Estudió la imagen de la cabaña en el bosque y luego la giró para leer el mensaje al dorso.

> Para la única e incomparable Clari-Vidente.
> Simplemente pasando el rato y mirando Eventos Nacionales.
> Me vendría bien un poco de compañía.
>
> *777*

¿Podría realmente hacerlo? Había cruzado el país por un motivo, pero ¿podría seguir adelante con su plan? Avery sabía que la vida de él estaba en sus manos y que las decisiones que tomara mientras estuviera en Nueva York podrían asegurar su libertad o quitársela.

CAPÍTULO 23

Manhattan, Nueva York

Martes 29 de junio de 2021

Dejó atrás el puerto deportivo y se dirigió hacia el este. Caminar por las calles de su infancia esa tarde la hacía ser consciente de lo lejos que había llegado desde que sepultó bajo paladas de tierra su antigua identidad y huyó a Los Ángeles. El plan había sido no mirar nunca atrás, pero Avery había fracasado rotundamente en ese aspecto. Miraba el espejo retrovisor de su vida con tanta frecuencia que era asombroso que no se hubiera chocado de frente. Pero su éxito en *Eventos Nacionales* le había brindado momentos en los que se olvidaba de la ciudad y de sus secretos. El recorrido de este año, y todo lo que tenía planeado, tal vez le brindarían el borrón y cuenta nueva que estaba buscando.

Le llevó más de una hora llegar andando hasta Midtown, pero necesitaba el tiempo y la soledad para limpiar su mente de los recuerdos que le había despertado la visita al puerto North Cove Marina. Eran casi las seis de la tarde cuando llegó hasta la Séptima Avenida y giró por la calle Cuarenta y Siete Oeste. Encontró el letrero de *THE RUM HOUSE* pintado en el escaparate del establecimiento, abrió la puerta y entró. Avery lo descubrió antes de que él la viera. Sentado sobre un taburete, con la mano derecha sujetaba un vaso sobre la barra delante de él, mientras con la mano izquierda se masajeaba un punto en medio del pecho. La investigación de Avery le había revelado que este hombre había tenido poco más veintiocho años cuando estuvo al mando de la investigación del caso de Cameron Young. Eso significaba que actualmente tendría unos cuarenta y ocho, pero desde esa distancia y con la luz tenue del bar que le oscurecía las facciones, parecía más joven. Al mirarlo de nuevo mientras se acercaba, Avery pensó que se había equivocado de persona. Pero no, estaba frente al

detective Walt Jenkins. Su aspecto era muy parecido al de las fotos de 2001 que había visto de él, cuando apareció en los artículos periodísticos que ella había leído y en las grabaciones de conferencias de prensa que había mirado en internet. Aparentaba unos treinta y pocos años y tenía la apariencia que hacía atractivo a Daniel Craig: pelo corto con pulcras patillas, líneas de expresión alrededor de los labios, que ahora estaban fruncidos mientras estudiaba su vaso. Levantó la vista de la bebida cuando Avery se acercó. Cuando sus miradas se encontraron, vio que sus ojos eran de un color celeste hielo que a primera vista podía confundirse con gris.

Avery intuyó que él la reconocía. Desde que había huido de Nueva York, nunca había buscado ser una celebridad, sino todo lo contrario. Pero la fama de algún modo la había encontrado. Millones de personas veían *Eventos Nacionales* cada semana, así que era inevitable que a menudo la reconocieran. Walt Jenkins levantó la barbilla, Avery notó que tenía un hoyuelo en el centro, y le sonrió. Sus dientes muy blancos contrastaban contra su piel bronceada. Avery le tendió la mano.

—¿Detective Jenkins? —dijo.

Él levantó una ceja mientras le estrechaba la mano.

—Bueno, qué raro suena eso. Hace años que nadie me llama detective. Soy Walt Jenkins.

—Hola, Walt. Soy Avery Mason. Leí que estabas jubilado, cosa que me cuesta creer. No pareces tener la edad suficiente. Quiero decir, no tienes aspecto de jubilado.

—Todavía no soy miembro oficial de ese distinguido club, pero sí me he retirado por completo del trabajo de detective. Hace muchos años.

—¿Estabas en el Departamento de Policía de Nueva York?

—No, nunca estuve en ese departamento. En mi época de policía, trabajaba para el estado de Nueva York y la Oficina de Investigación Criminal.

—Sí, tu trabajo, de eso quería hablar contigo.

—Por supuesto. Siéntate. ¿Puedo invitarte a una copa?

Avery se sentó en el taburete junto a él y señaló su vaso.

—¿Qué es eso, bourbon?

—Ron.

—¿Ron?

—Este sitio *se* llama The Rum House.

—¿Con hielo?

—Así es como hay que disfrutar del ron. No estropeándolo con refrescos o Red Bull o lo que sea que la juventud haga hoy en día. ¿Puedo tentarte?

—Soy más una chica de vodka con soda, si es que sirven vodka en un bar de ron.

Avery llamó al camarero, que le preparó la bebida en tiempo récord y se la colocó delante.

—¿Cuál es tu historia? —preguntó Avery—. ¿Llegaste a ser detective a los veintiocho años y te retiraste joven?

—No exactamente. Después de mi trabajo para la Oficina de Investigación Criminal pasé al FBI.

Avery había levantado el vaso para tomar un sorbo, pero se detuvo con el borde a pocos centímetros de los labios cuando oyó que mencionaba el FBI. Finalmente, bebió un sorbo largo de vodka y negó con la cabeza mientras volvía a dejar la bebida sobre la barra.

—¿Cómo puede ser que yo no lo supiera?

—Pues dímelo tú a mí. Tú eres la periodista de investigación.

Avery trató de procesar la idea de que estaba sentada en un bar con un miembro del FBI, una agencia que tenía un marcado interés por su familia.

—En tu defensa —dijo Walt, rompiendo el silencio—, te diré que mi carrera en el FBI no fue lo que llamarías *destacada*. Es fácil pasarla por alto. Básicamente, moví papeles durante algunos años después del 11S y todavía no sé si mis esfuerzos sirvieron para la guerra contra el terrorismo. Luego me transfirieron a vigilancia, donde pasé el resto de mi carrera.

“Vigilancia”, pensó Avery. No *trabajo de oficina*.

—¿Entonces cómo te las arreglaste para jubilarte a los cuarenta y tantos años? ¿Trabajaste veinte años y vives feliz para siempre?

—No del todo. Sufrí heridas mientras trabajaba y me pidieron amablemente que diera un paso a un lado. Y yo amablemente lo hice.

—Vaya. ¿Y ahora qué?

—Tengo una casa alquilada en Jamaica, donde he pasado los

últimos años. Trato de volver a Nueva York solo cuando es necesario. Esta ciudad me trae recuerdos difíciles y cuando vengo siempre salen a la superficie.

Avery pensó en la tarde que había pasado, en la excursión al puerto deportivo y la larga caminata por las calles de Manhattan donde había tratado de calmar sus propios recuerdos dolorosos. Había hecho todo lo posible para distanciarse de las heridas de la familia *Montgomery*, o por lo menos para huir de ellas. Específicamente, había tratado de escapar de su conexión con el Ladrón de Manhattan, como la prensa había apodado a su padre. La infamia de su padre era el motivo por el que sentía una cierta inquietud al estar sentada junto a un antiguo agente del FBI, y su pasado tórrido explicaba por qué se sentía desconcertada ante la atracción que sentía por Walt Jenkins. La batalla que se llevaba a cabo entre la persona que había sido antes y la que era ahora era descarnada. Dominaba tanto su vida profesional como privada. Le había impedido tener una relación seria con un hombre en todos estos años. Su última relación seria había sido con un compañero de universidad en su segundo año de Derecho. Avery le puso fin cuando la verdad sobre la empresa de su padre comenzó a hacerse pública y las ramificaciones empezaron a asomar sus horribles cabezas. Sabía que los años dedicados a estudiar abogacía habían sido tan inútiles como si los hubiera pasado drogándose en una pocilga. Ningún bufete de abogados ni organismo oficial contrataría a la hija de Garth Montgomery para poner delincuentes entre rejas. La ironía sería demasiado grande hasta para que el disfuncional sistema político de los Estados Unidos pudiera tragársela.

Su famoso pasado explicaba por qué Avery tenía treinta y dos años y nunca se había enamorado. Las *relaciones* eran difíciles, es decir, las que se prolongaban más de un par de meses de salidas intermitentes. Porque a partir de ese momento, las cosas se volvían confusas con los hombres. Ella no distinguía del todo dónde empezaba su vida como Avery Mason y dónde terminaba la de Claire Montgomery. Esas dos personalidades se solapaban de manera que hacían que la sinceridad fuera un desafío monumental. Su mente había intentado muchas veces maniobrar por los caminos serpenteantes de las primeras conversaciones al comienzo de una relación, en las que ambos compartían historias de su pasado, de su

infancia, de sus padres y hermanos. El lienzo del pasado de Claire Montgomery estaba salpicado de manchas frenéticas de un artista demente. El de Avery Mason estaba en blanco. El hecho de que ambas identidades estuvieran ligadas para siempre por el odio hacia el padre que había traicionado a su familia lo complicaba todo. Y más confuso aún era que ella no pudiera dejar de querer a ese hijo de puta. Si se sumaba todo, no era difícil comprender por qué Avery tenía miedo de dejar entrar hombres en su vida, y específicamente en su cama.

Se obligó a volver al presente y dejar de lado sus pensamientos.

—¿Estabas en Jamaica cuando te llamé?

—Así es —asintió Walt.

—¿Qué hay en Jamaica?

—Muy buen ron y un perro llamado Federal.

—¿Quién cuida del perro?

—Básicamente, se cuida a sí mismo. Era un perro callejero, pero civilizado. Un amigo se ocupa de él mientras no estoy —respondió Walt.

Avery señaló la barra y ladeó la cabeza.

—Ahora entiendo el asunto del ron. Y el bronceado. Me siento halagada de que hayas regresado a Estados Unidos a petición mía.

—Soy un gran admirador de *Eventos Nacionales*. Cuando oí que Avery Mason estaba tratando de localizarme, sentí curiosidad. Dime, ¿qué es lo que tienes en mente?

—A Cameron Young.

—Sí, lo sé. ¿Pero qué, específicamente?

—He estado leyendo sobre su muerte y la investigación por homicidio que le siguió. Estoy pensando en volver a tratar el caso en *Eventos Nacionales*. Desmenuzarlo y contar la historia en uno de mis programas especiales sobre crímenes reales. Y como eras el detective a cargo del caso, me pareció que sería bueno empezar contigo.

Walt asintió.

—El caso de Cameron Young tiene todos los condimentos para una historia sensacionalista en un magazine de noticias, de eso no hay duda.

—Así es —admitió Avery.

—Un escritor rico.

Avery asintió.

—Una escena del crimen truculenta.

—Sexo —continuó Walt, arqueando las cejas—. Y hablo de sexo agresivo.

—Sí, por lo que he oído, elementos oscuros de sadomasoquismo. Y traición.

—Sí, había mucho de eso.

—Y ahora, la identificación de los restos de Victoria Ford veinte años después del atentado del 11S.

Walt levantó su copa de ron.

—Joder, no me perdería ese programa.

Avery se rio.

—Gracias. Te consideraré un devoto admirador si llego a darle vuelo a este proyecto. Pero, para ser sincera, quiero ir más allá de volver a contar el caso simplemente.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tienes en mente?

Ella hizo una pausa para tomar un sorbo de vodka, sabiendo que su siguiente comentario no sería bien recibido.

—Quiero contar una historia diferente. Una que no esté centrada en el rico escritor a quien mataron, sino en la mujer acusada de asesinarlo.

—¿De qué manera?

Avery hizo otra pausa.

—¿Existe la posibilidad… de que la Oficina de Investigación Criminal se haya equivocado respecto a Victoria Ford?

Observó cómo Walt Jenkins pensaba en la pregunta mientras hacía girar la copa. Luego la levantó y bebió un sorbo antes de mirarla con expresión seria.

—No.

Avery entornó los ojos.

—¿Así, sin más? ¿No hay manera de que pudiera existir otra teoría? El crimen sucedió hace veinte años. ¿Recuerdas todos los detalles de hace tanto tiempo?

—Por supuesto que no. Pero desde que llamaste, me he tomado tiempo para repasar el caso y refrescar mi memoria. El caso contra Victoria Ford era sólido. Tenía que serlo, debido a la cobertura mediática del momento. No era circunstancial. Ni especulativo. Estaba basado en pruebas físicas recogidas de la escena: ADN,

huellas dactilares, un vídeo realmente incriminatorio y mucho más. Era un caso ganado de antemano. Si revisas los detalles, verás a qué me refiero.

—De acuerdo —asintió Avery—. Tenía esperanzas de poder hacerlo. ¿Estarías dispuesto a revisar esos detalles conmigo? ¿A zambullirte de nuevo en el caso para que yo pueda colocar las piezas de cómo Victoria Ford pasó a ser sospechosa de haber asesinado a Cameron Young?

Walt frunció el labio inferior y asintió.

—Por eso estoy aquí. Todavía tengo contactos en la Oficina de Investigación Criminal y me tomé unos días para repasar el caso. Fotos de la escena del crimen, pruebas documentadas, transcripciones de interrogatorios, grabaciones y vídeos de seguimiento. Hay miles de páginas de informes, órdenes de registro, registro de llamadas, correos electrónicos. Además de todas las pruebas que se recogieron.

—Es justamente lo que estoy buscando.

—Tendría que consultar con los funcionarios si no les molesta que una periodista vea el expediente, pero como han pasado tantos años, no creo que sea un problema. Si me autorizan a hacerlo, compartiré toda la información contigo.

Ahora fue Walt el que hizo una pausa antes de continuar.

—¿Pero con qué fin? ¿Para que puedas darles un giro a las cosas y convencer a unos pocos escépticos de que Victoria Ford puede haber sido inocente? ¿Para convertirla a ella en víctima acusada injustamente, bla, bla, bla, todas esas patrañas que los documentales de crímenes reales sacan a la luz últimamente? ¿Y luego vincular esa especulación con los restos recientemente identificados?

Avery bebió otro sorbo de vodka, intentando ganar tiempo para poder organizar sus ideas en una respuesta persuasiva.

—En un principio, vine hasta aquí desde Los Ángeles porque quería escribir una historia sobre la reciente identificación de los restos de una víctima del atentado a las Torres. Esa víctima resultó ser Victoria Ford. Pensé en venir aquí e investigar sobre las nuevas técnicas utilizadas en el proceso de identificación y tal vez hablar con la familia de Victoria, cosa que hice. Conocí a su hermana y su historia sobre Victoria es muy convincente.

—Déjame adivinar. Cree que su hermana era inocente y que jamás habría podido matar a alguien.

Avery asintió.

—Sí, algo así.

—¿Tienes hermanos?

Avery se tomó un instante para contemplar los cubitos de hielo en su vaso de vodka antes de mirar nuevamente a Walt Jenkins. Esta era precisamente la razón por la que era tan difícil conocer gente nueva: saber cuánto revelar sobre sí misma y cuánto ocultar. Cada detalle que proporcionaba era un rastro hacia su pasado.

—Tenía un hermano —dijo por fin—. Pero murió.

—Disculpa. No fue un buen ejemplo.

—No, me he expresado mal. Dios, soy una idiota. No fue mi intención ser tan dura.

Hubo una breve pausa que volvió la conversación al inicio.

—Déjame volver a intentarlo —dijo Walt—. Piensa en tu mejor amiga. Si la acusaran de un asesinato, ¿creerías que es culpable?

—Por supuesto. En ocasiones es una perra vengativa.

Walt se rio.

—No me lo estás poniendo fácil.

—Entiendo dónde quieres llegar. Nadie está dispuesto a creer que su hermana mató a alguien.

Al principio, Avery no había creído que su padre fuera uno de los ladrones de guante blanco más importantes de la historia estadounidense. Pero ante las pruebas abrumadoras, no le quedó otra opción. Y, sin embargo, una parte de ella seguía aferrada a la percepción ideal de su padre, antes de que hubiera hecho detonar a su familia y les hubiera destruido la vida.

—La mayoría de los familiares reaccionan negándolo —dijo Walt—. Hasta cuando se los enfrenta a pruebas irrefutables. Hay asesinos esperando su ejecución cuyos padres, madres, hermanos y hermanas creen que son inocentes. Lo creen a pesar de la confesión de los reos. A pesar de su arrepentimiento. A los familiares se les hace muy difícil imaginar a sus seres queridos como asesinos. Por eso no tengo duda alguna de que la hermana de Victoria Ford cree que era inocente. Pero un repaso de la investigación demostrará lo contrario. Cuando todo está dicho, a las pruebas no les importan nuestros sentimientos.

Avery sintió la tentación de mencionarle la grabación que había escuchado en la que Victoria Ford, tras comprender el destino que le esperaba en la Torre Norte, le suplicaba a Emma que limpiara su nombre. Ella creía que el tono sincero de la petición sería un adversario de peso aun contra las pruebas más abrumadoras. Tal vez no en un tribunal real, pero por lo menos en el tribunal de la opinión pública. Y eso era lo único que le importaba a Avery cuando pensaba en el proyecto de Victoria Ford y cómo se vinculaba con *Eventos Nacionales*.

Habría tiempo para compartir la grabación del contestador de Emma Kind. Habría tiempo para narrar la historia que ella quería contar. Pero, antes, Avery necesitaba información. Estaba a la caza de material, preparándose para el largo invierno; esa era la metáfora que junto con su equipo utilizaban para describir el proceso de construir una historia. Recopilar toda la información posible y luego reducirla a lo esencial. No estaba segura de qué aspecto tendría esa historia, si funcionaría y si Walt Jenkins jugaría un papel significativo en construirla o si sería el martillo de demolición que la haría pedazos. Hasta que lo supiera, Avery guardaría el secreto del contestador.

—Comencemos por eso —dijo Avery—. Con las pruebas. Me gustaría mucho repasar el caso contigo para que pudieras mostrarme dónde te llevaron esas pruebas.

—Me llevaron directamente a Victoria Ford. Pero apruebo tu idea. Dame un día para hacer unas llamadas y organizar mis notas, ¿te parece?

—Perfecto. ¿Todavía tienes mi número?

—Sí —dijo Walt.

Avery metió la mano en el bolso para pagar la cuenta.

—Yo invito —dijo Walt.

—Te he hecho venir desde Jamaica. Lo menos que puedo hacer es invitarte a una copa.

Avery dejó el dinero junto a su vaso, se bajó del taburete y salió del bar.

CAPÍTULO 24

Manhattan, Nueva York

Martes 29 de junio de 2021

Walt Jenkins observó cómo la alta y atractiva periodista que había visto mil veces por televisión salía del bar. Había pasado una semana desde que su antiguo jefe del FBI había dado con él en un café sobre un acantilado en Jamaica y allí estaba ahora, sentado en un bar oscuro de Manhattan. El contraste era sorprendente. Después de solamente tres años en Negril, Walt cayó en la cuenta de lo acostumbrado que estaba a la vida en la isla y lo lejos que se sentía de su época como agente de vigilancia. Pero con todo, se encontró sentando las bases, ladrillo a ladrillo, como había hecho tantas veces antes, sin saber adónde se dirigía ni cómo sería el siguiente tramo del camino.

El plan era ser directo y franco sobre su pasado si Avery Mason tocaba el tema. Ella era periodista de investigación e intentar ocultar algo sobre su carrera en el FBI sería un error. Cuando él mencionó su vínculo pasado con el organismo federal, ella pareció inquietarse momentáneamente, pero se repuso de inmediato. Walt estaba seguro de que hasta su próximo encuentro, Avery pasaría el tiempo investigando su historia. Todo resultaría ser cierto. Lo único que no había mencionado era que otra vez estaba en la nómina del FBI. Jim Oliver se había tomado el trabajo de explicarle que le pagarían como consultor independiente y que no le darían su antiguo cargo de *agente especial*. Si Avery Mason se ponía nerviosa y empezaba a husmear, Oliver quería que la conexión de Walt con el FBI terminara donde había terminado tres años atrás: en jubilación con plenos beneficios.

Bebió un sorbo de ron, un Samaroli Jamaican Rhapsody que era demasiado para su cartera. Por suerte, el gobierno pagaba la cuenta. Se masajeó la cicatriz sobre el esternón, como había estado

haciendo media hora antes mientras esperaba que llegara Avery. La cicatriz todavía le causaba molestias de vez en cuando, un picor incesante que lo volvía loco. Los médicos le aseguraban que con el tiempo desaparecería, pero le decían que hasta que eso sucediera, debería intentar identificar qué era lo que desencadenaba los síntomas e intentar evitarlo. Sentado en The Rum House en Times Square, Walt cayó en la cuenta de que la última vez que la cicatriz le había molestado había sido unas semanas antes, cuando estaba sentado en el porche de su casa, fingiendo leer una novela de John Grisham, pero pensando realmente en su viaje a Nueva York para la reunión de supervivientes. ¿Sería la ciudad misma el elemento desencadenante o las complicaciones que lo esperaban aquí?

Inclinó el vaso por última vez y terminó el ron. Esta ciudad contenía los errores y dolores de su pasado y, como la mayoría de las personas, creía que para sobreponerse a esos errores y mitigar el dolor era necesario huir de ellos. Pero no era cierto. Para corregir la situación, tenía que enfrentarse cara a cara con los problemas. Y mientras pensaba en la mejor manera de hacerlo, una operación se había materializado de la nada. La primera en muchos años. Era una oportunidad de levantarse del suelo, quitarse el polvo y volver a subirse a la montura. Si se trataba de una oportunidad de dejar atrás su pasado o era una forma de procrastinar, todavía no lo sabía.

Esperó un minuto y luego abandonó el bar para seguir a su nuevo sujeto: una mujer que casualmente era una de las periodistas más conocidas de la televisión. Si no hubiera estado haciendo un esfuerzo consciente para limitar la ingesta de alcohol, podría haber pensado que el ron estaba jugando con él.

CAPÍTULO 25

Manhattan, Nueva York

Miércoles 30 de junio de 2021

A la mañana siguiente, Avery se levantó temprano. Se puso unos vaqueros ajustados y zapatos cómodos, se colgó el bolso, se puso unas gafas de sol de Prada, salió del hotel y se dirigió a la estación de metro más cercana. Tomó el tren F de Midtown a Brooklyn y treinta minutos después salió en la Cuarta Avenida, en el barrio Park Slope. Había planeado la ruta la noche anterior y prácticamente podía cerrar los ojos y llegar a su destino. No obstante, sacó el papel del bolso mientras caminaba y volvió a mirar la dirección. La casa de piedra rojiza estaba a seiscientos metros del metro. Intentó controlar su nerviosismo mientras caminaba. Giró por la Avenida Dieciséis, donde a mitad de la manzana encontró la dirección. Subió los escalones de la entrada, llamó al timbre y sujetó el bolso contra el cuerpo como si temiera que la asaltaran.

La puerta se abrió y apareció un hombre en pijama y camiseta debajo de una bata larga. Tenía el pelo grasiento, un cigarrillo apagado le colgaba de los labios y los dedos de su mano derecha se curvaban alrededor del asa de una taza de café. Unas pequeñas gafas ovaladas le protegían los ojos.

—Quinientos —dijo el hombre con un acento alemán que se había americanizado con los años y luego marcado aún más por su estancia en Brooklyn.

—¿Cómo dice? —preguntó Avery, confundida.

—Quinientos —dijo él nuevamente, y el cigarrillo se movió entre sus labios.

Avery arqueó las cejas y miró de un lado a otro de la calle.

—¿Quiere que lo hagamos en el escalón de entrada?

—Quinientos te permiten entrar. Luego hablaremos.

Avery asintió, buscó en el bolso y sacó cinco crujientes billetes de cien dólares. El hombre le quitó el dinero de las manos como un perro hambriento que se lanza sobre la comida que le acerca su dueño, dio un paso a un lado y abrió la puerta de par en par. Avery entró, sintiendo un escalofrío de temor en la nuca. El hombre señaló un sofá gastado mientras se dirigía a una caja fuerte que estaba pegada a la pared opuesta. Se agachó delante de ella, hizo girar la rueda y abrió la puerta. Depositó el dinero dentro, sacó una carpeta y cerró la puerta con fuerza. Se volvió, y tras sentarse en una silla, dejó la taza sobre la mesa delante de él.

Avery no se había movido de su sitio junto a la puerta de entrada. El hombre la miró con expresión confundida y se colocó las gafas en el puente de la nariz.

—Siéntate —dijo—. No muerdo.

Avery fue hasta el sofá y se sentó.

—Soy André —dijo el hombre—. ¿Entiendo que tenemos un amigo en común?

Avery asintió.

—Por eso estoy aquí.

—Bien, esto funciona así: los pasaportes son difíciles. No imposibles, pero difíciles. Si es que los quieres bien hechos, por lo menos. Quieres algo… —Movió la mano, buscando la palabra correcta—. Mierda. —Levantó un hombro—. Vas a cualquier sitio. Quieres algo bueno, vienes a ver a André. Por eso mi precio es mi precio. Así que voy a preguntarte, aunque creo que conozco la respuesta, debido a los… antecedentes, creo que se diría, de nuestro amigo en común. Pero que yo haga un pasaporte creíble lleva mucho trabajo, y gasto. Por lo que debo preguntar: ¿puedes pagarlo?

—Sí —dijo Avery, sin vacilar.

Este hombre cobraba cinco mil dólares para conseguir un pasaporte estadounidense. Legítimo, creíble, que —según alegaba André— pasaría la inspección de cualquier agente de aduanas. Por supuesto, la validez de esa aseveración solo podía ser comprobada en la práctica. Solo podría ser confirmada cuando la persona que utilizara el pasaporte al intentar entrar en otro país. En aquel momento, las declaraciones de André resultarían ser verdaderas o falsas. En aquel momento, también sería demasiado tarde para

quejarse si las cosas salían mal. Si algún sensor se activaba cuando escaneaban el documento, si se activaba alguna alarma, su “amigo en común” estaría bien jodido.

—Supuse que el precio no sería un problema —dijo André—. Bien, tiempos. ¿Para cuándo lo necesitas?

—Para lo antes posible.

André alargó la mano y movió el dedo índice.

—Dame la foto. Déjame ver con qué tengo que trabajar.

Avery sacó la foto del bolso y se la entregó. André abrió la carpeta que había traído de la caja fuerte y colocó la imagen sobre una plantilla para verificar las medidas.

—Buena calidad. Tamaño indicado. —Asintió mientras analizaba la foto—. Bien, esto me llevará una semana. Necesitaré dos mil quinientos ahora y dos mil quinientos cuando haya terminado.

—¿Y los quinientos que te acabo de dar?

—Ya te lo dije, eso fue para pasar por la puerta.

Avery no estaba en condiciones de regatear. Sacó otro sobre del bolso y se lo alcanzó por encima de la mesa de café. André contó el dinero para asegurarse que fuera la cantidad adecuada. Se puso de pie y se dirigió nuevamente a la puerta; la bata de seda se agitaba tras él como una capa. Espió por la mirilla y luego abrió la puerta.

—Adiós —le dijo—. Regresa dentro de una semana.

CAPÍTULO 26

Brooklyn, Nueva York

Miércoles 30 de junio de 2021

La acera de la floristería estaba decorada con arreglos florales y ramos frescos. Percibió el aroma de los girasoles atados a mano y los amarilis con velo de novia al abrir la puerta. Dentro, el dulce aroma era aún más intenso. Los olores captaron su atención y la distrajeron de la preocupación que la había invadido desde que había dejado la casa de piedra rojiza. No por primera vez, Avery se preguntó en qué coño se habría metido. Estaba arriesgándolo todo para llevar esto a cabo y cuanto más permitía que la mitad racional de su mente considerara la posibilidad de que el plan funcionara, más le preocupaba que su talón de Aquiles —el amor incondicional — fuera a destruirla como a los demás miembros de la familia Montgomery. Pero ese amor incondicional la había obligado a llegar hasta aquí. Sabía que no podía simplemente apagarlo.

Pasó diez minutos en la tienda de flores, un respiro donde disfrutó de los aromas dulces y admiró los arreglos. Finalmente hizo su selección, pagó en la caja y salió con el ramo de rosas. El aire estaba húmedo y el sol era cálido en esa diáfana mañana de verano. Caminó diez minutos hasta que llegó a la entrada del Cementerio Green-Wood. Más allá de la puerta, senderos serpenteantes se abrían paso por el terreno ondulado, y de vez en cuando un mausoleo llamativo se destacaba entre las lápidas que salpicaban el paisaje. Avery se encaminó por el sendero familiar hasta llegar a la Parcela, como la llamaba en su mente. Le tomó otro minuto reunir valor para acercarse. Había recorrido cinco mil kilómetros, un viaje largo y agotador que la llevó de un extremo del país al otro, con una parada desgarradora para ver a Connie Clarkson, una mujer a la que la familia Montgomery había arruinado, y sin embargo, estos últimos pasos constituían la parte más difícil del viaje.

Tantos años después, todavía le costaba contemplar una lápida. Era tan absurdo que casi ni podía leer el nombre inscrito. Debería haber llorado, pero no lo hizo. Esa parte de su cerebro ya no podía activarse. Este viaje anual se había convertido más en un asunto de negocios que en un ritual, y en gran parte, sentía la necesidad de terminarlo cuanto antes. Permaneció junto a la tumba durante un minuto o dos antes de agacharse y frotar con la mano el frente de la lápida finalmente.

Volvió a recordar el día en que su hermano mayor insistió para que ella sacara el velero mientras se formaban nubes de tormenta en el horizonte.

—Maldito seas, Christopher —susurró a la lápida de su hermano.

Luego se incorporó, dio un par de pasos hacia la derecha y colocó el ramo de flores sobre la tumba contigua.

—Te quiero, mamá —dijo Avery, antes de dar media vuelta y tomar el sendero por el que había venido.

Walt Jenkins estaba oxidado después de tres años de inactividad. Seguir a alguien, ya fuera a pie o en coche, era un arte, y hacerlo bien requería práctica y entrenamiento. En los últimos tres años, lo único que Walt había seguido era al equipo de los Yankees y el precio del barril de ron Hampden Estate, pues había comprado participaciones. Era la destilería local de ron, y quedaba a alrededor de una hora de su casa en Negril. Pensar en ello le recordó que tenía que verificar cuándo había sido la última vez que se había cambiado el ron a un nuevo barril. Meneó la cabeza y apartó el pensamiento; los pensamientos dispersos no ayudaban a un especialista en vigilancia, otro indicio de que había estado alejado demasiado tiempo.

Horas antes, había permitido que algunos pasajeros matutinos bajaran del metro después de Avery Mason para mantener una buena distancia con ella. Había tomado nota de la casa que había visitado, se mantuvo en la acera cuando Avery entró en la tienda de flores y se tomó su tiempo para seguirla dentro del cementerio una vez que ella traspasó la puerta de entrada. Ahora, mientras Avery se alejaba con paso rápido de la tumba donde había pasado los últimos minutos, Walt estaba menos interesado en seguirla. Tras verla desaparecer por una loma, caminó hasta la parcela donde había

dejado el ramo de flores. En cuclillas, leyó la lápida. Finalmente, sacó el teléfono del bolsillo y marcó el número de Jim Oliver. Era raro llamar a su antiguo jefe del FBI después de tantos años.

—Oliver —dijo la voz por el teléfono.

—Salió del hotel esta mañana. La seguí hasta una casa de Brooklyn.

—¿Dirección?

Walt leyó la dirección de un pedacito de papel donde la había anotado.

—Desde allí se dirigió al cementerio Green-Wood.

—Sí —dijo Oliver—. Lo visita todos los años.

CAPÍTULO 27

Carolina del Norte

Miércoles 30 de junio de 2021

Anidada en las estribaciones de las montañas Blue Ridge, con seis habitaciones, setecientos cincuenta metros cuadrados y vistas majestuosas del icónico lago Norman, la casa era una de las propiedades más conocidas de la zona. Recientemente renovada, había sido destacada en la revista *Architectural Digest* y también había adornado las páginas de *Magnolia Journal*. Originalmente comprada por seis millones de dólares, si se vendiera en la actualidad, alcanzaría el doble de ese valor. Un Cadillac Escalade entró por el portón y aparcó en la entrada circular empedrada. Los pasajeros incluían al jefe de editores de Hemingway Publishing, la editorial más grande del mundo, así como al director ejecutivo de la compañía. Ambos tenían un objetivo: cerrar un contrato de varios años con su autora más vendida, lo que garantizaría que sus novelas continuaran en el futuro su asombrosa racha con Hemingway.

El primer libro de Natalie Ratcliff, *Bagaje emocional*, llegó a las estanterías en 2005. Hemingway Publishing lanzó una modesta tirada inicial para el debut, pero respaldó la novela con una campaña promocional importante. *Bagaje emocional*, un misterio peculiar protagonizado por Peg Perugo —una protagonista femenina sin empleo y con mucho bagaje emocional que encuentra el amor en los lugares erróneos mientras tropieza en sus investigaciones criminales antes de atrapar al villano—, encontró su público. El debut de Natalie Ratcliff se convirtió en un fenómeno editorial transmitido por el boca a boca, y seis semanas después de su publicación, la novela llegó a la lista de libros más vendidos. Tres semanas después, alcanzó la cima.

Los derechos de traducción llegaron en aluvión y el libro

recorrió el mundo, escalando en las listas de los más vendidos en cada país donde se publicó. Se vendió la asombrosa cantidad de ocho millones de ejemplares y Natalie Ratcliff (y Peg Perugo) se convirtieron en nombres conocidos en todos los hogares. La única novela lo suficientemente poderosa como para desbancar a *Bagaje emocional* de la cima de la lista del *The New York Times* fue su secuela, *Golpes duros*, que vendió once millones de copias. Natalie Ratcliff, anteriormente médica de urgencias, se aburrió rápidamente de la medicina y de las salas de espera llenas de pacientes enfermos. Se concentró en la escritura y pasó a publicar una novela por año, y llegó a ser la autora de ficción más vendida de la década. En la actualidad, se habían vendido más de cien millones de novelas de Peg Perugo en todo el mundo.

Natalie pasaba el verano terminando su decimosexto manuscrito, el último de un contrato de tres libros con Hemingway Publishing. Cada vez que el contrato de Natalie se acercaba al final, los editores le hacían propuestas a su agente literaria sobre por qué debería abandonar a Hemingway y publicar con su sello. De allí el Escalade aparcado en la entrada de la mansión sobre el lago Norman. Hemingway Publishing no tenía intención de dejar escapar a su autora más vendida. Ellos habían descubierto a Natalie Ratcliff y a su peculiar pero adorable protagonista y planeaban conservarlas a ambas. El Escalade bien podría haber sido un camión blindado de seguridad.

Hacía más de una década que Kenny Arnett era el director ejecutivo de Hemingway Publishing y tenía un talento impresionante para retener a sus autores de primera línea. Diane Goldstein había editado todos los libros de Natalie Ratcliff y sentía que conocía a Peg Perugo personalmente. Años atrás, Diane había apostado por *Bagaje emocional* después de que otras editoriales la rechazaron. Muchos expertos de la industria se burlaron cuando Hemingway ofreció dos millones de dólares por el tercer y cuarto libro de Natalie Ratcliff, creyendo que Peg Perugo ya había llegado al final de su recorrido y que las secuelas seguirían los pasos de muchos libros sobrevalorados de ese género: precio alto y pocos beneficios. En retrospectiva, los dos millones resultaron ser una ganga en comparación con los ingresos obtenidos. Quince novelas más tarde, Peg Perugo se había convertido en una fuerza imparable

con una gran cantidad de seguidores que adoraban su personalidad imperfecta, su rolliza cintura y su capacidad de superar en astucia —por casualidad o de manera intencional— al más villano de los villanos.

Kenny subió al porche y llamó el timbre. Diane estaba a su lado. Ese día presentaban un frente unido, lo habían dejado todo en Nueva York para trasladarse a Carolina del Norte y asegurarse a la autora más importante de la editorial. Natalie Ratcliff abrió la puerta y sonrió.

—¿Qué narices está pasando? —exclamó—. Diane no me contó que vendrías con ella, Kenny.

Kenny Arnett le estrechó la mano.

—¿Creíste que dejaría esta negociación en manos de otra persona?

Natalie miró a Diane con ojos entornados, meneó la cabeza y abrazó con fuerza a su editora.

—¿Vamos a jugar duro? —susurró al oído de Diane.

—No —respondió Diane, también en un susurro—. Solo ha traído al hombre que firma los cheques. Y será uno con muchos ceros.

—Pasad, por favor —dijo Natalie, liberando a Diane del abrazo.

Kenny y Diane la siguieron a través de la espaciosa mansión, decorada a la perfección como si la mismísima Joanna Gaines hubiera hecho su magia. En la cocina había una isla del tamaño de un campo de fútbol cubierta por una losa de hormigón pulido. Natalie abrió la vinoteca.

—Tengo un rosado Tamber Bey que será perfecto para un caluroso día de verano.

—Espero que también sea perfecto para una celebración —dijo Kenny.

—Creo que los dos estáis exagerando mucho —dijo Natalie.

—Queremos que sepas cuánto significas para nosotros —dijo Diane.

—Sentémonos en el patio.

Natalie colocó tres copas y una botella de vino rosado en una bandeja y salieron al patio trasero, que brindaba unas vistas magníficas del lago Norman y el paisaje montañoso en la distancia.

—¡Guau! —exclamó Kenny en cuanto salió.

Diane sacudió la cabeza, admirando el paisaje.

—Cada vez que vengo a visitarte, esta vista se vuelve más espectacular.

—Gracias. Nos encanta, nosotros tampoco nos cansamos nunca de ella. —Natalie sirvió el vino—. Don acaba de podar algunos árboles.

—¿Cómo está Don? —preguntó Kenny.

Natalie y Don Ratcliff eran la definición de una pareja poderosa; dominaban tanto el mundo editorial como el empresarial. Don era el heredero más que probable de la empresa de cruceros Ratcliff International Cruise Lines, RICL. La mayoría de los entusiastas de cruceros habían realizado un viaje con RICL en algún momento, y muchos eran tan fanáticos que no utilizaban ninguna otra empresa. Los Ratcliff tenían miles de millones de dólares. Natalie se había casado con un hombre rico y luego había alcanzado su propia fortuna a través de sus novelas.

—Está bien —respondió Natalie—. Justamente acaba de confiscar la casa para el fin de semana del 4 de Julio; va traer a sus mejores vendedores como premio o incentivo o como sea que se llame.

—No pareces muy entusiasmada.

—No me molesta, la verdad. Siempre y cuando recojan las latas de cerveza del patio y nadie vomite en la fuente… Pero como ya sabéis, tengo que escribir. Se aproxima mi fecha límite, así que volveré a la ciudad, que estará vacía y tranquila y aprovecharé para trabajar. Por eso me sorprendió que vinierais hasta aquí. El viernes estaré de vuelta en Manhattan.

—¿Y perdernos esta vista? —exclamó Kenny—. Además, no queríamos esperar hasta el viernes. Queríamos que supieras que eres nuestra máxima prioridad. Para nosotros, eres como de la familia, Natalie, y queremos asegurarnos de que no te vayas a ninguna parte.

—Diane me dio mi primera oportunidad. ¿En serio crees que me iría a otro lado?

—No damos nada por sentado —dijo Kenny.

—La editorial está preparada para hacerte una oferta por las próximas cinco novelas de Peg Perugo —intervino Diane—. Le hemos enviado una oferta formal a tu agente literaria, pero

queríamos asegurarnos de que la oferta estuviera dentro de tus expectativas.

—Las supera —asintió Natalie—. Mi agente me llamó esta mañana para hablar de los detalles. Tengo una reunión con ella la semana que viene.

—Si alguna otra editorial ofrece más que nosotros, solo te pedimos que nos des una oportunidad de renegociar el trato —dijo Kenny—. Obviamente, tiene que encajarle a Hemingway, pero estamos dispuestos a mover cielo y tierra para conservarte.

—Me siento realmente halagada de que hayáis viajado hasta aquí —agradeció Natalie—, y estoy más que impresionada por la oferta y el esfuerzo. Pero os contaré un pequeño secreto: le he dicho a mi agente que no considerara ofertas de ninguna otra editorial. Estoy cien por cien satisfecha en Hemingway y Diane es una fuera de serie. No iré a ningún lado.

Kenny asintió lentamente y frunció los labios.

—Pues esto ha sido más fácil de lo que imaginaba.

—Ahora que nos hemos quitado todo eso de encima, ¿cuándo podré ver tu manuscrito? —preguntó Diane.

Natalie sonrió.

—Cuando haya terminado con él —contestó Natalie con una sonrisa—. Tengo hasta octubre.

—Tal vez debería leer las primeras cien páginas.

—Ni de coña —dijo Natalie—. Pronto habré terminado con el primer borrador y luego me iré a Santorini en septiembre para pulirlo.

Tras cada novela que Natalie había publicado desde que *Bagaje emocional* hubiera arrasado en el mundo de la ficción, ella se había ido a Santorini —una pintoresca y tranquila isla griega donde los Ratcliff poseían una villa sobre una colina— a escribir los capítulos finales de la historia y pulir el manuscrito antes de entregárselo a Diane.

—Valió la pena intentarlo —se rindió Diane—. No veo la hora de leerlo. Sinceramente, Natalie, me entusiasma que tú y Peg Perugo estéis con nosotros muchos años más.

—A mí también.

—Tengo que pedirte un favor —dijo Kenny mientras Natalie volvía a llenar todas las copas.

—Ah, ¿sí? —preguntó Natalie.

—Recibí una llamada de la oficina de Los Ángeles. Avery Mason, la presentadora de *Eventos Nacionales*, quiere tener una reunión contigo sobre una historia sobre la que está trabajando.

—Avery Mason —se sorprendió Natalie, abriendo mucho los ojos—. ¿Sobre qué tema?

—Una antigua amiga y un antiguo caso. Es todo lo que sé. Su gente habló con la mía, así que no conozco ningún detalle, salvo que pidió hablar contigo —especificó Kenny—. Dije que te consultaría.

Natalie Ratcliff no era una persona de fácil acceso. Hemingway Publishing pertenecía al grupo HAP Medios, y se habían movido influencias y se había recurrido a canales extraoficiales para hacer la solicitud. La propuesta de concertar una reunión con Natalie Ratcliff había llegado finalmente a Kenny Arnett.

Natalie asintió.

—Claro. ¿Tienes los datos de contacto para dármelos?

—En el coche —dijo Kenny—. Te los daré cuando nos vayamos. Mientras tanto… —Levantó su copa—. Por cinco éxitos más.

Diane también levantó la suya. Natalie sonrió y brindó con cada uno de ellos.

—¿En serio creísteis que dejaría que alguien más publicara mis libros?

CAPÍTULO 28

Manhattan, Nueva York

Jueves 1 de julio de 2021

Desde que se había marchado de casa de Emma, Avery se sintió perseguida por la voz de Victoria Ford. Todas las noches, cuando volvía a su habitación del hotel, pensaba en escuchar las grabaciones de nuevo. Hasta el momento, no había reunido el valor para hacerlo. Eran demasiado inquietantes. Cuando ocurrieron los ataques, Avery estaba en el penúltimo año de la secundaria y sabía que cada generación lidiaba con la tragedia a su manera. Estaba matriculada en un colegio privado de Manhattan, que cerró sus puertas durante la semana posterior al ataque. Cuando ella y sus compañeros regresaron, circulaban rumores por los pasillos sobre más ataques en la ciudad y que las escuelas serían el próximo objetivo. Avery aún recordaba el miedo que había sentido, esperando que un avión se estrellara contra las paredes de su colegio. La mañana del 11S y sus experiencias en los días siguientes siempre las había visto a través del prisma de una adolescente. Hasta ahora. Estaba a punto de abordar el tema no como una adolescente ingenua, sino como una periodista. Esto la llenaba de emoción y, a la vez, de temor.

Escuchar el mensaje de Victoria Ford a su hermana había sido un momento personal y emotivo, pero no era la primera vez que Avery había escuchado grabaciones como esa. Mack Carter había hecho un programa especial de *Eventos Nacionales* para el décimo aniversario del 11S. Había entrevistado a supervivientes que habían escapado de las Torres y habían documentado las decisiones de vida o muerte que habían tomado aquella mañana. Muchos de ellos, como Victoria, habían llamado a sus casas mientras trataban de encontrar la salida de las Torres. Avery estaba a punto de hablar con uno de ellos.

Emma Kind le había dado una lista de todas las personas que formaban parte de la vida de Victoria en el momento de su muerte, y esta incluía a amigos y familiares, jefes y compañeros de trabajo, y Roman Manchester, el abogado defensor de Victoria, el hombre a quien había ido a ver la mañana del 11S de 2001. Alguien que, a diferencia de Victoria, pudo ponerse a salvo antes que se derrumbara el edificio.

Roman Manchester tenía setenta y un años y seguía ejerciendo como abogado defensor. La lista de clientes que había representado a través de los años era larga y distinguida, cuando no infame. Entre sus casos destacados estaban su papel de consultor en el juicio de O. J. Simpson en los noventa; su implicación con John Ramsey, padre de JonBenét, la niña de seis años asesinada en su casa, y su breve defensa de Scott Peterson, acusado de matar a su esposa. Manchester había accedido a reunirse con Avery cuando ella lo llamó, y ahora Avery estaba entrando en el edificio del distrito financiero y subiendo en el ascensor al piso 11. Abrió la puerta de cristal en la que estaba escrito "MANCHESTER Y ASOCIADOS", le dio su nombre a la recepcionista y la siguió hasta el despacho del abogado.

—Soy Roman Manchester —dijo el hombre con una sonrisa; se acercó a Avery y le tendió la mano.

—Avery Mason. Gracias por aceptar reunirse conmigo.

—Por supuesto. Tome asiento. —Señaló una silla frente a su escritorio y ocupó su sillón detrás de este—. ¿No hay cámaras de *Eventos Nacionales*? —preguntó, riendo.

En las últimas veinticuatro horas, Avery había visto docenas de vídeos de Roman Manchester frente a las cámaras de los informativos. Algunos eran de conferencias de prensas formales en las que él se situaba orgullosamente detrás de un atril y opinaba sobre la inocencia de su cliente. Otros eran de Roman Manchester en las escaleras del juzgado, cargado con cajas de investigaciones y notas, y tomándose un momento en su apretada agenda para responder a las preguntas de los medios sobre su cliente. El hombre, al parecer, nunca perdía oportunidad de estar frente a la cámara. Avery había visto imágenes de los años noventa, cuando su cabello era negro y su rostro estaba libre de arrugas. También había visto vídeos de su juicio más reciente a principios de este año, en los que estaba detrás del atril con pelo canoso y papada. A pesar de la

transformación causada por la edad, su piel mantenía un bronceado perfecto y sus ojos seguían teniendo una mirada penetrante. Los años le habían vuelto más ronca la voz, pero seguía sonando enérgica en el vídeo, segura de la inocencia de su cliente.

Avery sonrió.

—Solo he venido yo. Estoy tratando de entender la historia antes de empezar a filmar. Pero si la cadena aprueba el programa especial, volveré para entrevistarlo de manera formal. Entonces sí habrá cámaras. Si es que está de acuerdo.

—Claro que sí. Admito que sentí curiosidad cuando llamó. El caso de Victoria Ford fue hace mucho tiempo, pero todavía tengo recuerdos vívidos de ella.

—No lo dudo, y de eso esperaba poder hablar con usted. Recientemente, la Oficina de Medicina Forense de Nueva York identificó los restos de Victoria, lo que dio inicio a mi investigación. El resto de su historia fue una sorpresa.

—No me había enterado de la identificación hasta que recibí su llamada. La verdad es que me despertó muchas emociones.

Avery asintió; solo podía imaginar qué incluían esos recuerdos. Roman Manchester había estado en el World Trade Center cuando el primer avión lo embistió. Debía de tener recuerdos aterradores de aquel día.

—¿Podría hablarme de su relación con Victoria?

—Contactó inicialmente conmigo para que la representara en la investigación por el asesinato de Cameron Young. Cuando murió, todavía no habíamos avanzado demasiado en su defensa. Yo conocía mejor el caso que a mi clienta.

—¿Puede hablarme del caso?

—Tengo setenta y un años y sigo activo en casos de alto perfil. Aunque hoy en día soy extremadamente selectivo. En aquel entonces, tenía mucha demanda y estaba en todas partes. Victoria Ford contactó conmigo en el verano de 2001. Revisé el caso y en cuanto comprendí la gravedad de la acusación contra ella, accedí a ayudarla. En aquel entonces tenía, y lo sigo teniendo, un defecto. Cuando más desafiante es un caso, más probable es que lo acepte.

—¿Y el de Victoria Ford era desafiante?

—Extraordinariamente. Se convirtió en un escándalo por la fama de la víctima. Yo estaba estudiando los detalles cuando…, bueno, el

11S sucedió en medio de todo, como sabe, pero antes de eso, yo estaba preparando los documentos iniciales del caso. Todavía no habían contactado conmigo de la fiscalía, de manera que para el 11S yo estaba aconsejando a la señora Ford sobre sus opciones más que preparando su defensa. Era demasiado temprano.

—¿Y qué consejos le dio?

—Que consiguiera mucho dinero para evitar la cárcel mientras preparábamos una defensa. Maggie Greenwald, la fiscal de distrito que llevaba la acusación, había reunido un caso sólido contra Victoria y había convocado a un jurado popular para determinar si el caso estaba fundamentado. Lo estaba. El jurado popular era solo una formalidad. Yo estaba trabajando con Victoria para ver si tenía los fondos suficientes para pagar la fianza.

—¿Tan sólido era el caso? —preguntó Avery.

—Para esa etapa del proceso, sí. Era lo suficientemente sólido como para obtener una acusación y justificar cargos formales y un arresto. Yo no había profundizado en los detalles como para determinar si alguna de las pruebas podía impugnarse. Solo sabía lo que tenían, no cómo lo habían obtenido ni lo creíble que pudiera ser. Sin embargo, así, superficialmente, era sólido.

—¿Podríamos repasar parte de esa información?

Manchester abrió una carpeta y hojeó algunas páginas hasta encontrar lo que buscaba.

—La escena del crimen era el arma más poderosa de la fiscalía. Contenía sangre, huellas dactilares y orina de Victoria. El análisis de ADN confirmó la coincidencia y la situó en la escena del crimen. Las pruebas recogidas en la mansión de las Catskill incluían un vídeo casero de Victoria y la víctima que mostraba intimidad entre ellos. Una cuerda encontrada en el vehículo de Victoria coincidía con la que había sido utilizada para ahorcar a la víctima. En conjunto, todo esto constituía un caso inicial muy sólido.

»Ahora bien, nunca me enteré de los detalles de cómo se recogieron estas pruebas y tampoco tuve oportunidad de examinar los métodos forenses detrás de todo esto. En el momento del 11S yo estaba solamente recopilando datos sobre mi cliente y sobre el caso en su contra. Pero lo que le dije a Victoria en aquel momento fue que el caso de la fiscalía era sustancial y que debía prepararse para un arresto. Yo planeaba montar una defensa formidable, pero sabía

que sería más fácil si mi clienta no estaba en la cárcel mientras lo hacía.

—¿Cuánto dinero necesitaba?

—En total, era probable que necesitara un millón de dólares inicialmente, para pagar la fianza, y otros cien mil para cubrir mis honorarios.

Avery tomó algunas notas en el bloc que tenía sobre el regazo.

—¿Y ella lo tenía?

—¿El dinero? Iba a pedirlo. Ella no lo tenía.

Avery tomó más notas.

—Así que, en apariencia, las pruebas físicas eran incriminatorias. ¿Qué me dice de las pruebas circunstanciales? ¿Qué motivo ofreció la fiscalía para explicar por qué habría matado Victoria a su amante?

—También era sólido —dijo Manchester—. La investigación reveló que Tessa Young estaba embarazada. De hacía poco, de un mes o dos en el momento en que asesinaron a su marido. Los registros médicos presentados como pruebas también revelaron que, unos meses antes, Victoria Ford se había sometido a un aborto.

Avery levantó la mirada de sus notas.

—¿Era de Cameron Young?

—Sí. Hablé con Victoria al respecto y lo confirmó.

—¿Así que la teoría era que ella mató a Cameron Young porque no quería tener un hijo con ella, pero dejó embarazada a su mujer?

—En parte, sí. Los celos eran una pieza fundamental del caso circunstancial de la fiscalía. Cameron Young prometió a su amante que abandonaría a su mujer, pero no lo hizo. Y luego la dejó embarazada. Pero hay más alegaciones. Los registros médicos demostraron que Victoria sufrió una complicación en el aborto que la dejó imposibilitada para tener hijos en el futuro.

—Dios —dijo Avery—. Eso sería un argumento convincente para cualquier jurado.

—Como dije, las pruebas circunstanciales eran sólidas.

—El caso suena abrumador. ¿Por qué lo aceptó?

—Como dije, cuanto más desafiante es el caso, más me tienta. Pero hay algo más que tiene que saber sobre la investigación del caso Cameron Young y la fiscal que estaba detrás.

—¿Maggie Greenwald?

—Sí. Hace muchos años, le quitaron su licencia de abogada.

—¿Por qué?

—Maggie Greenwald tenía una especie de necesidad sangrienta de resolver rápidamente homicidios y agregarlos a su lista de éxitos. Me temo que es un síndrome común entre los fiscales. Son como tiburones que no pueden controlarse una vez que han olido sangre en el agua. Unos años después de que se esfumase el caso de Cameron Young, algunas personas de su oficina empezaron a quejarse de que ella tomaba atajos para cerrar rápidamente los casos.

—¿Qué tipo de atajos?

—Digamos simplemente que Maggie Greenwald hacía que pruebas cuadradas encajaran en agujeros redondos. Después que dejar la oficina del fiscal y lanzar su campaña para gobernadora, un informante denunció un caso en particular y se inició una investigación. Se descubrió que había suprimido pruebas que podrían haber exonerado al acusado. No hay nada que vaya rápido en el sistema judicial, pero cuando aparecieron nuevas pruebas de ADN se demostró que el acusado era inocente. La condena fue anulada. En los meses siguientes, se anularon otros dos casos.

—¿Gracias a nuevas pruebas de ADN?

—No nuevas, sino suprimidas.

—¿Ella ocultó las pruebas?

—Lo intentó. Pero el informante sabía mucho sobre las tácticas de Maggie Greenwald. Se rumoreaba que fue su asistente el que dio un paso al frente, probablemente solo para salvar su propio trasero al prometer la verdad a cambio de inmunidad. Por aquí hay un dicho que dice que si quieres que todos tus secretos salgan a la luz, preséntate para un cargo público. En fin, me parecía importante mencionar que la carrera de Maggie Greenwald se fue por el desagüe. Yo había oído rumores de que Maggie tomaba atajos y solía manipular pruebas. Así que cuando me pregunta por qué acepté el caso de Victoria Ford cuando parecía tan imposible ganarlo, fue porque Maggie Greenwald era la fiscal de distrito y yo no veía la hora meter mano en las pruebas y verlas por mí mismo. El caso de Victoria Ford era muy sólido en apariencia, pero nunca me llegó la oportunidad de examinar o impugnar ninguna de las pruebas. Si lo hubiera hecho, las cosas podrían haber sido

diferentes.

Avery tomó notas sobre Maggie Greenwald y luego hizo una pausa antes de hacer la siguiente pregunta.

—¿Podría hablarme de la mañana del 11S? ¿Qué ocurrió con Victoria aquel día? Me enteré por su hermana de que Victoria hizo varias llamadas aquella mañana, después de que el avión se estrellase contra la Torre Norte. ¿Podría darme alguna idea de lo que sucedió entre Victoria y usted ese día?

Manchester asintió. Avery intuyó que su mente viajaba décadas atrás en busca de detalles.

—Victoria llegó esa mañana alrededor de las ocho y media. No tengo ninguna nota sobre la reunión por razones obvias. Pero he vuelto a narrar mis recuerdos de lo sucedido muchas veces a lo largo de los años para otros documentales que contaban la historia de supervivientes que pudieron escapar de las Torres antes de que cayeran. Así que sé que tuve una reunión con un cliente aquella mañana a las ocho y media. El cliente era Victoria Ford. Repasamos el caso en su contra y hablamos de las implicaciones del jurado popular que se iba a reunir esa semana. Tocamos el tema de cómo podría reunir el dinero que necesitaría. Habíamos estado hablando unos veinte minutos cuando se estrelló el primer avión.

—¿Dónde estaba situado su despacho?

—En el piso ochenta de la Torre Norte. Victoria estaba sentada frente a mi escritorio cuando hubo una enorme explosión. La mejor manera de describirla es como una conmoción. El edificio se sacudió y retumbó. Llegó a inclinarse hacia un lado y por un instante pensé que la torre se iba a caer. Todo se hizo añicos. Se cayeron los cuadros de las paredes y los objetos de mi escritorio, se desmoronaron los paneles del techo y se encendieron los rociadores del sistema contra incendios. Las luces fluorescentes se apagaron y se encendieron las de emergencia. Recuerdo la repentina oscuridad de fuera. Pasó de ser una mañana diáfana y soleada a parecer la medianoche. Y por supuesto, el olor. No pude identificar el olor, que estaba por todas partes, y no lo relacioné hasta esa noche, cuando estaba a salvo en mi casa. Fue entonces, mientras miraba una y otra vez las imágenes en las noticias, cuando comprendí que era olor de combustible de avión.

Avery esperó; no quería presionar demasiado.

—Es curioso cómo vuelven los recuerdos —continuó finalmente Manchester—. Recuerdo haberme acercado a una ventana a mirar hacia fuera una vez que el humo negro se hubo disipado. Recuerdo que flotaban papeles por el aire como confeti. Recuerdo que miré hacia la calle y vi el gentío habitual de esa zona de Manhattan, pero noté algo extraño. No fue hasta más tarde cuando me di cuenta de qué era. La gente, los coches, los autobuses y los taxis no se movían. Todo se había detenido, como si el mismísimo Dios hubiera apuntado un mando a distancia hacia la ciudad de Nueva York y pulsado pausa. Luego recuerdo ver una especie de lodo transparente que corría por la ventana. Parecía gel, espeso y viscoso. De nuevo, en aquel momento no comprendí lo que veía. Solo más tarde esa noche entendí que era el combustible del avión que cubría el exterior del edificio.

Avery permaneció en silencio. Un escalofrío recorrió su cuerpo ante la idea de lo que ese hombre había pasado.

—En fin —continuó él—, después de la explosión inicial, me aseguré de que todos mis empleados y socios estuvieran bien y empezamos a evacuar. Era temprano para nosotros. Algunos de mis socios no entraban hasta después de las nueve, así que no éramos demasiados en la oficina. Todos sabíamos que, en caso de incendio, no se podían utilizar los ascensores, así que nos dirigimos a la escalera y comenzamos a bajar.

Avery frunció el entrecejo.

—¿Empezaron a bajar?

—Sí. Ochenta pisos por la escalera era una tarea desalentadora y no sabíamos qué parte del edificio se estaba incendiando, así que rezamos para poder atravesar los pisos debajo de nosotros.

—¿Entonces empezaron a bajar? —volvió a preguntar Avery, casi para sí misma esta vez—. ¿Victoria estaba con ustedes?

Manchester negó con la cabeza.

—¿Sabe?, me avergüenza admitir que me aseguré de que mi gente, mis empleados y socios, estuvieran bien, y todos hicimos un recuento rápido de personas antes de salir hacia la escalera. —Meneó la cabeza y cerró los ojos por un instante—. No recuerdo haber visto a Victoria Ford después de que se desatase el caos. Me… me olvidé de ella.

El dolor en su voz era casi palpable. La culpa del superviviente,

pensó Avery, que provenía de haber engañado a la muerte durante un acontecimiento que se había llevado tantas vidas.

—Escuché una grabación de un mensaje que Victoria dejó en el contestador de su hermana. Decía que estaba con un grupo de gente que decidió subir por la escalera, no bajar. A la azotea, de donde creían que tal vez los rescatarían. ¿Recuerda algo de eso?

Manchester asintió.

—Sí. Había unas cien personas en mi piso y todos estábamos en el vestíbulo y la escalera al mismo tiempo. No había ninguna persona a cargo y reinaba el caos. Había mucha confusión y se pasaba información errónea a gritos, como podrá imaginar. Es difícil para mí ahora, veinte años después, distinguir lo que sabía en aquel momento de lo que me enteré más tarde. Todo se mezcla y forma su propia realidad. Pero tengo certeza de que, en aquel momento, ninguno de nosotros sabía que un avión se había estrellado contra el edificio. Pensábamos que era una explosión de algún tipo. La idea de que un avión había embestido el edificio empezó a circular solo después de que la gente comenzara a llamar a su casa. En ese caos, nadie sabía qué creer o a quién escuchar en cuanto a la estrategia para salir del edificio. Tan pronto como la multitud empezó a descender ordenadamente por las escaleras, se hizo como un vacío y casi todos los seguimos. Bajamos unos veinte pisos aproximadamente antes de toparnos con una aglomeración. Durante mucho tiempo casi no nos movimos. Aproximadamente un paso por minuto, nada más. Luego oímos la segunda explosión, que más tarde me enteré de que era el segundo avión, que embistió la Torre Sur. Cuando sucedió eso, cundió el pánico. Se decía que la escalera estaba bloqueada debajo de nosotros y algunas personas se separaron. Algunos volvieron a subir, otros se dirigieron a las escaleras que estaban del otro lado del edificio.

—¿Y usted qué hizo?

—Me quedé donde estaba. No me moví de esa escalera. Con el correr de los minutos, el cuello de botella se liberó y empezamos a movernos otra vez.

—¿Cuánto tiempo tardó en salir?

Manchester meneó la cabeza.

—No lo sé. No recuerdo haber mirado el reloj esa mañana, pero diría que entre cuarenta minutos y una hora. Fue antes de las diez,

eso lo sé. Y está documentado que el primer avión chocó a las ocho y cuarenta y seis. Cuando logré salir, contemplé esa escena apocalíptica y comencé a caminar hacia el norte. El metro no funcionaba, así que caminé. Para cuando cayó la Torre Sur yo había llegado a Washington Square Park.

—Entonces, ¿después del impacto inicial, no volvió a ver a Victoria Ford?

—Vi caras. Conversé con gente, pero no recuerdo de qué se habló ni quiénes eran. Después de que verificase que mis compañeros estuvieran bien, casi no recuerdo haber estado con ninguno de ellos. Victoria podría haber estado una o dos cabezas por delante de mí, pero no lo recuerdo. Solo recuerdo gente que bajaba lentamente la escalera.

—¿Cuándo se enteró de la muerte de Victoria?

—Bastante más tarde. Mi bufete de abogados desapareció: todos los clientes, todos los archivos, todos los ordenadores. Recuerdo que pasaron semanas hasta que oí que Victoria Ford había muerto. Nos llevó todo ese tiempo recuperar el bufete y Victoria era una clienta nueva. Yo no había comenzado con el proceso de su defensa. No me había pagado los honorarios de retención. Yo tenía clientes más urgentes a los que atender y fechas de audiencias para preparar una vez que se asentó el polvo del 11S. Pasó cierto tiempo hasta que oí que Victoria había muerto.

Avery asintió.

—Bueno, no quiero robarle demasiado tiempo. Muchas gracias por relatar lo que seguramente son recuerdos difíciles.

—Así es.

—¿Le molestaría si lo vuelvo a llamar? Tal vez más adelante este verano, si esta historia despega y puedo empezar con las entrevistas formales. Para entonces habré tenido ocasión de examinar todas las pruebas contra Victoria y me gustaría tener su opinión al respecto, y también qué clase de defensa podría haber construido de haber tenido la oportunidad.

—Será un placer.

Instantes más tarde, Avery estaba en la calle. Miró hacia donde una vez se habían elevado las Torres Gemelas. No podía quitarse una idea de la cabeza: Roman Manchester y todos los demás de su oficina habían salido a la escalera y habían empezado a bajar.

Victoria Ford había subido. Si simplemente hubiera seguido a la multitud, ¿habría sido diferente la historia?

CAPÍTULO 29

Manhattan, Nueva York

Viernes 2 de julio de 2021

Incluida en la lista de contactos que había preparado Emma, figuraba la mejor amiga de Victoria, Natalie Ratcliff. Avery no vio el nombre hasta que estuvo de regreso en su habitación del hotel, y se quedó boquiabierta. Natalie Ratcliff era una de las autoras nacionales más vendidas. Sus libros estaban en todas las librerías, quioscos y centros comerciales. Había vendido más de cien millones de copias en el mundo y dar con ella no era tan fácil como hacer una llamada. La investigación de Avery reveló que la editorial que publicaba a Natalie Ratcliff pertenecía a HAP Medios, así que apeló a sus contactos hasta establecer una conexión y concertar una reunión.

Natalie Ratcliff vivía en un rascacielos de Manhattan con vistas a Central Park, en el mismo bloque de edificios donde estaban los lujosos áticos de la calle de los millonarios donde Avery se había criado. Antes, como médica de urgencias, Natalie Ratcliff trabajaba turnos de doce horas, pero actualmente estaba muy lejos de sus noches en un hospital. Ahora escribía libros, literatura femenina de misterio que los críticos execraban, pero que sus lectoras fieles devoraban. La mujer había escrito quince novelas en quince años y todas habían estado en la lista de libros más vendidos. Natalie Ratcliff, la mejor amiga y compañera de cuarto de Victoria en la universidad, estaba entre las primeras en la lista de las personas con las que Avery quería hablar.

Tras su visita al despacho de Roman Manchester el día anterior, Avery había hecho una parada en una librería para comprar un par de novelas de Ratcliff. Encontró dos estantes enteros llenos de libros suyos y volvió a su hotel con una bolsa llena de novelas encuadernadas en rústica. A pesar de que estaba persiguiendo una

historia y tenía mucho trabajo, Avery quedó atrapada dentro de una de las novelas de Natalie. La protagonista —una regordeta investigadora privada llamada Peg Perugo— investigaba los negocios turbios de un apuesto médico de urgencias, y en el proceso descubría que el buen sexo era mejor que un fraude al sistema de salud Medicare. La historia era tonta e infantil, y mantuvo a Avery despierta hasta las dos de la mañana, cuando se obligó a cerrar el libro y dormir un poco.

Por la mañana, Avery investigó un poco en internet y descubrió que Natalie Ratcliff pasaba el tiempo entre Nueva York y Carolina del Norte. También se mimaba con vacaciones de un mes en las islas griegas todos los años para terminar su nuevo libro. Estaba casada con un ejecutivo de una empresa de cruceros y tenían tres hijos: dos eran adultos y ya estaban independizados, y uno seguía en la universidad. Había ejercido la medicina durante ocho años antes de abandonarla para dedicarse a escribir novelas. Vivía en el piso 22 en el número 1 de la calle Cincuenta y Siete; la puerta de su piso se abrió en cuanto Avery salió del ascensor.

Avery vio que la mujer reía y meneaba la cabeza.

—Tengo a Avery Mason en mi ascensor. ¿Esto es verdad?

—Debería estar haciéndome la misma pregunta. La famosa Natalie Ratcliff, reuniéndose conmigo.

—Jamás habría pasado por alto la oportunidad —dijo Natalie—. Pasa, por favor.

El apartamento era amplio, hermoso y estaba decorado por un profesional; ofrecía unas vistas abiertas de Central Park. Avery recordaba esas vistas de su infancia. A continuación de la sala había una enorme oficina con detalles de caoba y grandes puertas francesas. Avery vio que en las paredes colgaban portadas enmarcadas de las novelas de Natalie y las estanterías del suelo al techo estaban llenas de sus libros. Avery vio *Bagaje emocional*, la novela un poco vulgar y sin mucho sentido que la había mantenido despierta casi toda la noche.

—Debo admitir —confesó Avery— que no había leído ninguna de sus novelas cuando hablé con usted, pero ayer compré varias y anoche me quedé atrapada entre las páginas de una de ellas. No pude soltarla. Así que puede considerarme una nueva admiradora.

Natalie se llevó una mano al corazón.

—Vaya, creo que es el cumplido más grande que he recibido en mi vida. Avery Mason es admiradora de mis libros. Gracias.

Avery hizo un ademán que abarcaba la oficina.

—*Bagaje emocional*. Te juro que no podía parar de leer. Estuve despierta hasta muy tarde.

Natalie sonrió.

—Es una de mis favoritas. Fue la primera, así que supongo que es lógico que sea mi preferida, porque es la que dio comienzo a todo. Gracias por el cumplido. De verdad, me emociona que esté leyendo uno de mis libros. Soy gran admiradora tuya y me encanta el programa *Eventos Nacionales*. Y el episodio de del monovolumen. Pensé que me daría un infarto al ver cómo te hundías en el fondo de esa piscina.

—A mí me pasó lo mismo.

Rieron como viejas amigas.

—¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—No, gracias. No quiero quitarte mucho tiempo, sé que estás ocupada. Quería hablarte de Victoria Ford. Estoy segura de que debe de ser un gran golpe cuando el pasado vuelve de manera tan visceral.

Natalie asintió y señaló la mesa de comedor. Avery se sentó.

—Me quedé helada cuando oí la noticia —dijo Natalie mientras se sentaba frente a ella—. Pero me alegré por Emma. Le va a hacer bien pasar página en cierta manera a todo esto.

—Emma es una roca. Tuve el placer de conocerla hace unos días. ¿La conoces bien?

—Conozco a Emma desde hace años. Todavía nos mantenemos en contacto. Victoria era una parte muy importante de nuestras vidas y su ausencia ha sido como una especie de imán que nos une. Nos vemos una vez al año para ponernos al día.

—Si logro hacer despegar este proyecto sobre Victoria, necesitaré entrevistar a todos los familiares y amigos posibles. Quiero contar la historia de Victoria, quién era y cómo era, antes de meterme con su muerte y lo que pasó después. Esperaba que tú pudieses darme algunos detalles.

—Sería un honor. Victoria era una gran amiga.

—Comencemos por eso. ¿Cómo era tu amistad con Victoria?

—Era mi mejor amiga.

—¿Qué significa eso?

—Significa que si llamaba para decir que estaba en problemas, yo aparecía con bolsas negras para cadáveres y una buena coartada.

Avery se rio.

—Lo siento —se disculpó Natalie—, habló la escritora de novelas que llevo a flor de piel.

—No, todos necesitamos amigos así.

—Victoria y yo teníamos una amistad muy estrecha. Era como una hermana para mí.

—¿Cómo os conocisteis? ¿Podrías contarme los detalles?

Natalie asintió; Avery supuso que estaba tratando de decidir por dónde empezar.

—Victoria y yo fuimos juntas a la universidad. Ella se especializó en Finanzas, yo en Biología. Compartimos dormitorio durante el primer año y nos llevábamos de maravilla. Seguimos juntas durante los cuatro años. Después de los primeros cuatro años, entré en la escuela de Medicina aquí en Nueva York. Victoria entró en el mundo de las finanzas. Nos mantuvimos en contacto estrecho durante todos esos años, y nunca nos dejamos de ver cuando empezamos a hacer nuestra propia vida. Yo me casé y tuve hijos. Vic se casó y hablaba de tenerlos. Mi marido y yo solíamos juntarnos con Jasper y ella para cenar, y cosas así. No tanto como hubiéramos querido, pero así es la vida.

—Una pregunta de admiradora. Estudió Medicina, pero ahora escribe libros. ¿Cómo sucedió?

Natalie sonrió.

—En realidad, no lo sé. Siempre me ha gustado leer, desde que era niña. Escribir era algo que soñaba hacer algún día, aunque nunca creí que me llegaría el momento. Pero por fin, un día me senté y lo hice. El hecho de que el primer manuscrito se haya vendido es algo que todavía hoy me asombra. Y que haya podido escribir otro libro me causa el mismo impacto.

—Y otro y otro más —dijo Avery—. Eres muy prolífica.

—He tenido una buena racha y muchísima suerte.

—Supongo que la afición por la lectura y la escritura os unía. Emma me contó que a Victoria también le interesaba la escritura.

—Es cierto. Mucho más que a mí, la verdad. Hablábamos de eso en la universidad. Ya sabes, de escribir un libro algún día. En el

estilo de Danielle Steel. Pero las realidades de la vida se interpusieron y ambas pusimos nuestros sueños en pausa mientras comenzábamos nuestra carrera.

—Y mírate ahora. Una verdadera gigante del mundo editorial —la alabó Avery—. La vida termina cerrando el círculo, ¿no?

—Supongo que sí.

Avery sacó un bloc de hojas amarillas y rayadas y tomó algunas notas.

—¿Seguiste en contacto con Victoria después de la muerte de Cameron?

—No mucho. Fue, obviamente, un momento difícil en la vida de Victoria. Quise ponerme en contacto con ella, pero no me devolvía las llamadas. Sé que estaba ocupada montando su defensa y todo eso.

—¿Hablaste con ella del asunto?

—Muy poco. Me llamó una vez para preguntarme si le prestaría dinero en caso de que lo necesitara. El coste de su defensa iba a ser astronómico.

—¿Nada más? ¿No hablasteis del caso ni de… de su relación con Cameron Young? ¿Ni… de si las acusaciones contra ella eran ciertas?

—No. Yo en ningún momento se lo pregunté y ella no me habló del tema. Yo sabía desde hacía un tiempo que su matrimonio no iba bien, y algo mencionó sobre que había conocido a otra persona. Jamás entré en detalles con ella. Cuando estalló la noticia y los medios la pusieron en el punto de mira, le dije que siempre sería su amiga y que sabía que jamás haría una cosa así. Lo sabía en mi fuero más íntimo. Hoy en día sigo pensando lo mismo.

—¿Y antes del 11S? ¿Hablaste con ella en aquel momento?

Natalie negó con la cabeza.

—En las semanas anteriores, no. Y después fue una vorágine para mí. Yo era médica de urgencias en el distrito financiero, y el 11S y durante toda esa semana, todos tuvimos que trabajar a destajo. Todavía está todo borroso en mi mente. No me enteré de la muerte de Victoria hasta unos días después. Trabajaba día y noche, y cuando por fin tuve un momento para tomar aliento, hice el inventario de todas las personas que conocía en la ciudad. Cuando no pude comunicarme con Victoria, finalmente llamé a Emma y ella

me contó la noticia.

—¿Cómo te enteraste de que habían identificado sus restos?

—Por el periódico. Llamé a Emma enseguida y ella me dio los detalles.

Avery miró sus notas: una página de viñetas garabateadas.

—¿Sería mucho pedir que me escribieras una cronología de tu relación con Victoria desde que os conocisteis en la universidad?

—Sí, podría hacerlo.

—Genial. Estaré en Nueva York por lo menos una semana más, seguramente más, según lo que sea necesario. ¿Puedo llamarte dentro de unos días?

—Por supuesto. Te daré el número de mi móvil. Y me pondré a trabajar enseguida sobre mi historia con Victoria. Será un buen ejercicio recordar los buenos momentos que pasamos juntas.

Avery se puso de pie.

—Muchísimas gracias, Natalie. Quiero hacerlo bien. Sé que habrá partes difíciles en la historia de Victoria, pero quiero mostrarle al país quién era esta mujer antes de que la acusaran de homicidio. La información que puedas darme será de gran utilidad para que pueda hacerlo.

Se despidieron y Avery entró en el ascensor.

—Cuéntame qué te parece el resto de *Bagaje emocional* —le pidió Natalie antes de que se cerraran las puertas.

—Me quedaré despierta toda la noche leyéndolo.

Las puertas se cerraron y el ascensor dejó a Avery en el vestíbulo. Cuando salía del edificio, sonó su móvil. Era Walt Jenkins. Quería que cenasen juntos. Acordaron la hora y el lugar y luego Avery guardó el móvil en el bolso. Su objetivo era destrozar el caso contra Victoria Ford. Tenía al detective principal del caso y todo el fin de semana para lograrlo. Mientras caminaba por la ciudad de Nueva York, cayó en la cuenta de que había empezado a seguir tantas pistas en la historia de Victoria Ford que casi había olvidado la verdadera razón por la que estaba de vuelta en la ciudad que le traía recuerdos tan terribles.

Era bonito olvidar. Por un instante fue libre.

CAPÍTULO 30

Manhattan, Nueva York

Viernes 2 de julio de 2021

La cena era en Keens. Siguiendo la tradición, la ciudad se había vaciado temprano por la tarde, ya que los residentes se habían ido a pasar el puente del 4 de Julio al campo o a la playa. Por eso, cuando Walt entró en el conocido restaurante de carnes, lo encontró extrañamente vacío. Vio a Avery en una mesa escondida en la esquina.

—Siento llegar tarde —se disculpó Walt mientras se sentaba frente a ella.

—Estaba a punto de llamarte para preguntar si me había equivocado con la hora —dijo Avery.

Walt negó con la cabeza.

—No, la culpa es mía. Conseguí el expediente de Cameron Young y me quedé releyendo todo el caso. Perdí la noción del tiempo.

Avery tenía una copa de vino blanco frente a ella. Walt pidió ron al camarero mientras estudiaba el menú.

—¿Has comido aquí antes? —preguntó.

—Por supuesto. Puedo ser una chica del sur de California, pero me crie en Nueva York —dijo Avery.

—¿Dónde? —preguntó Walt, olvidando por un instante que había llegado tarde porque había perdido la noción del tiempo leyendo la carpeta de tres centímetros de grosor que le habían hecho llegar sobre Avery Mason, también conocida como Claire Montgomery.

Se preguntó cómo haría ella para mantener sus dos vidas ordenadas, la que llevaba como una de las periodistas más conocidas de la televisión y su vida pasada como hija del Ladrón de Manhattan.

—En el norte de la ciudad. Upper East Side.

Se había criado en ático en la calle de los millonarios; eso Walt lo sabía. Había visto las fotos del edificio y el piso de Garth Montgomery por todo internet. También había visto fotos de cuando se llevaron a su padre del famoso edificio en pijama, esposado. El camarero trajo el ron de Walt y les tomó nota, lo que fue un conveniente cambio de tema del pasado de Avery. Ambos pidieron solomillo al punto con rábano picante.

—Y entonces —preguntó Avery—, ¿qué has encontrado revisando el archivo de Cameron Young?

—Conseguí todo el expediente del caso y he pasado los últimos dos días releyéndolo. Me ha ayudado mucho a refrescar la memoria. Debo decirte que a medida que releo el caso y recuerdo las cosas con más claridad, veo que las pruebas eran abrumadoras. Quiero ser franco contigo.

—Es lo único que pido, Walt. Vine a Nueva York a averiguar más sobre la historia de cómo la Oficina de Medicina Forense identificó los restos de una víctima del atentado del 11S justo para el vigésimo aniversario. Pero cuando hablé con la hermana de Victoria Ford descubrí algo completamente diferente. Emma Kind, como te conté la otra noche, cree que su hermana es inocente. Pero no es solo su amor incondicional ni su vínculo de hermanas lo que la tiene tan decidida. Victoria Ford llamó a su hermana la mañana del 11S y dejó una serie de mensajes en su contestador. Emma me dejó escucharlos. Los mensajes son angustiantes y los dejó en cuanto el primer avión embistió la Torre Norte, dejando a Victoria atrapada en el edificio.

Walt meneó la cabeza.

—No puedo ni imaginármelo. Cada año revivo parte de aquel día. Todos lo hacemos. Pero tener a alguien tan cercano vinculado con la tragedia y encima oír su voz en aquella mañana…

—Es más que eso. En la grabación, Victoria le asegura a su hermana que es inocente y le pide que encuentre la manera de limpiar su nombre. Victoria juró que las pruebas contra ella estaban manipuladas y que no podían ser ciertas. Comprendió que moriría ese día y sus últimas palabras, al menos las que grabó, fueron para pedirle a su hermana que su legado no fuera solo el de una asesina condenada.

—¿Su hermana tiene esas grabaciones?

—Sí. Dos mensajes. Son desgarradores. También muy convincentes. Así que por más que las pruebas incriminaban a Victoria, ella murió aferrada a su inocencia. Lo mínimo que puedo hacer por Emma es revisar el caso contra su hermana.

La mente de Walt retrocedió veinte años, a cuando era un joven e inexperto detective a quien habían encomendado la investigación de un caso de homicidio de alto perfil. En aquel entonces, algunas cosas sobre su promoción lo habían inquietado y se dio cuenta de que seguían inquietándolo actualmente.

—No quiero demostrarle al mundo la inocencia de Victoria —dijo Avery—. Después de tantos años, no sé si sería posible hacerlo aun si fuera verdad. No tengo intención de mostrar una mala imagen tuya ni de la Oficina de Investigación Criminal. Tú llevaste a cabo tu investigación y todo lo que encontraste apuntaba a Victoria Ford. Esos son los hechos. Simplemente estoy pidiendo revisar las pruebas y escuchar la investigación de principio a fin. Jugará un papel crucial en el programa especial que estoy planeando.

—Podemos hacerlo, sí —dijo Walt—. ¿Qué tienes en mente?

—Mi objetivo es contarle a todo el país la historia de Victoria Ford. Su vida, sus defectos y el trágico día en el que murió con otras tres mil almas. Y ahora, veinte años después, sus restos han sido identificados finalmente. Que estuviera involucrada en una escandalosa investigación por homicidio es simplemente parte de la historia de su vida. Y que mantuviera que es inocente hasta en los últimos momentos de su vida es también uno de los hechos del caso. Las grabaciones están allí para que todos las escuchen y forman un arco en esta historia, desde el principio hasta el triste y trágico final, que quiero compartir con mi audiencia. Tú y tu investigación sois parte de la historia así que incluso si lo que me cuentas contradice lo que cree Emma Kind, no tengo ningún problema. Tu parte de la historia es crucial y necesito escucharla y comprenderla.

—Ya veo por qué tu programa es tan popular —dijo Walt—. ¿Tomas ese enfoque con todas las historias?

—Sí.

—De acuerdo, repasaré el caso contigo, de principio a fin.

Durante la cena, Walt habló de su papel en la investigación del caso de Cameron Young, desde el momento en que pisó la finca de las montañas de Catskill hasta cada revelación impactante que descubrió durante la investigación. Le habló de la escena del crimen y de cómo había encontrado a Cameron Young colgado del balcón. De la sangre y la orina recogidas en la escena y de las huellas tomadas de la copa de vino: todo pertenecía a Victoria Ford. Le explicó que habían encontrado un vídeo sexual de Victoria Ford en una memoria USB dentro de un cajón de la oficina. Repasó los hallazgos de la autopsia que pintaban una imagen vívida de los momentos finales de Cameron Young. Habló del jurado popular que había sido convocado, del argumento de la fiscalía en cuanto a que Victoria Ford era una amante despechada que había sido obligada a abortar que la dejó imposibilitada para tener hijos y de la inminente acusación que la esperaba antes de que la mañana del 11S pusiera un repentino final al caso.

Miró a Avery mientras hablaba; ella tomaba notas y más notas en su bloc de hojas amarillas. Había algo de elegancia y fuerza en la forma en la que ella tomaba notas, y Walt se sintió atraído hacia Avery de una manera que no se había permitido durante mucho tiempo. La situación en la que estaba esa noche, cenando con una mujer inteligente, talentosa y atractiva, le hacía preguntarse si no habría desperdiciado los últimos tres años sintiéndose desdichado cuando podría haberlos superado mejor enfrentándose de cara a la vida y permitiendo que el paso natural del tiempo lavara su dolor.

El camarero retiró sus platos. No pidieron postre, pero sí más copas de Oporto mientras seguían hablando. Avery revisó sus notas e hizo preguntas hasta que Walt sintió que estaba satisfecha con la información que él le había dado.

—Creo que es todo lo que se me ocurre preguntar por ahora —dijo ella—. ¿Qué posibilidades hay de que pueda estudiar el expediente yo misma? Más adelante, me gustaría que mi equipo de producción recogiera imágenes para *Eventos Nacionales*: fotos de transcripciones de entrevistas y extractos de vídeos de los interrogatorios, imágenes de la escena del crimen y partes del vídeo casero, editadas, por supuesto, que te ayudó a resolver el caso.

—Lo tengo todo en mi hotel. Tendría que pedir autorización escrita para compartir la información, pero estoy seguro de que

podría arreglarlo. Haré algunas llamadas, ¿te parece?

—Te lo agradecería.

Hubo una pausa breve en la conversación, mientras ambos buscaban un motivo para continuar conversando ahora que el propósito de la cena había terminado. Se miraron hasta que, por fin, Avery habló.

—Bien, Walt, soy de confiar en mi instinto.

—Ay, Dios.

Avery sonrió.

—Siento curiosidad sobre algo que no me has contado.

Walt arqueó las cejas. Por un instante, pensó que lo habían descubierto antes siquiera de haber hecho una buena operación de vigilancia. Que esta periodista inteligente y observadora hubiera descubierto las intenciones que él, Jim Oliver y todo el FBI tenían de que se metiera dentro de su vida en un intento por localizar a su padre.

—¿Qué es lo que no te he dicho? —preguntó.

—Qué fue lo que realmente te trajo de vuelta a Nueva York.

Walt hizo girar su vino de Oporto mientras consideraba la pregunta.

—Vamos —dijo Avery—. Eres un tipo apuesto y exitoso que sufrió heridas de trabajo a los cuarenta y tantos años y luego decidió vivir como un ermitaño en una isla tropical. ¿Y de pronto llama una periodista de la televisión y vuelves corriendo? —Avery negó con la cabeza—. Lo siento, pero no me lo creo.

—¿Quién dijo que vivía como un ermitaño?

—Buen intento. Veo que quieres desviar mi atención, pero tiene que haber algo más detrás de tu historia.

Walt levantó la barbilla y bebió un sorbo de oporto.

—No dejes que nadie subestime tus instintos. —Miró en la copa antes de hablar. Recordó su plan de ser lo más franco posible—. Me estaba aburriendo en Jamaica. Fui allí a aclararme las ideas después de que me hiriesen, pero llegué a la conclusión de que si después de tres años seguía teniendo telarañas, no era probable que el tiempo fuera a quitármelas. Llamaste y me pareció una buena oportunidad para salir de un pozo. Además, ya te lo he dicho: soy fanático del programa.

La observó beber lentamente un sorbo de oporto. Tuvo la

impresión de que su respuesta no la había dejado satisfecha.

—¿Sabes una cosa? —dijo Avery—. Tal vez una mejor pregunta sería, en primer lugar, por qué fuiste a Jamaica.

—Eres periodista, no hay duda. De pies a cabeza.

—Otra evasiva. Muy masculino de tu parte. No te consideraba el típico hombre, pero he cometido errores de juicio antes.

Walt sonrió, sorprendido por la repentina incursión de Avery en su vida personal. Entendía, sin embargo, que su pregunta venía de una curiosidad natural y no de ningún sexto sentido que ella tuviera sobre sus verdaderas intenciones o el trabajo para el que el FBI lo había reclutado. Avery solo le estaba haciendo una pregunta obvia. Quizá se sintió desconcertado porque en los últimos tres años, a ninguno de sus amigos jamaicanos —todos hombres— le había importado un comino qué lo había llevado a esa pequeña isla. Walt les compraba ron y contaba sus historias y eso les bastaba. Claramente, había pasado demasiado tiempo sin la presencia de una mujer.

—Tengo asuntos pendientes aquí y tu llamada me dejó claro que era el momento de ocuparme de ellos.

—Ah —dijo Avery—. Por lo visto, hay algún rastro de humanidad en ti, después de todo. ¿Algún asunto pendiente que quieras compartir con una casi desconocida?

—Puede ser —dijo él—, pero será necesario un buen trago para entrar en detalles.

—¿Necesitas alcohol fuerte para hablar de ti mismo?

—No, el alcohol es para ti, para que no me juzgues.

—¿Tan malo es?

—Dejaré que lo decidas tú. Y en realidad no es un misterio tan grande —dijo, poniéndose de pie y señalando el bar en el salón contiguo—. El amor o la ley. Son los únicos dos problemas del hombre en este mundo.

CAPÍTULO 31

Manhattan, Nueva York

Viernes 2 de julio de 2021

Pasaron al bar. Estaba casi vacío a las diez de la noche de un viernes, lo que dejaba a la vista el éxodo del fin de semana del 4 de Julio. Había solamente otra pareja en el local. Las paredes y el techo de Keens estaban revestidos en caoba oscura, lo que bañaba el ambiente en una penumbra color castaño. Se sentaron en dos taburetes. Walt pidió ron; Avery, vodka.

—Como formas parte de las fuerzas de la ley —dijo Avery—, deduzco que hablas del amor. Háblame de ella.

—Qué fácil suena cuando lo dices así. Simple y directo.

—La culpa de mi franqueza se la atribuyo a la escuela de Derecho. Te enseñan a concentrarte en el tema y hacer a un lado todo lo demás.

—¿Estudiaste Derecho? —preguntó Walt, olvidando por un instante que la mujer delante de él tenía toda otra vida de la que él supuestamente no sabía nada. Intuyó un cambio en la actitud de Avery cuando sus dos mundos se superpusieron.

Lentamente, ella asintió.

—Sí, pero la abogacía no era para mí. Lo comprendí cuando terminé mis estudios, así que me mudé a Los Ángeles para darle uso a mi licenciatura en periodismo. Pero esos mismos instintos ahora son parte de mi trabajo. Cuando intuyo que hay una historia o algo que averiguar, me concentro en ello con una intensidad molesta. Perdona si soy demasiado directa. No tienes que contarme nada más si es algo privado.

—No, no me molesta. Es probable que me siente bien hablar de ello. Es lo que diría un psicólogo, de todos modos.

—No puedo analizarte. Solo escucharte.

—Bien. Veamos, la versión resumida diría algo así: mi primer

matrimonio sucumbió al adulterio. Ella fue infiel, no yo. Ambos éramos jóvenes e inexpertos y no éramos adecuados el uno para el otro, así que tal vez fue mejor que estallara tan rápido. El final de mi segundo matrimonio me dolió un poco más. Se desmoronó por el asunto de los hijos: yo quería hijos, ella no. Y luego está Meghan Cobb.

Se hizo un silencio mientras Walt trataba de averiguar cómo seguir.

—¿Ella es la que te envió al Caribe? —preguntó Avery.

Walt asintió. Tomó otro trago de ron y dejó que el alcohol le calentara la garganta. Ese último sorbo de ron lo empujó más allá del punto de inflexión y su mente se desvió hacia el pasado.

A pesar de las heridas tan graves que pusieron en peligro su vida, la estancia de Walt en el hospital duró solo cinco días. Tres de ellos los pasó en cuidados intensivos después de la operación y los dos últimos en la sala de recuperación, donde empezó a moverse lentamente junto con los otros pacientes de postoperatorio, para demostrar que podía caminar, hablar y eliminar gases. Cuando los médicos estuvieron satisfechos, le dieron el alta con una larga lista de restricciones. El alta llegó justo a tiempo. El funeral de su compañero era al día siguiente y Walt tenía intención de asistir contra viento y marea. Si era necesario que se arrancara las vías intravenosas del brazo y que abandonara el hospital en contra de las recomendaciones médicas, estaba dispuesto a hacerlo. Pero cuando empezó a insistir, nadie se opuso. Casi había muerto en una emboscada que se cobró la vida de su compañero. Nadie pensaba negarle el honor de asistir al funeral.

Walt estaba fuera de peligro. La doctora Eleanor Marshfield, la cirujana que lo había operado, le dijo que el corazón era un órgano milagroso y que siempre y cuando no se excediera en los primeros seis meses de recuperación, se pondría bien. La cirujana, por supuesto, solo podía hablar de la recuperación física del corazón de Walt. No tenía ni idea del daño emocional al que estaba a punto de enfrentarse.

Jim Oliver lo llevó a su casa desde el hospital.

—Gracias por traerme, Jim.

—¿Necesitas ayuda?

—No, estoy bien. Algo lento, pero por lo demás, no estoy tan mal.

Walt abrió la puerta del copiloto y salió lentamente del coche, soltando algunos gruñidos ante el esfuerzo. Una vez que logró enderezarse, cerró la puerta y se inclinó para mirar por la ventanilla abierta.

—¿Nos vemos mañana?

—Sí —dijo Jim—. ¿Quieres que te lleve al funeral?

—No, tengo permiso para conducir. Además, no sé cómo me sentiré.

Prefiero tener mi propio coche por si tengo que escabullirme sigilosamente.

—Te entiendo. Estará lleno de gente. Todos los muchachos han estado preguntando por ti.

Walt esbozó una sonrisa forzada y golpeó el techo del coche un par de veces con una energía que no tenía.

—Gracias de nuevo, Jim.

A la mañana siguiente, Walt despertó con la mente nublada, llena de pensamientos y preocupaciones contradictorias. Lo primero en su mente era su compañero. No podía decir que Jason Snyder fuera un amigo cercano. Aparte de las relaciones sociales de trabajo un par de veces al año y la cerveza ocasional que compartían cuando el momento era adecuado, Walt nunca había pasado mucho tiempo con Jason fuera del trabajo. Algunos compañeros se llevaban bien desde el primer día y se convertían en íntimos amigos. A pesar de que habían trabajado juntos durante tres años, Walt Jenkins y Jason Snyder nunca habían llegado a esa clase de amistad. Lo único que Walt sabía de la vida personal de Jason era que estaba casado, que no tenía hijos y que se llevaba muy bien con su padre, que también había sido agente en el pasado. Un horrible sentimiento de culpa atormentó a Walt toda la noche, haciéndolo dar vueltas en la cama hasta altas horas. Para las cuatro de la mañana, se consideraba una subespecie de la raza humana por no haber demostrado nunca interés en la vida de su compañero. Y ahora que Jason ya no estaba, Walt sentía un repentino deseo de conocerlo mejor. De ser un mejor amigo y un compañero más protector. Walt siempre había afirmado que tenía cubierta la espalda de su compañero. Palabras que ahora eran tan vacías como sonaban.

Se paró frente al espejo del baño. El vendaje blanco en el cuello le impedía llevar corbata, y la gasa y la cinta estaban demasiado altas como para que el cuello de la camisa las ocultara. Se puso cuidadosamente la chaqueta y se miró en el espejo. Su tez cenicienta y sus ojeras, sumadas al cuello vendado, lo hacían parecer un muerto en vida. Y si bien nadie lo culparía por eso, a Walt le preocupaba que su presencia en el funeral pudiera desviar la atención de Jason y su familia. Elaboró un plan para entrar y salir lo más rápido posible.

Tragó saliva con dificultad; el movimiento de la nuez le causaba un dolor agudo en el cuello por la contracción de los músculos. Las bolsas bajo sus ojos eran la prueba de una noche sin dormir, que tenía sus raíces en algo más que la mera culpa del superviviente.

Algo más le molestaba. Cogió el teléfono y revisó los mensajes de texto por centésima vez. Meghan no había llamado: no había mensajes de texto ni de voz. Walt se había encontrado el buzón de voz de ella lleno cuando intentó dejarle un mensaje el primer día que pudo pensar coherentemente tras abandonar la sala de cuidados intensivos. Los mensajes de texto posteriores no habían recibido respuesta. Sus dos exmujeres le habían llamado mientras estaba en el hospital, y a Walt no se le escapaba la ironía de que las dos mujeres que más lo detestaban en

el mundo habían logrado comunicarse para ver cómo estaba, mientras que la que decía amarlo estaba desaparecida en combate.

Había visto a Meghan por última vez hacía una semana, dos noches antes de que le dispararan. Habían pasado el fin de semana en una casa rural en el norte del estado de Nueva York; de pronto, sintió una punzada de preocupación. En los últimos días había estado preocupado —justificadamente— por su encuentro cercano con la muerte, pero ahora temía que algo pudiera haberle sucedido a Meghan. No tenía el teléfono de sus padres, y aunque lo tuviera, llamar no sería una buena idea. Walt no conocía a los padres de Meghan. La conversación incómoda sin duda haría sonar alarmas innecesarias. También descartó la idea de llamar a la hermana. Sería un poco dramático e incluso egoísta preocupar a la familia de Meghan por unas pocas llamadas no respondidas.

De pie delante del espejo, le envió otro mensaje de texto:

¿Dónde estás? Han ocurrido muchas cosas desde la última vez que te vi. Llámame.

Dejó caer el teléfono en el bolsillo de su chaqueta, se miró una vez más en el espejo, pero renunció rápidamente a tratar de acicalarse. Apagó las luces al salir y se dirigió al funeral de su compañero.

CAPÍTULO 32

Manhattan, Nueva York

Viernes 2 de julio de 2021

—¿Necesitan algo por aquí? —preguntó el camarero.

Walt contempló su vaso vacío.

—¿Uno más? —le preguntó a Avery.

—Claro. Tengo que escuchar cómo termina esto.

El camarero volvió a llenarles los vasos. Eran casi las once de la noche y eran los únicos que quedaban en el bar.

—¿Segura? —preguntó Walt.

—No nos iremos hasta que lo escuche.

Walt bebió otro sorbo de ron. Como siempre que pensaba en el funeral de su compañero, el alcohol le atenuaba el dolor que surgía con los recuerdos. Dejó el vaso sobre el posavasos que había delante de él y continuó con la historia.

> *El aparcamiento estaba lleno, por lo que Walt giró por la calle lateral que bordeaba la funeraria. Aparcó junto a la acera y salió del coche. Ponerse la chaqueta le llevó más tiempo de lo deseado; su brazo izquierdo todavía no obedecía las órdenes de su cerebro y se alegró de que no hubiera público. Al pasar delante de la funeraria, había visto a muchos colegas en la acera. No necesitaba las bromas que le habrían hecho si lo hubieran visto luchar para ponerse la chaqueta. Y si sus compañeros hubieran logrado evitar las burlas amistosas, la otra reacción habría sido todavía peor: lástima. Esto era mejor, estar solo en una calle lateral mientras luchaba para ponerse la chaqueta. Por fin logró enderezarse; inspiró hondo y sintió una punzada de dolor en el pecho, un síntoma que la doctora Marshfield le había advertido que tardaría semanas de terapia pulmonar para resolverse.*
>
> *Una vez solucionado el problema, miró hacia la funeraria y consideró sus opciones. Podía dirigirse hasta la puerta principal del edificio y toparse de lleno con sus compañeros; seguramente pasaría demasiado tiempo saludando y aceptando sus deseos de pronta recuperación. O podía entrar por la puerta lateral y colarse en la fila del*

cortejo, mantener la mirada baja y evitar a cualquier conocido hasta llegar donde estaba la familia de Jason. Allí ofrecería sus condolencias al padre de Jason y le diría lo excelente que había sido su hijo como compañero en los últimos tres años. Abrazaría a su madre y se presentaría ante su mujer, diciéndoles a ambas cuánto lamentaba su pérdida. Durante todo ese tiempo lucharía contra su culpa de sobreviviente, rogaría para no sudar a través de la chaqueta y se escabulliría sigilosamente antes de que el vendaje de su cuello se tiñera de rojo por la herida que cubría.

La elección era sencilla. Cruzó la calle, abrió la puerta lateral y entró en un pasillo silencioso, en el que se oían conversaciones en voz baja. Avanzó despacio y cuando llegó al final del pasillo oscuro, se encontró en un lateral de la sala de duelo. A su izquierda estaban las caras conocidas de sus compañeros, que rodeaban la puerta principal. Miró rápidamente hacia la derecha y no vio a nadie que conociera: solo a la familia de Jason y una fila de deudos esperando para dar su pésame antes de inclinarse delante del ataúd. Walt cruzó la sala de duelo y entró en la del velatorio. Vio grandes ramos de flores alrededor del féretro. La fila de quienes ofrecían sus condolencias estaba contra la pared más lejana y él ocupó un lugar al final, para ir avanzando lentamente hasta la parte delantera de la sala. Mantuvo la mirada baja. Con el brazo izquierdo cruzado sobre el pecho se sostuvo el codo y con la palma de la mano se cubrió la mejilla y la boca. Si alguno de sus amigos lo reconoció, nadie dijo nada. Avanzó durante unos diez minutos, acercándose lentamente al ataúd.

—Has venido —dijo una voz detrás de él.

Walt se volvió y vio que Jim Oliver estaba detrás de él en la fila.

—Sí —fue lo único que contestó.

—Los muchachos estaban esperando fuera para verte.

Walt asintió.

—Entré sigilosamente por el lateral. No quiero desviar la atención de la familia de Jason.

—Lo entiendo. Pero quizá quieras saludarlos a la salida. Sería bueno para el equipo ver que estás nuevamente en pie.

—Lo haré, jefe.

Juntos siguieron avanzando. Walt tragó saliva con fuerza cuando se acercó al ataúd y vio la cara de su compañero de perfil. Siempre había detestado la apariencia cerosa de los muertos en los ataúdes. Su infancia, recordaba, estaba plagada de momentos en los que había tenido que arrodillarse delante de robustos ataúdes de caoba que contenían a parientes ancianos. Se suponía que debía elevar una plegaria cuando se arrodillaba delante de los ataúdes, le habían dicho sus padres, pero lo único que Walt había podido hacer era mirar, confundido, el grueso maquillaje esparcido por la cara del difunto. Esa peculiaridad de la infancia había seguido en su vida adulta, y mientras Walt se acercaba a la familia de Jason se preguntó si estarían conformes con el aspecto que tenía, tieso e inmóvil en el ataúd, o si les resultaba

tan irreconocible como a él.

—¿Conoces a la familia de Jason? —preguntó Jim.

Walt negó con la cabeza.

—No —dijo, justo cuando la pareja delante de él terminó de saludar y avanzó hacia el ataúd.

Los primeros familiares eran una pareja mayor. Walt les tendió la mano y ofreció su mejor sonrisa.

—Walt Jenkins.

—Hola, Walt —dijo el hombre mientras apretaba cálidamente su mano—. ¿De qué conocías a Jason?

Walt tragó con fuerza y sintió que la cinta sobre su cuello se tensaba por el esfuerzo.

—Yo era su compañero.

—Oh —dijo la mujer—. Somos los padres de Jason.

—Encantado de conocerlos —dijo Walt—. Jason hablaba de usted todo el tiempo, señor. De su época en el FBI. Hablaba mucho de ambos. Siento muchísimo su pérdida.

—Gracias —dijo el padre de Jason—. ¿Y tú cómo estás?

—Estoy bien, señor. —Walt le soltó la mano—. Este es Jim Oliver, está a cargo de la oficina local de Nueva York.

—Su hijo era un gran agente y un buen amigo para todos nosotros —dijo Jim.

—Gracias. —El padre de Jason sonrió—. ¿Conoces a nuestra nuera? —le preguntó a Walt.

—No, señor —respondió él.

—Ha ido al lavabo —dijo la madre de Jason—. Volverá enseguida. Estoy segura de que querrá saludaros.

Walt sonrió y asintió antes de iniciar unos treinta segundos de incómoda conversación ligera que pareció durar una hora. Lo único que quería hacer era inclinarse rápidamente delante del ataúd, fingir que rezaba y luego escapar de allí.

—Aquí viene —dijo la madre de Jason, señalando por encima del hombro de Walt.

—Cariño —dijo el padre de Jason, con un movimiento de la mano —, este es el compañero de Jason.

Walt se volvió y sintió que se le doblaban las rodillas cuando vio a la mujer de Jason.

—Meghan —dijo el padre de Jason—, te presento a Walt Jenkins.

Walt imaginó que la expresión aterrada de Meghan era un reflejo de la suya. Ella se detuvo a unos pasos de él, paralizada, sin parpadear y con la boca abierta. Era evidente para cualquiera —los padres de Jason, Jim Oliver y todo aquel que los estuviera mirando— que ambos se conocían. Que se acostaban desde hacía un año y estaban enamorados era menos obvio, pero solo un poco.

—¿Os conocéis? —preguntó el padre de Jason con tono de incredulidad.

—Eh…, no —logró decir Walt con la voz a punto de quebrársele.

Levantó una mano para saludar, pero fue más como un acto de rendición.

—Lamento…

Se llevó una mano al cuello y sintió la humedad de la sangre a través del vendaje.

—… mucho su pérdida.

Fue todo lo que pudo decir antes de dar media vuelta y caminar rápidamente hacia el fondo de la sala, atravesar la sala de duelo y salir al pasillo oscuro. Abrió la puerta lateral y entornó los ojos para protegerse del sol, mientras respiraba con dificultad. Le dolían los pulmones y sentía el pecho agitado. Se tambaleó hasta el coche y se dejó caer detrás del volante. Arrancó el motor y puso el vehículo en movimiento antes de terminar de cerrar la puerta.

CAPÍTULO 33

Manhattan, Nueva York

Viernes 2 de julio de 2021

—¿Era la mujer de tu compañero? —preguntó Avery, inclinándose hacia Walt, pendiente de cada palabra de su historia.

—La mujer de mi compañero muerto, sí —respondió Walt, y tomó un necesario trago de ron—. Por eso no me había respondido a las llamadas en toda la semana. Estaba lidiando con su propia tragedia, la muerte de su marido. No tenía ni idea de que yo era el compañero de Jason ni de que era el otro agente al que le habían disparado. Estuvimos juntos un año y en ningún momento me contó que estaba casada. Sabía que yo trabajaba para la agencia local del FBI, pero nunca me pidió información sobre mi trabajo. Yo siempre lo tomé como una especie de separación entre iglesia y estado. Ya sabes, no hablemos de trabajo. Solo disfrutemos de nuestra mutua compañía. Pero no quería saber nada de mi trabajo porque tampoco quería saber si conocía a su marido.

—¿Qué te pasó? —preguntó Avery en tono vacilante—. Me refiero a tus heridas. ¿Fue lo mismo que mató a tu compañero?

—Jason y yo estábamos haciendo una operación de vigilancia de rutina. Pensamos que solo nos esperaba otra larga noche de hacer fotos y recoger datos sobre una posible célula de Al Qaeda. Mientras vigilábamos el edificio del otro lado de la calle, un hombre con un pasamontaña se acercó por delante de nuestra furgoneta y abrió fuego. Las balas que impactaron en mi cuerpo de algún modo lograron evitar todas las tuberías importantes.

—¿Qué tan cerca estuvieron?

—Mucho. Una me perforó el corazón.

—Dios mío, Walt. ¿Y Jason murió?

—Murió antes de que llegara la ambulancia.

—¿Quién era el hombre del pasamontaña?

—Ahí está la putada de la historia. Era poco más que una nota al pie de página de todo aquello. El tipo era un adicto fuera de sí. Estábamos vigilando el edificio de un posible simpatizante de Al Qaeda, siguiendo sus movimientos para ver si podíamos relacionarlo con alguien importante. En el edificio de enfrente había un laboratorio de metanfetaminas. No teníamos idea, pero los drogadictos advirtieron nuestra presencia y se pusieron nerviosos. Así que uno de ellos salió y empezó a disparar.

Avery lo miró, boquiabierta.

—¿No tenía nada que ver con la guerra contra el terrorismo?

—Nada.

—¿Hablaste con ella después del funeral? ¿Con Meghan?

—En una ocasión —dijo Walt—. Para decirle que me iría por un tiempo. La historia sobre nosotros dos emergió poco después del funeral y se esparció como fuego por la agencia. Todos supusieron que yo había estado viéndola a escondidas de Jason y que mantuve la compostura hasta llegar al funeral. Y cuando todos tus colegas creen que te acuestas con la mujer de tu compañero siendo consciente de ello, y después matan a ese compañero mientras cumplía con su deber… Bueno, digamos que no había mucha buena disposición hacia mí.

—¿Intentaste explicar la situación?

—Nunca tuve la posibilidad, y no sé si me hubieran creído. Me pidieron amablemente que me jubilara. Me ofrecieron la pensión máxima y fue una oportunidad de ahora o nunca. Tómala y desaparece. El FBI es muy susceptible en cuanto a su reputación. Que mataran a un agente mientras cumplía con su deber ya era una cicatriz bastante grande para ellos. El escándalo de una aventura entre la mujer del agente muerto y su compañero era algo que querían evitar. Me dejaron sus deseos muy claros. Acepté el dinero y me fui.

—¿A Jamaica?

Walt asintió y bebió la mitad del vaso.

—¿Y qué pasó con Meghan?

—Le puse fin a la situación.

—¿Así, sin más?

Walt hizo un mohín con el labio inferior y asintió.

—Digamos que sí.

—Suena a evasiva.

—La veo una vez al año. Vengo a un encuentro anual de supervivientes aquí en la ciudad.

—¿Encuentro de supervivientes?

—Resultó ser que el hecho que sobreviviera la noche que nos atacaron fue una especie de milagro. Otras personas que han sobrevivido a pruebas similares y han desafiado la muerte se juntan una vez al año y celebran sus milagros y a las personas que los salvaron. Los médicos, enfermeras y sanitarios reciben invitaciones de los supervivientes. Yo invito a mi cirujana todos los años. Si tu historia incluye a otros que no tuvieron la misma suerte, también se invita a los familiares de los que murieron. Veo a Meghan en esta reunión una vez al año, en junio.

—¿Y?

—Nos abrazamos, decimos muy poco y luego huyo de allí en busca de un bar que sirva buen ron.

—¿La abrazas y ya está? ¿No hablas con ella?

—Charlamos, tal vez. "Me alegro de verte". "Tienes muy buen aspecto". Pero nada más. No hay nada más que decir.

Avery arqueó las cejas.

—¡Hay muchísimo que decir!

—Es complicado. Yo la quería, ella me traicionó y no hay forma de que podamos estar juntos. Debería olvidarlo, pero por algún motivo, todos los años me saboteo a mí mismo de esta forma y, créeme, no me hace ningún bien.

—Es porque estás buscando una forma de perdonarla.

Walt parpadeó como si hubiera recibido una pedrada en la cara.

—¿Sí?

—Claro —dijo Avery, convencida—. Acabas de decirme que tenías asuntos pendientes aquí en Nueva York. Perdonarla es tu asunto pendiente.

El hecho de que se lo dijeran así, en la cara, fue un golpe, pero era cierto. Cada vez que se veían, Meghan le preguntaba qué podía hacer para que la perdonara.

—¿Alguna vez se lo dijiste? —preguntó Avery.

—¿El qué?

—¿Lo que te haría falta para perdonarla?

—No.

—¿Por qué?
—Porque no lo sé.
—Pues si yo estuviera en tu lugar, buscaría la respuesta. No por ella, sino por ti. Se llama pasar página, y lo necesitas desesperadamente.
Walt bebió otro trago de ron y luego levantó su vaso.
—Eres más psicóloga de lo que crees.
Se hizo un silencio lógico en la conversación ahora que la confesión de Walt había llegado a su fin.
—Volviendo a lo que me preguntaste antes respecto de por qué volví a Nueva York. He estado buscando algo que me sacara de mis pensamientos. Repasar el caso de Cameron Young me ha sentado bien, me ha hecho sentirme como antes.
Eso, al igual que todo lo que le había contado a Avery esa noche, también era cierto.
—Me alegro —dijo Avery—. Perdona si he sido demasiado insistente al preguntarte sobre todas estas cosas.
Walt se encogió de hombros y adelantó el labio inferior.
—Me ha sentado bien. Sacármelo de dentro puede haber resultado terapéutico.
—Me alegro de haber podido ayudar. —Avery miró el teléfono—. Se está haciendo tarde. ¿Crees que podría echar un vistazo al expediente de Cameron Young mañana? Para ver qué podría usar en mi historia. Este fin de semana Nueva York será una ciudad fantasma. Podríamos aprovecharlo. Repasar juntos el caso, de principio a fin.
Walt asintió.
—De acuerdo. Te llamaré mañana y decidiremos la hora.
—Perfecto.
Avery se puso de pie para marcharse.
—Lamento haber hablado sin parar —dijo Walt.
Sintió que Avery le apoyaba la mano sobre la muñeca.
—No es hablar sin parar cuando tienes al público cautivo.
Walt sonrió.
—¿Puedo acompañarte al hotel para asegurarme de que llegues bien?
Ella asintió.
—Te lo agradecería. Estoy en el Lowell.

Salieron de Keens y caminaron por las calles silenciosas del Midtown. Diez minutos por la avenida Madison los dejaron en la entrada del hotel de Avery.

—Gracias por acompañarme —dijo ella.

—De nada.

Avery se inclinó hacia delante y le dio un rápido beso en la mejilla antes de abrazarlo de manera inesperada. Si la premisa de la noche hubiera sido diferente, Walt habría estado pensando en la posibilidad de que ella lo invitara a su habitación. Estaba en su mente, para ser franco, pero no podía dormir con una mujer a la que había conocido en circunstancias tan nefastas. El abrazo terminó y quedaron cara a cara. Hubo un momento en el que habría resultado natural besarla, pero pasó en un abrir y cerrar de ojos.

—Te llamaré mañana —dijo él—. Y decidiremos a qué hora repasar el caso.

—Sí —respondió Avery; asintió y dio un paso atrás—. Hazlo.

Walt la vio dirigirse hacia la puerta principal y entrar en el vestíbulo del Lowell. Cuando las puertas del ascensor se abrieron y Avery entró, él dio media vuelta y se dirigió a su hotel. Mientras caminaba por las calles desiertas se dio cuenta de que por primera vez en años, una mujer que no era Meghan Cobb ocupaba los recovecos de su mente.

CAPÍTULO 34

Manhattan, Nueva York

Viernes 2 de julio de 2021

Oyó unos golpecitos en la puerta de su habitación del hotel justo antes de medianoche. En la cama, Walt estaba apoyado sobre dos almohadones para mantenerse sentado. Tenía un vaso de ron recién servido sobre el regazo y el televisor encendido, sintonizado en ESPN. Se había quitado los zapatos al volver de la cena y se había servido un último trago para serenarse tras su confesión improvisada y la confusa escena que había ocurrido delante del hotel de Avery Mason hacía media hora.

Los golpes volvieron a sonar y la mente de Walt empezó a girar. Se permitió pensar en la absurda idea de que era Avery la que llamaba a la puerta. ¿Para verificar cómo estaba, tal vez? Se había quedado desconcertado después de contarle la historia sobre Meghan, algo que no había compartido con nadie antes. Muchos sabían detalles sueltos del asunto, pero nadie conocía toda la información. Hasta ahora. Hasta que por alguna razón inexplicable, se la había confesado a una periodista de televisión. Sonaron los golpes por tercera vez. ¿Cómo lo habría encontrado? ¿Cómo sabía dónde se alojaba y qué habitación ocupaba? Y más importante aún, ¿habría venido solo para reconfortarlo o existiría otra razón para su presencia?

Una extraña emoción se agitó en su pecho mientras Walt se levantaba de la cama, dejaba el vaso sobre la mesilla y se miraba rápidamente en el espejo. Los ojos nublados de un hombre que había bebido demasiado le devolvieron la mirada. Se pasó la mano por el pelo, respiró hondo y se dirigió a la puerta. La abrió y se encontró con Jim Oliver en el pasillo.

—André Schwarzkopf —dijo Oliver, mientras pasaba junto a Walt y entraba en la habitación del hotel.

Walt apoyó la cabeza contra la puerta y cerró los ojos por un momento. No estaba seguro de qué había querido encontrar al otro lado de la puerta. No estaba seguro de si deseaba que Avery estuviera allí. No estaba seguro de lo que podría haber sucedido entre ambos si la hubiera encontrado en el pasillo. Se sentía a la vez decepcionado porque no era ella y un tonto por haber creído que tal vez lo sería. Cerró la puerta.

—¿Quién?

—Esa casa de piedra rojiza en Brooklyn —dijo Oliver—. Pertenece a André Schwarzkopf. Intenta pasar desapercibido, pero se sabe que se dedica a conseguir documentos falsos. Principalmente pasaportes, pero también certificados de nacimiento y permisos de trabajo de vez en cuando.

Walt meneó la cabeza para aclarar sus pensamientos. Con esfuerzo, cambió de enfoque.

—¿Qué significa eso?

—Que Garth Montgomery está tratando de salir del país o necesita trasladarse de su escondite actual, tal vez en México o América del Sur, a algún otro lugar. Algún lugar nuevo. Necesita documentos para hacerlo, probablemente un pasaporte. Y su hija lo está ayudando. ¿Cuánto tiempo estuvo en la casa de este sujeto?

Walt se encogió de hombros y recordó la mañana en que había seguido a Avery hasta el vecindario de Park Slope.

—Tal vez unos veinte minutos.

—¿Llevaba algo cuando salió?

—Solo su bolso, igual que cuando entró.

Walt fue hasta la mesilla de noche y cogió su vaso.

—Pon alguien a vigilar a este tipo. Mantenlo bajo vigilancia las veinticuatro horas del día.

Oliver asintió.

—Ya estamos en eso. Háblame del cementerio.

—¿El cementerio?

—Sí. Cuando la seguiste al cementerio Green-Wood.

—No hay mucho para contar. Dio un paseo tranquilo por el lugar. Me mantuve a bastante distancia. Se acercó a una tumba, vaciló varios minutos. Luego dejó caer un ramo de flores y se alejó. ¿De quiénes eran las tumbas?

—De Annette y Christopher Montgomery. Su madre y su

hermano.

Walt contempló el ron.

—Qué triste.

—Su madre murió mientras investigábamos a Garth Montgomery. Tuvo un infarto después de que él desapareciese y se hizo pública toda la información sobre él, incluyendo su relación de quince años con una mujer a la que le doblaba la edad. Pensamos que la muerte de su mujer podría hacerlo salir de su escondite, pero el hijo de puta se mantuvo oculto. ¿Puedes creerlo? Ni siquiera fue al funeral de su mujer. Ese tío es un verdadero cabrón. Llevamos ya tres años vigilando a Claire Montgomery. Visita el cementerio todos los años.

—¿Todos los años?

—Viene a Nueva York todos los veranos. Por lo general vuela en American y se queda un par de días antes de volver a su casa. La única razón que hemos podido encontrar para sus viajes es la visita al cementerio. Pero este año, todo cambió. Vino en coche en lugar de en avión. Pagó por dos semanas en el Lowell con un cheque. Está tratando de no dejar rastro. Estamos convencidos de que durante estos viajes ve a su padre o está en contacto con él de alguna otra manera. La excursión al apartamento de André Schwarzkopf es la primera prueba concreta que hemos conseguido en todos los años en los que la hemos estado siguiendo.

—¿Qué le pasó al hermano?

—¿A quién?

—Al hermano. ¿Qué le pasó?

—Murió en un accidente náutico. Ella y su hermano salieron con el barco familiar, un velero que hacía alusión su nombre, el *Clari-Videncia*. Un barco de tres millones de dólares que papi le compró cuando cumplió veintiún años. Se toparon con mal tiempo cerca de la costa de Nueva York. El velero se hundió. Ella sobrevivió por muy poco: los guardacostas la rescataron casi ahogada y con hipotermia. Su hermano murió. Visita su tumba todos los años.

—Mierda —susurró Walt, y tomó un largo sorbo de ron.

—¿Qué pasa?

Walt recordó su confesión de esa noche. Su estúpida, torpe y divagante confesión y su explicación de la culpa del superviviente que sentía por haberse salvado cuando su compañero había muerto.

Habló como si su situación fuera única, como si Avery no pudiera comprender ese sentimiento. Claro que lo ella entendía.

—Nada. —Walt hizo un gesto con la mano que denotaba su ebriedad—. Solo que todo me parece una mierda.

—¿Cuándo volverás a verla? —quiso saber Oliver.

Walt se dirigió al escritorio que estaba en una esquina, cubierto de papeles.

—Mañana. Quiere repasar todo el material sobre Cameron Young para ver qué puede utilizar en su programa.

—Perfecto. Asegúrate de que se lleve a cabo el encuentro. Y si tienes la oportunidad de meterte en su habitación del hotel, no la desaproveches.

A Walt no le gustaron las implicaciones de lo que Oliver estaba sugiriendo.

—¿Con qué pretexto terminaría en su habitación?

—Vamos, Walt. Utiliza esos ojos azules que tienes. Esto es extraoficial. Ponte creativo.

Oliver metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta deportiva y sacó una delgada caja cuadrada de metal que dejó al pie de la cama.

—Tengo una docena de agentes que matarían por estar en tu lugar. Pero me fui hasta una pequeña isla del Caribe para reclutarte a ti. Eres el único vinculado con Cameron Young y necesitamos aprovecharlo.

Oliver miró el reloj.

—En cuarenta y ocho horas quiero que vuelvas a ponerme al tanto. —Fue hasta la puerta, la abrió y luego se volvió antes de irse —: Buen trabajo esta semana, Walt. Este pequeño arreglo ya está dando frutos.

La puerta se cerró y Walt se quedó en el silencio de la habitación del hotel. Contempló la cajita que Jim Oliver había dejado al pie de la cama. Fue hasta allí y la cogió. La caja de metal bruñido era plana y delgada. Desenganchó el cierre y la abrió. Dentro había cuatro pequeños dispositivos circulares que parecían baterías de óxido de plata. Cogió uno del fieltro sobre el que estaba y lo hizo girar hasta que vio el adhesivo de 3-M que cubría la almohadilla de cinta en la parte posterior. Walt sabía que al quitar ese adhesivo el diminuto dispositivo de escucha se podía pegar en casi cualquier

lugar.

PARTE IV

PRUEBAS

CAPÍTULO 35

Montañas de Catskill, estado de Nueva York

Sábado 3 de julio de 2021

Mientras conducía el Range Rover por los caminos de montaña, su mente repasaba la noche anterior. Sus pensamientos seguían regresando al momento delante de su hotel cuando juró que Walt Jenkins estaba a punto de besarla. Avery pasó gran parte de la noche tratando de decidir si quería que él la besara. Claro que sí. A pesar de que su mente intentaba convencerla de lo contrario, estaba en medio de una terrible sequía emocional. Aun para sus estándares de aridez, dieciocho meses eran algo así como un récord. Tomar el control de *Eventos Nacionales* durante el año pasado había dejado poco lugar para su vida amorosa, y había pasado tanto tiempo sin intimidad que se preguntaba si tal vez su impresión de las intenciones de Walt no serían otra cosa que ver un oasis donde en realidad solo había más arena del desierto. Habían compartido una conversación íntima antes esa noche, durante la cual Walt había revelado que el amor de su vida no solo le había hecho pedazos el corazón, sino también tal vez el espíritu. Quizás esa inocente confesión le había dado a Avery la impresión de que en ese momento cara a cara frente al hotel, Walt quería más de lo que la realidad dictaba. Tal vez ella había malinterpretado la situación por completo.

Apartó a Walt Jenkins de su mente cuando llegó a la entrada y vio que Emma Kind la esperaba en el porche, igual que la primera vez que se habían visto.

—Bienvenida de vuelta —dijo Emma mientras Avery salía del Rover.

—Me alegro de volver a verla, Emma.

—Ven, pasa.

Avery subió los escalones y entró.

—¿Quieres tomar algo?

—Vino no, seguro —dijo Avery.

—Madre mía, no, qué vergüenza.

—Pues no hay motivo. Yo bebí tanto como usted.

—Aun así, siento haber mezclado aquel día mis emociones con tanto vino. Nunca es buena idea. Pero la noticia sobre los restos de Victoria y tu interés por su historia…, bueno, los recuerdos simplemente me abrumaron. La idea de que después de tantos años alguien esté dispuesto a ayudarme en este intento de demostrar la inocencia de mi hermana, intento que me ha parecido fútil durante muchos años, sencillamente me conmovió. Y que *Avery Mason* pueda ayudarme a arrojar luz sobre tamaña injusticia…

—Yo soy la que debería disculparse —dijo Avery—. Entré como una tromba en su vida y comencé a hacer preguntas sobre un tema muy delicado. Como me acaba de decir, mezclar vino con emociones no es nunca una buena idea.

—Salvo cuando funciona.

—Claro —dijo Avery, y se rio.

—Hablemos en el patio trasero —dijo Emma—. ¿Café?

—Sí, gracias. Dos de leche, dos de azúcar.

Era una preciosa y diáfana mañana en las montañas y los pájaros cantaban a pleno pulmón cuando Avery y Emma se sentaron en el patio.

—Haré todo lo que esté en mis manos para ayudar en esta historia sobre Victoria —dijo Avery—. Si se siente avergonzada por haber liberado sus emociones, yo también me siento así por el exceso de confianza que me dio el alcohol respecto de poder demostrar la inocencia de Victoria. Ahora me estoy dando un baño de realidad. Hablé con Walt Jenkins, el detective que estaba a cargo de la investigación.

—El detective Jenkins. Lo recuerdo.

—Sí. Ha dejado la policía y ya no es detective, pero recuerda bien el caso. Ha accedido a ayudarme; ha utilizado sus contactos en la Policía Estatal de Nueva York para reunir toda la información posible sobre el caso. Hoy me reuniré con él para repasarlo todo.

—Suena prometedor.

—Por lo menos nos proporcionará acceso total a los detalles de la investigación. Aunque… Walt Jenkins puede no ser detective,

pero sigue pensando como si lo fuera. Fue firme en su opinión de que el caso contra Victoria era sólido. Según Jenkins, las pruebas circunstanciales eran consistentes. Pero las pruebas físicas eran abrumadoras.

—No soy detective, Avery. Soy una maestra de primaria de sesenta años, jubilada, que comienza a tener canas. Muchos dirían que sigo siendo una hermana en duelo, cuya visión está nublada por el amor incondicional y la lealtad. Y quizá después de tantos años debería seguir con mi vida sin más. Pero había algo en la voz de Victoria cuando dejó esos mensajes el 11S. Una convicción que no puedo olvidar. Así que no me importan las pruebas. No me importa lo sólido que es el caso que el detective Jenkins cree que tiene. Hay algo en la investigación que está mal y sé que Victoria es inocente. Necesito que lo creas.

—De momento, no estoy segura de lo que creo. Y no querrá que vuelva a investigar el caso creyendo una cosa u otra. Para poder hacer bien mi trabajo tengo que mantenerme neutral e imparcial. Tengo que recopilar toda la información posible, analizarla y luego llegar a mi propia conclusión. Si hay algo que sugiera que Victoria es inocente, lo investigaré. Se lo prometo. Pero lo que necesito hacer primero es aprender todo lo que pueda sobre su hermana, y necesito su ayuda para hacerlo. Tengo que entender quién era Victoria para formarme una impresión de ella y poder describírsela mejor a mi audiencia. Ya he hablado con Natalie Ratcliff y está trabajando en una cronología de su época de amistad con Victoria, empezando por la universitaria. Junto con su testimonio, será de gran ayuda para mostrarle a la audiencia quién era Victoria. Pero tenía esperanzas de profundizar incluso antes de los años de universidad. Quiero adentrarme en su infancia, empezar desde el principio.

—Te contaré lo que quieras sobre nuestra infancia. Tengo cajas y cajas de cosas en el desván que ayudarán. Los álbumes de bebé de Victoria, fotos escolares, anuarios de secundaria, su álbum de boda. Cielos, hay tanto allí arriba. Guardé todo después de su muerte y no lo he mirado en años.

—¿Compartiría esas cosas conmigo?

—Por supuesto. Me llevará algo de tiempo encontrar las cajas. Hace mucho que no subo al desván.

—La ayudaré encantada.

Una hora más tarde, Avery colocaba tres viejos y polvorientos contenedores de plástico en la zona de carga del Range Rover.

—¿Cuándo vas a revisar el expediente? —preguntó Emma.

—Hoy, en un rato —repuso Avery—. Tengo todo el fin de semana reservado para revisar el caso y descubrir todo lo que pueda sobre la investigación. En mi tiempo libre, revisaré todo esto y me pondré a crear una historia completa sobre Victoria.

—¿Me mantendrás al tanto si encuentras algo cuando revises el caso?

—Por supuesto —dijo Avery mientras cerraba la puerta trasera del Range Rover—. Le llamaré si descubro algo.

—Gracias.

—Que tenga un bonito 4 de Julio, Emma.

Instantes más tarde, Avery se dirigía otra vez a la ciudad con el maletero lleno de cajas que contenían la infancia y la historia de Victoria Ford. Avery no tenía idea de que la dejarían con muchas más preguntas que respuestas.

CAPÍTULO 36

Manhattan, Nueva York

Sábado 3 de julio de 2021

Después de llevar las cajas a su habitación en el hotel, Avery fue hasta Starbucks. No salía de su asombro ante la tranquilidad de la ciudad. Para ser una tarde de sábado, las calles estaban vacías. Los semáforos cambiaban de verde a amarillo y a rojo, a veces sin que un solo coche pasara por los cruces. De hecho, era la primera vez que Avery recordaba estar en Manhattan para el 4 de Julio. Los veranos de su infancia los había pasado en Sister Bay, en el estado de Wisconsin. Y sus años adultos los había pasado en la casa de su familia en los Hamptons. Pasar el 4 de Julio en la ciudad era algo que nunca se le había ocurrido. No era algo que la gente hiciera. Todos los que ella conocía se iban al campo o a la playa. Pero ahora, mientras caminaba por las calles desiertas, notó una elegancia en la ciudad que nunca había apreciado antes; era como si la ciudad fuera un cofre antiguo al que le hubieran quitado la pintura descascarillada para revelar la obra maestra que había debajo.

Disfrutaba de la sensación de tener la ciudad para ella, mucho trabajo por delante y muy pocas distracciones. Al menos, intentó convencerse de eso. Mientras caminaba por las aceras vacías, volvió a pensar en Walt Jenkins y en la extraña emoción que sentía ante la idea de volver a verlo más tarde ese día. Con tanto que hacer, no podía permitirse que esos pensamientos tangenciales la distrajeran o confundieran. Pero cuanto más analizaba esos sentimientos, más se daba cuenta de que eran el intento de su mente por desviar su atención a algo exponencialmente más emocionante de lo que la esperaba a la vuelta del fin de semana. Su atracción por Walt Jenkins la había distraído, aunque fuera momentáneamente, de la inquietud que sentía por tener que volver a Brooklyn la semana

siguiente para ver si el señor André —ni siquiera conocía su apellido— había cumplido con el pasaporte falsificado. Si lo había hecho, Avery sabía que entonces empezaría el trabajo real… y peligroso. Al entrar en Starbucks, tomó conciencia de que incluso en una ciudad casi vacía podía encontrar desorden y basura. Al fin y al cabo, era una Montgomery.

Veinte minutos más tarde, tomaba un café grande tostado intenso —dos de leche y dos de azúcar— sentada ante el pequeño escritorio en una esquina de su habitación del hotel. Las cajas polvorientas que Emma había sacado del desván ahora estaban vacías, y el contenido, desparramado por la habitación: sobre la cama, sobre la mesa de café y en el suelo. Fotos y anuarios, álbumes y diarios. Avery había pasado tiempo hojeando el diario infantil de Victoria y leyendo los sueños y esperanzas de una adolescente. Los textos eran dulces y encantadores y cubrían los enamoramientos de Victoria con chicos del instituto, maestros a los que detestaba y sus sueños de escribir novelas cuando fuera adulta. Avery se sintió culpable por leer los pensamientos privados de una chica adolescente y después de un rato hizo a un lado el diario.

Pasó una hora viendo viejas fotos e imaginó incluir esas imágenes de los álbumes y el diario en su documental: los sueños de una mujer que había muerto antes de tener la oportunidad de ver cómo se hacían realidad.

En una de las cajas, Avery encontró una vieja memoria USB. La insertó en su ordenador y esperó a que esta procesara la antigua tecnología. Finalmente, una carpeta apareció en pantalla y Avery la abrió. Había cinco archivos de Word dentro de la carpeta. Abrió el primero y apareció un documento. Avery leyó la portada:

Desastre ambulante

por Victoria Ford

Ladeó la cabeza mientras se desplazaba rápidamente por el documento, que era uno de los manuscritos que Victoria había escrito antes de morir. Tenía unas cuatrocientas páginas. Avery abrió cada uno de los archivos y encontró otros manuscritos, todos escritos por Victoria, todos aproximadamente de la misma extensión. Luego volvió al primer archivo y empezó a leer. Dos

páginas después, se detuvo. Algo en la historia le resultaba familiar. Leyó otra página hasta que lo comprendió. Conocía la historia. Ya la había leído. Desplazando las páginas más rápidamente, leyó a toda velocidad hasta estar segura. Hasta que llegó a la protagonista, que aparecía por primera vez al comienzo del segundo capítulo. Una detective privada peculiar, regordeta y desafortunada en el amor. Un personaje llamado Peg Perugo.

Avery susurró el nombre en voz alta:

—Peg Perugo. Peg Perugo.

Abandonó la lectura y fue hasta el armario para sacar su bolso. Dentro, encontró la novela de Natalie Ratcliff que la había mantenido despierta hasta altas horas de la noche. El título del libro, *Bagaje emocional*, tenía una connotación similar al título de Victoria Ford, Desastre ambulante.

En la entrada de la habitación del hotel, Avery abrió la novela y pasó las páginas. Los capítulos, los párrafos, las palabras…, todo era idéntico al manuscrito de Victoria Ford. Un manuscrito almacenado en una vieja memoria USB y guardado en el desván de Emma Kind durante los últimos veinte años.

CAPÍTULO 37

Manhattan, Nueva York

Sábado 3 de julio de 2021

Mientras caminaba por las calles vacías de Midtown en dirección al Grand Hyatt, los pensamientos de Avery saltaban de manera inconexa. Walt Jenkins había llamado mientras ella revisaba el resto de los manuscritos de Victoria Ford para descubrir, sorprendentemente, que cada uno de ellos había sido publicado como una novela de Natalie Ratcliff, con la rellena y adorable detective Peg Perugo como protagonista. Avery no lograba asimilar lo que significaba, además de que Natalie Ratcliff no solo era una de las autoras más vendidas del mundo, sino también una impostora que había cometido plagio.

Con la mente nublada por la confusión, giró por la calle Cuarenta y Dos y llegó a la entrada del Hyatt. Subió en el ascensor al piso 20 y llamó a la puerta de la habitación 2021. La puerta se abrió y Avery olvidó de inmediato a Natalie Ratcliff, a Victoria Ford, a Peg Perugo y al plagio. Walt llevaba unos vaqueros y una camisa fuera de los pantalones. Avery notó un pequeño corte en la recién afeitada mejilla derecha y por alguna razón demencial sintió el impulso de lamerse el pulgar y presionarlo contra la mejilla de Walt para quitarle la marca. La parte racional de su mente intervino con una metafórica bofetada en la cara antes de que pudiera hacerlo.

—Creo que tú y yo somos los únicos que quedamos en esta ciudad —dijo él.

Avery alejó sus pensamientos y sonrió.

—Es raro, ¿no?

—Muy. Ven, pasa.

Avery entro en la suite de un dormitorio.

—Bonita cueva.

—Me deshice de mi apartamento hace un par de años —dijo Walt, mientras cerraba la puerta—. El alquiler en Jamaica es muy bajo, así que me he hecho de un buen colchón. Como no sabía cuánto tiempo iba a quedarme aquí, me he dado el capricho. Cuando tú y yo terminemos con el caso de Cameron Young, creo que me quedaré e iré a visitar a mis padres y a mi hermano. Hace tiempo que no los veo.

»El caso está allí, sobre el escritorio —dijo, señalando una mesa en una esquina sobre la cual estaba la caja de cartón—. Las pruebas físicas aún están guardadas en el almacén, pero está todo lo demás está ahí. Los documentos originales han sido digitalizados, escaneados y transferidos a la base de la Oficina de Investigación Criminal. Estas son copias, pero representan casi todos los documentos del caso contra Victoria Ford.

—¿Casi todos? —preguntó Avery mientras se dirigía al escritorio y se sentaba.

—Es todo lo que la policía de Shandaken tenía guardado. La investigación del caso de Cameron Young se hizo desde su oficina como forma de mantener la paz. A los departamentos locales no les gusta cuando la Oficina de Investigación Criminal se hace cargo de un caso, así que, como detective a cargo, le permití al jefe de Shandaken que fuera la cara visible de la investigación. Todavía estoy esperando que la fiscalía me devuelva la llamada para ver si tienen más documentos. Veinte años después, pueden haber desaparecido hace tiempo. Pero, créeme —Walt señaló la caja sobre la mesa—, esto nos mantendrá ocupados durante un buen rato.

—¿Puedes explicarme algo de esto?

Walt acercó una silla y se sentó junto a ella.

—Sí, claro. Podemos ir desde el principio al final. ¿Cuánto sabes del asesinato?

—Todo lo que hablamos anoche, más lo que me contó Emma Kind al principio. También he hablado con Roman Manchester, el abogado que iba a defender a Victoria.

—Entonces, por lo visto, sabes bastante. ¿Cuánto de todo esto quieres ver?

—Todo.

—De acuerdo —dijo Walt—. Solo una advertencia. Las fotos de la escena del crimen son desagradables.

Avery asintió. Había visto muchas escenas de crímenes en los últimos años.

—No hay problema.

Walt metió la mano en la caja y sacó una carpeta con fotografías. Avery imaginó a su equipo de cámaras y de producción desplegando el contenido de la caja y tomando fotos de los documentos, resaltando en amarillo las transcripciones de entrevistas e informes policiales que eran relevantes para la historia que ella quería contar. Pensó en inquietantes imágenes de la escena del crimen en las pantallas del todo el país a medida que se desplegaba la historia de Victoria Ford.

—Aquí está el cadáver, el balcón y el dormitorio principal de la casa de los Young en las montañas de Catskill —dijo Walt—. Esto es lo que encontré cuando llegué a la escena.

Avery acercó la foto de Cameron Young colgando del balcón hasta tenerla frente a ella. La verdad es que era desagradable. El cuerpo sin vida colgaba a plena luz del día mientras la niebla matutina se levantaba de la hierba debajo de él. Su cabeza estaba ladeada en un ángulo grotesco debido a la cuerda. Avery hojeó las otras fotos, que la llevaron desde el jardín trasero de la mansión por todo el interior de la casa, escaleras arriba hasta el dormitorio principal. Vio la cuerda tensada que recorría el dormitorio, desde las puertas que daban al balcón hasta el vestidor. Siguió pasando las fotos hasta que encontró las que habían tomado dentro del vestidor, donde el extremo de la cuerda estaba atado a la pata de una caja fuerte robusta y sólida.

—Cuéntame qué encontraste en el dormitorio —dijo.

Walt se inclinó hacia ella para poder señalar cada una de las fotos. Avery olió la loción para después del afeitado.

—Se determinó que la cuerda utilizada para colgar a Cameron Young provenía de un rollo que tenía veinticinco metros cuando lo compraron. Había sido cortado varias veces con una hoja dentada. —Señaló una foto en la que se veía un cuchillo de cocina de aspecto siniestro sobre la alfombra junto a la caja fuerte. Cerca de él se veía un cono amarillo de señalización de pruebas—. El cuchillo provenía de un taco de cuchillos que había en la cocina y tenía huellas de ella. Se encontró sangre suya en la alfombra.

Avery sintió que él se acercaba más para buscar entre las fotos la

imagen de la alfombra ensangrentada junto a la caja fuerte.

—Se hicieron pruebas de ADN y esa sangre coincidía con la de Victoria. La teoría era que, en su prisa por montar la escena como un suicidio, se hirió mientras usaba el cuchillo para cortar la cuerda.

—O sea, que esta sangre es la prueba principal que sitúa a Victoria en la escena —preguntó Avery.

—La sangre y también la orina que se encontró en el inodoro. Ambas coincidían con el ADN de Victoria.

Avery recordó la voz de Victoria en la grabación del contestador automático.

"Dijeron que habían encontrado sangre y orina mías en la escena. Pero no puede ser cierto. Nada de eso puede ser cierto. Por favor, créeme".

—El cuchillo, así como una copa de vino que estaba sobre la mesilla de noche, tenían sus huellas —dijo Walt, y giró la cabeza para mirar a Avery, que estaba junto a él delante del escritorio.

Avery bajó la mirada a las fotos.

—Entonces, ¿a esas alturas del crimen, cuando Victoria se cortó con el cuchillo, se sospechaba que Cameron Young ya estaba muerto?

—Sí. La teoría era que a Cameron Young lo estrangularon durante algún tipo de práctica de sadomasoquismo. Tenía marcas de látigo por todo el cuerpo, por lo que sabemos que, sea lo que fuere que sucedió aquella noche, fue bastante violento. Una vez que él ya estaba muerto, Victoria Ford intentó montar la escena para que pareciera un suicidio.

—¿Cómo llegaste a esa conclusión?

—Las heridas que tenía Cameron Young en el cuello, según el forense, sugerían que lo habían estrangulado inicialmente con la cuerda. Los hallazgos de la autopsia revelaron que sufrió lo que se llama asfixia por caída corta: congestión en los pulmones, petequia en los párpados y mejillas y muchas otras cosas. Podemos revisar los resultados de la autopsia y te puedo explicar todo, pero quedó claro que la causa de muerte fue estrangulación por ligadura, posiblemente como resultado de asfixia erótica. Luego, ya muerto, arrojaron su cuerpo por el balcón. Eso le produjo en el cuello lo que se llama "traumatismo por caída prolongada": profundas heridas

causadas por la cuerda y rotura de la médula espinal. Pero se determinó que esas heridas ocurrieron después de que estuviera muerto.

Avery pasó las manos sobre las fotos para organizar sus ideas.

—Entonces Victoria mató a Cameron Young porque no iba a dejar a su mujer.

—Y porque la dejó embarazada después de haber forzado a Victoria a abortar.

Avery asintió despacio.

—¿Y cómo te enteraste del aborto?

—Reclamamos como pruebas los registros médicos, y luego ella admitió durante un interrogatorio que había abortado.

—¿Y hubo complicaciones durante el aborto?

—Exacto —dijo Walt—. La intervención provocó que no pudiera tener hijos en el futuro.

—¿Y ese fue el argumento que dio la fiscalía en cuanto a por qué lo mató?

—Así es.

—Bien —dijo Avery—. Digamos que Victoria lo mata. Luego se le ocurre la idea de hacer que parezca un suicidio. Ata una segunda cuerda más larga alrededor de su cuello y ata un extremo a la caja fuerte, el mueble más pesado que había en el dormitorio.

—Correcto.

—Mientras se apresuraba a montar la escena del suicidio y cortar la cuerda para atarla a la caja fuerte, se corta con el cuchillo.

—Eso es.

Avery estudió la foto de la alfombra manchada de sangre.

—¿Luego ata la cuerda y tira el cuerpo por el balcón?

—Sí, esa fue la evaluación de la escena del crimen y el argumento de la fiscalía.

—¿Por qué dejó el cuchillo? —preguntó Avery—. Si estaba montando la escena para fingir un suicidio, ¿por qué dejaría un cuchillo con sus huellas junto a la caja fuerte?

—Se asustó —declaró Walt sin vacilar—. Tal vez supuso que lo vincularían con Cameron, pues venía de su cocina. Si vamos a sostener que a estas alturas estaba pensando con lógica, también tendríamos que preguntarnos por qué dejaría una copa de cristal con huellas sobre la mesilla de noche. O su orina en el retrete. Pero

en ningún momento alegamos que lo hubiera hecho todo a la perfección. Muy por el contrario. A Victoria Ford no se le daba bien el asesinato. O, al menos, el encubrimiento.

Avery seguía hojeando las fotos. Levantó la imagen del cadáver hinchado de Cameron Young que colgaba sobre el jardín trasero.

—Victoria pesaba unos cincuenta y cinco kilos. El argumento sostenía que arrastró a un hombre muerto que pesaba cincuenta kilos más que ella por el dormitorio, lo levantó y lo dejó caer por encima de la barandilla de más de un metro de alto. No es una tarea fácil.

—Pero no es imposible. Sobre todo, para alguien con sobrecarga de adrenalina.

Avery observó a Walt mientras hablaba. Le pareció que había algo en su tono, o en su actitud, que sugería que no estaba tan convencido del caso y sus conclusiones como lo había estado veinte años atrás. No creía que su escepticismo se debiera a las pocas preguntas que había hecho ella, por lo que se preguntó si sabría algo más del caso.

Señaló la caja.

—Revisemos el resto de las cosas.

CAPÍTULO 38

Manhattan, Nueva York

Sábado 3 de julio de 2021

Eran pasadas las nueve de la noche cuando decidieron tomarse un respiro. A Avery le ardían los ojos y le dolía la base del cráneo tras leer tantos documentos, informes policiales y transcripciones de interrogatorios. Bajaron en el ascensor hasta el vestíbulo y salieron por las puertas giratorias a la cálida noche. Ninguno de los dos había comido, así que se dirigieron a un pub y pidieron hamburguesas y cerveza. Era sábado por la noche y el local estaba vacío.

—¿Has visto alguna vez la ciudad así? —preguntó Walt.

—Nunca. He oído historias sobre cómo se vacía para el 4 de Julio. A algunos de mis amigos les encantaba quedarse cuando todo el mundo huía de la ciudad. Cuando era pequeña pasaba los veranos en Wisconsin.

—¿En Wisconsin?

—Sí. Mis padres me enviaban allí. Ocho semanas de escuela de vela. Así que, durante mi infancia, nunca estaba aquí para el 4 de Julio. Ya de mayor solíamos ir… —Avery se interrumpió; sus dos mundos chocaban otra vez—. Teníamos una casa en los Hamptons. Siempre pasábamos el 4 de Julio allí.

—¿Tus padres?

Avery asintió.

—¿Todavía la tienen? —preguntó Walt—. Quiero decir, si tienes acceso a una casa en los Hamptons, no entiendo por qué estás pasando el fin de semana conmigo.

—Estoy trabajando —dijo Avery con una sonrisa—. Pero no, esa casa… hace mucho que ya no está.

Avery no mencionó que la “casa” era una mansión de novecientos metros cuadrados en la playa y que no era que no

"estuviera", sino que el gobierno la había confiscado, como había hecho con todas las propiedades de la familia. También omitió mencionar que su madre había muerto, que su padre era un delincuente y que el tiempo que pasaba ese verano en Nueva York tenía repercusiones mucho más grandes que echar luz sobre la culpa o la inocencia de Victoria Ford. Solo unos pequeños detalles de la vida, pensó Avery mientras bebía cerveza. Las cosas menores que se guardaba para sí cuando conocía a personas nuevas.

Llegaron las hamburguesas. Entre bocados, Walt le preguntó:

—Pasar todos los veranos en Wisconsin… ¿te aburría mucho cuando eras pequeña?

—Todo lo contrario. Eran los mejores momentos de mi vida. La escuela de vela era conocida y prestigiosa. Lo sigue siendo hoy día. Al menos lo es para el pequeño grupo de culto que quiere enseñarles a navegar a sus hijos desde el momento en que aprenden a caminar. Tiene lista de espera de años, literalmente. Algunos de los amigos de mis padres apuntaban a sus hijos en la lista en cuanto nacían. No es broma. Era la única manera de conseguir una plaza. Eso, o que tus padres tuvieran mucho dinero y muchas influencias.

—¿Y tus padres los tenían?

Avery se encogió de hombros.

—Algo así. No sé cómo lograron inscribirme allí, pero esos veranos eran especiales. Para mí y para mi hermano. Dios, cómo le gustaba ese lugar.

Los recuerdos de Christopher la distrajeron momentáneamente. Tras un silencio, se dio cuenta de que Walt la miraba, esperando que continuara.

—El campamento está justo sobre el lago. Iban jóvenes de todo el país a aprender a navegar. Y un par de chicos ingleses también. Me encantaba su acento. Cuando era niña, soñaba con irme a vivir a Londres solo para poder hablar como ellos. Las amistades que hacía eran un tanto extrañas. Nos veíamos solo en verano y no hablábamos nunca durante el resto del año. Pero en cuanto terminaba el año escolar, lo único que quería hacer era marcharme a Sister Bay. Y cuando navegaba con mis amigos cada verano, era como si no nos hubiéramos separado nunca. Los chavales que pasan sus veranos en campamentos tienen esa clase de vínculo.

—¿Te quedabas todo el verano?

—Ocho semanas. Todos los veranos.

—¿Y qué, dormíais en tiendas?

Avery se rio.

—No fuiste a muchos campamentos de niño, ¿verdad?

Walt negó con la cabeza.

—Mis veranos los pasaba jugando al béisbol en las calles de Queens. Que me enviaran a un campamento habría sido como sentenciarme a prisión.

—Solo los que han ido a campamentos lo entienden. No, no dormíamos en tiendas. Nos alojábamos en cabañas que tenían baños. Sí, Wisconsin cuenta con lujos como agua corriente y tuberías empotradas.

Walt abrió las manos.

—No estoy criticando a Wisconsin. Solo que no sé nada de campamentos de verano.

—Es broma. Pero el campamento realmente tenía cabañas amplias, preciosas. Una docena de verdaderas cabañas de troncos donde nos alojábamos todos los alumnos. Seis por cabaña. Pasaron muchas cosas en esas cabañas.

—Me lo imagino. ¿Durante toda la secundaria fuiste allí?

—También durante la universidad. Volví como instructora.

—¿Sigues navegas?

—Todo el tiempo. Tengo un pequeño velero Catalina en Los Ángeles. Trato de salir al agua… —La voz de Avery se apagó mientras por su mente cruzaba un pantallazo de las fotos de la escena del crimen—… una vez por semana.

—¿Qué pasa? —preguntó Walt.

Avery negó con la cabeza, dejó la hamburguesa y bebió un trago de cerveza. Señaló el vaso de Walt.

—Termínatela. Tenemos que volver a tu hotel. Necesito volver a ver las fotos de la escena del crimen.

CAPÍTULO 39

Manhattan, Nueva York

Sábado 3 de julio de 2021

Volvieron a paso rápido por las calles desiertas. Avery no habló mientras subían juntos en el ascensor. Cuando Walt abrió la puerta de la suite, ella fue hasta el escritorio y se sentó. Colocó las fotos delante de sí y las hojeó hasta que encontró las que buscaba y las colocó una al lado de la otra sobre el escritorio.

—Mira aquí.

Walt se inclinó por encima de su hombro.

—¿Qué tengo que mirar?

—¿Ves este nudo? —preguntó Avery, señalando la cuerda anudada alrededor de la pata de la caja fuerte—. ¿Y estos otros? —Señaló los nudos alrededor de las muñecas de Cameron Young.

—Sí. El médico forense hizo algunos comentarios al respecto. Espera…

Walt se sentó a su lado y sacó de la caja el informe de la autopsia. Lo revisó durante varios segundos.

—Aquí. —Dejó el informe sobre el escritorio y señaló los comentarios del doctor Lockard.

—El forense describió los nudos como “nudos mariposa alpinos”. Dijo que se utilizaban comúnmente en montañismo.

—Se equivoca —dijo Avery.

—¿Sobre qué?

—No son nudos de alpinismo, son nudos marineros. Los hago casi todos los fines de semana.

—¿Nudos marineros?

—Sí. Son nudos as de guía. Estoy segurísima. —Avery levantó la mirada y cantó con voz aniñada—: Arriba por la cueva, alrededor del gran árbol; abajo por la cueva y ya se fue.

Walt arqueó las cejas.

—Es la canción que se usa para recordar cómo atar los nudos. La aprendí de niña en Sister Bay. Cuando te estaba hablando sobre mis veranos se me activó la memoria.

—De acuerdo —dijo Walt, y se encogió de hombros—. Entonces son nudos marineros. ¿Y eso qué te dice?

—Que la persona que los hizo tuvo que haber utilizado ambas manos.

—Correcto. El médico forense dijo lo mismo. Que los nudos solo pudieron hacerse con ambas manos y que, por lo tanto, era imposible que se hubiera atado sus propias manos. Es una de las razones por las descartamos el suicidio.

—Entonces, ¿dónde está la sangre? —preguntó Avery.

—¿La sangre? Ya te la he enseñado. —Walt señalo las fotos—. Encontramos gotas de sangre de Victoria Ford en la alfombra junto a la caja fuerte.

—Sí, ya lo veo. Hay bastante sangre en la alfombra. Pero si tengo bien ordenada la secuencia de los hechos: Victoria se hirió primero, mientras estaba cortando la cuerda para poder atarla a la caja fuerte y luego dejar caer el cuerpo de Cameron Young por el balcón, ¿no tendría que haber rastros de esta herida en la cuerda? Si Victoria se cortó como para que toda esta sangre cayera sobre la alfombra del vestidor, ¿dónde está la sangre en el resto de la escena del crimen?

Walt ladeó la cabeza y se echó hacia atrás en la silla. Avery vio que estaba sumido en sus pensamientos.

—Este nudo as de guía que supuestamente hizo, por ejemplo —prosiguió Avery—. Como dijo el forense, ella tuvo que utilizar las dos manos para atarlo. Si una de las manos sangraba, lo lógico sería que la cuerda estuviera manchada con sangre de Victoria. Es una cuerda blanca y no tiene ni una sola gota de sangre. La caja fuerte tampoco. Y se supone que en alguna parte del cuerpo de Cameron Young también tendría que haber pruebas de esta herida que supuestamente se hizo Victoria antes de arrastrar el cadáver hasta el balcón, ¿no?

Walt se frotó la palma de la mano contra la mejilla, pero no respondió. Fue entonces cuando Avery comprendió que tenía una historia que podía seguir. Si algunas preguntas sobre la escena del crimen podían sembrar dudas en la mente del detective a cargo,

ciertamente alcanzarían para cautivar a una audiencia de quince millones de televidentes. Y si una rápida mirada al caso contra Victoria Ford había sacado a la luz contradicciones tan evidentes, era muy posible que hubiera otras discrepancias en el expediente esperando a que las descubrieran.

Algo más cruzó por la mente de Avery. Una creciente sensación de obligación. La voz de Victoria Ford volvió a resonar en su cabeza.

“Busca la manera, Em. Busca la manera de demostrarlo, por favor. Busca alguna manera de demostrarle al mundo que no soy el monstruo en el que me han convertido”.

CAPÍTULO 40

Manhattan, Nueva York

Sábado 3 de julio de 2021

Podría haber hecho la investigación online tranquilamente en su portátil, ya en su habitación del hotel, sola y aislada en su burbuja de Avery Mason. Pero esa noche no iba a permitir que los pensamientos lógicos se impusieran sobre la diversión. Walt y ella sentían que habían hecho un pequeño avance en el caso y trabajar con él la entusiasmaba. Disfrutaba de su compañía y era consciente de que trabajar hasta tarde en la habitación de él podía llevar a la intimidad. Cuando ese pensamiento cruzó por su mente la primera vez, tras terminar de revisar las fotos de la escena del crimen, su instinto le aconsejó coger su bolso y marcharse, temiendo que la intimidad con un hombre pudiera exponerla como una impostora. Pero Avery decidió que no podía pasar toda su existencia en perpetuo estado de movimiento y de miedo. En algún momento tendría que fundir sus dos vidas —la inventada con la verdadera— o decidirse a abandonar una de las dos.

Esta batalla se llevaba a cabo en su cabeza mientras estaba sentada junto a Walt en el sofá; él tecleaba los nombres en el motor de búsqueda. Habían decidido empezar por los cónyuges, y no les llevó demasiado tiempo encontrar a la viuda de Cameron Young y al viudo de Victoria Ford.

—Jasper Ford es agente inmobiliario aquí en Nueva York —dijo Walt—. Así es como se conocieron.

—¿Quiénes?

—Los Ford y los Young. Se conocieron cuando Jasper Ford les vendió a Cameron y Tessa la casa de las Catskill. Se hicieron amigos después. Tessa lo contó durante uno de los interrogatorios.

Investigaron a Jasper Ford durante un rato, pero no encontraron nada interesante. Finalmente, pusieron su atención en Tessa Young.

La viuda de Cameron Young era una profesora de cincuenta y cinco años de Literatura Inglesa en Columbia. Se había vuelto a casar y, según las páginas amarillas, vivía en un primer piso en el codiciado vecindario de Hell's Kitchen. Tenía un hijo de veinte años que estaba en tercer año de la universidad en Boston College.

—Mira esto —dijo Walt. Había abierto la página de Facebook de Tessa y estaba revisando sus publicaciones—. Casi todo lo que publicó este verano lo hizo desde su velero. Y es socia del Club Náutico de Nueva york.

Avery se inclinó hacia él para mirar las imágenes.

—Esa es otra parte de su historia —dijo Walt—. Tessa y Cameron eran navegantes apasionados. Invitaron a Jasper y a Victoria a navegar después de cerrar la operación de la casa en las montañas de Catskill. Y después se hicieron amigos.

—Pues seguro que esta señora sabría cómo hacer un nudo as de guía —dijo Avery—. Y si había descubierto que tenían una relación…

Walt se apartó del ordenador y respiró hondo.

—No saquemos conclusiones que no podemos probar. Salvo una teoría endeble sobre nudos, no hay nada que sitúe a Tessa Young en la escena del crimen.

Avery contemplaba el monitor.

—Tal vez me ponga en contacto con ella.

—¿Para preguntarle sobre un homicidio de hace veinte años con el que estás tratando de relacionarla? Me parece una muy mala idea.

—No estoy relacionando a nadie con nada —contradijo Avery—. Pero vale la pena hablar con Tessa y con Jasper. Están en mi lista de personas con las que hablar.

—Si la abordas desde el punto de vista de que podría estar involucrada en la muerte de su marido… pues es una mala idea, Avery.

La manera en la que dijo su nombre, mirándola a los ojos, la hizo sentir un aleteo en el pecho.

—Mira —prosiguió Walt—. Si realmente creemos que hay algo en todo esto, busquemos toda la información posible y vayamos a las autoridades a mostrarles lo que hayamos descubierto. Todavía tengo muchos contactos. Pero nudos marineros y que no haya

sangre en la cuerda no van a hacer cambiar de parecer a nadie, mucho menos veinte años después. Lograr que se reabra un caso es una tarea monumental. Pero antes de acudir a cualquiera de mis antiguos contactos, vamos a necesitar algo más sólido que el hecho de que un par de nudos náuticos no estén manchados con sangre. La alfombra tenía sangre de Victoria Ford y eso va a pesar más que cualquier falta de sangre en otra parte. Necesitamos algo más.

—Entonces sigamos revisando el caso —dijo Avery—. Hemos repasado… ¿cuánto, la mitad? Y ya hemos encontrado algunas lagunas.

—Presuntas lagunas.

—Tal vez encontremos algunas más definitivas.

Walt contempló la caja de archivos que estaba sobre el escritorio, vaciló y luego asintió.

—De acuerdo. Veamos qué más podemos encontrar. ¿Nos reunimos otra vez mañana por la tarde? A menos que tengas planes. Es el 4 de Julio.

—Mis únicos planes son contigo. —Avery se puso de pie—. Gracias por hacer este trabajo conmigo. Más allá de lo que podamos encontrar, valoro tu ayuda.

—Quiero estar seguro de que hicimos las cosas bien hace veinte años. Y también necesito saber si nos equivocamos.

Walt también se puso de pie. Quedaron cara a cara.

—¿Entonces quedamos para las seis?

Avery asintió.

—Hasta entonces.

Lo dijo, pero no se movió.

—De acuerdo —convino Walt—. Nos vemos mañana.

Las palabras quedaron flotando sin demasiado sentido. Luego, repentinamente, se movieron el uno hacia el otro. Los besos fueron desesperados al principio y luego se volvieron más lentos y apasionados. Avery hizo un rápido repaso en su mente. Había bebido una sola cerveza en la cena; él se había bebido dos. Ninguno de los dos estaba ebrio, lo que era un aspecto tanto positivo como negativo para lo que estaba a punto de suceder. Ella no acostumbraba a tener sexo estando bajo los efectos del alcohol, lo que significaba que los cuestionamientos de la mañana siguiente eran inevitables. Sin ebriedad, no podía echarle la culpa de su

comportamiento a nada salvo la atracción mutua y la disposición a compartir intimidad. Para muchos, ese era el resultado habitual del sexo. Para Avery Mason, era un portal que le daba acceso a otra persona a su pasado.

Esos pensamientos inquietantes cruzaban a toda velocidad por su cabeza mientras besaba a Walt Jenkins. Pero sin demasiado esfuerzo, los apartó de su mente y disfrutó de la sensación de las manos de un hombre sobre sus caderas, algo que no había experimentado en más de un año. Lo empujó hacia atrás mientras se besaban. Avanzaron tambaleándose por la suite y por la puerta del dormitorio hasta dejarse caer sobre la cama. Hubo ruido de botones y cremalleras.

CAPÍTULO 41

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

El sábado por la mañana, Avery corrió durante bastante tiempo por Central Park. Estaba tranquilo silencioso y, a diferencia de las otras veces que había corrido por esas sendas, casi desierto. El parque solía estar atestado de corredores, ciclistas y paseadores de perros, pero esa mañana era propiedad de las pocas almas que se habían quedado en la ciudad y se habían levantado temprano el 4 de Julio. Avery saludó con un movimiento de cabeza a los corredores con quienes se cruzaba, intuyendo que el mensaje no verbal en las sonrisas y saludos era que la tranquilidad y el silencio de la ciudad más poblada del país era un secreto compartido solo por unos pocos elegidos y que Avery era ahora parte del grupo.

Treinta minutos antes había salido sigilosamente de la habitación de Walt mientras él dormía apaciblemente entre las sábanas desordenadas. Después del tan esperado sexo, había sentido la necesidad de sudar y correr y sacarse del cuerpo las incertidumbres y dudas que sin duda emergerían. Comportándose como una jovencita inmadura, había optado por una huida limpia. Se había levantado de la cama con el sigilo de un gato y se había resistido al impulso de utilizar el baño por temor a que el ruido de la cadena lo despertara. ¿Por qué, se preguntó mientras corría, le resultaba tan incómoda la idea de compartir café y un desayuno con Walt Jenkins? Porque esas situaciones siempre terminaban llevándola de vuelta a su infancia, a su crianza y a sus padres y a su hermano, y Avery no tenía las fuerzas esa mañana para andar de puntillas por el campo minado de su pasado y ponerse a pensar en qué contar y qué ocultar. Ya se las había arreglado para contarle más sobre sí misma a Walt de lo que le hubiese contado a cualquier otro hombre que recordara y no estaba convencida de que fuera

buena idea darle más información.

En un mundo perfecto —o tan solo uno normal—, Avery hubiera disfrutado de la oportunidad de quedarse durmiendo hasta tarde con un hombre que le resultaba sumamente atractivo y también encantador. Walt había compartido con ella una parte de su pasado que estaba cargada de traición y secretos. Sus historias eran tan similares que habría sido una oportunidad perfecta para dejarle ver sus propias cicatrices. Si la vida de Avery fuera tan solo parecida a una vida normal, ella hubiera hundido la cara en el hueco del hombro de Walt esa mañana y le hubiera pasado el brazo por sobre el pecho. En cambio, salió en puntillas de su habitación y se quedó paralizada en el pasillo cuando el pestillo de la puerta hizo ruido mientras ella intentaba cerrarla silenciosamente.

Finalmente, dejó de analizarse. Esta era su vida y no podía quitársela de encima. Además, que estuviera o no a la altura de toda la rutina de la mañana siguiente no tenía importancia. Mientras Walt yacía en un coma poscoital la noche anterior, la mente de Avery había vuelto a Victoria Ford. Ni siquiera mientras revisaban el expediente de Cameron Young y los potenciales fallos que veía, Avery había podido dejar de pensar en los manuscritos de Victoria Ford y su conexión con Natalie Ratcliff.

Justo antes de medianoche, y siguiendo un impulso, envió un mensaje de texto mientras Walt roncaba suavemente a su lado. No había esperado una respuesta tan tarde un sábado por la noche, sobre todo en un fin de semana festivo. Pero Livia Cutty, la forense de Nueva York, con quien Avery se había reunido en cuanto había llegado a la ciudad, había tardado solamente unos segundos responderle. Avery tenía preguntas sobre algunos detalles forenses del caso de Cameron Young y necesitaba hacerle preguntas a Livia. Tenía más preguntas sobre asuntos no relacionados con el expediente que ella y Walt habían revisado, pero las cuestiones forenses serían un buen lugar por donde empezar.

Corrió cinco kilómetros y medio, lo suficiente para sudar y sentir que le ardían los pulmones, y caminó de vuelta hasta el Lowell para serenarse. Una vez que se hubo duchado y vestido, Avery compró dos cafés en Starbucks y tomó un taxi hacia Kips Bay. Cuando el taxi se acercó a la acera, vio a Livia de pie delante de la entrada del edificio. Avery pagó en efectivo, bajó del vehículo y le entregó uno

de los cafés a Livia.

—Solo, con dos de azúcar.

—Gracias —dijo Livia en tono interrogante—. ¿Cómo lo has sabido?

—La última vez que estuvimos juntas, cuando estabas en Los Ángeles, tomamos café con Mack Carter.

—Eso fue hace dos años.

—Lo sé. Tengo una extraña relación con el café.

—Impresionante. Gracias.

—Gracias a ti por dedicarme tu tiempo un domingo por la mañana, sobre todo un puente. Y perdón por enviarte mensajes como una demente en la mitad de la noche. Estaba en una situación rara.

—No hay problema. Estaba despierta. Estoy de guardia este fin de semana y muerta de aburrimiento. El 4 de Julio es una fecha muy tranquila en la morgue. Nadie muere cuando la ciudad está tan vacía, lo que parecería ser algo bueno, a menos que tu vida gire alrededor de la muerte. Además, en la mitad de la noche es cuando se nos ocurren los pensamientos e ideas más raros. Siento curiosidad por saber qué tienes en mente.

Avery también sentía curiosidad. Había tenido una revelación y necesitaba que la doctora Cutty la confirmara.

—Vayamos adentro —la invitó Livia.

Avery la siguió por la puerta principal de OCME. Era domingo por la mañana y el edificio estaba a oscuras salvo por algunas luces del techo que se mantenían siempre encendidas. Livia puso su tarjeta de identificación en el sensor del vestíbulo para abrir la puerta. Ya dentro, bajaron en el ascensor al sótano, donde Livia volvió a escanear su tarjeta para obtener acceso al largo pasillo que llevaba a su oficina. Encendió el interruptor de la pared cuando entró en la oficina sin ventanas.

—Siéntate —dijo—. A ver, ¿qué has descubierto sobre Victoria Ford que te tuvo despierta hasta tan tarde?

Avery se sentó en una de las sillas delante del escritorio de metal. Sacó un folio de su bolso y se lo dio a Livia que había sacado del expediente de Cameron Young antes de escabullirse de la habitación de Walt esa mañana. Era el análisis del ADN de la escena del crimen llevado a cabo por el laboratorio forense.

—Resulta que Victoria Ford estuvo involucrada en una investigación por homicidio de alto perfil en los meses anteriores a su muerte. Mi historia sobre ella ha tomado un giro inesperado, de la reciente identificación de sus restos, a los detalles de la investigación por asesinato. Necesito ayuda con algunas cuestiones específicas.

—¿La mujer que identificaron era sospechosa de un homicidio? —preguntó Livia.

—Así es. Y me he liado con… —Avery se detuvo y negó con la cabeza—. Me he aliado con el detective que estuvo a cargo de la investigación. Hemos estado revisando las pruebas y hay algo que no me cuadra con la sangre que se encontró en la escena del crimen.

—¿Por qué no te cuadra?

—Bueno, me he quedado atascada en ese asunto. Estoy tratando de ver si no existe otra explicación para la escena del crimen. Si hay una posibilidad de que las cosas hayan sucedido de manera diferente de la que presentó la fiscalía. Lo que menos me cuadra es que se analizaron gotas de sangre de la escena y coincidían con el ADN de Victoria Ford. Necesito saber cómo de precisa es la ciencia que hace esas pruebas.

—Mucho —respondió Livia—. Se toma una secuencia específica de ADN de la sangre y luego, en una investigación normal, se la compara con muestras de ADN tomadas al sospechoso, por lo general por medio de un hisopado bucal. Si los perfiles de ADN coinciden, no hay nada más preciso que eso. Estadísticamente, te diría que la ciencia está en el ciento por ciento.

Avery asintió lentamente mientras pensaba en las palabras de Livia. El hecho era que la sangre de la escena del crimen pertenecía a Victoria. Ese sería el mayor problema al que se enfrentaría la teoría de que otra persona había matado a Cameron Young, y ella no veía la forma de salvarlo.

—Seguramente ese aspecto se evaluó en el juicio —dijo Livia—. Las pruebas de ADN y la ciencia que las respalda se refutan cuando no están bien hechas o si tan solo existe la posibilidad de que sean menos precisas de lo normal. Si la sangre hubiera estado contaminada, por ejemplo. O si no se la hubiese preservado adecuadamente. ¿Sabes si se desestimó alguna prueba de ADN en el

juicio?

—Es que esa es justamente la cuestión —dijo Avery—. El caso nunca llegó a juicio.

—¿Por qué?

—Porque el caos del 11S marcó el final no oficial del caso.

—¿O sea, que la investigación se cerró?

—No formalmente. Es como que desapareció porque la principal sospechosa murió en el ataque y no se prosiguió con el caso. Estados Unidos comenzó a perseguir terroristas.

Avery pensó en el día anterior, cuando había leído rápidamente los manuscritos perdidos de Victoria. Después de varios segundos, miró a Livia.

—También te preguntaba por otro asunto en el mensaje —dijo —. ¿Has podido averiguar algo al respecto?

—Sí —confirmó Livia—. Llamé a Arthur Trudeau esta mañana temprano y me indicó dónde buscar. Está en el laboratorio de procesamiento óseo. Coge tu café, vamos.

Avery siguió a Livia por los pasillos oscuros hasta que llegaron al laboratorio. Livia insertó su tarjeta y cuando la luz roja pasó a verde, abrió la puerta. Encendió las luces y se dirigió a una fila de ordenadores que estaban en una pared. Los monitores estaban a oscuras hasta que Livia se sentó en uno de ellos y movió el ratón. La pantalla despertó y se iluminó con la sigla de la oficina, OCME. Livia se conectó y pasó por distintas pantallas.

—La identificación de Victoria Ford se realizó el 8 de mayo. Tardó un segundo en ir a esa fecha.

Avery se puso junto a Livia mientras ella pasaba de una pantalla a otra.

—Bien —dijo Livia—. Aquí está.

Avery se inclinó por encima de su hombro y leyó la pantalla.

—Por lo visto, la muestra se recogió de los escombros de la Torre Norte el 22 de septiembre de 2001.

—¿Dice algo más sobre la muestra original? —preguntó Avery.

—Estoy buscando. Déjame ver… —Se desplazó por varias pantallas más—. Sí. Aquí están las notas originales sobre la muestra. Pequeños fragmentos que medían menos de dos centímetros de largo y estaban carbonizados.

—Diminutos —observó Avery.

—Por lo que sé sobre la recuperación de restos, no es extraño. Se recogieron muchos fragmentos diminutos de huesos carbonizados. Es realmente milagroso que de algo tan minúsculo se haya podido extraer ADN. —Livia volvió al informe—. Habla del daño de la parte externa de la muestra, jerga de patología. Y luego, veamos… —Livia señaló la pantalla—. Los dentistas forenses identificaron la muestra como un incisivo o canino central.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Avery.

—Se trataba de un diente.

—¿Un diente? ¿De entre los escombros de las Torres Gemelas se recuperó un diente?

—Así es. Tenemos más de quinientos dientes aquí en el laboratorio forense esperando a que los identifiquen. Algunos fueron recuperados como parte de una mandíbula y un cráneo, pero muchos eran dientes individuales.

—¿Cómo puede ser que se encuentre un diente entre los escombros de un edificio de cien pisos?

—No es de la forma en la que te lo imaginas. Al principio, en los días y semanas que siguieron al 11S, la recuperación de restos se llevó a cabo de la manera que todos pensamos: los técnicos forenses literalmente caminaban por la zona cero y recogían cadáveres y partes de cadáveres de entre los escombros. Eso es cierto. Y por lo que me contaron, era un trabajo horroroso. Pero muchos de los restos que siguen almacenados aquí esperando a ser identificados son pequeños fragmentos óseos y, sí, muchos dientes. Esas pequeñas muestras no fueron recuperadas de la zona cero, sino a través de un programa de tamizado que comenzó un año después de la caída de las Torres. Cuando las máquinas de excavación y construcción limpiaron los escombros de la zona, se cargaron en camiones y se llevaron a un vertedero en Staten Island. Todos los escombros del 11S se colocaron en una zona especial del vertedero, a un lado, y se los sometió a varias etapas de tamizado. Imagínalo como cribar en busca de oro. De entre las piedras y escombros se fueron extrayendo pequeños artefactos. Así fue como se recuperaron elementos tan personales como alianzas matrimoniales, joyas, carteras y carnets de conducir. Así también se encontraron fragmentos óseos y dientes.

—Es asombroso —dijo Avery.

Su mente corría a toda velocidad. La teoría absurda que retumbaba en su cabeza empezaba a sonar más creíble. Al leer los manuscritos de Victoria Ford, su mente se había metido en una madriguera laberíntica que había terminado en una teoría descabellada. Hasta este momento, creyó que la idea era producto de un exceso de imaginación que constantemente buscaba el sensacionalismo que requerían sus historias para *Eventos Nacionales*. Pero el hecho de que la muestra utilizada para identificar a Victoria Ford fuera un diente hacía que su teoría no solo fuera realista, sino posible.

—¿El doctor Trudeau ha podido encontrar otros restos de Victoria Ford?

—No —dijo Livia—. Hasta el momento, el diente ha sido la única coincidencia. Pero se espera que la nueva tecnología de ADN pueda identificar los restos óseos restantes en los próximos meses. Si se encuentran más restos de Victoria Ford entre los escombros de las Torres Gemelas, lo sabremos pronto.

Avery sospechaba que si su teoría era correcta, ninguna de las otras muestras recogidas de las Torres Gemelas pertenecería a Victoria Ford.

CAPÍTULO 42

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Walt miró primero su reloj y luego el teléfono móvil que estaba sobre el asiento del copiloto. Contuvo el impulso de enviarle un mensaje a Avery. Cuando despertó esa mañana, ella ya se había ido sin dejar ningún rastro, salvo su aroma en la almohada junto a él. Ninguna nota. Ningún mensaje de voz. Ni de texto. En una mañana diferente o con otra mujer, eso lo habría confundido o avergonzado. Tal vez sentía algo parecido ahora, pero Avery y él tenían planes de revisar el resto del expediente de Cameron Young más tarde ese mismo día, así que Walt atribuyó la desaparición de Avery a que estaría siguiendo pistas encontradas durante la revisión inicial del caso. Él estaba haciendo lo mismo.

La inmersión conjunta en la investigación del caso de Cameron Young le hacía sentir curiosidad, cuando no preocupación. Concretamente porque sabía que la caja de archivos que estaba en la habitación de su hotel no contaba toda la historia. En cuanto Walt se despertó, llamó a Jim Oliver y solicitó que el FBI aplicara algo de presión burocrática sobre la fiscalía general del Distrito Sur de Nueva York, que hasta ese momento se había negado a devolverle las llamadas. Walt se encontraba en una posición única de poder. Jim Oliver necesitaba de las habilidades de Walt en el delicado asunto de localizar a Garth Montgomery y ahora Walt necesitaba de la influencia de Oliver para conseguir cualquier información adicional que existiera sobre el caso de Cameron Young. La curiosidad de Walt no tenía nada que ver con la investigación sobre Garth Montgomery, pero convenció a Oliver de que era imperativo localizar cualquier prueba perdida relacionada con el caso de hacía veinte años. Walt sabía que la fiscalía general tenía lo que él necesitaba.

Se hicieron llamadas, se aplicó presión y durante un fin de semana festivo se hizo trabajar a las personas indicadas para lograrlo. Walt obtuvo su respuesta y localizar los archivos que faltaban resultó más fácil de lo que se imaginó. Finalmente, la fiscalía envió las pruebas (originalmente confiscadas de la oficina de Maggie Greenwald, la fiscal que iba a llevar el caso, durante la investigación sobre su mala praxis laboral como funcionaria) a la Oficina de Investigación Criminal para que las archivaran allí.

Mientras Walt paraba el coche en el aparcamiento vacío pasadas las once de la mañana del domingo, una ola de nostalgia lo invadió. Hacía veinte años que no trabajaba para la Oficina de Investigación Criminal, pero se había formado allí y guardaba buenos recuerdos del lugar. Los disfrutó hasta que vio el vehículo aparcado delante del edificio. Pertenecía a su antiguo jefe. Scott Sherwood estaba en su lista negra.

Walt aparcó en una plaza vacía y apagó el motor. Vio a Sherwood delante del edificio, cuya fachada de cristal reflejaba la imagen de Walt como si se estuviera mirando en la pantalla de un cine. Era la segunda vez que veía a Scott Sherwood en los últimos quince años. La primera había sido tres semanas antes, cuando Sherwood irrumpió en la reunión de sobrevivientes en el Ascent Lounge, con el único propósito de averiguar dónde estaba viviendo Walt. El encuentro "casual" le había dado a Jim Oliver la información necesaria para localizar a Walt en Jamaica y ponerlo en su trayectoria actual. Hablar con Scott Sherwood esa mañana le hacía tanta ilusión como que le extirparan una hemorroide.

—Walt Jenkins —dijo Scott con una gran sonrisa mientras Walt salía del coche—. Dos veces en un año. Vaya sorpresa.

—Vete a la mierda, Scott —dijo Walt; cerró la puerta y se dirigió hacia su antiguo jefe.

Un razonamiento con poca lógica hacía que Walt se sintiera menos enfadado con Jim Oliver por colocar a Sherwood en la reunión de sobrevivientes que con Sherwood por aceptarlo. Tal vez se debía a que como antiguo agente de vigilancia, Walt apreciaba la astucia demostrada por Oliver para encontrarlo. La verdad pasaba más por el hecho de que Walt estaba molesto consigo mismo por haber mordido el anzuelo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Sherwood.

—No estoy de humor, Scott. Sé que nuestro encuentro casual del otro día fue una farsa. Te enviaron allí. ¿Crees que soy tan estúpido como para no darme cuenta?

—Por el amor de Dios, relájate. El FBI llamó a mi puerta. Literalmente. ¿Qué iba a hacer, echarlos? Perdóname, colega, pero no tengo tanto poder. Jim Oliver dijo que necesitaba localizarte, que era importante. Yo no sabía que eso iba a ponerte en un aprieto.

—No lo ha hecho —negó Walt en tono despectivo—. No me gusta que jueguen conmigo, nada más. ¿Tienes lo que necesito?

—Sí —dijo Scott—. Lo encontré hace cosa de una hora. Escondido en el fondo de la sala de pruebas. ¿Por qué es tan importante?

—Es solo un antiguo caso, Scott. Me pidieron que lo revisara; es todo lo que te puedo decir.

—¿Tiene algo que ver con Maggie Greenwald?

—Estoy a punto de averiguarlo. ¿Dónde está?

Scott señaló por encima de su hombro.

—Dentro. Es una sola caja. Tiene aspecto bastante inocente.

Scott Sherwood desbloqueó la puerta de la sede de la Oficina de Investigación Criminal y la mantuvo abierta para que Walt entrara.

—¿Significa esto que la invitación para visitarte en Jamaica queda anulada?

—Significa que nunca existió, Scott.

Dos horas más tarde, Walt estaba sentado en su suite del Hyatt con una segunda caja de pruebas delante de él. Las hojeó durante unos quince minutos, leyendo la información detenidamente hasta que encontró lo que necesitaba. Hasta que encontró lo que deseaba que no estuviera allí.

Cogió su teléfono. Avery no se había comunicado con él. Escribió un mensaje breve y se lo envió.

> He encontrado algo nuevo en el expediente
> de Cameron Young. Tenemos que hablar cuanto antes.

CAPÍTULO 43

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

El portátil de Avery estaba abierto sobre el escritorio de su habitación de hotel. En la pantalla se veía la cara de Christine Swanson, la productora ejecutiva de *Eventos Nacionales* y la mejor amiga de Avery, conectada a través de una aplicación de reuniones online.

—¿Qué pasa? —preguntó Christine.

—Creerás que estoy loca, pero eres la única a quien se lo puedo contar.

Avery miró a Christine en el monitor, mientras ella observaba la habitación del hotel. Tras su reunión con Livia Cutty, Avery había buscado una tienda de fotocopias donde imprimió todos los manuscritos de Victoria Ford. Los montones de papeles organizados ocupaban ahora la cama de matrimonio. Sobre cada uno de los montones había un libro de bolsillo.

—Ya te he hablado sobre la hermana de Victoria Ford, Emma.

—Sí —dijo Christine—. Tenía la grabación de Victoria de la mañana del 11S. No veo la hora de tenerla en mis manos. Podríamos hacer grandes cosas con ella.

Durante su estancia en Nueva York, Avery había mantenido a Christine al tanto sobre sus hallazgos relacionados con Victoria Ford y Cameron Young. "Grandes cosas" significaba que Christine y su equipo les sacarían el jugo a las grabaciones con su talento para la producción, volviéndolas escalofriantes y llenas de suspense. Avery imaginó un fragmento de la voz de Victoria Ford justo antes del corte comercial, dejando pasmados y enmudecidos a quince millones de televidentes.

—Sé que harás maravillas —dijo Avery—, pero además de las grabaciones, Emma Kind también compartió todo esto conmigo.

Bueno, digamos que lo compartió accidentalmente. —Hizo un ademán a los montones de papeles.

—¿Qué es todo eso? —quiso saber Christine, inclinándose hacia la cámara del ordenador hasta que su cara ocupó toda la pantalla.

—Los manuscritos de Victoria Ford.

—¿Libros, quieres decir?

—Sí. Victoria era escritora.

—Según mis notas, se dedicaba a la asesoría financiera.

—Ese era su trabajo cotidiano. Emma me contó que Victoria siempre quiso escribir libros. Fue su pasión desde niña y probablemente lo que la hizo sentir atracción por Cameron Young. Pero Victoria nunca tuvo éxito. Escribió un montón de manuscritos, pero nunca encontró quien se los publicara. Los descubrí en una antigua memoria USB en una de las polvorientas cajas de plástico que me dio Emma, que contenían anuarios escolares y recuerdos. Los he imprimido esta mañana. Hasta donde yo sé, estos manuscritos han permanecido intactos y sin que nadie los leyera en el desván de Emma Kind durante las últimas dos décadas.

Christine asintió.

—De acuerdo… ¿Y cómo se relaciona con Young?

—Todavía no lo sé con certeza, pero mira esto. —Avery levantó uno de los montones de papeles.

—Este es el primer manuscrito de Victoria Ford. El documento de Word indica que fue escrito en 1997. El título provisional es *Desastre ambulante*. Ahora mira esto —prosiguió Avery; volvió a dejar el manuscrito sobre la cama y tomó la edición de bolsillo de la novela de Natalie Ratcliff—. Esta es una novela publicada por Hemingway Publishing en 2005 y escrita por una mujer llamada Natalie Ratcliff.

—¡*Bagaje emocional*! —exclamó Christine—. Peg Perugo. Adoro esas novelas.

—Bien, veo que eres admiradora suya. Entonces te encantará lo que sigue. *Bagaje emocional* se publicó en 2005, fue la primera novela de la serie de Peg Perugo, que, como sabes, ha tenido un éxito asombroso. Es una de las series más exitosas de la ficción comercial.

Christine levantó las cejas mientras esperaba a que Avery siguiera.

—Desastre ambulante. *Bagaje emocional*. Tienen algo que ver, ¿no es así? —dijo Avery—. Un sentido parecido, digamos.

—Sí, claro.

—Pues aquí viene lo interesante: salvo por un título diferente, las dos historias son idénticas.

Hubo un silencio; Christine se quedó mirándola desde la pantalla.

—¿Qué quieres decir con "idénticas"?

—Quiero decir que el manuscrito de Victoria Ford se convirtió en el primer libro de la serie de Peg Perugo que publicó Natalie Ratcliff.

Christine negó con la cabeza.

—No te sigo en absoluto.

—Natalie Ratcliff era la mejor amiga de Victoria Ford. Compartían dormitorio en la universidad y siguieron siendo amigas después de graduarse. Natalie estudió Medicina y trabajó como médica de urgencias durante ocho años. Victoria entró en el mundo de las finanzas y comenzó su propia carrera. Durante todo ese tiempo, Victoria estaba escribiendo libros con la esperanza de publicar uno algún día.

—Sigo sin entenderte.

—Victoria murió en 2001. Durante los siguientes cuatro años, Natalie trabajó como médica de urgencias hasta que se publicó su primer libro. Fue un éxito mundial y ella se retiró de la medicina. Eso fue en 2005. Ha escrito quince novelas en quince años. Pero aquí está el problema —dijo Avery, mientras se dirigía a la cama donde estaban todos los manuscritos de Victoria apilados pulcramente, cada uno con la edición de bolsillo de Natalie Ratcliff encima.

»Cada uno de estos montones representa uno de los manuscritos de Victoria, que han estado intactos en el desván de Emma Kind durante los últimos veinte años. Cada uno de ellos, además, fue publicado como una novela de Natalie Ratcliff.

Christine entornó los ojos.

—¿Lo que estás sugiriendo es que Natalie Ratcliff se hizo con los manuscritos de Victoria Ford y los plagió, palabra por palabra, después de la muerte de Victoria?

—No, no lo creo. Emma dijo que Victoria era extremadamente

cuidadosa con su trabajo y no permitía que nadie leyera sus manuscritos. Emma nunca los leyó. Ni siquiera Jasper Ford, el marido de Victoria, tenía permitido verlos. Victoria era demasiado insegura como para dejar que alguien los leyera.

—Entonces, ¿cómo terminó su trabajo en las páginas de las novelas de Natalie Ratcliff?

—Allí es donde creerás que me he vuelto loca.

—Ya es demasiado tarde —dijo Christine—. Cuéntamelo ahora mismo.

—Me he pasado el fin de semana revisando el caso contra Victoria Ford. Tiene defectos, no hay duda. Y creo que puedo encontrar algunos fallos importantes que intrigarán a la audiencia de *Eventos Nacionales*. Tengo que seguir investigando en ese sentido y pienso revisar el resto del caso esta tarde. Pero más allá de cualquier fallo que pueda encontrar, en el momento de la investigación original, las pruebas físicas contra Victoria eran sólidas. Se encontró su ADN en la escena del crimen. Los medios prácticamente la habían condenado en el tribunal de la opinión pública. No había duda de que la acusarían y la arrestarían y que seguiría un juicio. Uno que, basado en las pruebas que Victoria conocía en aquel momento, probablemente habría terminado en su condena.

—De acuerdo —dijo Christine—. Pero, repito, ¿qué tienen que ver estos manuscritos con eso?

—Victoria estaba en una situación desesperada. Sabía que las pruebas la señalaban. Y también sabía, en la mañana del 11S, cuando se reunió con su abogado, que era solo cuestión de tiempo hasta que la arrestaran. Sabía que era muy probable que la condenaran. Según mi entrevista con su abogado, aquella mañana él le explicó el sombrío pronóstico. Entonces, en medio de la reunión de Victoria con su abogado, el primer avión impactó contra la Torre Norte.

Avery fue hasta el escritorio donde estaba su ordenador. Se sentó y miró a Christine.

—Y con ese avión, a Victoria se le presentó una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué? —preguntó Christine.

—Para desaparecer.

CAPÍTULO 44

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Avery pronunció las palabras con confianza. Sabía que Christine no creería que alguien pudiera fingir su propia muerte y desaparecer. Pero Avery tenía experiencia personal con la desaparición para evitar una acusación y la posterior encarcelación y sabía que era posible hacerlo. La gente desesperada es capaz de cualquier cosa y a menudo encuentra la manera de convencer a las personas que más los quieren de que los ayuden.

—¿Cómo, desaparecer? —dijo Christine.

—Quiero decir que Victoria utilizó el 11S para resolver todos sus problemas.

—Ave, ¿qué es exactamente lo que estás diciendo?

—¿Y si Victoria Ford no murió aquella mañana?

—Lo siento, Avery. Te quiero y hemos hecho muchas locuras juntas, pero esta suena demasiado descabellada como para que te siga.

—Escúchame hasta el final. Ella estaba sentada en el despacho de Roman Manchester cuando el avión embistió la torre. Lo sé porque entrevisté a Manchester, que junto con doce empleados y dos de sus socios pudieron salir de la Torre Norte. Él sobrevivió para contar la escalofriante historia de cómo escapó de las Torres. ¿Es demasiado absurdo creer que la mujer que estaba sentada frente a él esa mañana también sobrevivió?

Avery vio el primer destello de convicción en los ojos de Christine, pero luego ella negó con la cabeza.

—Pero la Oficina de Medicina Forense identificó los restos de Victoria. Esa fue la razón por la que viajaste a Nueva York.

—Identificaron un fragmento óseo que pertenecía a Victoria, sí. Pero hablé con Livia Cutty esta mañana e indagamos más en ese

hallazgo. La muestra que se utilizó para la identificación era un diente.

—¿Un diente?

—Al parecer, se recuperaron miles de fragmentos óseos de los escombros de las Torres, y cientos de ellos eran dientes.

—Pero, Ave, ¿cómo es posible?

—Porque tamizan los escombros. A través de los años, se han realizado varios proyectos de cribado, con el objetivo de clasificar minuciosamente los escombros retirados de la zona cero y encontrar objetos. Cada vez que se completa un proyecto de cribado, se descubren más cosas. Carteras, carnets de conducir, alianzas de matrimonio, joyas, fragmentos óseos y…

—Dientes.

—Cientos de ellos.

—Madre mía.

—Livia Cutty me ha dicho que la mayoría de estos pequeños fragmentos óseos y dientes siguen esperando que se los identifique. Entonces, si a Victoria Ford la identificaron por medio de un único diente encontrado entre los escombros de las Torres Gemelas y ninguna otra muestra coincide con su ADN…, ¿no podría haber sufrido heridas durante el caos de aquel día, como, por ejemplo, perder un diente, pero igualmente haber podido escapar de las Torres?

Al ver que Christine no respondía, Avery prosiguió:

—Murieron miles de personas cuando las Torres se desmoronaron. Pero miles más lograron escapar con vida de allí dentro. ¿Y si Victoria fue una de ellas?

—¿Cómo? Los hospitales estaban atestados ese día. ¿No fue a ningún hospital?

—Tal vez no lo necesitaba —dijo Avery—. Y si se trató de algo tan leve como que se le rompieran o cayeran algunos dientes, tal vez su amiga, que era médica de urgencias, la ayudó.

—Natalie Ratcliff.

—Exacto —dijo Avery, mientras se ponía de pie y se dirigía a la cama sobre la que estaban los manuscritos—. Y rizando el rizo, sí, a la manera disparatada típica de “Avery Mason presenta…”, creo que los manuscritos de Victoria lo prueban.

Christine negó con la cabeza.

—Te diré una sola cosa. Tu instinto para lo sensacional no tiene parangón. Explícame cómo haces la conexión.

—Antes de entrevistar a Natalie Ratcliff, compré un par de sus novelas para leerlas muy por encima. Una de ellas, *Bagaje emocional*, me enganchó y la leí entera. Cuando me encontré con Emma Kind por segunda vez, sacó varias cajas antiguas de su desván. Contenían cosas de la infancia de Victoria y mi intención era revisarlas para ver si algo de eso serviría para el documental, si me ayudarían a pintar un mejor retrato de Victoria Ford. En una de las cajas, encontré la memoria USB que contenía los manuscritos. En cuanto empecé a leer el primero, noté las similitudes con la primera novela de Natalie Ratcliff. Volví a la librería y compré todas las novelas y comencé a leerlas.

Avery señaló la cama, donde un ejemplar de cada novela descansaba sobre cada montón de hojas impresas.

—Según Emma, Victoria escribió cinco manuscritos. Cada uno de ellos terminó convirtiéndose en una novela de Natalie Ratcliff. No es que la trama sea similar, son idénticas, palabra por palabra. Peg Perugo nació en los manuscritos perdidos de Victoria Ford.

—La explicación podría ser que Victoria compartió sus manuscritos con Natalie Ratcliff en algún momento antes de su muerte. Tal vez para que su amiga le hiciera comentarios. Y que luego, tras su muerte, Ratcliff los tomase como propios. Y que de todo esto… —Christine señaló la cama—… el único delito cometido fuese plagio.

—Pero Emma Kind jura que Victoria no compartía sus manuscritos con nadie. Como te dije, ni siquiera con su marido.

—De acuerdo —admitió Christine—. Estoy intrigada. Supongamos que creemos a la hermana de Victoria: nadie vio nunca los manuscritos. Eso explicaría las primeras cinco novelas de Ratcliff, que representan los cinco manuscritos que Victoria escribió antes del 11S. ¿De dónde salieron los siguientes diez libros?

Avery inspiró hondo.

—¿Y si Victoria sobrevivió al 11S? Logró escapar de la Torre Norte como miles de otras personas. Sufrió algunas heridas y pidió ayuda a su mejor amiga, que era médica. Luego, al ver la enormidad de los sucesos de esa mañana, se le ocurrió algo. ¿Y si además de ver cómo se desarrollaba uno de los acontecimientos

más infames de la historia de Estados Unidos ella estuviera delante de la oportunidad de hacer que su situación desesperada desapareciera? Ya había hecho las llamadas a Emma. Las grabaciones eran la prueba de que estaba en la Torre Norte. Luego le pidió a Natalie ayuda no solo con las heridas que pudo haber sufrido, sino también para desaparecer. Dondequiera que esté Victoria hoy, sigue escribiendo historias y compartiéndolas con Natalie Ratcliff.

—Vaya —dijo Christine—. Eso sí que es digno de Avery Mason. Pero…, o sea, han pasado veinte años. ¿Cómo una médica de urgencias y su mejor amiga, una analista financiera, lograron mantener esto en secreto durante tanto tiempo? Y lo primero de todo, ¿cómo lograron hacerlo? ¿Dónde puede haber estado escondida Victoria Ford durante veinte años?

—Todavía no lo sé, pero para eso necesito tu ayuda. —Avery le sonrió—. No tenías planes para el 4 de Julio, ¿verdad?

—Trabajo para Avery Mason y *Eventos Nacionales* —respondió Christine—. Mi vida personal siempre queda en último lugar.

—No sé si lo dices con orgullo o con rencor.

—Un poco de ambas cosas. Dime qué necesitas. Haré lo que pueda.

CAPÍTULO 45

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Walt sudaba y oía en su cabeza cómo fluía la sangre por su palpitante arteria carótida, mientras atravesaba la puerta principal del hotel Lowell el domingo por la tarde. Llevaba consigo la caja de cartón que Scott Sherwood había sacado de los rincones con telarañas de la sala de pruebas de la Oficina de Investigación Criminal. La empleada de recepción sonrió cuando Walt se acercó. Llamó a la habitación de Avery para informarle que tenía una visita. Luego asintió, y Walt se dirigió al ascensor. Se detuvo junto a un dispensador para tomar un vaso de agua helada con limón y notó que le temblaba la mano cuando se lo llevó a los labios. O bien había perdido práctica como agente de vigilancia para el FBI o sabía en su fuero interno que lo que estaba a punto de hacer estaba mal.

En el ascensor, presionó el botón del octavo piso. Las puertas plateadas se cerraron y le devolvieron el reflejo de su imagen. Walt vio que tenía la frente perlada de sudor; sentía la camisa adherida a la espalda. Justo antes de que se abrieran las puertas, se secó la frente con la manga. Salió del ascensor y caminó por el pasillo hasta el número 821. Cuando llamó, recordó la pregunta que le había hecho a Jim Oliver el viernes por la noche. “¿Con qué pretexto terminaría en su habitación?”.

Y ahora, allí estaba, el día después de haber dormido juntos, en la puerta de su habitación con la perversa intención de grabar sus conversaciones privadas. Se secó la frente una vez más, tocó el bolsillo de su camisa para sentir la pequeña caja plana de metal que Jim le había dado. La puerta se abrió y Walt bajó la mano de su bolsillo.

—Hola —dijo Avery.

Walt tragó saliva.

—Hola.

Un atronador estallido de silencio siguió a ese saludo de adolescentes.

—Hum… No te oí esta mañana —dijo Walt, por fin—. Perdona si estaba en estado de coma.

—No —dijo Avery y negó con la cabeza—. Me escapé.

—Ah. Vale.

—Necesitaba hacer ejercicio.

—Sí. Es lógico. Me alegro de que…, bueno, de que todo esté bien.

Avery cerró los ojos por un momento.

—Tuve un momento de inmadurez y pánico. Debería haberte dicho que me iba. Mira, Walt, si no lo has adivinado todavía, no soy la mejor en esto. Y me mortifica admitir que… que ha pasado bastante tiempo desde que he estado en este tipo de situación.

—No sé si es algo de lo que avergonzarse. Y estoy igual que tú. Hace tres años que estoy escondido en Jamaica. Además, me divorcié dos veces, así que soy tan malo como tú para esto.

Avery movió las manos hacia un lado y hacia el otro.

—Entonces, ¿estamos de acuerdo de que esto ya ha sido lo suficientemente incómodo? ¿Podemos volver a la normalidad?

—Hecho. —Walt levantó la caja—. Tenemos mucho que revisar.

—Bien. Ven, pasa.

Walt siguió a Avery a la habitación. Constaba de una cama de dos metros y en un extremo, cerca de las ventanas, una mesita de café delante de un pequeño sofá, además de un escritorio y una silla.

—No prestes atención al desorden —dijo Avery, señalando la cama, donde había montones de papeles sobre el edredón.

—¿Qué es todo eso?

—Investigación.

—Parece que has estado ocupada.

—Tú también —dijo Avery, mientras se sentaba en el sofá—. ¿Qué has encontrado?

Walt se sentó a su lado y dejó la caja sobre la mesa de café.

—Es una larga historia. Pero hice unas llamadas y logré rastrear algunos archivos más sobre el caso de Cameron Young.

—¿Además de los que revisamos anoche?

—Sí. Este era material que solo tenía la fiscal de distrito. Quiero enseñarte algo.

Walt buscó entre las carpetas de la caja hasta que encontró la que quería. La colocó sobre la mesa y la abrió. Dentro había fotos de Victoria Ford, de su interrogatorio inicial con los detectives. Walt las desplegó sobre la mesa.

Avery se inclinó para acercarse a las fotos.

—¿Qué tengo que mirar?

—Estas son fotos de Victoria Ford durante el primer interrogatorio formal. Se hicieron dos días después del asesinato de Cameron Young, cuando la llevamos a la sede de la Oficina de Investigación Criminal para interrogarla.

—¿Son fotos de registro?

—Sí.

Las fotos de registro se consideraban pruebas, y se les tomaban a posibles sospechosos en las primeras horas y los primeros días de una investigación, con la intención de documentar la presencia de heridas, cortes o moratones que una persona de interés pudiera tener en el cuerpo, lo que sugeriría que había estado en una pelea o un altercado reciente. Las fotos sobre la mesa mostraban a Victoria en ropa interior. La primera la mostraba con los brazos flexionados noventa grados, como si la estuvieran apuntando con una pistola. Otra la había captado con las piernas abiertas y los brazos extendidos hacia fuera, en posición de crucifixión. Otras fotografías mostraban primeros planos de sus hombros y su cuello. La que Walt señalaba era de las manos de Victoria, con los dedos bien separados.

—No veo nada —dijo Avery.

—Exacto. Tu argumento de anoche sobre que no había sangre en la cuerda me hizo pensar. ¿Cómo pudo haberse cortado tanto como para manchar la alfombra y, sin embargo, no dejar sangre en la cuerda?

Lentamente, Avery volvió a bajar la mirada hacia las fotos de las manos de Victoria.

—No se cortó.

—Pues parece que no, y estás viendo las pruebas mismas. Estas fotos se hicieron dos días después del asesinato. No hay manera de que una herida pueda haberse curado tan pronto.

—Entonces, ¿de dónde vino la sangre?

—Es una muy buena pregunta —dijo Walt—, para la cual no tengo respuesta.

CAPÍTULO 46

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Avery siguió inspeccionando las fotos.

—¿De dónde han salido? ¿Por qué no estaban en el expediente original?

—De eso también quería hablarte. Algo no me cuadra desde que me he vuelto a empapar en el caso de Cameron Young y a recordar la investigación.

—¿Qué es lo que no te cuadra? —preguntó Avery.

—Cuando me pusieron a cargo de la investigación de este homicidio, yo era joven. No era un inútil, pero no tenía experiencia en conducir una investigación por homicidio. Estaba bien preparado y había formado parte de otros equipos de investigación de homicidios para la Oficina de Investigación Criminal, pero nunca como el detective principal. El caso de Cameron Young fue la primera investigación que hice solo. Y mirando hacia atrás desde la actualidad, creo que no haría nada muy diferente. Mi trabajo era presentarle a la fiscal de distrito las pruebas que encontrase. No proporcioné opiniones ni especulación. Solo recopilé pruebas y las entregué; el procedimiento fue muy bueno. Buscar las pruebas, registrarlas; conseguir las órdenes de registro, ejecutarlas. Todo lo hice siguiendo el reglamento.

»Lo que no se me daba bien era la politiquería de nuestro sistema de justicia. La fiscal de distrito era una mujer llamada Maggie Greenwald. Tenía reputación de ser una fiscal muy aguerrida que iba camino a la cima. Era agresiva, exigente y tenía aspiraciones políticas que iban mucho más allá de la fiscalía. Los rumores decían que sería la próxima procuradora general o gobernadora. Pero para llegar a eso y conseguir el apoyo necesario para abrirse camino en serio, necesitaba destacarse como fiscal,

aparecer en los medios. Sales en los periódicos cuando resuelves los casos rápidamente. Y si te llega un caso de alto perfil, pues mejor todavía. Maggie Greenwald estuvo encima del caso de Cameron Young desde el comienzo y quería que se resolviera rápido. Me eligió a mí para liderar la investigación. Fui elegido a dedo, lo que me hizo sentir orgulloso. Me tomé la responsabilidad muy en serio.

—Roman Manchester, el abogado de Victoria Ford, me contó que Maggie Greenwald tenía la habilidad de… ¿cómo lo describió? Hacer encajar pruebas cuadradas en agujeros redondos.

—Yo no lo sabía cuando me eligió para estar a cargo de la investigación. No lo supe hasta después de dejar la Oficina para pasar al FBI. Ella se metió en algunos problemillas.

—Pues resulta que le quitaron la licencia para ejercer por ocultar pruebas, así que fueron más que problemillas.

Walt asintió.

—Una de sus condenas más importantes terminó anulada cuando se encontraron pruebas nuevas de ADN. El acusado había pasado años en la cárcel. Y no fue solamente que aparecieran pruebas nuevas. El asunto fue que habían estado allí desde el principio. Greenwald las ocultó. La única razón por la que afloró la verdad fue porque su asistente tuvo remordimientos y la delató.

—¿Ocultó pruebas?

—Sí.

—¿Cómo podía mirarse al espejo sabiendo que había enviado a un hombre inocente a la cárcel?

—Muchos fiscales creen que las cartas siempre están en su contra. Ven que acusados que son culpables salen en libertad por tecnicismos. Ven que casos muy sólidos van en la dirección opuesta debido a la duda razonable, por más poco razonable que les parezca a ellos. Por eso, algunos de ellos intentan nivelar el campo de juego.

—¿Mintiendo? ¿Ocultando pruebas?

—A veces. Y Maggie Greenwald estaba decidida a hacerse un nombre. Desde que el informante salió a la luz, algunos de sus casos más sonados se anularon después de que se encontraran pruebas que habían sido ocultadas. La fiscalía general del Distrito Sur de Nueva York tomó cartas en el asunto e inició una investigación formal. Citaron por orden judicial todos sus casos y sus registros. Descubrieron otros cuatro casos en los que ella había intentado

hacer desaparecer pruebas, o en los que ocultó pruebas durante la investigación. Eso bastó para que le quitaran la licencia y puso fin a su carrera legal y política. El Proyecto Inocencia y otros grupos defensores de prisioneros condenados injustamente están investigando todos sus fallos.

—¿El de Ford no era uno de ellos?

—No —dijo Walt—. En primer lugar, a Victoria nunca la condenaron formalmente, así que no hay nada que anular. Y en segundo lugar, por desgracia, como no hubo condena a nadie le importa.

—A mí sí me importa.

—Lo sé.

—Y a Emma Kind también.

—También lo sé. Y tiene mucha suerte de que te hayas puesto a revisar el caso. Solo quería que entendieras por qué los archivos que te enseñé ayer no contaban toda la historia. Esta caja —Walt señaló la mesa— había estado en poder de la fiscalía hasta que la Oficina del fiscal general de Estados Unidos solicitó por citación judicial todos los expedientes de Greenwald. Revisaron cada uno de ellos, pero no investigaron el caso contra Victoria Ford. El Distrito Sur de Nueva York le devolvió esta caja a la Oficina de Investigación Criminal, donde ha estado guardada durante años. Y ahora, cuando reviso la información, no puedo menos que pensar que para un homicidio de tan alto perfil, me eligieron a mí para comandar la investigación. Maggie Greenwald solicitó que fuera yo. En aquel momento, me sentí honrado. Pensé que había dado tan buena impresión que me eligió por mi talento. Pero un poco de tiempo y de perspectiva me dicen que tal vez me eligió porque era joven e inexperto y porque podría manipularme de una manera tal que un detective más experimentado no habría permitido.

—No hiciste nada mal, Walt. Seguiste el rastro de las pruebas y nadie puede criticarte por eso. No pusiste pruebas falsas. Y mucho menos ocultaste pruebas reales. La escena del crimen que encontraste te llevó a Victoria Ford. No por corazonadas ni especulación, sino por pruebas respaldadas por la ciencia forense. No cometiste errores. No manipulaste pruebas.

—No. Pero me pregunto si no me habrán manipulado a mí. Este caso se hizo humo después del 11S, y cuando las cosas se calmaron,

todo el mundo había seguido con su vida. Enseguida después, me reclutaron para el FBI y nunca volví a pensar demasiado en el asunto. Pero ahora, veinte años después, con lo que tú y yo hemos descubierto, comienzo a preguntarme si no acusaron a una mujer muerta de asesinato cuando, en realidad, era inocente.

El relato de que veinte años atrás una ambiciosa fiscal de distrito había acusado a la mujer errónea por la muerte de Cameron Young empezaba a desplegarse en la mente de Avery. No tenía manera de demostrar quién había matado a Cameron Young, solo que había una posibilidad bastante real de que no hubiera sido Victoria Ford. Avery sabía que a su audiencia se le haría agua la boca ante cada detalle. Y el asunto iba a ponerse todavía más jugoso.

Walt recogió las carpetas y las fotos y volvió a guardarlas en la caja.

—Hay una cosa más que encontré en esta caja de pruebas perdidas —dijo, y levantó una bolsa de plástico para pruebas. Dentro había una memoria USB.

—¿Qué es?

—El vídeo sexual de Cameron Young y Victoria Ford.

CAPÍTULO 47

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

—Han pasado veinte años —dijo Walt, con la bolsa para pruebas en la mano—, pero todavía lo recuerdo vívidamente.

—Tengo que verlo —dijo Avery.

—¿Estás segura?

—Sí. Necesito ver si algo de esto se puede emitir en el horario de mayor audiencia.

—Por lo que recuerdo, tendrás que difuminar la mayor parte.

—Tengo un equipo técnico muy bueno y una productora todavía mejor.

—Trae tu ordenador.

Avery cogió su portátil del escritorio donde lo había dejado tras su reunión con Christine. La colocó sobre la mesa de café frente al sofá donde ambos estaban sentados. Walt introdujo la memoria USB en el puerto y abrió el archivo. El vídeo se inició.

—Por Dios —dijo Avery cuando el trasero desnudo de Cameron Young apareció en pantalla.

—Te dije que tendrías que difuminarlo casi todo.

Avery siguió mirando hasta que Victoria Ford apareció en pantalla. Frunció el entrecejo cuando vio el atuendo de dominatriz completo, con gargantilla y muñequeras con pinchos. Los pechos de Victoria asomaban por los agujeros del vestido de cuero que llevaba.

—¿Cuántas veces lo has visto?

—Solo una —dijo Walt—. Y nada más que una parte. Una vez que identificamos a Victoria Ford, me fui a interrogarla.

Avery observó en silencio, atónita, como Victoria Ford caminaba de un lado a otro junto a su vulnerable prisionero. Le costaba identificar a la mujer que Emma Kind había descrito y a la que ella

había escuchado en el contestador automático con la mujer que veía en el vídeo. Contuvo el aliento cuando vio que Victoria levantaba el objeto con flecos que tenía en la mano derecha.

—¿Qué es eso?

—Creo que se lo llama látigo azotador —dijo Walt—. Ese látigo, o uno similar, es lo que causó las marcas violentas que se vieron en el cadáver de Cameron Young durante la autopsia. ¿Quieres que lo apague?

—No. Entonces, ¿fue así como descubriste que tenían una aventura?

Walt asintió.

—Sí. Por los accesorios que encontramos en la escena del crimen nos dimos cuenta de que Cameron Young había tenido al menos una noche de sexo peligroso. Su mujer afirmó, cuando la entrevisté por primera vez, que Cameron y ella nunca habían participado en ninguna clase de prácticas sexuales sadomasoquistas. Cuando descubrimos el vídeo pudimos centrarnos en Victoria Ford como su amante.

Avery ladeó la cabeza mientras miraba la pantalla y espiaba con mirada indiscreta a Victoria y a su amante.

—¿Dónde se grabó esto?

—En el estudio de Cameron Young.

—¿Por qué está tan mal centrado?

En el monitor, la acción se llevaba a cabo en el extremo derecho del encuadre, como si la cámara estuviera mal apuntada.

—No lo sé —dijo Walt—. Tal vez no tenían buenos productores como tú. Es un vídeo sexual casero, no una producción cinematográfica.

En la pantalla, Victoria Ford golpeaba con el látigo la espalda y los hombros de su amante. A Avery le pareció que su actitud era más juguetona que violenta. Observó cómo Victoria recorría el cuerpo de Cameron y volvía a golpear el látigo, esta vez en las nalgas y la parte superior de los muslos. Luego se detuvo.

—Un momento —dijo Avery—. Hazlo retroceder.

Walt miró la pantalla.

—¿El vídeo?

—Sí, hazlo retroceder un poco.

Walt pasó el dedo por la almohadilla y presionó la flecha de

retroceso hasta que la película retrocedió unos segundos.

—Allí —dijo Avery.

Observó la pantalla mientras Victoria hacía sonar el látigo sobre el trasero de Cameron Young. Cuando iba a golpearlo de nuevo, Victoria se detuvo y se inclinó hacia él para acercar su oreja a la boca de Cameron Young.

—Pon esa parte otra vez y sube el volumen —dijo Avery.

Walt volvió a hacer retroceder la película y subió el volumen. Esta vez, cuando Victoria golpeó con el látigo, se oyó la voz ahogada de Cameron Young. La palabra que dijo era difícil de entender, pero en cuanto la pronunció, Victoria bajó el látigo y se inclinó para hablar con él.

—¿Qué ha dicho él? —preguntó Avery.

Walt negó con la cabeza.

—No lo he entendido.

Rebobinó la película otra vez y ambos se inclinaron hacia delante para escuchar con atención. Sonó el silbido del látigo contra la piel. Luego Cameron Young dijo una sola palabra.

“Canela”.

—¿*Canela*? —dijo Walt—. ¿Ha dicho “canela”?

—Sí —asintió Avery.

—¿Y eso qué coño significa?

Avery lo miró.

—Es su palabra de seguridad.

Walt arqueó las cejas.

—Las parejas que practican sexo sadomasoquista eligen una palabra de seguridad, una palabra cualquiera que pronuncian cuando las cosas se ponen demasiado o peligrosas o duele mucho. Tan pronto como dicen esa palabra, el juego se termina.

En el monitor, Victoria Ford se agachaba junto a Cameron Young, dejaba caer el látigo al suelo y desabrochaba las correas que le sujetaban las muñecas a la parte inferior del caballo de disciplina. Un momento antes, estaba infligiendo lo que Avery interpretó como un castigo juguetón. Pero un golpe de látigo había ido demasiado lejos y rápidamente se terminó todo. Ahora ella le masajeaba la espalda.

—¿Estás bien?

La voz de Victoria resonó en los altavoces. Demasiado alto, ya

que Walt había subido el volumen al máximo unos segundos antes, intentando captar la voz amortiguada de Cameron Young. Rápidamente bajó el volumen. En la pantalla, Cameron Young bajó del aparato y él y Victoria se alejaron de la pantalla. Se oyó el ruido de una puerta que se abría, probablemente la del baño. El vídeo siguió en silencio.

—Él se asustó —dijo Avery—. Parecía todo bastante inocente hasta ese último golpe de látigo, que fue un demasiado lejos.

Walt se echó hacia atrás en el sofá y se pasó una mano por la barbilla. Finalmente, miró a Avery.

—O sea, que su juego de roles tenía límites.

—Por lo visto, sí. Lo que no cuadra con la escena del crimen y las marcas de violentos latigazos que tenía Cameron en el cuerpo.

Avery y Walt se quedaron contemplando el monitor. El caballo de disciplina era lo único que se veía en la pantalla. Victoria y Cameron habían desaparecido unos segundos antes.

—¿Por qué no pararon el vídeo cuando terminaron? —dijo Avery.

—¿Cómo dices?

—Supuestamente estaban creando un vídeo sexual para disfrutar viéndolo más tarde. Pero cuando las cosas fueron demasiado lejos y la diversión terminó, ¿por qué uno de ellos no apagó la cámara?

De pronto, la pantalla se volvió negra. Avery vio la expresión confundida de Walt cuando se inclinó hacia delante y tocó la almohadilla para rebobinar el vídeo hasta la parte donde Victoria y Cameron salían de escena. Señaló el cronómetro en la parte inferior de la pantalla y luego adelantó el vídeo hasta el momento en que la pantalla se ponía negra.

—Sesenta segundos —dijo Walt—. Exactamente sesenta segundos.

—¿Y eso qué significa? —dijo Avery.

—Las cámaras que se activan por movimiento comienzan a grabar cuando el sensor detecta movimiento y siguen grabando mientras lo haya. Cuando deja de haber movimiento, se desactiva el sensor y la cámara se apaga a los sesenta segundos.

Avery se quedó mirándolo y súbitamente lo entendió.

—Por eso la toma estaba descentrada. Ellos no sabían que los estaban grabando.

CAPÍTULO 48

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Ambos necesitaban un descanso después de ver el vídeo de Victoria Ford y Cameron Young. Avery fue al baño a refrescarse después de que Walt sugiriese que fueran a un bar a tomar algo. No era el vídeo lo que le había despertado el deseo de alcohol, sino las conclusiones a las que habían llegado mientras lo veían. Al verlo ahora, tan lejos de su papel como detective principal del caso y sin la enorme presión para encontrar respuestas que había sentido en aquel entonces, era fácil ver que había sido grabado en secreto. Era fácil ver que ni Victoria ni Cameron sabían que los estaban filmando.

Walt levantó la bolsa de plástico que contenía la memoria USB y leyó el rótulo que indicaba la fecha y la hora en las que se había registrado la prueba. El rótulo de la bolsa también incluía el lugar donde se había encontrado la memoria: el cajón del escritorio de la oficina de Tessa Young en la mansión de las montañas de Catskill. ¿Por qué, se preguntó Walt, Cameron Young filmaría un vídeo con su amante y luego lo guardaría en el cajón del escritorio de su mujer?

Combinadas con los otros problemas que él y Avery habían descubierto sobre el caso, las revelaciones del vídeo bastaban para hacerle creer que había fallado terriblemente en su primera investigación de homicidio. ¿Era peor que la acusada estuviera muerta en lugar de estar en la cárcel? De haber sido condenada a prisión, al menos existía la esperanza de que se pudiera hacer un mínimo de justicia presentando las pruebas nuevas e intentando anular la condena. En este caso, sin embargo, no había manera de hacer justicia con Victoria Ford. Las exoneraciones póstumas tenían el mismo valor que un décimo de lotería ganador un día después de

su vencimiento.

Walt sacó la memoria USB del ordenador y volvió a guardarla en la bolsa para pruebas. De pronto cayó en la cuenta de que con Avery en el baño, dos horas después de haber llegado al hotel Lowell, estaba solo en la habitación de ella. Seguía sentado en el pequeño sofá con el portátil de Avery abierta sobre la mesa de café delante de él. Miró a su alrededor. Estudió la cama donde se levantaban montones de papeles de la investigación de Avery. Vio que sobre cada montón había un libro de tapa blanda. Sobre el escritorio junto a la ventana había otra montaña de papeles. Junto al portátil, sobre la mesa de café, había páginas con información sobre la identificación de Victoria Ford.

Walt se llevó la mano al bolsillo de la camisa. Esta vez no solo tocó la delgada caja que estaba allí, sino que la sacó y la apretó en la mano. Sintió que el corazón se le aceleraba. El mero hecho de sostener los dispositivos de escucha le provocaba una reacción visceral. Los últimos tres años de su vida los había pasado atormentado por el engaño. Por los estragos que le había causado una mujer al ocultarle secretos y traicionarlo de una manera casi imperdonable. Mientras contemplaba los dispositivos, se preguntó si él era mejor que Meghan Cobb. Paseó la mirada por la habitación, desde la mesilla de noche donde estaba el teléfono y el reloj despertador, a la puerta cerrada del baño y de nuevo a la mesa de café delante de él. Mientras la parte analítica de su mente calculaba los lugares más estratégicos donde colocar los dispositivos de escucha —uno debajo del borde de la mesilla de noche, otro debajo de la mesa de café y el tercero en el baño por si Avery utilizaba el teléfono móvil allí— otra parte de su mente le gritaba que no lo hiciera.

Walt inspiró hondo, se masajeó la nuca y apoyó la caja metálica sobre el borde de la mesa de café. Estaba perdido en pensamientos contradictorios cuando vio la postal entre los papeles de la investigación de Avery. Parecía haber sido rota en pedazos y luego cuidadosamente pegada. Los pedazos encajaban, al menos para devolverle continuidad a la postal, pero los bordes estaban mal alineados y desiguales. Walt la levantó de la mesa y la inspeccionó. En el reverso de la tarjeta, estaba escrito un breve mensaje.

Para la única e incomparable Clari-Vidente,
paso el tiempo y miro los Eventos.
Me vendría bien un poco de compañía.

Al final de la postal, Walt vio tres números garabateados con descuido. Casi como si hubieran sido escritos a último momento.

777

Walt dio vuelta la tarjeta para examinar el frente. Las partes pegadas y unidas formaban una imagen de una cabaña de madera entre los árboles, cuyas hojas se habían vuelto anaranjadas por el otoño. Oyó el sonido de la puerta del baño. El ruido lo sobresaltó y la postal se le cayó al suelo y se metió debajo del sofá. Antes de que pudiera recuperarla, Avery apareció en el pasillo fuera del baño.

—¿Estás listo? —preguntó ella.

Walt se levantó rápidamente.

—Sí.

Su corazón latía a toda velocidad y le sudaba la frente otra vez. Tras cruzar la habitación hacia la puerta, pasó junto a Avery y salió al pasillo. Ella cerró la puerta y comprobó que quedara bien cerrada.

—¿Quieres volver a The Rum House? —preguntó.

Walt asintió.

—Sí, claro. Estupenda idea.

Entraron en el ascensor y Avery presionó el botón del vestíbulo. Cuando las puertas se cerraron, Walt vio nuevamente su imagen reflejada en el metal. Fue entonces cuando se dio cuenta de que había dejado la caja de metal que contenía los dispositivos de escucha en el borde de la mesa de café.

CAPÍTULO 49

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Un dúo —un pianista y un violinista— tocaba en una esquina del bar. Después de pedir las bebidas, Avery fue hasta allí a pedirles un tema. Walt se quedó sentado frente a la barra, tomando un ron Worth Park y pensando en el lío en que se había metido. Sentía que habían pasado semanas, no días, desde que había estado en esa taberna y había conocido a Avery Mason. En aquel entonces estaba ansioso por volver a sumergirse en una operación, sacar de su mente los pensamientos de la traición de Meghan Cobb y salir de la depresión y la ira en la que se encontraba. Cuando se sentó en ese bar el martes por la noche, Walt se sentía emocionado de que el FBI lo hubiera elegido para desempeñar un papel tan importante en un caso que los tenía desconcertados. Que Jim Oliver se hubiera esforzado tanto por encontrarlo y reclutarlo le había dado a Walt una razón de ser. Una sensación de que era necesario, algo que no había sentido en los últimos tres años de su vida. Ahora, no pudo evitar comparar la situación con cuando era un chico de veintiocho años y fue seleccionado para dirigir una investigación de homicidio de alto perfil. Por su mente cruzó la idea de que lo estaban manipulando de la misma manera que veinte años atrás. Se había dejado llevar por el romanticismo del asunto: un caso delicado, un objetivo importante y la gloria que vendría de una operación exitosa. Jim Oliver lo había convencido de que si tenía que dejar de lado su ética y reprimir cualquier objeción moral que surgiera, simplemente sería parte del trabajo. Y ahora Walt había metido la pata de la peor manera. Estaba durmiendo con la mujer que estaba bajo su vigilancia. Y lo que era peor aún, sentía algo por ella.

Había sentido el peso abrumador de la culpa sobre los hombros en el camino de vuelta desde el hotel de Avery. Walt se esforzaba

por convencerse a sí mismo de que no había tenido sexo con Avery con el único propósito de sacarle información. Fue espontáneo e imprevisto. Sucedió en el calor del momento. “Pero eso fue entonces y esto es ahora”, pensó. La forma en que se desarrollaría el resto de la velada lo puso nervioso. Había dejado los dispositivos de escucha sobre la mesa de café en su habitación y no tenía otra opción que volver para recuperarlos. Una vez allí, lo inevitable probablemente sucedería. Sería entonces cuando Walt Jenkins, en su propia mente, habría cruzado la línea.

Además de culpa, sentía una combinación de curiosidad y confusión sobre cómo podría terminar su relación con Avery de otra manera que no fuera un desastre. Estaba en una operación organizada por el FBI y coreografiada para que su vida se cruzara intencionadamente con Avery Mason, también conocida como Claire Montgomery, con el propósito expreso de engañarla haciéndole creer que estaba interesado en su historia sobre Victoria Ford. Mientras tanto, su verdadero objetivo sería adentrarse lo suficiente en su vida personal como para encontrar una pista que arrojara luz sobre el paradero de su padre. Toda la situación planteaba la pregunta de si Walt era mejor que Meghan Cobb.

—He aquí un hombre perdido en sus pensamientos. —La voz de Avery lo sacó de su ensoñación.

Walt le sonrió.

—Estaba distraído, nada más.

Avery abrió los ojos con entusiasmo y se llevó un dedo a la oreja cuando el dúo de músicos empezó a tocar *The Weight*, de The Band.

—Acabo de pedirles esta canción.

—Gran tema —dijo Walt, y se volvió para mirar por encima del hombro a los músicos—. Nunca la había escuchado tocada con un violín. Suena bien.

Avery se sentó en el taburete junto a él.

—¿En qué estabas pensando?

“Una pregunta capciosa”, pensó Walt. Hizo girar su vaso unas cuantas veces antes de responder.

—En el extraño camino de la vida —dijo finalmente—. Estaba pensando en cómo llegamos cada uno a este punto en nuestra vida. Sentados aquí juntos, en esta ciudad vacía.

—Se lo puede describir como extraño, sí —dijo Avery, y tomó

un sorbo de vodka—. Aunque en realidad, “retorcido” sería una palabra mejor.

—¿Tan malo es tu camino?

—No es malo, solo complicado —dijo Avery—. Se suponía que iba a ser abogada en el bufete de mi padre. Salir en televisión nunca fue parte de mi plan quinquenal.

—¿En serio? ¿Cómo sucedió lo de *Eventos Nacionales*?

—Por accidente.

Walt notó su pausa, como si ella hubiera querido decir algo, pero lo hubiera pensado mejor. Sintió un repentino impulso de contarle a Avery todo lo que sabía sobre ella, todo lo que había leído en el expediente que Jim Oliver le había entregado. Quería decirle que lo sabía todo sobre la familia Montgomery. Que sabía que su madre y su hermano habían muerto y que su padre había desaparecido estando bajo acusaciones federales. Que lo sabía todo sobre su pasado y que ella no necesitaba pasar por el doloroso proceso de compartirlo con él o decidir qué no contarle. Que él no era la persona que ella creía que era, sino alguien mucho peor. Antes de que los pensamientos de Walt se convirtieran en palabras, Avery volvió a hablar.

—Tu historia sobre Meghan la otra noche me hizo pensar que tú y yo tenemos mucho en común.

—¿En qué sentido?

—Ambos nos hemos escapado. Solo que tú te ocultaste mejor que yo.

Walt no dijo nada, esperó a que ella continuara.

—Llevas en Nueva York, ¿qué, una semana? ¿La has llamado? ¿Sabe Meghan que estás en la ciudad?

La conversación había dado un giro repentino que Walt no esperaba. Negó con la cabeza.

—No.

—¿Por qué?

—Tal vez porque no estoy listo para llamarla.

—¿De qué estás huyendo?

—¿De qué estás huyendo tú?

Que lo presionaran sobre su relación con Meghan le había dado un tono duro a su voz. Estaba a punto de disculparse cuando Avery volvió a hablar.

—¿Has oído hablar alguna vez de Garth Montgomery?

Walt nunca había sido un buen jugador de póquer y disimular no era su fuerte. Estaba seguro de que la expresión de sorpresa en su cara cuando Avery mencionó a su padre no le había pasado inadvertida. Aun así, hizo todo lo posible para reponerse.

—¿El Ladrón de Manhattan?

—Mierda —dijo ella, riendo—. Había olvidado ese apodo. Pero sí, me refiero a él.

—¿Qué pasa con él?

—Es mi padre.

Walt parpadeó varias veces, pero no pudo pensar en una pregunta razonable que hacer.

—Mi verdadero nombre es Claire Montgomery. Claire Avery Montgomery. Cuando me trasladé a Los Ángeles para escribir para el *Times* usé *Avery Mason* como seudónimo. Y se quedó para siempre.

Walt negó con la cabeza.

—Empieza desde el principio.

—Después de que arrestaran e imputaran a mi padre, tuve que irme de Nueva York. Además de robarles miles de millones de dólares a personas inocentes, mi padre también tenía una doble vida con otra mujer. No sé por qué lo odio más. Pensar que el hombre que solía llamarme la *Clari-Vidente*, el apodo que me puso por mi supuesta habilidad para ver a través de sus patrañas, tenía una vida secreta lejos de su mujer y sus hijos que fue una traición peor que cualquier cosa que pudiera haber robado.

Walt recordó la postal rota y vuelta a pegar con celo que había encontrado en la habitación de Avery. El mensaje había estado dirigido a la única e incomparable *Clari-Vidente*.

—Yo sabía que mi título de abogada no valía nada. Ningún bufete respetable iba a contratar a la hija de Garth Montgomery. Así que me aferré a mi título de periodismo. Me fui a vivir a California y conseguí un trabajo en el *LA Times*. Hice unos descubrimientos que sirvieron para resolver el caso de un niño desaparecido en Florida y eso llamó mucho la atención. Me invitaron a aparecer en *Eventos Nacionales* para contar la historia. Mack Carter y yo conectamos. Pronto pasé a ser presentadora invitada una vez a la semana, cubriendo otros casos de personas desaparecidas y cosas

por el estilo.

—Como Avery Mason.

Ella asintió.

—Encontré mi nicho con una extraña combinación de casos morbosamente fascinantes y otros verdaderamente inspiradores.

—Como el de la mujer que cayó al lago y logró salvar a sus cuatro hijos.

Avery sonrió.

—Eres un verdadero seguidor del programa.

Walt asintió. Esperó a que ella continuara.

—El verano pasado, Mack Carter murió mientras trabajaba sobre un caso y HAP News me eligió para reemplazarlo. Acepté porque de ninguna manera iba a rechazar esa oportunidad. Ha pasado un año desde entonces y se han contado muchas historias sobre mi éxito tras ocupar el lugar de uno de los presentadores de programas de noticias y actualidad más queridos de la televisión. Me encontré en esta especie de ciclón del que no podía salir. Aún no han establecido la conexión con mi padre, pero tarde o temprano alguien lo hará. —Avery levantó su vaso de vodka—. Así que… de eso estoy huyendo.

—¿Nadie sabe lo de tu padre? —preguntó Walt.

—La gente lo sabe, sí. Viví veintinueve años como *Claire Montgomery*, me hice una vida y eché raíces. Todavía soy *Claire Montgomery*. He recibido mensajes de muchos amigos y antiguos compañeros de clase que ven el programa. La cadena me envía los cheques a nombre de Claire Montgomery. Es un apellido lo suficientemente común como para que nadie importante haya establecido todavía la conexión. Pero ocurrirá. En algún momento ocurrirá. La única razón por la que no ha sucedido aún es porque mi popularidad es muy reciente y llegó muy rápido. Si sumas a todas las personas que me conocen como la hija de Garth Montgomery, ¿cuántas serían? ¿Unas doscientas? ¿Mil? ¿Conocemos personalmente a mil personas cada uno? La audiencia de *Eventos Nacionales* que me conoce como Avery Mason es de quince millones.

—¿Qué pasará cuando se sepa?

—No lo sé. Tal vez nada. Tal vez lo pierda todo. Acabo de terminar mi primera temporada entera como presentadora de

Eventos Nacionales. No ha habido demasiado tiempo para que aflore mi pasado. Pero la realidad es que no puedo ocultar casi treinta años de vida.

—¿Y por qué lo harías? No necesitas esconderte de nada. ¿Así que tienes un padre de mierda? Bienvenida al club.

Avery se rio.

—El mío es más de mierda que la mayoría. Y tristemente célebre, además.

—¿Y qué? Nada de aquello fue culpa tuya. Ninguno de sus pecados es un reflejo tuyo. Eres una periodista de investigación que tiene un programa increíblemente exitoso. ¿Por qué guardas secretos?

—No era mi intención ocultar nada. De verdad. Todo sucedió tan rápido que no he tenido tiempo de enderezar el timón.

—Entonces, toma el toro por las astas y ponte delante de los hechos. Esa es la manera de manejar estas cosas, y se resuelven rápidamente. Que exista esa parte de tu pasado no es el problema, ocultarla sí lo es.

—Es lo que planeo hacer. Ponerme delante de los hechos. Pero…

Walt esperó.

—Pero ¿qué? —volvió a preguntar.

—Pero antes tengo que encargarme de algunas cosas.

CAPÍTULO 50

Manhattan, Nueva York

Domingo 4 de julio de 2021

Eran las 21.30 cuando salieron del The Rum House. No hablaron del siguiente destino, pero se dirigieron nuevamente al hotel Lowell. Mientras caminaban, oyeron un estallido detrás de ellos, se volvieron y vieron los trazos en cascada de fuegos artificiales que se arqueaban a lo lejos. El espectáculo de fuegos estaba montado cerca del puente de Brooklyn y se lanzaba desde barcazas en el East River. Un cohete giratorio se disparó hacia el cielo y se expandió en una brillante explosión. El estruendo distante llegó un segundo después, retrasado por tener que recorrer la mitad de la isla de Manhattan para alcanzarlos. Se quedaron mirando en silencio durante un minuto. Walt sintió que Avery le cogía la mano y entrelazaba los dedos con los suyos. Después de unos minutos, se volvieron y regresaron al hotel de Avery.

Cuando llegaron a la puerta principal, Avery tiró de su mano y él la siguió dentro. El ascensor los llevó hasta el octavo piso. Walt sintió que la camisa volvía a pegársele a la espalda y se apresuró a secarse la frente con el dorso de la mano. Siguió a Avery por el pasillo y se quedó detrás de ella mientras abría la puerta. Cuando la siguió dentro de la habitación, vio la delgada caja metálica en el borde de la mesa de café. Para él, era tan obvia como si hubiera otra persona esperándolos en la habitación.

—Ponte cómodo —dijo Avery—. Saldré enseguida.

Tan pronto como la puerta del baño se cerró, Walt soltó el aire, aflojó los hombros y bajó el mentón al pecho. Se apresuró a recuperar la caja. Si planeaba colocar los micrófonos, ese sería el momento para hacerlo. Tardó solo una fracción de segundo en decidir que no lo haría. No permitiría que se grabaran las conversaciones privadas de Avery. Jim Oliver podía irse a la

mierda. Guardó la caja en el bolsillo justo cuando Avery salía del baño.

Walt miró el reloj.

—¿Sabes qué? Creo que debería irme.

Avery se acercó a él y apoyó las manos sobre su pecho. Lo besó en los labios y toda la culpa y el temor que Walt había sentido hacía unas horas se evaporaron. La atrajo hacia sí para que sus caderas se tocaran, luego la levantó del suelo y la llevó unos pasos en brazos hasta que se dejaron caer sobre la cama. Las páginas de los manuscritos de Victoria Ford volaron como confeti por el aire. Ninguno de los dos se dio cuenta.

CAPÍTULO 51

Manhattan, Nueva York

Lunes 5 de julio de 2021

Corrieron por los senderos del Central Park el lunes por la mañana. Cuando se despertaron, media hora antes, la incomodidad de la mañana anterior había desaparecido. Avery no sentía la necesidad de escapar furtivamente. En cambio, se inclinó sobre el cuerpo de Walt y le susurró al oído:

—Necesito correr.

Walt entreabrió un ojo.

—¿Es tu forma de echarme?

—No, solo que no quiero que pienses que me ha escapado de nuevo. ¿Quieres venir?

—Tendré que ir a buscar unos pantalones cortos y unas zapatillas a mi hotel.

—Nos vemos en Central Park, en Columbus Circle en veinte minutos.

Mientras corrían más tarde, Avery vio que los senderos estaban más concurridos de lo que lo habían estado durante el fin de semana. El martes marcaría el regreso a la normalidad y pronto la ciudad estaría tan llena como siempre. Sintió un tinte de agria melancolía en el estómago. El fin de semana había sido como una especie de oasis que les pertenecía solo a ellos dos; había empezado con la cena en Keens y, lamentablemente, terminaría esa mañana. Además de revisar el caso de Cameron Young, habían compartido secretos dolorosos sobre su pasado. Sin contar a Connie Clarkson, Walt era la primera persona con la que Avery había hablado sobre su padre. No se mostró sorprendido, asustado ni horrorizado, ni ninguna de las otras reacciones que Avery imaginaba que tendrían las personas cuando se enteraran de quién era su padre. Finalmente, Avery entendía la verdad: que la reacción de Walt era normal. Los

crímenes de su padre no eran un reflejo de quién era ella.

Terminaron de correr a las nueve y cada uno volvió a su hotel para ducharse y cambiarse. Avery llegó al restaurante primero y la llevaron a una mesa para dos en la terraza exterior. Tomó unos sorbos de café y deslizó el dedo por el teléfono. Christine Swanson había investigado lo que ella le había pedido que averiguara sobre Natalie Ratcliff. Christine creía solo en dos maneras de comunicarse: mensajes de texto o reuniones cara a cara. Por eso, cuando Avery revisó su teléfono, lo encontró lleno de interminables mensajes de texto de Christine que contenían enlaces a artículos e historias sobre Natalie Ratcliff, su marido y su adinerada familia, junto con los comentarios de Christine. Mientras Avery deslizaba el dedo por la pantalla, descubrió que Natalie Ratcliff escribía libros por el puro placer de contar historias, no por ninguna razón económica de mantener a su familia. Sus suegros tenían más que resuelta la vida. Los Ratcliff eran dueños del segundo conglomerado de líneas de cruceros más grande de Estados Unidos, el cuarto más grande del mundo y también lo dirigían. Pero a diferencia de los otros gigantes de la industria, Cruceros Internacionales Ratcliff era de propiedad privada, sin dinero externo.

Avery deslizó el dedo por los mensajes de texto y encontró un enlace a la lista de los estadounidenses más ricos de la revista *Forbes* en 2019. El clan Ratcliff ocupaba varios lugares. El esposo de Natalie, Don Ratcliff, tenía un patrimonio de mil cuatrocientos millones de dólares; el lujoso apartamento en One 57 de repente tenía más sentido para Avery. El suegro de Natalie, director ejecutivo de Empresas Ratcliff desde hacía mucho tiempo, tenía un saludable patrimonio de tres mil quinientos millones de dólares. Avery levantó la mirada del teléfono, tomó un sorbo de café y pensó en su idea descabellada sobre Natalie Ratcliff y su amiga, Victoria Ford. Mientras meditaba sobre las posibilidades y trataba de atar cabos, vio a Walt caminando por la acera hacia la entrada del restaurante. Se había cambiado los pantalones cortos y la camiseta sudada por unos pantalones de algodón y una bonita camiseta. Tenía el aspecto de un hombre que se mantenía en forma y Avery volvió a notar lo atractivo que era. No por primera vez en ese fin de semana, Avery se preguntó qué narices estaba haciendo.

—¿Cómo dices? —preguntó la camarera.

Avery, consciente de repente de que había hablado en voz alta, carraspeó.

—Ah, nada. Lo siento. Es que… —Giró la taza de café frente a ella—… mi compañero de desayuno acaba de llegar.

"¿Compañero de desayuno?".

La camarera sonrió y sirvió café de la cafetera que llevaba. Avery vació dos envases leche crema en el café de Walt y lo revolvió mientras sus pensamientos seguían corriendo a toda velocidad. Había venido a Nueva York en busca de un pasaporte falso que le daría el hombre con quien la habían puesto en contacto, llamado André. La única persona, le habían dicho, a quien se podía encomendar esa tarea. André no tenía modales elegantes, le habían dicho a Avery, pero podía confiar en él y debía escuchar lo que él le dijera. Había viajado a Nueva York con el pretexto de perseguir la historia de Victoria Ford. Ambos proyectos estaban en pleno desarrollo actualmente y requerirían gran parte de su concentración. Sin embargo, aquí estaba, empezando una relación con un hombre que vivía en Jamaica y que volvía a Nueva York una vez al año para exorcizar los demonios que aún lo atormentaban de una relación anterior. Si existiera un manual para el fracaso, Avery lo estaba siguiendo. Aun así, no podía evitar que las imágenes de la noche anterior se le aparecieran en la mente. Sacudió rápidamente los recuerdos al ver a Walt dirigirse a la terraza al aire libre. Él sonrió cuando la vio.

Mientras se sentaba frente a ella, Avery retiró la cuchara de la taza de café de Walt.

—Dos de leche, sin azúcar —dijo.

Walt la miró con expresión curiosa.

—Buena suposición. Pero ¿y si tomara el café solo?

—No lo toma así.

Walt la miró con el entrecejo fruncido.

—Es algo raro. Presto atención cómo toman el café las otras personas. Vi dos envases vacíos de leche junto a la cafetera de tu habitación de hotel el sábado. Los sobres de azúcar estaban intactos.

Walt asintió lentamente.

—Rarísimo, pero de alguna manera me gusta.

La camarera se acercó y pidieron el desayuno.

—Las calles se están llenando —dijo Walt, observando a las personas que pasaban frente al café y el tránsito en la calle.

—Lo sé. Me da un poco de tristeza. La ciudad parecía pertenecernos solo a nosotros durante los últimos días. Ahora todos están volviendo para entrometerse.

—Hemos logrado muchas cosas. Y ahora que nuestro fin de semana ha terminado, tenemos que decidir cómo seguimos. Este es tu proyecto, Avery. Yo solo accedí a brindarte acceso a los expedientes del caso. Pero hemos encontrado deficiencias graves en la investigación y ahora siento la obligación de hacer más. Quiero ponerme en contacto con algunas personas y hablar de lo que hemos descubierto. No sé dónde puede llevarnos, pero el caso de Cameron Young técnicamente sigue abierto. A un fiscal de distrito, congresista o senador podría importarle lo suficiente como para hacer que destine recursos al asunto. Puedo hablar con mis contactos y ver si alguien quiere escucharlo.

—Sería genial. Valoro todo lo que puedas hacer. Y Emma Kind estará encantada. Pero a pesar de todo lo que descubrimos este fin de semana, no puedo dejar pasar el hecho de que se encontrara sangre de Victoria en la escena. No importa cuántas lagunas encontremos en la investigación ni cuántos otros posibles sospechosos encontremos, la sangre es un obstáculo difícil de superar. Tanto si intentamos reabrir el caso o si solo lo cubro en *Eventos Nacionales*, la sangre es un problema.

»»Hablé con Livia Cutty ayer por la mañana para preguntarle sobre la ciencia detrás de las pruebas de ADN. Me dijo que si el ADN de la sangre de la escena coincide con la muestra de ADN tomada del hisopado bucal de Victoria, es su sangre. Cien por cien seguro o casi. Así que podríamos demostrar que Victoria no se cortó con el cuchillo, pero eso no descarta que la sangre en la escena le pertenezca.

—¿Sabes? Empecé a sospechar este fin de semana, pero esta mañana estoy convencido —dijo Walt—. Hay algo que nos falta y creo que sé quién podría ayudarnos a encontrarlo.

—¿Quién?

—Bueno, digamos que es un viejo amigo. Lo he localizado y está dispuesto a reunirse conmigo. Iré para allá después del desayuno.

—¿Es por la sangre?

—Y algunas otras cosas. ¿Qué te parece si seguimos nuestras pistas durante un par de días y volvemos a hablar más adelante esta semana? Veamos qué descubre cada uno.

—Perfecto —dijo Avery.

Necesitaba tiempo y espacio en los próximos días. Además de sus sospechas sobre Victoria Ford y lo que acababa de leer sobre la familia de Natalie Ratcliff, tenía que volver a Brooklyn para ver si André había conseguido el pasaporte.

Después del desayuno, permitió que Walt la acompañara hasta el hotel. Aunque no podía reconocer qué era, algo parecía diferente. Tal vez eran las aceras, que poco a poco se iban llenando, y la sensación de que la masa de personas que volvía a la ciudad le estaba robando la tranquilidad que había encontrado en los últimos días. O tal vez era la incertidumbre sobre cómo Walt y ella continuarían después de terminar de trabajar juntos.

Sea lo que fuera, la embargó una sensación de desasosiego después de despedirse de Walt con un beso y entrar en el Lowell. En el ascensor, presionó el botón del octavo piso. Mientras esperaba que las puertas se cerraran, Avery vio a Walt fuera, en la acera. Levantó la mano y lo saludó justo cuando las puertas del ascensor se cerraron y le devolvieron el reflejo de su imagen. Una sensación inquietante se extendía desde el fondo de su estómago, extraña y ajena. Trató de atribuirla a la realidad de que su fin de semana había terminado. Sin embargo, una hora después, todavía no podía quitarse de encima la sensación de que algo iba mal.

CAPÍTULO 52

Manhattan, Nueva York

Lunes 5 de julio de 2021

Walt condujo por el túnel Queens-Midtown y cruzó el East River. Forest Hills era una pequeña comunidad en Queens donde había localizado al hombre que buscaba. No solo se sorprendió de que el doctor Jarrod Lockard, el patólogo que había realizado la autopsia de Cameron Young, lo recordara, sino también de que estuviera deseando reunirse con él. Veinte años atrás, Jarrod Lockard era conocido como “el Mago” por su habilidad para diseccionar un cadáver y encontrar mágicamente las pistas que había dejado.

Walt imaginaba al médico ahora, dos décadas después, como un anciano encorvado que vivía solo, sin haber podido casarse nunca porque muchos de sus días habían sido pasados tan cerca de la muerte que era imposible establecer conexiones significativas con los vivos. Sintió un aleteo nervioso en el estómago ante la idea de ver al médico después de tantos años, pero no se le ocurría nadie que pudiera responder mejor la pregunta que se había hecho al revisar los archivos perdidos de Cameron Young.

Condujo por la calle Austin y atravesó el centro de la ciudad, pasando por edificios de estilo Tudor que bordeaban la pintoresca zona comercial. Giró en una tranquila calle lateral y encontró la casa del doctor Lockard: una residencia de dos pisos de estilo inglés con entramado de madera que parecía bien cuidada. Aparcó en el camino de entrada y se dirigió hacia la puerta principal, donde pulsó el timbre y se secó las palmas sudorosas en los pantalones. Cuando se abrió la puerta, Walt sintió que estaba dentro de una máquina del tiempo. Jarrod Lockard estaba igual a como Walt lo recordaba. Aun lucía una cabellera blanca y salvaje que parecía imposible de domar, incluso para el peluquero más experimentado. Si esa característica lo avergonzaba, Lockard no lo demostraba. A

sus setenta y tantos años, su cara tenía los mismos pliegues cavernosos que se curvaban como paréntesis alrededor de sus labios y acentuaban los carrillos que caían como glaseado derretido.

—Doctor Lockard. Soy Walt Jenkins.

Los labios del doctor Lockard se distendieron levemente, lo más parecido a una sonrisa que se podía esperar. Walt recordaba cómo ninguno de los detectives de la Oficina de Investigación Criminal había sido capaz de leer el estado de ánimo de Jarrod Lockard. Su expresión facial nunca dejaba entrever nada y siempre parecía estar asistiendo al funeral de su madre.

—Detective. Cuánto tiempo.

El doctor Lockard le tendió la mano. Walt se la estrechó, nervioso, y recordó que hacerlo era como apretar una esponja mojada.

—Veinte años —dijo Walt.

—Pues parecen haberte tratado bien.

—Lo mismo digo. —Walt le soltó la mano—. Usted está exactamente igual, de verdad.

—O sea, que cuando trabajamos juntos hace dos décadas, yo parecía un hombre de setenta años.

—No —dijo Walt y se atragantó con su propia saliva—. Quise decir…, tiene buen aspecto…

El doctor Lockard se quedó mirándolo en silencio.

—No. Nada —dijo Walt, tratando de evitar el momento de incomodidad—. Se lo ve muy bien.

—¿Y qué es lo que te preocupa, detective?

—Un viejo caso en el que trabajamos juntos.

El médico asintió.

—Adelante. Pasa.

Walt lo siguió dentro de la casa.

—Toma asiento —dijo el doctor Lockard cuando entraron en la cocina. La casa estaba silenciosa, desierta, inquietante.

—¿Quieres beber algo? Tengo café caliente.

—Perfecto —respondió Walt.

Jarrod Lockard sirvió dos tazas de café y se sentó con Walt delante de la isla de la cocina.

—¿En qué puedo ayudarte?

Walt tomó un sorbo de café, sintiendo la mirada de Lockard

sobre él. Trató de controlar el nerviosismo irracional que le causaba estar sentado en su cocina.

—¿Recuerda el caso de Cameron Young?

El doctor Lockard se encogió de hombros.

—Cameron Young. Mi escritor muerto favorito. Algo recuerdo, sí. Pero fue hace mucho tiempo y ya hace diez años que estoy jubilado. Me cuesta recordar dónde he dejado mis pantuflas.

Cuando estaba por refrescar la memoria del médico, Walt se sobresaltó al ver que un gato burmés subía de un salto a la isla, tan repentinamente como si se hubiera materializado del aire. Se deslizó por el borde de la encimera, con la espalda arqueada y la cola levantada como una serpiente a punto de atacar. Los ojos verdes como el jade brillaban desde las profundidades de la cara negra del gato; las pupilas verticales miraban a Walt como si fuera un intruso.

—Walt —dijo el doctor Lockard, alargando el brazo hacia el gato—. ¿Dónde están tus modales?

Walt, boquiabierto, miró al gato y luego al doctor Lockard.

—¿Tiene un gato llamado Walt?

El doctor Lockard acarició el lomo del gato, que ronroneó suavemente.

—Pura coincidencia, detective. No me he casado, así que en vez de compañera, tengo una casa llena de gatos. Y hay solo una cantidad limitada de nombres.

Walt paseó la mirada por la cocina, imaginando ojos de felinos mirándolo desde las sombras.

El doctor Lockard miraba a Walt, impávido, mientras seguía acariciando al gato. Finalmente, sus labios se curvaron en una sonrisa casi imperceptible.

—Te estoy tomando el pelo, detective.

Walt no se movió, confundido.

—¿El gato no se llama igual que yo?

—No. Este es Mortimer. Es el único gato de la casa y no soporto al maldito animal. —El doctor Lockard levantó al gato y lo dejó caer al suelo donde bufó antes de desaparecer—. Mi mujer y yo se lo estamos cuidando a nuestra hija, que se ha ido de puente. Pero vendrá a buscarlo esta mañana. En cualquier momento, de hecho. Así que deja de comportarte como una reina de la fiesta que se ha

cagado en el vestido y dime qué es lo que necesitas, detective, antes de que mis nietos invadan la casa. Porque una vez que lleguen no podré hablar de escritores muertos hace veinte años.

Walt finalmente sonrió.

—No soy tan intimidante como cree, detective. Pero mi mujer detesta que hable de antiguos casos.

—Entendido —dijo Walt; se llevó una mano al bolsillo interior de la chaqueta y sacó un papel.

—Estoy revisando el caso de Cameron Young.

—¿Por qué?

—Es una larga historia. El programa de televisión *Eventos Nacionales* tiene pensado producir un documental sobre el caso y estoy haciendo de consultor en el proyecto. Me topé con algo y quería su opinión al respecto. —Walt colocó el papel sobre la encimera y lo señaló—. Encontré este informe forense… digamos que no oculto, precisamente, pero tampoco disponible durante la investigación.

El médico miró a Walt con los ojos entornados.

—¿Quién era el fiscal?

—Maggie Greenwald.

—Ah, no me digas nada más. La famosa Maggie. Tenía un talento especial para hacer desaparecer pruebas.

—Sí, por desgracia. Y este caso, debido a lo inusual de sus circunstancias, no llegó a llamar la atención del Distrito Sur cuando investigaron a Maggie Greenwald. Pero logré conseguir el expediente y hay algunas cosas que no puedo entender.

El doctor Lockard acercó la página y levantó la barbilla para leerla con sus lentes bifocales.

—En la escena del crimen se encontró orina y sangre de Victoria Ford —explicó Walt—. La orina estaba en el inodoro; la sangre, en la alfombra. El análisis de ADN confirmó que tanto la orina como la sangre le pertenecían. Pero el informe forense me tiene confundido.

—¿Por qué? —preguntó el doctor Lockard.

—El informe muestra que la orina contenía un alto nivel de amoníaco y que la sangre tenía una serie de elementos químicos.

—¿Elementos químicos?

El doctor Lockard empezó a leer el informe.

—Sí —dijo Walt—. En la sangre había rastros de estireno,

cloroformo, glifosato y triclosán. ¿Qué es eso? ¿Se encuentran habitualmente en muestras de sangre?

El doctor Lockard negó con la cabeza mientras seguía leyendo.

—No. No están presentes naturalmente en la sangre.

—¿Y el amoníaco en la orina? ¿Es normal?

—No.

—Entonces, ¿de dónde salió? ¿Y qué son esos productos químicos en la sangre?

El doctor Lockard se humedeció las comisuras de los labios con la lengua. "El Mago" ha sido convocado, pensó Walt.

El médico parpadeó varias veces.

—El amoníaco es fácil. La urea se descompone en amoníaco después de veinticuatro horas. Por lo tanto, la orina recogida del inodoro tenía más de veinticuatro horas.

Walt pensó en la cronología de los hechos. El cadáver de Cameron Young estaba en las primeras etapas del *rigor mortis* y había estado colgando durante mucho menos de veinticuatro horas.

—¿Y qué me puede decir de los químicos en la sangre? —preguntó.

—Veamos. El estireno se utiliza para fabricar productos de caucho y plástico. El cloroformo es un disolvente y anestésico general. El glifosato es, creo, un pesticida. Y el triclosán es un agente antibacteriano y antifúngico.

—Si la sangre en la escena del crimen pertenecía a Victoria Ford —dijo Walt—, y es posible demostrarlo desde el punto de vista forense, ¿por qué tendría todos esos químicos en su organismo?

—No los tenía —respondió el doctor Lockard.

Se levantó y fue hacia la cocina para buscar su portátil. Regresó a la isla, lo abrió y se puso a teclear. Walt miró la pantalla justo cuando el doctor Lockard terminó de escribir en el motor de búsqueda. Walt pudo ver la consulta: "Químicos encontrados en tampones".

El doctor Lockard asintió mientras señalaba el monitor.

—El estireno proviene del aplicador de plástico de un tampón. El cloroformo es un anestésico porque, ya se sabe, las mujeres son capaces de parir, pero las corporaciones no creen que sean lo suficientemente fuertes como para manejar un tampón. El glifosato es un pesticida utilizado en los cultivos de algodón que,

lamentablemente, termina en los tampones de algodón. Y, finalmente, el triclosán se usa como conservante para prevenir la contaminación.

Walt vaciló mientras él también miraba la pantalla, tratando de entender.

El doctor Lockard se apartó de la pantalla y miró a Walt.

—Si yo estuviera involucrado en este caso, más allá de simplemente realizar el examen *post mortem* de la víctima, los químicos encontrados en la sangre de la escena del crimen, así como el amoníaco en la orina serían serias señales de alarma.

—¿Señales de qué?

—De que la orina estuvo mal preservada antes de ser colocada en el inodoro y que la sangre fue sacada de un tampón y puesta en la escena.

CAPÍTULO 53

Manhattan, Nueva York

Lunes 5 de julio de 2021

Eran casi las seis de la tarde cuando Avery tomó el ascensor hacia el apartamento de Natalie Ratcliff; la escritora la recibió nuevamente cuando se abrió la puerta.

—Avery, me alegra verte de nuevo.

—Hola —dijo Avery—, no pensé que fueses a terminar tan rápido.

—He terminado hace uno o dos días. Ven, pasa.

Avery siguió a Natalie dentro del apartamento. La había llamado después del desayuno para preguntar si había terminado de escribir la cronología de su relación con Victoria Ford.

—No sabía si estarías en la ciudad. Nueva York estuvo extrañamente vacía este fin de semana —dijo Avery.

—Lo sé. En realidad, volví a la ciudad desde nuestra casa en el lago Norman por esa misma razón. Voy atrasada con una fecha límite de entrega y allí hay demasiadas distracciones. La ciudad vacía fue una bendición. Me mantuve concentrada en el manuscrito todo el fin de semana porque no había nada más que hacer.

—Espero que mi llamada no te haya retrasado más.

—No, en absoluto. Disfruté haciéndolo. Fue como dar un paseo por el camino de los recuerdos mientras relataba mi amistad con Victoria.

Natalie pasó por las puertas francesas a su oficina. Avery vio otra vez los libros de Natalie en las estanterías empotradas. Ella salió de la oficina y le entregó una carpeta.

—Es un resumen punto por punto de mi relación con Victoria, desde que nos conocimos como estudiantes universitarias. Espero que responda todas tus preguntas y te dé una idea de quién era ella y de lo mucho que la he querido siempre.

Avery cogió la carpeta y la abrió. Dentro había varias páginas impresas.

—Gracias por hacerlo. Sin duda, ayudará mucho a mostrarle a mi audiencia quién era Victoria. Junto con todo lo que me ha dado Emma, debería poder pintar una imagen completa de ella. ¿Estarías dispuesta a concederme una entrevista completa en otoño? Mi equipo vendría conmigo y lo grabaríamos y produciríamos para *Eventos Nacionales*.

Natalie asintió.

—Por supuesto.

—Excelente. No quiero quitarte demasiado tiempo —dijo Avery —. Así que gracias de nuevo.

—De nada.

Mientras se dirigían a la puerta, Avery dijo:

—Leí que cuando llegas al final de cada manuscrito viajas a Grecia durante un mes para terminarlo.

Esa información se la había dado Christine en uno de sus muchos mensajes de texto. El repentino cambio de tema pareció tomar desprevenida a Natalie, que era el objetivo de Avery.

Natalie asintió lentamente.

—Esa ha sido mi rutina durante muchos años, sí.

—¿Cuánto te queda?

—¿Para qué?

—Para terminar tu último manuscrito.

Natalie sonrió y soltó una risita que Avery interpretó como nerviosa.

—Demasiado.

—Pero pronto te irás, ¿verdad? ¿A Grecia?

—Espero hacerlo, sí.

—A Santorini, ¿no? —dijo Avery como de pasada, queriéndole hacer saber que había estado investigando. En realidad, la que había estado investigando había sido Christine—. Tienes una villa en la pequeña isla de Santorini, ¿no es así?

Natalie soltó otra risa nerviosa.

—Trato de no hablar demasiado sobre mi vida privada, ni sobre dónde tengo casas. Algunos de mis lectores son…, digamos que se interesan mucho por mi vida y trato de mantenerla lo más privada posible.

Avery asintió.

—Comprendo. Tengo televidentes que son así también. Yo jamás revelaría información sobre tu casa en Santorini. Sentía curiosidad, nada más, sobre si irías allí pronto.

Natalie sonrió.

—Sí. Iré a Santorini a darle los toques finales a mi último manuscrito.

—¿Por qué Santorini?

Avery vio que Natalie parecía todavía más incómoda.

—Quiero decir…, es hermoso, seguro. Pero también lo son el valle de Napa y el lago Tahoe y miles de otros sitios. Ya sabes, para alejarte y escribir un libro. ¿No terminó Stephen King *El resplandor* en un hotel de Colorado?

—No sé realmente dónde escribe Stephen King.

—Me preguntaba qué tiene de especial Santorini. Suena tan lejano y tan remoto.

—Es donde siempre he ido, nada más —dijo Natalie, y se encogió de hombros—. Ojalá hubiera una mejor historia detrás.

—¿Tal vez tu musa está allí? —dijo Avery, como por casualidad.

Bajó la mirada a la carpeta y la historia que Natalie había creado sobre su relación con Victoria. Finalmente, levantó la vista y sus miradas se encontraron.

—¿Sabías que el médico forense identificó a Victoria gracias a un único diente?

Avery vio el impacto de sus palabras en la cara de Natalie.

—¿Puedes creerlo?

No hubo respuesta.

—Se recuperó un único diente de entre los escombros de las Torres Gemelas. No creí que algo así pudiera ser posible hasta que me explicaron la metodología.

Avery hizo una pausa, pero sostuvo la mirada de Natalie sin parpadear.

—No se ha encontrado nada más. Ningún otro fragmento que perteneciera a Victoria. Ni fragmentos óseos. Ni partes de su mandíbula. Solamente ese diente.

Avery sonrió y volvió a mirar la carpeta.

—En fin, me pareció interesante. —Levantó la carpeta—. Gracias por la historia. Te dejo seguir con tu escritura. Buena suerte

con el final del manuscrito.

—Gracias —dijo Natalie, con voz temblorosa y vacilante.

—Emma me dio unas cajas que contienen muchos recuerdos de Victoria. Encontré una memoria USB que tenía todos sus manuscritos. Manuscritos perdidos guardados en un desván durante dos décadas.

Natalie ladeó la cabeza y esbozó una sonrisa forzada.

—¿En serio?

—Me contó que Victoria no le dejaba ver los manuscritos a nadie. Ni a ella siquiera. Ni siquiera a Jasper. Nadie los ha leído, de hecho. Así que vacilé ante la idea de leerlos. Sentía como que estaba invadiendo su privacidad.

—¿Y lo hiciste?

—¿El qué?

—¿Leíste alguno de sus manuscritos?

—Sí, todos. Son muy buenos.

Avery se volvió y abrió la puerta.

—Me recuerdan mucho a lo que escribes tú.

Esperó una respuesta. Al ver que no llegaba, salió al pasillo y se dirigió al ascensor.

CAPÍTULO 54

Manhattan, Nueva York

Martes 6 de julio de 2021

Eran las ocho y pico del martes cuando Avery bajó en el ascensor al vestíbulo, cruzó el suelo de mármol y salió por la puerta principal. El aparcacoches ya tenía listo su Range Rover con el motor encendido. Avery subió y se alejó. Las calles estaban atascadas. Los taxis pitaban, los ciclistas se colaban por entre los coches transportando sus paquetes y un río constante de peatones llenaba las aceras. El puente había terminado y la ciudad había recuperado su papel de capital financiera del mundo. Las miradas relajadas y cálidas que había recibido Avery mientras corría por Central Park el domingo por la mañana habían sido reemplazadas por las expresiones resignadas de los que se dirigían a su trabajo.

El sol estaba bajo y brillante cuando Avery llegó al puente George Washington y ocupó su espejo retrovisor hasta que ella llegó a New Jersey y giró hacia el norte por la autopista interestatal Palisades. De los altavoces brotaba *reggae* suave, en un intento de Avery por calmar sus nervios. No podía quitarse de la cabeza la postal que había roto hacía meses, antes de volver a tomarse el trabajo de reconstruirla y pegarla. La había perdido durante su estancia en Nueva York y lo sentía como un presagio de que lo que planeaba estaba a punto de salir mal.

Les había dicho a todos —a su agente, a sus amigos de HAP News, a Christine Swanson, a Walt Jenkins y hasta a Livia Cutty— que había cruzado el país para perseguir la historia de Victoria Ford. Pero el viaje de esa mañana era el verdadero motivo por el que estaba allí. Además del encuentro planeado para el día siguiente con el alemán llamado André, a quien le había pagado miles de dólares para que le hiciera un pasaporte falso, el viaje de esa mañana a las montañas era el motivo por el cual Avery había

viajado tan lejos. Era el motivo por el que había viajado en su Range Rover en lugar de comprar un billete de avión. Era la razón por la que había pagado todo en efectivo, evitando la tarjeta de crédito en todo momento. Estaba casi segura de lo que encontraría, pero necesitaba confirmarlo antes de seguir adelante.

El viaje hasta Lake Placid duraba más de cuatro horas. Avery recordaba los interminables viajes de su infancia. Le parecía que tardaba días, más que horas, en llegar de la ciudad a las montañas. Pero también recordaba la alegría de llegar finalmente a la cabaña de su tía. El estatus económico de los dueños de la cabaña no importaba cuando era niña y la visitaba para pasar el último fin de semana del verano, justo antes de que empezaran las clases, una excursión anual que hacía la familia Montgomery cada año para celebrar la vuelta de Avery y Cristopher del campamento náutico. Era la despedida del verano. En aquel entonces, a Avery le interesaba más nadar en el lago y columpiarse en la cuerda larga que estaba atada a la rama de un plátano que colgaba sobre el agua. Esa cuerda anudada había impulsado miles de veces a Avery y a su hermano de la roca al lago, donde la soltaban y caían al agua. El tiempo en la cabaña de Ma Bell llegaba solamente una vez cada verano, pero tenía mucho peso en los recuerdos de Avery por los gloriosos momentos que ella y Cristopher compartían con sus primos.

La cabaña no era propiedad de los Montgomery. De haber sido así, habría tenido el triple de tamaño y habría estado sobre un lago tres veces más grande. Las últimas (y más caras) tendencias de la arquitectura habrían reemplazado el rústico encanto de la cabaña. Una flota de lanchas y motos de agua se habrían alineado en la orilla. Todo habría sido lujoso y excesivo. También habría pasado a manos del Gobierno de los Estados Unidos, como todas las propiedades de Garth Montgomery. Pero la cabaña de Ma Bell no era nada de todo eso. Era sencilla y encantadora y no tenía nada que ver con ninguna propiedad de la familia de Avery. Era un oasis en medio del lujo y la riqueza que perseguían a los Montgomery dondequiera que fueran. La cabaña atraía a Avery tanto como la escuela de vela de Connie Clarkson. Nunca había sido tan feliz que como cuando pasaba las noches en la cabaña número 12 de Sister Bay, en Wisconsin. Encontraba la misma felicidad cada año cuando

visitaba la cabaña de Ma Bell en Lake Placid.

De niña, Avery nunca supo cuál era su verdadero parentesco con Ma Bell. El camino para llegar hasta allí era demasiado complicado para que ella y su hermano lo exploraran. Ma Bell era prima segunda del tío de Avery y lo suficientemente lejana de la línea de sangre de los Montgomery como para mantenerse por debajo del radar de los federales. No había vínculo directo con la familia Montgomery, y en cuanto llegó la postal, Avery supo dónde se había estado ocultando su padre. Los tres sietes escritos en el extremo de la postal representaban la dirección de la cabaña.

777 Stonybrook Circle, Lake Placid, Nueva York

“Bienvenidos a Los Sietes”, solía decir Ma Bell cada agosto, cuando ellos llegaban. Cuánto tiempo había estado su padre allí y en qué estado estaba, Avery no tenía ni idea. Solo sabía que había viajado tan lejos por un motivo y no iba a permitir que nada hiciera descarrilar sus planes. Ni sus dudas, ni su miedo ni mucho menos su maldita conciencia.

Recorrió el tramo final del viaje por caminos de montaña tan serpenteantes como los recordaba. Disminuyó la velocidad al tomar la última curva. El camino delante de ella, que terminaba en la entrada de la cabaña, estaba moteado por el sol y la sombra del bosque que la rodeaba. Condujo hasta el final de la calle y frenó. Delante de ella estaba la pintoresca cabaña alpina revestida en cedro y situada en la cima de una cuesta que por detrás iba a dar al lago. El camino de entrada era de gravilla compactada en dos rodadas con piedras en el centro. Vio un coche aparcado al final del camino. No lo reconoció. El buzón, sin embargo, tenía los números de la dirección de la cabaña. Cuando venía de niña, los tres sietes eran de un rojo brillante y vívido. Actualmente estaban gastados y descoloridos.

Se veía movimiento dentro de la casa. Una figura pasó delante de la ventana y pareció detenerse un momento. Avery vio que las cortinas se movían y lo imaginó espiando cuidadosamente por el borde de la ventana el Range Rover rojo fuego que estaba detenido en medio del camino. Estuvo a punto de detenerse en la entrada, de aparcar detrás del coche y subir los escalones para llamar a la puerta. Solo a punto. En cambio, giró a la derecha y se alejó. Hablar

con su padre directamente nunca había sido parte del plan. No podía serlo. Pero había sentido la necesidad de ir allí. De volver a ver la cabaña. De cerciorarse. La confirmación sí que era parte de su plan. En cuanto al resto, solo tenía esperanzas de que funcionara. Fue hasta el final de la calle sin salida, dio media vuelta y empezó el viaje de regreso a la ciudad.

Walt Jenkins conducía su todoterreno gubernamental sin identificación, cuyas llaves Jim Oliver le había entregado en su primera noche en Nueva York. Pensó en girar por Stonybrook Circle después de ver que el Range Rover rojo de Avery lo hacía. Sin embargo, su instinto le advirtió que esperara. Fue una suerte. Después de ver el vehículo detenido en medio del camino, había dado media vuelta y había regresado hacia donde él estaba. Los caminos de montaña sinuosos y desiertos no eran el mejor entorno para seguir a alguien.

Vio que Avery giraba y emprendía el regreso a la ciudad. Walt se alegró de poder dejar distancia. Giró por Stonybrook Circle y se detuvo en el mismo lugar donde había estado el coche de Avery unos minutos antes. Había solamente una casa aislada en esa calle sin salida.

Resistió el impulso de aparcar en el arcén e inspeccionar el lugar. Ese no era su trabajo. Estaba llevando a cabo una operación de vigilancia y su objetivo era recabar información y pasársela a Jim Oliver. Utilizó su teléfono móvil para hacer algunas fotos de la cabaña y del bosque que la rodeaba. Luego giró el volante y se acercó al buzón, donde hizo una foto de la dirección. Su mente de inmediato hizo la conexión entre los descoloridos sietes del buzón y los números garabateados en la postal que había visto en la habitación de Avery.

Walt dejó caer el teléfono sobre el asiento copiloto, dio media vuelta y aceleró para alcanzar a Avery.

CAPÍTULO 55

Manhattan, Nueva York

Miércoles 7 de julio de 2021

El miércoles por la mañana, una semana después de haber conocido a André Schwarzkopf, Avery estaba sentada en el metro F, bamboleándose hacia Brooklyn para su segundo encuentro con el misterioso hombre con quien la habían puesto en contacto. Otra vez sentía la misma sensación de desasosiego que la había invadido cuando miraba a Walt fuera de su hotel el lunes por la mañana. Este era el meollo del plan. Una vez que tuviera el pasaporte, todo lo demás podía llegar a funcionar. Sin el pasaporte, no había posibilidad alguna. Apretó el bolso contra el cuerpo mientras el metro se sacudía sobre los rieles. En el bolso llevaba el dinero restante. Esta vez esperaba poder hacer un intercambio rápido. Se imaginó en el escalón de entrada del edificio, tocando el timbre. André abriría la puerta y le entregaría el pasaporte a cambio del resto del dinero. Luego ella se iría y habría terminado con el turbio asunto de conseguir documentos falsos. También había otras cosas que tendrían que alinearse para que todo funcionara, pero este era el siguiente paso crítico en la ardua travesía que había empezado mucho tiempo atrás.

A pesar de que había muchos asientos vacíos en el vagón del metro, un hombre se sentó a su lado, atrapándola entre él y la ventana. Llevaba auriculares Bose que casi no disminuían el volumen de la música que estallaba en ellos. Avery apretó el bolso contra su cuerpo. El hombre miraba hacia delante y la ignoraba. El metro se detuvo y se abrieron las puertas. Unos pocos pasajeros descendieron y fueron reemplazados por otros que subieron. Por un momento, Avery pensó en decirle al hombre que tenía que bajar del tren, a pesar de que faltaban treinta minutos para su parada en Brooklyn. Antes de que pudiera juntar valor, las puertas se cerraron

y el tren volvió a ponerse en movimiento. La música seguía bramando por los auriculares del hombre. Unos minutos después, el tren volvió a disminuir la velocidad antes de la parada. El hombre buscó dentro de la mochila que sostenía sobre su regazo y sacó un sobre. Lo dejó caer con descuido sobre las piernas de Avery, sin nunca mirarla.

—Cambio de planes —dijo el hombre, mirando hacia delante.

Cuando el tren se detuvo, el sujeto se puso de pie de repente. Antes de que Avery pudiera hacerle ninguna pregunta, salió por las puertas en cuanto se abrieron. Ella miró por la ventana cómo se colgaba la mochila de los hombros, pasaba por el torno y subía corriendo la escalera. Avery esperó a que el tren se pusiera en movimiento antes de coger el sobre. No estaba cerrado. Sacó la tarjeta que estaba dentro y la leyó.

> Monumento conmemorativo del 11S. Estanque norte. Espérame allí.
> —André

Avery paseó la mirada por el vagón, mientras se preguntaba qué estaba sucediendo. La imagen de su rápido intercambio con André en la entrada quedó reemplazada por imágenes en las que la arrestaban y la subían al asiento trasero de un vehículo policial, con las manos esposadas detrás de la espalda. Miró el mapa para ver dónde estaba. El distrito financiero estaba a dos paradas. Pensó en cancelarlo todo y poner fin a esta tontería. En bajarse del metro en la siguiente parada y coger un taxi de vuelta al Lowell. Pero eso significaría terminar el plan antes de darle la oportunidad de funcionar.

El tren frenó y se detuvo. Avery permaneció en su asiento y miró las caras de los pasajeros que bajaban y subían. Las puertas se cerraron y el tren arrancó. Avery golpeaba el pie derecho contra el suelo para calmar su ansiedad. Cuando las puertas se abrieron en la estación Fulton Street, se levantó y salió rápidamente del metro. Subió la escalera. Las aceras vacías que había disfrutado durante el fin de semana ya no existían, ahora estaban atestadas con cientos de transeúntes y turistas.

Anduvo tres manzanas hacia el oeste por Fulton, mirando por encima de su hombro, hasta que llegó al monumento conmemorativo del 11S. Pasó junto a los robles blancos que

poblaban el monumento conmemorativo. Se detuvo al llegar al estanque norte, que ocupaba el lugar donde había estado la Torre Norte. En su lugar ahora había un agujero cuadrado en el suelo con bordes de granito. El agua caía en una elegante cascada a cada lado del memorial y Avery se tomó un momento para oír su murmullo suave. Era fácil oírlo, porque a pesar de que había una multitud a su alrededor, todos estaban en silencio. Los turistas se sentían sobrecogidos por una necesidad natural de calma y respeto en este sitio sagrado donde tantas vidas se habían perdido.

Avery pasó el dedo por sobre los nombres grabados en muretes de bronce que bordeaban el extremo superior de los estanques. Dio la vuelta al perímetro, siguiendo la lista de nombres. Sabía que no estaban en orden alfabético, sino agrupados, en cambio, para dar una idea de con quién podrían haber estado las víctimas cuando habían muerto. Le llevó algunos minutos localizar el nombre de Victoria Ford. Avery pasó el dedo por las letras y pensó en todo lo que había aprendido sobre la mujer en las últimas dos semanas. Perdida como estaba en sus pensamientos, no vio al hombre que estaba junto a ella hasta que él habló.

—Hay un puesto de comida en la calle Greenwich, a una manzana de aquí —dijo el hombre—. Pide un sándwich Reuben con doble ensalada de repollo, con esas palabras exactas.

El hombre llevaba gafas de sol y un polo de golf por dentro de los vaqueros. Se parecía a cualquiera de los cientos de turistas que visitaban el lugar.

—¿Qué pasa? ¿Dónde está André?

—Un Reuben con doble ensalada de repollo. ¿Entendido?

Avery asintió y el hombre desapareció antes de que ella pudiera decir nada más. Quería seguirlo, correr tras él, averiguar cuál era el problema. ¿Había un problema realmente o esta era la forma en que André hacía las cosas? Pero se quedó en su sitio y siguió contemplando la piscina. Sus ojos volvieron a posarse en el nombre de Victoria Ford grabado en el bronce. Contó lentamente hasta sesenta antes de ponerse en movimiento. ¿Por qué sesenta y no cien? ¿Por qué esperar y no echar a correr hasta el puesto de comida? Estaba tan fuera de su elemento que no tenía ni idea de cuáles eran las respuestas a estas preguntas, solo era consciente de un instinto que le decía que algo iba muy, pero que muy mal.

Tras un minuto, se dirigió lentamente hasta la calle Greenwich y buscó el puesto de comida. Estaba la cuarta en la fila. El servicio era insoportablemente lento y con cada minuto que pasaba, Avery sentía que se le aceleraba el pulso. La frente y el cuello se le perlaron de sudor. Cuando llegó a la ventanilla, vio a un hombre con el lápiz ya en posición sobre una libreta.

—Un Reuben con doble ensalada de repollo.

El hombre del carro no vaciló. Llevaba un delantal blanco y gafas de cerca sobre la punta de la nariz.

—¿Patatas fritas?

—Hum…, no —dijo Avery.

—¿Algo para beber?

—Solo el sándwich. Un Reuben con doble ensalada de repollo. —Pronunció las palabras despacio, para que el hombre escuchara cada una de las sílabas.

—Diez con cincuenta —dijo él, sin mirarla en ningún momento por encima de las gafas.

Avery vaciló antes de pagarle, se hizo a un lado y esperó su pedido. Unos minutos más tarde, alguien puso una bolsa de plástico sobre la repisa de la segunda ventana del puesto.

—¡Un Reuben con doble ensalada de repollo! —gritó una mujer.

Avery se acercó y rápidamente dentro de la bolsa. No necesitó más. Un sobre acompañaba el sándwich. Tuvo que ejercer toda la disciplina de la que era capaz para no sacarlo allí mismo. En cambio, fue hasta la calle siguiente y se sentó en un banco antes de abrir la bolsa. Sacó el sobre y lo abrió. Otra tarjeta.

> La antigua iglesia de San Patricio. No cojas el metro. Ni un taxi.
> —André

Avery levantó la mirada y recorrió la acera y la calle con los ojos. Al parecer, nadie le estaba prestando atención. No obstante, se sentía terriblemente expuesta, como si ojos invisibles la estuvieran observando. Con el corazón al galope y el sudor humedeciéndole la parte baja de la espalda, se puso de pie y se dirigió hacia el este por la calle Fulton. Cuando llegó a Broadway, giró a la izquierda y empezó la caminata de casi cuatro kilómetros en dirección norte, hacia la antigua catedral de San Patricio. Tardó treinta minutos.

La misa de mediodía estaba bastante concurrida y bien avanzada

cuando Avery encontró un sitio en el último banco. Cantó con los fieles. Durante media hora se sentó, se puso de pie y se volvió a sentar, inspeccionando a la multitud en busca de André. Se quedó sentada durante la comunión. Una vez que el sacerdote ofreció la bendición final, la iglesia empezó a vaciarse. Avery no reconoció ninguna cara sospechosa. Si la estaban siguiendo, los que la acechaban eran invisibles.

Permaneció sentada en el último banco de la catedral. Diez minutos después de que hubiera terminado la misa, todavía quedaban algunos fieles. Unos estaban arrodillados en los bancos de delante, sumidos en la oración. Otros caminaban por el pasillo central, con el cuello estirado hacia el cielo, admirando el techo decorado y la espléndida belleza de la catedral.

Avery lo vio, caminando por el pasillo lateral. André se movía lentamente y se comportaba como los otros turistas, contemplando el techo y el cavernoso interior. Vestía vaqueros y una chaqueta informal. Su barriga amenazaba con hacer saltar el único botón de la chaqueta. Sus ojos saltones se movían sin cesar detrás de las gafas sin montura y Avery vio que llevaba un sobre grande de papel de estraza en la mano derecha. André entró en el banco desde el pasillo lateral y lo recorrió todo hasta sentarse junto a ella.

—¿Qué pasa? —susurró Avery.

—Te están siguiendo.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabe?

—Te han descubierto y estás jodida. Es probable que a nuestro mutuo amigo también, lamento decírtelo.

El acento alemán de Brooklyn hacía que fuera difícil entenderle, pues hablaba muy rápido. André colocó el sobre en el asiento entre ambos.

—Todo está dentro.

—¿El pasaporte?

André se puso de pie para marcharse.

—¿Quién me está siguiendo?

Él señaló el sobre.

—Todo lo que necesitas saber está ahí. Buena suerte.

—Todavía le debo dinero —dijo Avery.

André negó con la cabeza.

—Yo le debía un favor a nuestro amigo. Hazle saber que estamos

en paz. Y cualquier cosa que hayas planeado, hazlo rápido. Dudo de que tengas mucho tiempo.

André pasó junto a ella y salió por el pasillo central. Avery se volvió para verlo salir de la iglesia, bajar la escalinata y desaparecer entre la multitud.

Siguió recto por Broadway desde la catedral, luego hacia el este hasta el hotel Lowell. Doce calles que recorrió en diez minutos. Cruzó el vestíbulo, y subió en el ascensor, apretando el sobre contra el pecho. Hasta que cerró y echo la llave a la puerta de su habitación no abrió el sobre. Sentada en el borde de la cama, forcejeó con el hilo que lo cerraba. Cuando finalmente pudo abrir la solapa, dejó caer el contenido sobre la cama. Un pasaporte azul cayó sobre el edredón. Lo examinó: era idéntico a cualquier pasaporte estadounidense, tapas azules con letras doradas. Abrió la tapa y vio la foto que le había dado a André la semana anterior. Leyó el nombre en voz alta.

"Aaron Holland", sonaba muy bien.

Más allá de la alegría que le producía ver el pasaporte, sentía algo más en la boca del estómago. No estaba aliviada por haber llegado hasta allí. Sentía pavor, miedo y no podía frenar la sensación de que el sobre contenía su peor pesadilla. Dejó caer el pasaporte otra vez sobre la cama y miró dentro del sobre. Vio el brillo de fotografías y metió la mano para sacarlas. Eran varias fotografías de 20 × 25 centímetros. Avery vio que eran todas imágenes de Walt Jenkins.

CAPÍTULO 56

Manhattan, Nueva York

Miércoles 7 de julio de 2021

Avery estaba sentada ante el pequeño escritorio de su habitación del hotel. Las fotos de Walt estaban ante ella, desparramadas sobre la superficie. Había examinado cuidadosamente cada una de ellas. Como le había dicho André, le informaban de todo lo que necesitaba saber. La primera foto mostraba a Walt con vaqueros, chubasquero y una gorra de béisbol. En el fondo se veían las lápidas del cementerio Green-Wood. La había seguido el día después de su primer encuentro, cuando ella había ido a visitar la tumba de su madre. En la segunda foto, Walt estaba agachado junto a la lápida de Christopher, y sostenía un teléfono móvil contra su oreja. La siguiente lo mostraba de pie en las sombras entre dos edificios de Brooklyn. Para terminar, vio fotos de Walt detrás del volante de su todoterreno, con gafas de sol y la cabaña de Ma Bell en el fondo.

La había seguido hasta la casa de André. La había seguido al cementerio. La había seguido a Lake Placid. Avery sintió una mezcla de incredulidad, rabia y vergüenza mientras hojeaba las fotos. ¿Había sido tan ingenua como para creer que el Gobierno de Estados Unidos dejaría de buscar a su padre? ¿Había creído que sus intentos de aficionada de actuar desapercibida durante el viaje a Nueva York engañarían realmente al FBI? Los agentes federales la habían seguido en Los Ángeles hacía un par de años y la habían interrogado sobre su padre. Ella no había mentido cuando les dijo que no tenía ni idea de dónde estaba su padre. En aquel momento, era cierto. Solo después de que llegase la postal, Avery lo dedujo.

Al pensar que Walt se había acostado con ella para obtener información sobre el paradero de su padre, sintió que la bilis le subía por el esófago, dejándole un sabor amargo en la parte posterior de la garganta. El ácido volvió a subir cuando admitió que

se había permitido sentir algo por él. ¿Tan mal juzgaba el carácter de una persona como para pasar por alto todas las señales de alerta? ¿Estaba tan desesperada por compañía que había permitido que su historia de traición se hiciera eco de la de ella? ¿Sería verdad esa parte del pasado de Walt? ¿No había sido capaz de ver lo oportuno que era todo? ¿Qué el detective del caso de Cameron Young, ahora agente retirado del FBI, hubiera estado tan dispuesto a ayudar cuando ella lo había llamado? ¿Acaso su vanidad de periodista respetada de televisión le había nublado la razón?

—¡Mierda! —exclamó, mientras con un movimiento del brazo barría las fotos al suelo.

Justo en ese momento llamaron a la puerta. Avery levantó la mirada del escritorio paralizada. Después de un momento, sonaron tres golpes rápidos. Avery recogió rápidamente las fotos y notó que una se había caído debajo del sofá. Las volvió a guardar en el sobre y luego estiró el brazo debajo del sofá para recuperar la última foto. Casualmente, o tal vez como presagio, cuando metió la mano debajo del sofá también descubrió la postal de su padre. La foto que había ido a parar allí mostraba a Walt en su coche, observando la cabaña cuando siguió a Avery hasta Lake Placid.

Apartó de su mente la preocupación sobre lo que eso podría significar: no solo Walt Jenkins, sino el Gobierno de Estados Unidos, sabían todo lo que ella había planeado cuidadosamente durante el último año. Se oyeron más golpes en puerta. Avery guardó la foto y la postal en el sobre y lo dejó sobre el escritorio. Se miró en el espejo, frustrada de que sus ojos enrojecidos y su cara hinchada revelaran su vulnerabilidad y le permitieran a Walt ver que sus acciones la habían herido. Avery odiaba la sensación de debilidad, pero no había forma de ocultarla y no iba a huir de esa confrontación. De hecho, quería tenerla. Se acercó a la puerta y la abrió con fuerza.

Natalie Ratcliff estaba en el pasillo.

—Hola —dijo Natalie—. ¿Es un mal momento?

Avery parpadeó varias veces.

—Eh…, no. —Sacudió la cabeza—. No te esperaba, solo es eso.

—¿Todo bien?

Avery notó la preocupación en la voz de Natalie. Mientras que los hombres pueden volverse paranoicos y huir al ver a una mujer

llorando, las mujeres aprovechan la oportunidad para ayudar.

—Solo estoy tratando de resolver unos asuntos turbios relacionados con un hombre —dijo Avery.

—¿Acaso los hay de otra clase?

Avery esbozó una sonrisa forzada.

—¿Puedo pasar? —preguntó Natalie.

Avery asintió y se apartó. Natalie pasó junto a ella.

—¿Cómo supiste dónde me alojaba?

—Me moví un poco —dijo Natalie.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que necesitaba hablar contigo después de cómo dejaste las cosas el otro día. Y no quería esperar a que me devolvieras la llamada, así que averigüé dónde te alojabas.

—Bien —dijo Avery, y cerró la puerta—. ¿De qué se trata?

—No puedes hacer lo que estás a punto de hacer.

Avery abrió el minibar y sacó una botella de agua. Bebió un sorbo.

—¿Qué estoy a punto de hacer?

Natalie respiró hondo y soltó el aire con fuerza.

—Crees que sabes toda la historia, pero no es así.

—No, claro, seguro que no conozco ni la mitad. Pero estoy bastante segura de haber descubierto la parte más importante. Victoria no está muerta, ¿verdad?

Hubo un silencio que llenó la habitación de hotel, interrumpido solo por el ocasional ruido de un coche que pitaba en la calle.

—Victoria estaba en una situación imposible. No era una santa y yo nunca intentaría convencerte de lo contrario. Tenía una aventura con un hombre casado. Pero estaba a punto de ir a la cárcel por un crimen que no había cometido.

Avery vio que Natalie tragaba con fuerza, a punto de llorar.

—Ella no mató a Cameron Young —dijo Natalie.

—Lo sé. O al menos, eso creo. Investigué a fondo el caso y las pruebas y algunas otras cosas que no se hicieron públicas.

—¿Cómo?

—Con el detective… —Incluso mencionar tangencialmente el nombre de Walt la llevó al borde de las lágrimas—… que llevó la investigación.

—¿Puedes probarlo? —preguntó Natalie.

—¿Qué Victoria es inocente? No. No después de tantos años. Pero sin duda puedo argumentar de manera convincente que la escena del crimen fue montada para que pareciera que ella lo mató. Y eso es todo lo que necesito para hacer mi programa.

Hubo una larga pausa mientras se miraban.

—Ella hizo lo único que podía hacer —dijo Natalie—. Desapareció porque no había otra manera de sobrevivir, no porque fuera culpable.

—No pudo haberlo hecho sola.

—No estaba sola. Yo la ayudé.

—¿Y Emma?

Natalie hizo una pausa antes de responder.

—No. Emma no tiene idea.

Avery reflexionó sobre eso y consideró las posibilidades.

—Avery, te pido que no lo hagas. Habrá consecuencias muy graves y reales si lo haces público.

—Arruinaría tu carrera como escritora, sin duda. Es probable que vayas a la cárcel.

—No me importa mi carrera. No es mía para que tenga que preocuparme. Es de Victoria. Yo solo soy una facilitadora.

—Ella escribe los manuscritos, ¿verdad? Te los envía y luego los publicas bajo tu nombre y con tu marca.

Natalie asintió.

—Es una colaboración, pero sí. —Dio un paso hacia Avery—. No sería una carrera como escritora lo que arruinarías. Sería una vida. Una vida nueva, por la que peleó con uñas y dientes y que consiguió contra viento y marea.

—Está en Grecia, ¿verdad? La ayudaste de alguna manera a llegar a la isla de Santorini. La familia de tu marido tiene una villa allí. La ves todos los años para terminar el nuevo manuscrito.

Avery vio que una expresión confundida cruzaba por la cara de Natalie cuando su secreto de veinte años quedaba expuesto ante ella.

—Por favor, no reveles lo que sabes sobre Victoria. Te lo ruego, Avery.

Avery miró el escritorio y el sobre que contenía las fotos de Walt Jenkins. Miró de nuevo a Natalie Ratcliff.

—Tal vez haya una forma en la que podamos ayudarnos

mutuamente.

—¿Cómo?

—La familia de tu marido posee una empresa de cruceros. Y es una empresa privada. Sin dinero externo. Sin influencias externas. Creo que así fue cómo tú y Victoria lo lograsteis. De alguna manera, utilizaste la empresa cruceros de tu marido para sacar a Victoria del país después del 11S. No puedo entenderlo del todo, pero necesito saber cómo lo hicisteis.

—¿Por qué? Si no es para desenmascararla, ¿por qué necesitas conocer los detalles?

Avery volvió a mirar el sobre de papel que estaba en el escritorio, y luego otra vez a Natalie Ratcliff.

—Porque yo también necesito sacar a alguien del país.

CAPÍTULO 57

Lake Placid, estado de Nueva York

Jueves, 8 de julio de 2021

Un minucioso examen de los dos excursionistas que avanzaban por los senderos de las montañas Adirondack cerca de Lake Placid revelaría botas demasiado nuevas, equipos demasiado limpios y mochilas llenas de dispositivos de vigilancia extraños, incluso para los observadores de aves más fervientes. Pero por fortuna, los dos excursionistas, un hombre y una mujer, en ningún momento se cruzaron con otro ser humano en el sendero.

—Creo que se me ha reventado la ampolla del pie —dijo el hombre.

—Eres todo un hombre —dijo la mujer.

—Duele de la hostia.

—Lo que duele es el parto. Las ampollas en los dedos son una molestia —declaró ella, tomando la delantera y obligándolo a apresurarse para seguirla.

Habían recorrido unos seis kilómetros desde el parque nacional donde habían dejado el coche. Tardaron casi una hora (en gran parte debido a la baja tolerancia al dolor de su compañero) en llegar a la cima del cerro que ofrecía una vista panorámica del valle. Un sendero descendía hacia el agua y rodeaba el lago en la parte inferior. Las cumbres de las Adirondack se alzaban ante ellos y marcaban la frontera norte de Lake Placid. En otro día habría sido un momento para detenerse y disfrutar de la belleza de la naturaleza, la majestuosidad de la mañana y la gloria del pleno verano en Lake Placid. Pero esa no era una mañana cualquiera. Los dos excursionistas tenían información que recabar y un plazo que cumplir. La mujer empezó a bajar por el sendero. Unos minutos más tarde, su compañero cojeaba tras ella.

Cuando llegaron al lago, pudieron ver con claridad las casas

situadas en las estribaciones frente a ellos. La agente femenina se quitó la mochila de los hombros y abrió la cremallera superior. Sacó una cámara Nikon de largo alcance con un objetivo telescópico; para cuando su compañero la alcanzó, ya había ajustado el enfoque a la perfección.

—¿Cómo te tratan esas botas nuevas? —preguntó.

—Como mi exmujer.

Ella arqueó una ceja y lo miró de reojo.

—Son duras y crueles.

—Saca tu equipo y ponte a observar las aves —dijo ella.

El agente abrió su mochila y sacó unos prismáticos que parecían inocentes como un telescopio infantil.

La mujer se colocó detrás de él para cubrirse y sacó unos prismáticos mucho más potentes. Se los llevó a los ojos y enfocó las lentes en la cabaña de estilo alpino del otro lado del lago. Desde la cima de la cuesta, los prismáticos de largo alcance permitían ver dentro de las ventanas de la cabaña aun a cuatrocientos metros de distancia.

El vecino más cercano estaba a más de ocho kilómetros al norte. El terreno del lado más cercano de la casa consistía en una terraza de madera y una larga escalera que bajaba hacia el agua. Un plátano crecía junto al agua. La mujer bajó los prismáticos y cogió la cámara Nikon.

—¿No hay nadie? —preguntó.

Su compañero se tomó un minuto para verificar que nadie los estuviera mirando.

—Nadie —confirmó.

La mujer se puso a tomar fotografías de la cabaña, del lago y del bosque a cada lado de la construcción. Las imágenes se utilizarían para organizar la incursión táctica que los federales planeaban lanzar sobre la solitaria cabaña. Pero necesitarían una orden judicial antes de poder derribar la puerta principal. Para conseguirla, tenían que confirmar que el sujeto se encontraba dentro y demostrarle a un juez que se trataba de Garth Montgomery.

—Bien —dijo la mujer, mientras guardaba la cámara y los prismáticos en la mochila—. Veamos hasta dónde podemos acercarnos.

CAPÍTULO 58

Manhattan, Nueva York

Jueves 8 de julio de 2021

Avery se había hecho un turbante con una toalla que recogía el pelo húmedo. En cuanto salió de la ducha el jueves por la mañana, se puso frente al espejo del baño, en vaqueros y sujetador y se aplicó maquillaje mientras su mente intentaba resolver sus muchos problemas. Desde su conversación con Natalie Ratcliff el día anterior, sentía la preocupación sobre el estómago como un nudo indigerible de grasa y cartílago que seguramente causaría un daño grave en su interior. Natalie y ella habían repasado todo cuidadosamente y habían pasado la noche planificando y evaluando las posibilidades. Pero de cualquier forma que organizaran las cosas, faltaba una pieza importante en el complicado rompecabezas que Avery intentaba armar. Estaba atrapada hasta que lo resolviera y tenía muy poco tiempo para hacerlo.

Llamaron a la puerta y se detuvo con el cepillo de pestañas a un centímetro de los ojos. Cuando llego el segundo golpe, guardó el cepillo nuevamente en el envase, fue hasta la puerta y miró por la mirilla. Walt estaba en el pasillo y a pesar de su atuendo, Avery no dudó en abrir la puerta.

—Guau —dijo él, moviendo la cabeza como si acabara de recibir un puñetazo en la mandíbula.

Avery se quedó parada con las manos en las caderas; sus senos solo estaban cubiertos por el sujetador. Lo miró fijamente, sin parpadear, durante unos segundos, luego regresó al baño y cerró la puerta. Pasó un minuto completo antes de que oyera la voz de Walt.

—Oye —dijo él a través de la puerta—, ¿qué pasa?

La última vez que él había estado en esa habitación de hotel, la cama había estado cubierta por los manuscritos de Victoria. Esa mañana, estaba cubierta con las fotos de Walt siguiéndola. Avery

quería que él las viera. Quería que él se enterara de que ella lo sabía.

—Avery —dijo él—. La incriminaron. Alguien puso la sangre de Victoria en la escena del crimen. Y su orina. Tengo las pruebas que lo demuestran. La sangre provino de un… ¿a propósito, usas tampones? Porque si los usas, tienes que dejar de hacerlo inmediatamente.

Avery estaba del otro lado de la puerta, completamente confundida. Quería responderle. Quería preguntarle qué había descubierto sobre Victoria, pero se mantuvo callada. La historia de Victoria Ford había pasado a un segundo plano respecto del asunto más urgente. Más que nada, quería que Walt viera las fotos que estaban sobre la cama. Después de unos minutos, oyó que Walt cerraba la puerta de la habitación. Oyó sus pasos. Lo imaginó mirando las fotos. Pasó otro minuto hasta que lo oyó otra vez tras la puerta del baño.

—Oye —dijo él en voz baja—. Tenemos que hablar.

Avery abrió la puerta.

—No me digas, ¿en serio?

Pasó junto a él. Walt la siguió, pero ella se aseguró de situarse del otro lado de la cama para que las fotos quedaran entre ambos. Levantó un dedo, pero hizo una pausa antes de hablar para colocar los pensamientos y las palabras.

—¿Te acostaste conmigo para conseguir información sobre mi familia?

—No —declaró Walt con vehemencia—. Me acosté contigo porque…

Ella levantó una mano para impedirle seguir hablando. Funcionó.

—¿La historia de Meghan era verdad?

—Palabra por palabra.

—¿Me lo prometes?

—Te lo juro por mi vida.

—Bien. Entonces necesito tu ayuda.

Walt guardó silencio por un instante.

—¿Con qué?

Avery tragó saliva.

—Con mi padre.

PARTE V

EL LARGO JUEGO

CAPÍTULO 59

Manhattan, Nueva York

Jueves 8 de julio de 2021

El buzón de correos se encontraba en la Avenida Madison, entre las calles Cincuenta y siete y Cincuenta y ocho. La última recogida se hacía a las tres de la tarde. Avery apretó el sobre de entrega nocturna contra su pecho mientras salía del Lowell y se dirigía hacia el sur. Recorrió las aceras y el otro lado de la calle con la mirada, tratando desesperadamente de ver si alguien la seguía o había algo fuera de lo común que le impidiera dejar el paquete. Cuando llegó al buzón, un extraño desasosiego la hizo seguir de largo.

Cruzó la calle Cincuenta y siete y entró en el vestíbulo de la Torre Trump. Lo cruzó y subió por la escalera hasta el nivel superior, vigilando la entrada mientras lo hacía. La gente iba y venía, pero ninguno parecía preocupado por ella. Desde la parte superior de la escalera mecánica, se acercó al borde de la barandilla y observó la entrada durante varios minutos. Cuando se convenció de que nadie la seguía, bajó en la escalera mecánica descendente hasta el vestíbulo. Salió otra vez, giró a la derecha, cruzó de nuevo la calle Cincuenta y siete. Esta vez, cuando llegó al buzón, abrió la ranura rápidamente. Justo antes de dejar caer el paquete dentro, revisó una última vez la etiqueta con la dirección.

Connie Clarkson
922 Hwy 42
Sister Bay, Wisconsin
(Cabaña n.º 12)

Abrió la mano y el paquete cayó en la oscuridad. En el interior se encontraba el pasaporte perteneciente a Aaron Holland e

instrucciones detalladas.

CAPÍTULO 60

Manhattan, Nueva York

Viernes 9 de julio de 2021

Walt hizo la llamada tarde el jueves por la noche. La hizo desde la habitación del hotel de Avery después de tener una larga y difícil conversación con ella, en la que hablaron no solo lo que había ocurrido entre ellos durante la última semana, los sentimientos verdaderos que habían surgido y la tristeza que Walt sentía por haberla traicionado, sino también lo que Avery esperaba lograr y cómo funcionaría todo. Si es que funcionaba.

Ahora, el plan dependía de Walt y de lo convincente que pudiera ser. La persona a la que llamó pareció sorprendida ante la llamada, y recibió con desconcierto la propuesta de encontrarse para desayunar el viernes por la mañana.

—Necesito verte —fue lo único que dijo Walt.

—¿Pasa algo malo? —preguntó ella.

—Sí.

Acordaron encontrarse en un lugar para desayunar en el Upper East Side. Walt se sentó nervioso en el reservado y revolvió su café con dos de leche; cerró los ojos por un instante al recordar el extraño talento de Avery para notar cómo le gustaba el café. Había algo reconfortante en el hecho de que conociera sus gustos. Ninguna mujer había aprendido detalles sobre él, íntimos o de otro tipo, durante años.

La vio fuera, poco más que un borrón, mientras pasaba junto a la ventana. A través de las persianas, la observó caminar por la acera hacia la entrada del restaurante. Esperó que afloraran los sentimientos normales que ella le provocaba. Pero la habitual oleada de ira no llegó. Tampoco afloró la amarga sensación de resentimiento. Incluso la angustia que solía sentir cuando la veía se había ido, reemplazada esa mañana por una calma y serena

satisfacción. Sabía que todo saldría bien.

Ella entró por la puerta y lo vio. Levantó la mano en un gesto amistoso y le ofreció una sonrisa sincera. Walt se puso de pie cuando ella llegó al reservado y se fundieron en un cálido abrazo.

—Me sorprendió que llamaras —dijo Meghan Cobb, con la boca cerca del oído de él.

—Siento haberlo hecho sin previo aviso —se disculpó Walt.

—¿Cuánto tiempo llevas en la ciudad?

—Un par de semanas.

Intuyó el dolor que experimentó ella al comprender que no la había llamado antes. También vio que había notado que había algo distinto en él.

—¿Por qué no me llamaste antes? —preguntó Meghan, sin demasiada convicción en su voz—. Podríamos haber pasado tiempo juntos.

Walt negó con la cabeza.

—Esto se trata de algo más.

Guardaron silencio durante varios segundos.

—¿Cómo se llama? —preguntó Meghan.

—¿Quién?

—Este cambio —dijo ella—. Solo una mujer puede haberlo causado.

Walt no respondió.

—Me gusta esta versión de Walt Jenkins. Me recuerda al antiguo tú. Al hombre que solía amar. Es algo bueno, Walt. Me alegro por ti.

Meghan carraspeó antes de hablar de nuevo.

—Dijiste que pasaba algo malo. ¿Qué es?

—Necesito tu ayuda.

CAPÍTULO 61

Manhattan, Nueva York

Viernes 9 de julio de 2021

No reunió el valor para llamarlo hasta el viernes por la noche. Le temblaba la mano cuando tomó el móvil y lo colocó cuidadosamente sobre la mesa de café. Presionó el botón del altavoz y luego marcó el número que recordaba de la niñez. Ese también contenía los tres sietes de la dirección y Avery no sabía que seguía en los pliegues de su mente hasta que decidió que era la mejor jugada que podía hacer. Rogó a Dios que funcionara.

Pulsó llamar y esperó. Sonaron cuatro largos tonos en la habitación del hotel; cada uno hacía que el corazón le latiera más fuerte en el pecho. Luego, él contestó:

—¿Hola?

—Papá, soy yo.

Ahora fue su padre el que hizo una pausa. El sonido de su voz seguramente había causado la misma reacción en él.

—¿Claire?

—Sí, soy yo.

—Recibiste la postal —dijo él—. Estaba seguro de que sabrías qué hacer.

—Tengo que verte, papá. No tengo mucho tiempo.

—Me encantaría. ¿Dónde?

—Iré allí. A la cabaña de Lake Placid. Es lo más seguro.

—¿Cuándo?

—El domingo.

—De acuerdo.

Ninguno de los dos habló durante un momento.

—Claire, quería decirte…

—Por teléfono no, papá. No uses la línea fija. Te veré el domingo.

—De acuerdo.

Avery cortó la llamada; la mano le temblaba más que antes.

—¿Crees que funcionará? —preguntó.

En la mesa de café junto al teléfono de Avery, estaba la delgada caja de metal que contenía los dispositivos de escucha que Jim Oliver le había dado a Walt. Momentos antes, Walt había sacado uno de ellos, lo había activado y lo había colocado junto al teléfono de Avery para que toda la conversación quedara grabada.

—No estoy seguro —dijo Walt. Estaba sentado en el sofá junto a ella—. Pero es tu mejor opción si quieres mantener a los agentes federales ocupados y centrados en la cabaña.

Walt cogió el dispositivo de la mesa, se levantó y lo guardó en el bolsillo.

—Ahora comienza la parte difícil. ¿Estás segura de que puedes hacerlo?

Avery asintió. Unos minutos después, cogieron un taxi en la puerta del Lowell. Desde el asiento trasero, Walt le dijo al conductor adónde se dirigían.

—Edificio Federal Javits. El número veintiséis de Federal Plaza.

La sede del FBI.

CAPÍTULO 62

Nueva Orleans, estado de Luisiana

Domingo 11 de julio de 2021

Cuando las cosas sucedían, sucedían rápido. Los meses de incertidumbre repentinamente quedaban reemplazados por acción. Años de planificación cambiaban en el último minuto. Solo tenía un pequeño margen de tiempo para recoger sus pertenencias y ponerse en movimiento. Todo se reducía a ese momento.

No había tiempo para pensarlo detenidamente. No había tiempo para planificarlo todo. No había tiempo para usar la lógica o el pensamiento crítico a fin de asegurarse de que las cosas funcionaran. Lo harían o no. Pero quedarse quieto y escondido en la cabaña ya no era una opción. Los agentes federales estaban al acecho, más cerca de lo que nunca habían estado. Era ahora o nunca.

Impulsado por media docena de bebidas energéticas, condujo durante toda la noche. Quería acelerar y correr y dejar atrás los kilómetros, pero no podía arriesgarse a una multa. Condujo por el carril del medio y ajustó el control de velocidad al límite de cada estado por el que pasaba. Eran las cinco de la mañana cuando finalmente llegó a Nueva Orleans. El momento era bueno. Si hubiera llegado antes, tendría demasiadas horas por delante. Si llegaba más tarde, le faltaría tiempo.

Dejó el coche en un aparcamiento de un supermercado Target, a unos dos kilómetros de la terminal. Sentía las piernas rígidas por el viaje, El cual había hecho sin paradas excepto por las pausas para ir al baño. Cuando llegó a la Terminal de Cruceros de la calle Julia, se acercó a la barandilla y miró hacia el golfo de México justo cuando el horizonte empezaba a arder con el amanecer. El cielo que se iluminaba y el resplandor anaranjado del océano lo llenaron de esperanza de que pronto fuera libre. Quizá, tal vez, esto iba a

funcionar.

Dios, esperaba que Claire supiera lo que estaba haciendo.

CAPÍTULO 63

Manhattan, Nueva york

Domingo 11 de julio de 2021

Los dos agentes federales frenaron junto a la acera frente a la residencia del juez el domingo por la mañana temprano y salieron del automóvil. La mujer vestía pantalones y una chaqueta, y al igual que cuando ambos caminaban por las montañas de Lake Placid a comienzos de la semana, ella estaba a cargo. Su compañero, que llevaba un elegante traje gris, la siguió hasta la puerta principal. Cojeaba ligeramente por sus ampollas. Los domingos por la mañana, los agentes sabían que era el momento en el que el juez tomaba café y leía los periódicos antes de ir a la iglesia con su familia. Su presencia no sería bien recibida, pero simplemente no se podía esperar más. La mujer llamó a la puerta principal y un momento después el juez Marcus Harris la abrió. Llevaba una camiseta, pantalones cortos de deporte y zapatillas de estar por casa. Una expresión de fastidio cruzó por su cara.

—Buenos días, señor. Soy la agente especial Mary Sullivan. Este es mi compañero, James Martin.

—¿Es realmente necesario hacer esto un domingo por la mañana? —preguntó el juez.

—Me temo que sí, señor.

El FBI tenía una pista sobre uno de los ladrones de guante blanco más buscados, y años de búsqueda finalmente habían revelado su paradero. Esperar hasta el lunes por la mañana, el horario de oficina y del tribunal no era una opción.

El juez Harris los hizo pasar con un ademán.

—Pasen. Veamos qué tienen. En una hora me iré a la iglesia.

Diez minutos más tarde, la isla de la cocina del juez estaba cubierta con las fotos de vigilancia que los agentes habían hecho de la cabaña, incluyendo un par de tomas de larga distancia a través

de las ventanas que captaban la figura borrosa en el interior. Durante treinta minutos, los agentes presentaron sus pruebas al juez, que tomaba café mientras los escuchaba. Lo pusieron al tanto de la operación y de la búsqueda de Garth Montgomery por parte del FBI y cómo, justamente esa semana, habían entregado la prueba más condenatoria que los había convencido de que el fugitivo se escondía en la cabaña que aparecía en las fotografías.

—Escuche, agente Sullivan —dijo el juez Harris—, es un caso convincente y el FBI merece un aplauso por el arduo trabajo que ha hecho con este caso. Pero para que yo apruebe y firme una orden de registro, voy a necesitar algo más que fotos borrosas de una figura no reconocible en esa cabaña. Necesitaré pruebas de que es Garth Montgomery antes de permitir que un equipo SWAT derribe la puerta.

—Las tenemos, señor —dijo la agente Sullivan—. Estas —prosiguió, señalando las fotos que estaban sobre la isla de la cocina— solo fueron para mostrarle que hemos hecho el trabajo de campo. Esta es nuestra prueba. —La agente Sullivan sacó su teléfono—. Jim Oliver se reunió con Claire Montgomery, la hija de Garth Montgomery, el viernes por la tarde. Ella nos entregó pruebas de que su padre había intentado ponerse en contacto con ella con una postal que revelaba su paradero. Esto fue confirmado por una llamada que ella hizo a su padre en la cabaña de Lake Placid. Una llamada que ella misma grabó y luego entregó al FBI, por su propia voluntad y sin ningún tipo de coerción.

La agente Sullivan tocó la pantalla del móvil y se oyó la voz de Avery.

—¿Hola?
—¿Papá? Soy yo.
—¿Claire?
—Sí, soy yo.
—Recibiste la postal. Estaba seguro de que sabrías qué hacer.
—Tengo que verte, papá. No tengo mucho tiempo.
—Me encantaría. ¿Dónde?
—Iré allí. A la cabaña de Lake Placid. Es lo más seguro.

—¿Cuándo?
—El domingo.
—De acuerdo. Claire, quería decirte…
—Por teléfono no, papá. No uses la línea fija. Te veré el domingo.
—De acuerdo.

La agente Sullivan detuvo la grabación.

—Sabemos que Garth Montgomery está en esa cabaña y sabemos que está allí hoy mismo. Mañana tal vez no sea así.

El juez Harris dejó su café y movió un dedo índice en dirección a la agente.

—Deme la orden. La firmaré.

CAPÍTULO 64

Nueva Orleans, estado de Luisiana

Domingo 11 de julio de 2021

Se sentó en un café al aire libre y esperó. Los últimos dos días habían sido puro movimiento: prisas, hacer maletas y conducir por carreteras oscuras. Ahora tenía que esperar y se estaba volviendo loco. Las grandes cantidades de cafeína y taurina que corrían por sus venas por tantas bebidas energizantes tampoco ayudaban.

Una docena de mesas redondas ocupaban la terraza junto a la terminal de cruceros. Llevaba gafas de sol que ocultaban los ojos enrojecidos con los que estudiaba a la multitud. Durante años se había cuidado de confiar solamente en un selecto grupo de personas en cuyas manos se atrevía a poner su vida. Pero todo eso había cambiado en las últimas cuarenta y ocho horas. Esa mañana esperaba a una desconocida: una mujer a la que jamás había visto, pero cuya presencia era vital para la siguiente etapa de una travesía imposible que había comenzado años atrás.

Vestía pantalones de estilo casual y una camisa bajo una chaqueta celeste. Calzaba mocasines náuticos. Sin medias. Su aspecto coincidía con el papel que representaba. La camarera se acercó y le ofreció más café. Él aceptó, pero lo pidió descafeinado. Ya bastante exaltado estaba. Miró el reloj. En diez minutos comenzaría el embarque. Paseó la mirada por alrededor del café y sintió gotas de sudor en la frente. La silla frente a él se movió hacia atrás. Una mujer se sentó con descuido.

—¿Meghan? —preguntó el hombre.

Meghan Cobb se mantuvo inexpresiva. Asintió.

El hombre se echó hacia atrás en la silla y bajó la cabeza, aliviado.

—Gracias a Dios. Creí que nos habíamos cruzado.

—No, solo estaba haciendo lo que me dijeron que hiciera para

cerciorarme de que nadie me estuviera siguiendo.

—¿Y?

—¿Cómo coño voy a saberlo? Soy decoradora de interiores, joder. Me echaron todo esto encima hace dos días.

—De acuerdo, perdona —dijo el hombre—. Hace una hora que estoy aquí. Creo que la cosa va bien. —Miró el muelle—. Van a comenzar con el embarque. Será mejor que vayamos.

Dejó dinero en la mesa para pagar el desayuno, luego ambos se pusieron de pie y caminaron hacia el gigantesco crucero. Meghan le cogió la mano cuando se unieron a la fila de pasajeros que esperaban para embarcar.

CAPÍTULO 65

Manhattan, Nueva York

Domingo 11 de julio de 2021

Durante su reunión con Claire Montgomery, Jim Oliver se enteró de que la cabaña era propiedad de Annabelle Gray, una prima segunda de Garth Montgomery. La línea genealógica no resultó difícil de seguir una vez que la tuvo ante sus ojos. El hermano de Garth Montgomery estaba casado con una mujer cuyo tío era dueño de la cabaña de Lake Placid, situada en la calle Stonybrook número 777. El tío falleció y le dejó la propiedad a su hija, Annabelle Gray. La declaración de horas que Claire Montgomery hizo el viernes por la noche reveló que a Annabelle Gray los niños Montgomery la llamaban “Ma Bell”. Su cabaña había sido un destino de fin de verano para el clan Montgomery.

La confirmación de que Garth Montgomery era, sin duda, el ocupante actual de la cabaña llegó de la conversación telefónica grabada que Claire le había entregado al FBI. Su valor era inestimable. Si tenían que conseguir una orden judicial, la grabación, junto con la colaboración de Claire Montgomery, sería lo que lo haría posible.

La llamada llegó a las nueve del domingo por la mañana.

—Oliver —contestó Jim.

—La tenemos —anunció la agente Sullivan.

—¿En serio?

—El juez Harris la firmó en pijama y zapatillas mientras tomaba café sentado a la mesa de la cocina. Estamos en camino.

—¿Cuánto tardaréis?

—Diez minutos.

Jim Oliver tenía a su equipo listo. Solo estaban esperando la orden judicial. Hizo la llamada para que se pusieran en marcha. Tardarían cuatro horas en llegar a la cabaña de Lake Placid.

Mientras tanto, desde el jueves por la mañana, había agentes en los senderos de montaña de los alrededores. Su trabajo había cambiado de vigilancia a seguridad. El objetivo era cerciorarse de que Garth Montgomery no abandonara la cabaña.

Media hora más tarde, Jim Oliver y su equipo estaban en camino. Una caravana de todoterrenos salió disparada de Manhattan con dirección a las montañas de Lake Placid. El teléfono de Jim volvió a sonar.

—Oliver.

—Señor —dijo el agente—. Tenemos visión clara de la cabaña y confirmación de que hay un solo ocupante en el interior.

—Manteneos en vuestros puestos —dijo Oliver—. Estamos en camino. Nadie sale de esa cabaña, ¿entendido?

—Sí, señor.

CAPÍTULO 66

New Orleans, estado de Luisiana

Domingo 11 de julio de 2021

Esperaron ansiosamente en la fila de pasajeros que embarcarían en el crucero *Dama Esmeralda*. Él había doblado y desdoblado el extremo de la tarjeta de embarque que asomaba de su pasaporte tantas veces que estaba a punto de romperse. Meghan alargó el brazo y le apartó la mano suavemente para que dejara de hacerlo. Su nerviosismo solo podía deberse a dos cosas: temía subirse a un crucero por miedo a que se hundiera, o temía la tormenta tropical Bartholomew, que se estaba formando en el Caribe oriental y, que según los meteorólogos, llegaría hasta el golfo de México. Era demasiado pronto para la temporada de huracanes, pero la tormenta prometía un diluvio y aguas turbulentas. Cualquiera de esas suposiciones era mejor que la verdad: que estaba nervioso porque estaba a punto de huir del país bajo un nombre falso y si lo atrapaban, pasaría años en la cárcel.

Dejó de manosear la tarjeta justo a tiempo para encontrarse cara a cara con la bonita joven de la tripulación vestida con un impecable uniforme blanco que ostentaba franjas doradas en los hombros, como si tuviera un rango militar. Ella les sonrió cálidamente, esperando la misma actitud. Después de todo, cada uno de los pasajeros con quien se encontraba esa mañana estaba a punto de embarcarse en unas vacaciones épicas, navegando por las aguas abiertas del Caribe y visitando sus fabulosas islas, que incluían Gran Caimán, Jamaica, Cozumel, Belice y Roatán en América Central. ¿Por qué no iban a estar felices y emocionados? Él y Meghan le devolvieron la sonrisa.

—Pasaporte y tarjeta de embarque, por favor —dijo la mujer.

Meghan tomó la iniciativa y entregó ambas cosas. Sus documentos eran reales y no tenía por qué preocuparse mientras

esperaba, confiada, a que la mujer escaneara el pasaporte. La tripulante le sonrió un instante después y le devolvió el pasaporte.

—Señorita Cobb, bienvenida a bordo del *Dama Esmeralda*.

—Gracias —dijo Meghan.

Con mano ligeramente temblorosa, el hombre entregó sus documentos. Si todo iba a desmoronarse, el desastre comenzaría cuando escanearan su pasaporte. Pero lo único que sucedió después de que la mujer colocase el documento en la máquina fue que esta emitió un agradable sonido y se encendió una brillante luz verde.

—Señor Holland, bienvenido a bordo del *Dama Esmeralda*.

—Gracias —respondió Aaron con un tartamudeo.

—Están en el camarote 3318. ¿Cuántas maletas tienen?

—Solo una cada uno —dijo Meghan.

—Muy bien —dijo la mujer, mientras enganchaba unas etiquetas del *Dama Esmeralda* alrededor del asa de cada maleta—. Pueden dejarlas allí. —Señaló un creciente montón de equipaje que estaba dispuesto a un lado—. Las llevarán a su camarote muy pronto.

Aaron Holland y Meghan Cobb sonrieron y dejaron las maletas junto a las demás.

—Carlos los acompañará a su camarote. Que disfruten de su viaje.

—Gracias —dijo el señor Holland en tono considerablemente más relajado que unos minutos antes.

Siguieron a Carlos hasta el camarote 3318. Habían superado el primer obstáculo. Les esperaban muchos más. Hasta ahora, Claire no había fallado en nada.

CAPÍTULO 67

Lake Placid, estado de Nueva York

Domingo 11 de julio de 2021

La orden judicial autorizaba a los agentes federales a entrar en la casa sin llamar ni dar aviso. La caravana consistía en dos vehículos Humvee y tres camionetas Suburban negras con cristales tintados. Se veían tan fuera de lugar en el silencioso paisaje de montaña que aun sin que los vehículos utilizaran sirenas ni luces, los otros coches se hacían a un lado para permitirles el paso. Ocho agentes vestidos en uniforme antidisturbios ocupaban los Humvee. Otros diez agentes, entre los cuales estaba Jim Oliver, viajaban en las Suburban y vestían uniformes SWAT con cortavientos del FBI por encima de los chalecos Kevlar. Llevaban armas en las sobaqueras. Y cada uno de ellos, según los términos negociados con Claire Montgomery, que habían hecho posible esa incursión, llevaba cámaras en el cuerpo y micrófonos que captarían todos los movimientos y palabras.

La pequeña brigada avanzó por la calle sombreada hasta que aparecieron los dos agentes que habían estado vigilando la cabaña. Señalaron el camino protegido por los árboles y la caravana avanzó. Antes de que los Humvee se detuvieran del todo, las puertas se abrieron y salieron los agentes. Llevaban ametralladoras ligeras cruzadas en el pecho y pistolas Glock sujetas en el costado. Se ocultaban debajo de cascos Kevlar y máscaras protectoras irrompibles. Los dos agentes a cargo se lanzaron hacia los escalones de entrada y utilizaron un ariete para derribar la puerta de entrada. Se hicieron a un lado para permitir que el grupo de agentes federales armados tomaran por asalto la cabaña.

CAPÍTULO 68

Nueva Orleans, estado de Luisiana

Domingo 11 de julio de 2021

Aaron Holland pensaba quedarse en el camarote la mayor parte del crucero. Era pequeño y estrecho y no habría mucho que hacer allí, además de ver televisión y preocuparse. Preferiría descansar junto a la piscina o tal vez tomarse una copa en el bar. Pero eso lo expondría a otros pasajeros y cada salida del camarote representaba una oportunidad para que ocurriera algún incidente memorable. Ya se tratara de una conversación casual que alguien pudiera recordar más tarde o de un pequeño contratiempo, como derramar la bebida, no había forma de saber qué podría recordar otro pasajero. Cuantas menos personas vieran a Aaron Holland, más posibilidades habría de que pudiera existir solo durante unos pocos días antes de desaparecer del mundo.

Por supuesto, sin Meghan Cobb, la desaparición de Aaron Holland no sería posible. El personal y la tripulación, así como el equipo de limpieza asignado a cada camarote a bordo del crucero, estaban bien entrenados. Si el señor Holland simplemente desapareciera y su camarote quedara vacío, levantaría sospechas. El equipo de limpieza seguía protocolos estrictos: cuando hubiese un camarote vacío había que informar. El temor de que los pasajeros, especialmente los que estaban de vacaciones y bebían demasiado, cayeran por la borda siempre era una preocupación. A lo largo de los años, había habido suficiente publicidad negativa sobre las compañías de cruceros y los pasajeros que desaparecían, por lo que se habían implementado procedimientos rigurosos en toda la industria para identificar tales peculiaridades.

Pero Meghan Cobb resolvía ese problema. Su presencia evitaría que aparecieran señales de alarma. Ella sería visible durante los diez días que duraba el crucero. El hecho de que su compañero de

viaje ermitaño rara vez saliera del camarote pasaría inadvertido. Y que ella finalmente abandonara el barco sin él al final del crucero sería irrelevante, porque para entonces estaría registrada como pasajera sin acompañante.

Si Claire lograba lo prometido, en algún momento durante los diez días de navegación, el nombre del señor Aaron Holland desaparecería del registro formal de pasajeros.

CAPÍTULO 69

Lake Placid, estado de Nueva York

Domingo 11 de julio de 2021

Apuntando con sus pistolas semiautomáticas Glock calibre .40, el equipo SWAT registró las habitaciones de la cabaña de estilo alpino. Sala del estar, despejada. Cocina, despejada. Dormitorio, despejado. Con cada habitación vacía, en la mente de Jim Oliver afloró la posibilidad de que tal vez, de alguna manera, la información fuera incorrecta. O bien estaban en la cabaña equivocada, o sus agentes no habían captado al objetivo mientras escapaba de la casa. Después de tanto tiempo como fugitivo, no era inverosímil que Garth Montgomery hubiera tomado precauciones para un momento como este. Y por mucho que Oliver creyera que se había llevado a cabo una operación impecable, sabía que había sido apresurada. Si hubiera tenido más tiempo, habría establecido vigilancia durante más de tres días. Habría insistido en una confirmación más definitiva de la presencia del sujeto en lugar de confiar en las fotos mediocres y borrosas que habían logrado obtener a través de ventanas sucias y cubiertas por cortinas.

De repente, Jim Oliver sentía que su carrera se le escurría entre los dedos. Lo había apostado todo a la promesa de sacar a Walt Jenkins del olvido y capturar a Garth Montgomery. La operación había salido mejor de lo previsto y había sido un triunfo aún mayor de lo que les había vendido a sus superiores. Claire Montgomery, al final, les había dado la información crucial sobre el paradero de su padre y por eso habían conseguido una orden de registro tan rápidamente. Pero ahora estaba en una cabaña vacía en las montañas, completamente equivocado sobre lo que creyó que habría en el interior. O tal vez solo había llegado tarde. Trató de no pensar en la otra posibilidad: que lo hubieran engañado. No se detuvo en eso, porque cualquiera que fuera la situación en la que

estaba metido, significaba el fin de su carrera.

—¡El baño! —gritó uno de los agentes.

Jim Oliver parpadeó y regresó al presente. Levantó su Glock y cruzó la sala de estar, pasando junto a sus agentes, que estaban listos para actuar y apuntaban con sus armas a la puerta cerrada del baño. Ahora se podía oír, en el interior silencioso de la cabaña, el sonido del agua a presión que pasaba por las tuberías. Jim Oliver se situó al lado del baño, con la espalda pegada a la pared. Asintió y los agentes que cargaban el ariete se adelantaron.

En el silencio, justo antes de que se astillara la madera, se oyó el ruido de la ducha.

CAPÍTULO 70

Nueva Orleans, estado de Luisiana.

Domingo 11 de julio de 2021

La majestuosidad de uno de los cruceros más grandes del mundo era lo que atraía al público, y los folletos mostraban fotos magníficas de la amplia cubierta, la enorme piscina y los grandes salones de baile. Los pequeños camarotes donde los pasajeros dormían después de pasar todo el día fuera no recibían mucha atención en el folleto de la empresa RICL. El camarote 3318 era pequeño y estrecho. Después de chocarse mutuamente durante una hora, Meghan Cobb estableció algunas reglas básicas. Una línea de almohadas separaba la cama en dos mitades. Las maletas estaban guardadas debajo. Él se sentó en una silla en la esquina y Meghan se sentó en su lado de la cama.

—Gracias por lo que estás haciendo —dijo él—. Cualquiera sea la razón por la que te convencieron para ello.

—Le debía un favor a alguien —dijo Meghan.

Repasaron el plan y lo que esperaban lograr durante los próximos días.

—Entonces, ¿no tienes permitido salir del camarote? —preguntó Meghan.

—Sería mejor que no lo hiciera. Saldré a caminar por los pasillos todos los días cuando vengan a limpiar, pero me mantendré tan fuera de la vista de los demás como sea posible. Tú, en cambio, deberías salir y pasear por allí. Hazte ver.

Meghan asintió.

—Tengo la intención de conseguir un bronceado fabuloso con este trato al menos.

—En dos días te dejaré tranquila y tendrás el camarote para ti sola.

—¿Crees que saldrá bien?

—No lo sé, pero confío en la persona que lo organizó todo.

—Tu verdadero nombre no es Aaron, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿cómo debería llamarte?

Hubo una breve pausa antes de que él respondiera.

—Aaron —dijo—. Creo que lo mejor es que simplemente me llames Aaron.

CAPÍTULO 71

Lake Placid, estado de Nueva York

Domingo 11 de julio de 2021

La puerta del baño se desintegró bajo el peso del ariete y los agentes invadieron el baño. El vapor que se elevaba empañó los visores, por lo que se los levantaron rápidamente.

—¡Agentes federales! —gritaron—. ¡Manos arriba! ¡Manos arriba!

Al entrar en el baño, Oliver tuvo atisbos de cuerpos y vapor. Un hombre estaba desnudo en la ducha. No ofreció resistencia ni luchó. Simplemente levantó las manos con actitud temerosa y derrotada. Dos agentes lo sacaron de la ducha, lo obligaron a tenderse boca abajo en el suelo y le esposaron las manos por detrás de la espalda.

—¡Todo despejado! —gritó otro agente antes de cerrar la ducha.

Los agentes cogieron al hombre por los codos y lo levantaron. Desnudo y chorreando agua, tenía un aspecto patético. Hubiera sido apropiado, dado que no ofreció resistencia, ofrecerle una toalla para que se cubriera. Pero Jim Oliver no tenía intención de mitigar la humillación de ese hombre.

Se acercó al fugitivo al que había estado persiguiendo durante años. Incluso con el pelo pegado a las orejas, Oliver reconoció al Ladrón de Manhattan.

—Garth Montgomery —dijo Oliver—. Quiero que sepa dos cosas. Primero, que está bajo arresto. Y segundo, que su hija es la razón por la que lo hayamos encontrado.

CAPÍTULO 72

Bahía Montego, Jamaica

Martes 13 de julio de 2021

El crucero *Dama Esmeralda* tocó tierra justo después del mediodía de la tercera jornada. Aaron Holland observó desde la segunda cubierta cómo hordas de pasajeros obstruían las salidas para abalanzarse sobre las trampas turísticas de la isla, ansiosos por comprar joyas baratas, bolsos y baratijas para sus nietos. Esperó pacientemente a que la multitud se dispersara y luego volvió al camarote 3318.

Meghan Cobb estaba sentada en la cama.

—Bien —dijo él—. Creo que ha llegado el momento.

—¿Estarás bien?

Él se encogió de hombros.

—He llegado hasta aquí. Gracias por todo. No sé cómo te involucraron en todo esto, pero no podría haber llegado hasta aquí sin tu ayuda.

—¿Y si alguien pregunta por ti, algún empleado o miembro de la tripulación?

—No lo harán.

—¿Estás seguro?

—No.

Meghan asintió. No quedaba nada que decir.

—Buena suerte.

Cerró su maleta y salió del camarote. Atravesó el largo pasillo y entró en el ascensor que lo dejó en la planta baja. Cuando llegó a la salida, se identificó ante el empleado del crucero entregando su pasaporte. Lo escaneó y lo registró en la base de datos del barco: se hacía un cuidadoso registro de todos los pasajeros que desembarcaban. Eso aseguraba que el mismo número de pasajeros regresaran sanos y salvos a bordo antes de que el *Dama Esmeralda*

zarpara del puerto. Allí había otra posibilidad de fracaso. Si Claire no lograba llevar esa parte de la operación a cabo, ese mismo día comenzaría una búsqueda de Aaron Holland. Se daría aviso a Bahía Montego y a las autoridades jamaicanas, y cuando no pudieran encontrar al estadounidense desaparecido, el protocolo indicaba que la nave debía contactar a las autoridades estadounidenses. Seguiría una progresión por la cadena de organismos, comenzando por el consulado estadounidense en el Caribe hasta llegar al Departamento de Estado. Tras un cierto tiempo, se sumaría al caso la rama internacional del FBI.

“Vamos, Claire”, pensó mientras bajaba la escalera y pisaba el muelle. “Haz tu magia”.

Sin mirar atrás, cruzó el muelle hasta que pisó tierra firme jamaicana. Había estudiado el mapa y conocía el camino de memoria. Sin prestar atención a los taxis y autobuses, caminó los seis kilómetros hasta el centro de la ciudad. Hacía calor y había mucha humedad, cuando llegó al restaurante Jimmy Buffet’s de Margaritaville, tenía la camisa empapada de sudor. En el bar, pidió una cerveza Red Stripe y bebió con ansias.

Siguiendo el plan, se mezcló con los otros turistas. Una vez que se hubo refrescado, pagó en efectivo y se dirigió al mercado donde regateó con vendedores callejeros durante quince minutos. Cuando se sintió lo suficientemente cómodo, se separó de la multitud y cruzó la calle principal hasta que llegó a la avenida Hobbs. Recorrió unos quinientos metros, como le habían indicado, arrastrando la pequeña maleta que contenía todas sus pertenencias. Su vida entera reducida a una pequeña maleta.

Cuando tomó una curva, vio el Jeep Wrangler color verde fluorescente detenido en el arcén. El vehículo no tenía techo ni puertas. Un jamaicano con rastas estaba detrás del volante. Se acercó y lo saludó con la mano.

—*Yeah, man. ¿Aron Holland?*

—Sí, soy yo —respondió.

—No hay problema, *man*. Vamos.

El hombre le hizo un ademán para que subiera. El Wrangler verde dio media vuelta y se dirigió hacia el corazón de Jamaica. El *Dama Esmeralda* desapareció detrás de ellos.

CAPÍTULO 73

Trelawny, Jamaica

Martes 13 de julio de 2021

En la localidad de Trelawny, en Jamaica, el hombre condujo el Jeep Wrangler por caminos de tierra hasta que llegaron al borde de una enorme finca. Gracias a la investigación que había hecho y toda la información que Claire le había enviado en el paquete por correo que había llegado a la cabaña 12 de Sister Bay la semana anterior, él sabía que estaba ante Hampden Estates, una de las destilerías más antiguas de Jamaica. Se agarró a una barra del techo cuando el Wrangler giró por un camino de tierra que no era más que dos surcos separados por una franja de hierba y entró rebotando en la finca. Los troncos rectos de las palmeras bordeaban el camino y pasaban junto a ellos desdibujados. Finalmente salieron a un claro donde se veía una casa cubierta de enredadera. Con un chirrido de frenos, el Jeep se detuvo delante de ella.

—*Yeah, man*. Aquí estamos.

—¿Es aquí?

—Sí, *man*. Jerome te ayudará a partir de aquí.

Aaron Holland sacó un sobre con dinero del bolsillo y se lo entregó al conductor.

—Gracias.

—Sí, *man*. No hay problema.

Tan pronto sacó la maleta de la parte trasera del *Jeep*, el vehículo desapareció con un rugido del motor y una nube de polvo. Se dirigió hacia la casa. Antes de que pudiera llamar, la puerta se abrió.

—¡Lo has logrado! Soy Jerome. —El acento jamaicano hacía que el nombre sonara—. Podemos comer algo, y luego te haré una visita guiada. ¿Te apetece probar algún ron antes de que te marches?

—Tal vez —respondió él, aunque nada estaba más lejos de sus pensamientos que el ron.

Tenía un largo viaje al volante por las sierras de Jamaica y solo una vaga idea de adónde se dirigía. Para llegar, necesitaría la mente despejada, no nublada por el ron. Sin embargo, estaba famélico, así que aceptó la generosa invitación a comer, pero declinó los numerosos ofrecimientos de ron de Hampden Estate.

Una hora más tarde se puso detrás del volante de un Toyota Land Cruiser muy usado e hizo girar la llave. Tras unos segundos de protesta, el motor cobró vida.

Jerome apoyó ambas manos en la ventanilla abierta del lado copiloto.

—Buena suerte, amigo —dijo.

—¿Cómo hago para devolverte el Land Cruiser?

—No hay problema, man. El señor Walt es un buen amigo, él se ocupará de devolvérmelo. Le haré saber que has llegado. Dale de comer a su perro cuando llegues. Me ahorrarás un viaje. Se llama Federal.

Aaron Holland asintió como si algo de eso tuviera algún sentido para él. Había necesitado suerte para llegar hasta ese punto y sin duda seguiría necesitándola en las próximas semanas. Esperaba que esta primera racha durara hasta permitirle cruzar el interior de Jamaica y llegar al extremo oeste de la isla, hasta Negril, a la casa de un hombre llamado Walt Jenkins. Sin teléfono móvil y con el indicador de combustible justo debajo de la mitad, calculaba que necesitaría toda la suerte posible. Finalmente, puso en marcha el Toyota y se alejó.

Se estaba alejando de mucho más que de una mera destilería de Jamaica, y de mucho más que de un desconocido que de buena gana le había entregado su vehículo. Christopher Montgomery se estaba alejando de su antigua vida. Del estrés de pasar años escondido. Se estaba alejando del papel que había jugado, sin saberlo, como administrador de carteras en el fondo de inversión de su padre.

Pero ahora, quizá, podría liberarse de todo eso. Y ser tan libre como podía serlo un fugitivo.

PARTE VI

EL REEMBOLSO

CAPÍTULO 74

Westmoreland, Jamaica

Jueves 21 de octubre de 2021

El viaje del barco había comenzado en Sister Bay, en el estado de Wisconsin, desde donde se dirigió hacia el norte desde la bahía Green antes de rodear la isla Washington y cruzar todo el lago Michigan. Pasó por las esclusas en Chicago, junto con otras embarcaciones y buques. Las velas nunca se izaron. En cambio, el motor consumía gasolina y aceite. Era la forma más rápida de hacerlo. El propósito de ese viaje era el traslado, no la aventura.

Una vez pasadas las esclusas de Chicago, la tripulación orientó el velero Moorings 35.2 hacia el sur y navegó por el río Illinois. Desde allí se conectaron con el Mississippi y finalmente encontraron la vía fluvial Tenn-tom, que los llevó a Mobile, en el estado de Alabama. Durante una etapa del viaje, hubo que desarmar los mástiles para pasar por debajo de puentes de poca altura. Pero finalmente, tras catorce días de travesía extenuante, el velero salió al golfo de México. Desde allí navegó hasta la punta sur de Florida, donde finalmente la tripulación izó las velas. Estados Unidos quedó atrás. La isla de Jamaica no se hizo visible hasta tres días después.

Walt Jenkins se sentó a comer en una taberna local en el extremo sur de la isla. Comió pollo picante con plátanos y los acompañó con una cerveza Red Stripe mientras contemplaba la eficiencia de los operadores de grúas y oía el crujido de los barcos. Solo había turistas esporádicos en el pequeño condado de Westmoreland. Estaba alejado de las playas de arena blanca y de los prístinos complejos turísticos y no pasaba nada como para atraer a los turistas de vacaciones. El pequeño condado era un centro de actividades industriales y comerciales en la isla. Después del turismo, la economía de Jamaica se basaba en la exportación de plátanos. Gran parte del negocio de exportación de la isla se llevaba

a cabo allí, en el puerto de Savanna-la-Mar, donde los buques petroleros atracaban y las grúas levantaban miles de cajas de fruta para su transporte a tierras extranjeras.

En el lado norte del puerto había un pequeño embarcadero deportivo donde se amarraban embarcaciones de paseo. No eran muchas. Los turistas adinerados elegían otros lugares más pintorescos y prácticos para amarrar sus enormes veleros y yates. Bahía Montego y Ocho Ríos estaban entre los más populares. Había un codiciado puerto en el lado norte de Negril donde para conseguir un amarre se necesitaban influencias. Pero allí en Westmoreland, el puerto deportivo estaba ocupado por pequeñas lanchas a motor y embarcaciones de pesca que habían hecho una parada para que les hicieran el mantenimiento. Era el lugar perfecto para la entrega, prometió Walt.

Terminó de comer y se bebió una segunda cerveza sin dejar de mirar el reloj y vigilar el puerto. Después de treinta minutos, vio aparecer el velero desde el oeste, sus velas infladas y majestuosas. Desde su punto de vista de novato, el barco le pareció demasiado grande para su propósito. Pagó la cuenta y salió al muelle a observar cómo el velero se acercaba a tierra. Bajaron las velas y el barco apuntó directamente hacia él. Walt se paró al final del muelle y saludó con la mano mientras los cuatro miembros de la tripulación maniobraban habilidosamente, amarrando y asegurando el barco antes de que Walt pudiera ofrecer ayuda.

Leyó el nombre del velero, estampado en la popa y confirmó que era el barco que estaba esperando. La tripulación parecía extenuada. Los cuatro hombres tenían barbas tupidas y pelo desgreñado que asomaba debajo de sus gorros. Estaban bronceados y quemados por el viento.

—Caballeros, parece que han tenido un viaje difícil —dijo Walt.

El capitán de la tripulación saltó al muelle, se quitó el gorro y las gafas de sol y se secó la frente sudada.

—Digamos que el vuelo de regreso será mucho más fácil. ¿Usted es Jenkins?

—Sí, señor —dijo Walt y le entregó su carnet de conducir y su pasaporte.

El capitán cogió los documentos. Anotó información de la identificación de Walt en la hoja de entrega, marcó algunas casillas

y le devolvió todo a Walt.

—Firme en la parte inferior.

Walt firmó.

—Déjeme repasar algunas cosas sobre el velero. Nada importante, pero tiene algunos problemas mecánicos que necesitarán atención. Nada estructural. Sin duda es una bestia.

—Me alegra escucharlo —dijo Walt, como si tuviera idea de lo que hacía que un velero fuera una bestia o una carga.

Durante veinte minutos siguió al capitán por el velero y asintió mientras el hombre inspeccionaba las velas, los cabrestantes y el equipo de cubierta. Walt lo siguió al compartimiento del motor y fingió entender las cosas que mencionaba sobre las bombas de combustible, las hélices y el sistema de propulsión. Habló de un fallo en la electrónica. Walt fingió tomar nota mental de ello.

—Hicimos una lista mientras viajábamos —dijo el capitán—. Sé que estoy repasando muchas cosas, pero nuestro vuelo sale dentro de tres horas.

Walt hizo un gesto con la mano.

—Si han hecho una lista, podré revisarla después de llevarlos al aeropuerto.

Dos horas después, Walt dejó a los cuatro hombres en el aeropuerto de Bahía Montego. Tan pronto como desaparecieron en la terminal, puso en marcha el Land Cruiser y partió hacia Negril.

CAPÍTULO 75

Negril, Jamaica

Viernes 22 de octubre de 2021

Avery sintió la densa humedad del Caribe tan pronto pisó la pista de aterrizaje. Su vuelo había sido de seis horas, directo desde Los Ángeles a Bahía Montego. Pasó por la aduana y salió con su maleta. El aeropuerto estaba lleno de turistas que esperaban en largas filas para subir a autobuses y furgonetas que los llevarían a las playas de la isla, donde beberían ron e intentarían broncear su pálida piel.

Avery salió de la terminal y oyó un coche que pitaba dos veces. Tras abrirse paso entre la multitud, vio a Walt de pie en el lado del conductor, agitando la mano por encima del techo del Land Cruiser. Avery sabía que era el mismo vehículo que su hermano había conducido tres meses antes, cuando llegó por primera vez a Jamaica. Se apresuró y subió al asiento copiloto mientras Walt echaba su bolsa al maletero.

—¿Cómo ha ido tu vuelo? —preguntó mientras salía.

—Largo. ¿Cómo está él?

—Instalado y disfrutando de la vida en la isla. Puede que lo haya introducido al consumo de ron jamaicano *single-batch*.

Avery sonrió.

—Tiene muchas ganas de verte —dijo Walt.

—¿Ha llegado el barco?

—Ayer, justo como estaba programado. Christopher quería inspeccionarlo, pero le dije que teníamos que esperarte.

—¿Qué aspecto tenía?

—¿El barco? Genial, pero no sé nada de barcos.

—Es un velero hermoso —dijo Avery, recordando el día de junio en que ella y Connie Clarkson lo habían sacado a navegar por la Bahía Green. Aquella mañana había sido una inspección final, durante la cual Avery se aseguró de que la embarcación pudiera

hacer lo que necesitaba.

—Confío en tu palabra —dijo Walt.

Luego, hubo silencio durante largo rato mientras Walt conducía fuera del aeropuerto y se incorporaba a la carretera principal que los llevaría a Negril. Finalmente, tras media hora habló.

—Te he echado de menos —dijo.

Avery lo miró.

—Sigo pensando que eres un idiota.

—No te lo discutiré. Solo quiero que sepas que estoy haciendo un gran esfuerzo para cambiar.

Pasó otro minuto de silencio antes de que Avery hablara.

—Yo también te he echado de menos.

—Eso me basta —dijo Walt, manteniendo los ojos en la carretera —. Me basta más que cualquier otra cosa.

Alargó el brazo y tomó la mano de Avery. Ella no se resistió.

La mayor parte del viaje a Negril fue por la carretera principal, que estaba poblada de autobuses turísticos, furgonetas y motocicletas que zigzagueaban entre el tráfico. El océano estaba a la derecha de Avery. El agua era cristalina cerca de la orilla y permitía ver los corales en el fondo. Mar adentro, el agua adquiría un profundo tono cobalto. Había palmeras por todas partes. En la ciudad de Negril, salieron de la carretera principal y se dirigieron hacia el interior de la isla, lejos de los autobuses, del océano y las playas. Los caminos en esa parte del viaje eran estrechos y estaban sombreados por una densa vegetación. En algunos lugares, el camino era tan estrecho que Walt tenía que apartarse para permitir el paso del tráfico que venía en sentido contrario.

Cuanto más se adentraba Walt en la selva tropical, más emocionada se sentía Avery. No habló durante los últimos treinta minutos del viaje. Lo único que quería era llegar y verlo.

—Cinco minutos más —dijo Walt.

Esos minutos parecieron horas hasta que Walt finalmente redujo la velocidad, giró a la derecha y frenó en la entrada de una casa azul bien cuidada, escondida en un rincón entre mangles y palmeras. El vecino más cercano estaba a más de ocho kilómetros y completamente fuera de la vista. Ese había sido el sitio perfecto para que Christopher se quedara mientras Avery finalizaba sus últimos planes. Walt había prometido que así sería.

—Gracias —le dijo ella.

Walt asintió y señaló la casa.

—Anda, entra.

Avery abrió la puerta y cruzó el camino de guijarros. Un perro salió corriendo a recibirla. La puerta principal se abrió y Christopher salió al patio delantero. Avery corrió hacia él.

CAPÍTULO 76

Negril, Jamaica

Viernes 29 de octubre de 2021

Christopher Montgomery era tres años mayor que su hermana. Sin embargo, la edad no le daba ventajas ni beneficios. Avery era mejor que él en la mayoría de las cosas: había sido una mejor estudiante y era mejor navegante. Tenía más carisma y era más extrovertida. También era probable que si las cosas se descontrolaban entre ellos, pudiera derribarlo en una pelea cuerpo a cuerpo. Pero había una cosa en la que Christopher la superaba: las matemáticas. Era un prodigio cuando se trataba de números. Las matemáticas y todas sus derivadas le resultaban fáciles. De hecho, nunca sintió la necesidad de aprender la materia. El conocimiento ya estaba de alguna manera en su cerebro. Había nacido con esa capacidad. Todo lo que tenía que hacer era organizar la información y aplicarla a cualquier versión de las matemáticas. En la universidad, se especializó en Matemáticas. Después, hizo un máster en Matemáticas Aplicadas y Matemáticas Computacionales. Si hubiera tenido un padre normal, tal vez Christopher Montgomery se habría convertido en profesor o analista de la industria de los seguros. En cambio, llevó su mente matemática a Wall Street y se unió a Montgomery Investment Services como analista.

Christopher se dedicaba a estudiar el mercado y determinar las probabilidades y el análisis estadístico para ganar dinero negociando acciones y materias primas. Sorprendentemente, era muy bueno en ese campo. Tan bueno, de hecho, que ascendió hasta la cima en la empresa de su padre y pronto le asesoraba no solo a él, sino a todos los socios sobre en qué empresas colocar los activos del fondo. Christopher se perdía tanto en el análisis estadístico de los fondos de la empresa que no veía el bosque por centrarse en los árboles. Hasta una noche, cuando se quedó solo trabajando hasta

tarde. Su mente funcionaba mejor cuando las oficinas estaban vacías. Fue entonces cuando empezó a desentrañar el fraude que se estaba llevando a cabo. Le llevó semanas de trabajo nocturno analizar las malas prácticas financieras de la empresa.

Las oficinas de Montgomery Servicios de Inversión ocupaban todo el piso cuarenta del edificio Prudential en Lower Manhattan, y una vez que Christopher olió la corrupción, no le importó el riesgo que estuviera corriendo. Por la noche, después de que el personal de limpieza se hubiera ido, entró en la oficina de su padre y buscó en su ordenador. Hizo lo mismo con el de cada uno de los socios. Lo que los agentes federales habían tardado dos años descubrir, Christopher lo entendió en dos semanas. La empresa estaba podría hasta la médula, y el nombre y la inteligencia de Christopher estaban detrás de casi todas las transacciones que se habían realizado.

Con la misma rapidez con la que desentrañó el fraude, Christopher también comprendió que sería considerado tan culpable como cualquier otra persona en la empresa. Su firma digital estaba en casi todas las operaciones. Quedaría implicado en la estafa piramidal tanto como su padre o cualquiera de los socios. Lo procesarían, lo acusarían y lo encarcelarían. Además, sabía que los agentes federales estaban pisándoles los talones. Un viejo amigo con quien había estudiado Matemáticas Aplicadas trabajaba para la Agencia Tributaria de Estados Unidos, y había confirmado las sospechas de Christopher. Le pidió un favor y su amigo accedió. Mientras Christopher pasaba dos semanas desentrañando los delitos financieros de la empresa Montgomery, su amigo hizo algunas llamadas y buscó información por su cuenta. El amigo no sabía mucho, le dijo a Christopher, pero descubrió que había una investigación en curso en la que participaban los “frikis de matemáticas” del FBI, como llamaban los contables forenses que trabajaban para el gobierno. Incluso su amigo había logrado averiguar el nombre de la operación: Castillo de Naipes.

Christopher Montgomery tenía muchas opciones. Podría haberse presentado ante el FBI y hacer un trato. Podría darles el acceso que necesitaban, podría haber sido el canal de toda la operación. Podría haberse enfrentado a su padre y haberle exigido que las cosas cambiaran, pero sabía que había llegado demasiado lejos. Podría

haber intentado borrar sus huellas de las operaciones y alegar ignorancia. Pero todas esas opciones tenían sus fallos y todas conllevaban la probabilidad de que terminara en la cárcel. Entonces, en lugar de todo eso, lo que hizo fue contarle a Claire el fraude de su padre y los miles de millones en activos que no eran más que un espejismo. Le contó cómo estaba hasta el cuello, aunque hasta hacía poco no sabía nada del asunto. Luego le pidió ayuda.

No había una forma perfecta de fingir la propia muerte. Pero él insistió en que tenía que hacerlo antes de que los agentes federales derribaran la puerta. Porque fingir la muerte después de una acusación era demasiado sospechoso. Fingirla un año antes de que alguien de la empresa Montgomery Investment Services fuera acusado por el FBI era posible. Si lo hacían de la manera correcta.

Convencerla de sacrificar su Oyster 625 fue difícil, pero después de que Christopher le explicase que el velero y todo lo demás en su vida era producto de dinero sucio, Claire aceptó. Sabiendo que el puerto deportivo contaba con cámaras de vigilancia, Claire y él subieron a bordo del *Clari-Videncia*, prepararon el barco para navegar y zarparon. Cuando estuvieron a dos kilómetros de la costa, Christopher se subió al bote salvavidas y regresó a tierra, a un embarcadero diferente donde la vigilancia era menos estricta. Luego, rezó para que Claire sobreviviera.

La tormenta fue tan brutal como se pronosticaba y Christopher hizo todo lo posible para mantenerse al tanto de las noticias mientras conducía. Eran dieciséis horas desde Manhattan hasta Sister Bay, Wisconsin. Cuando paró, no se quitó las gafas de sol ni la gorra de béisbol que le cubría los ojos. Para cuando llegó a la escuela de vela de Connie Clarkson eran las seis de la mañana y estaba amaneciendo. Cuando abrió la puerta de la cabaña 12, lo recibió el aroma de café recién hecho y tortitas, y Christopher elevó una silenciosa plegaria de agradecimiento por tener a Connie en su vida. Leyó las noticias y comió como un animal salvaje.

Lo que más lamentaba, incluso más que pedirle a Claire que sacrificara el Oyster 625 y arriesgara su vida por él, era que el dinero que Connie Clarkson le había dado a su padre para que lo invirtiera había desaparecido. Al igual que muchas de las víctimas de su padre, Connie Clarkson no tenía ni idea del fraude hasta que descubrió la cruda verdad de que cualquier dinero entregado a

Montgomery Investment Services había desaparecido como humo en el viento.

Eran las doce del mediodía cuando Christopher encontró la historia en CNN. Un velero se había hundido frente a Manhattan durante una violenta tormenta. Una pasajera había sido rescatada por la Guardia Costera. Se había lanzado una operación de búsqueda y rescate para encontrar al segundo pasajero.

Hasta ese momento, las cosas habían funcionado. Tenía planeado esconderse en la cabaña de Connie durante un par de semanas. Nunca imaginó que pasarían tres años antes de que pudiera dejar la cabaña 12 y la escuela de vela.

CAPÍTULO 77

Westmoreland, Jamaica

Viernes 29 de octubre de 2021

El puerto de Savanna-la-Mar estaba a treinta minutos en coche desde Negril. Avery se sentó en el asiento delantero y Walt condujo el Land Cruiser hacia el océano. Una semana antes, Walt había recibido el velero en el pequeño puerto deportivo. Había alquilado el amarre por un mes y había pagado por adelantado. Solo les llevó tres días revisar la lista de reparaciones que necesitaba el barco después de su largo viaje desde Sister Bay. Durante esos tres días, abastecieron el velero con alimentos no perecederos, agua y todo lo que se pudiera necesitar para pasar semanas en el mar.

El objetivo de Christopher era desaparecer durante un año para asegurarse de que nadie lo estuviera buscando. Para entonces, tendrían la certeza de que su fuga había sido impecable. La única preocupación era que su padre, ante la idea de pasar el resto de su vida en la cárcel, les mencionara a los agentes federales que pensaba que su hijo seguía vivo. Ni Christopher ni Avery creían que su padre supiera la verdad. Aun así, era más seguro para Christopher hacerse a la mar mientras procesaban a su padre. No se podía predecir hasta qué extremos podría llegar para reducir su condena. El hecho de que su propia hija lo hubiera traicionado y entregado al FBI seguramente sería un duro golpe para Garth Montgomery. Pero había sido parte del largo juego que Avery había ideado en el momento en que le llegó la postal de su padre por correo. Los detalles finales se habían concretado con la ayuda de Walt. La mejor manera de asegurarse de que los ojos del FBI no estuvieran puestos en los aeropuertos, las fronteras y los puertos, le había dicho Walt, era desviar la atención de la agencia. Y la captura de uno de sus objetivos más importantes era la mejor manera de hacerlo.

En un año, cuando la costa estuviera despejada, el plan era que Christopher regresara a Jamaica y empezara su nueva vida. Su trabajo en la destilería Hampden Estates lo estaría esperando y no era una mala forma de pasar su tiempo como hombre libre. El encierro en la cabaña de Sister Bay, en Wisconsin, trabajando en la escuela de vela de Connie Clarkson, había sido un arreglo temporal. En Jamaica, Christopher Montgomery, también conocido como Aaron Holland, podría ser realmente libre.

Avery miró a través del parabrisas mientras Walt aparcaba en el puerto deportivo. Otros mástiles de veleros se elevaban hacia el cielo, pero ella reconoció de inmediato el barco de Christopher. Tomó la delantera y Walt y Christopher la siguieron. Caminó por el muelle y se detuvo cuando llegó a la popa del velero. El nombre estaba impreso en cursiva y Avery se emocionó al ver cómo había quedado. Connie había hecho un trabajo espectacular.

Clari-Videncia II

Sintió que Christopher le rodeaba los hombros con el brazo.

—Ya te lo he dicho, pero quiero asegurarme de que sepas lo agradecido que estoy por todo lo que has hecho —dijo él.

—Lo sé.

—De alguna forma te lo devolveré.

—No creo.

Él sonrió.

—Probablemente no.

—Pero cuando las cosas se calmen, podrás mostrarme el Caribe en este fabuloso velero.

—Trato hecho.

—¿Crees que estarás bien?

Él asintió y siguió mirando el velero.

—Estaré bien. ¿Es difícil acostumbrarse a un nombre nuevo?

—Depende del motivo por el que te lo hayas cambiado.

—Para buscar la libertad.

—Entonces, será fácil. De ahora en adelante, eres Aaron Holland. Vives en un velero y navegas por el Caribe. Cada tres o cuatro meses vuelves a Jamaica para trabajar en una destilería de ron. Hay formas de vida mucho peores que esa.

—Me preocupa tu dinero. No me siento bien aceptándolo.

—Ya está hecho —dijo Avery—. Es demasiado tarde para que te preocupes.

Su contrato con HAP News había finalizado a comienzos del otoño. Dwight Corey había negociado incansablemente y Mosley Germaine y David Hillary habían aprobado los detalles finales del contrato que le pagaría a Avery tres millones de dólares por año durante cinco años. Incluso con esa cifra, Avery sostenía que estaba infravalorada. Los números más recientes del programa habían demostrado que tenía razón. El especial sobre Victoria Ford, que se emitió en tres episodios, había logrado la segunda mejor audiencia de la historia de *Eventos Nacionales*. La investigación de Avery y las pruebas que había descubierto no solo le trajeron más fama, sino que también provocaron la reapertura del caso de Cameron Young, que volvió a estar en las noticias y surgieron serias preguntas sobre quién lo había asesinado. Las pruebas que antes apuntaban claramente a Victoria Ford ahora se cuestionaban. La idea de que la sangre y la orina habían sido manipuladas y colocadas en la escena estaba sometida a un escrutinio feroz. Incluso el Proyecto Inocencia se había involucrado, prometiendo continuar la cruzada para demostrar la inocencia de Victoria Ford.

El programa especial de *Eventos Nacionales* no había revelado los nombres de quiénes podrían haber colocado las pruebas en la escena del crimen, porque hacerlo era un riesgo que la cadena no estaba dispuesta a correr. Y resolver el caso nunca había sido el objetivo de Avery. Ella solo había hecho dos promesas. La primera fue a Emma Kind, a quien le había asegurado que haría todo lo posible para demostrarle al mundo que Victoria era inocente. La segunda fue a Natalie Ratcliff: a cambio de su ayuda, Avery se comprometió a guardar silencio sobre la desaparición de Victoria. Había cumplido ambas. El programa especial sobre Victoria Ford fue superado en audiencia solo por el programa que hizo Avery sobre su padre, el Ladrón de Manhattan. La serie de dos capítulos que cubría la vida de Claire Montgomery, también conocida como Avery Mason, y detallaba cómo Avery había trabajado con el FBI para localizar a su padre y llevarlo ante la justicia. Durante las negociaciones sobre cómo entregaría a su padre, Avery insistió en que los agentes federales llevaran cámaras y micrófonos. La filmación de las cámaras que llevaba el equipo SWAT en el cuerpo

cuando irrumpieron en la cabaña aislada y solitaria en las montañas de Lake Placid era algo que merecía ser visto. Y nadie se lo quiso perder. Veintidós millones de espectadores vieron el episodio. Para Avery, el programa fue catártico en muchos aspectos.

Al final, a pesar de sus protestas, Avery sabía que el contrato con HAP News le proporcionaba todo lo que había pedido y más. Dwight estructuró el acuerdo para que fuera por adelantado y le pagaran a Avery un bono de tres millones al momento de la firma. Ella hizo dos cosas con el bono. En primer lugar, abrió una cuenta en el Cainvest Bank and Trust en Gran Caimán a nombre de Aaron Holland, con un saldo inicial de cien mil dólares. Sería suficiente para que Christopher comenzara su nueva vida. En segundo lugar, pagó el velero. Envió el cheque certificado por mensajería, sabiendo que llegaría ese mismo día.

Avery paseó la mirada por el puerto deportivo.

—Es hora de partir, hermano mayor.

No había cámaras de vigilancia, y Avery sabía que nadie del Gobierno estaba interesado en el paradero de Christopher. Walt se había asegurado de eso antes de permitirle viajar a Jamaica. Sin embargo, la fama de ella atraía a ocasionales *paparazzi* y lo último que Avery quería ver eran fotos suyas y de su difunto hermano en los periódicos sensacionalistas. No estaba demasiado preocupada. El puerto quedaba lejos de los lugares turísticos de la isla. Sin embargo, incluso sin que nadie prestara atención a los tres norteamericanos de pie en el muelle, Avery sabía que, si esperaban mucho más, alguno de ellos podría echarse atrás con el plan. Habían llegado demasiado lejos como para tener dudas ahora.

Christopher asintió. Se volvió hacia Walt.

—Gracias por toda tu ayuda.

—De nada —dijo Walt—. Si necesitas algo, sabes donde vivo.

Christopher se volvió hacia Avery. Ella sintió los labios de él contra su frente. No dijo nada más. No había nada más que decir. En lugar de hacerlo, subió a su nuevo velero. Avery desató las amarras mientras el motor cobraba vida.

—Cuídate —le dijo.

Diez minutos después, el *Clari-Videncia II* salía del embarcadero. Avery vio como ya en aguas abiertas, la vela principal subía por el mástil y se llenaba de aire. La siguió la vela delantera y

el barco escoró ligeramente hacia la izquierda mientras tomaba rumbo al este y se dirigía hacia el sol de la mañana.

—Bien —dijo Walt—. Entonces, ¿cuánto tiempo te vas a quedar?

—Me he tomado una semana libre.

—Y luego, ¿qué?

—Dímelo tú —respondió Avery.

Walt le cogió la mano mientras caminaban por el muelle.

—Se me ocurre que debería pasar más tiempo en Estados Unidos.

Avery lo miró con los ojos entornados.

—Pensé que odiabas Nueva York.

—Así es. Estaba pensando que California es más mi estilo.

CAPÍTULO 78

Sister Bay, estado de Wisconsin

Viernes 29 de octubre de 2021

El de UPS se dirigió hacia el norte a través de la península de Door County. Las paradas incluyeron las localidades de Fish Creek y Ephraim antes de dirigirse a Sister Bay. Eran las dos y media cuando giró hacia el aparcamiento del campamento de Connie Clarkson. El conductor cogió el sobre de despacho nocturno del montón que tenía a su lado, escaneó el código de barras y lo dejó en el porche del edificio principal. Llamó al timbre y volvió rápidamente a su camión. Se estaba alejando ya cuando la puerta se abrió.

Connie miró al suelo y vio el sobre de UPS. Lo recogió y regresó a la cocina, donde lo dejó en la mesa. Sobre el fuego había una tetera con agua que había empezado a silbar. Apagó la llama y vertió el agua hirviendo en una taza con dos bolsitas de té. Las dejó reposar durante dos minutos, luego sacó las bolsitas y las tiró a la basura. Llevó la taza a la mesa de la cocina y se sentó.

Arrancó el hilo de la parte superior del sobre. Al abrirlo, vio que había una sola hoja de papel en el interior, junto con un sobre blanco alargado.

Puso el paquete boca abajo y su contenido se deslizó sobre la mesa. Connie levantó el papel y lo desplegó. Tenía un breve mensaje escrito a mano.

> *Querida Connie*:
>
> *Has hecho más de lo que hubiera hecho cualquiera. Más de lo que cualquiera de nosotros esperaba. Te lo debemos todo y nunca podremos devolverte el favor. Pero al menos podemos darte lo que te quitaron*.

Con amor,

Claire y Christopher

El barco, supuso Connie, había llegado sano y salvo a Jamaica. Dejó el papel y cogió el sobre. Metió el dedo bajo el borde y lo rasgó. Dentro había un cheque. Lo sacó del sobre y se quedó mirando el número impreso en él. Le costaba comprender que fuera real. El cheque era de dos millones de dólares, la misma cantidad que años atrás le había entregado a Garth Montgomery.

CAPÍTULO 79

Santorini, Grecia

Miércoles 15 de diciembre de 2021

Por primera vez en casi veinte años, Natalie Ratcliff se retrasó con la entrega de un manuscrito. Su impecable historial de puntualidad falló esta vez y por una buena razón. Todo lo que había sucedido desde el verano había obstaculizado su creatividad y productividad. Pero ahora, finalmente, estaba intentando dar los toques finales a su última historia de Peg Perugo. Y justo a tiempo. El mundo estaba esperando. La publicación del libro estaba programada para la próxima primavera.

A lo largo de los años, Natalie Ratcliff y Victoria Ford habían desarrollado una rutina. Victoria escribía el primer borrador de cada manuscrito y se lo enviaba a Natalie, quien trabajaba sobre la historia, detectando los fallos y las incoherencias. Después de tantos años, ambas conocían igual de bien a Peg Perugo. Pero cada una la conocía de manera diferente. La ventaja que tenía Victoria por haber creado originalmente el entrañable personaje hacía más de veinticinco años, se equilibraba con la comprensión que Natalie tenía de cómo moldear el carácter de Peg Perugo para darle el máximo atractivo comercial. Juntas habían desarrollado una dinámica fluida que, si bien no estaba nunca libre de desacuerdos, siempre evitaba las discusiones. Hasta este año. Hasta la decimosexta novela de Peg Perugo. Esta vez había profundas discrepancias sobre cómo consideraban que debía estructurarse la trama. El intercambio de opiniones por correo electrónico y el intento de resolver los problemas a miles de kilómetros de distancia solo habían avivado la discordia, por lo que Natalie organizó un viaje a Santorini para resolver los detalles.

Victoria y Natalie estaban sentadas en la espléndida villa de los Ratcliff en la pequeña isla de Santorini. Habían pasado la semana

leyendo y releyendo el manuscrito, retocando la historia y trabajando sobre ella en un intento de encontrar un terreno común en el que ambas pudieran estar de acuerdo. Natalie se había esforzado mucho para convencer a Victoria de que debían seguir con la fórmula que había dado como resultado quince éxitos y había vendido cien millones de copias. Victoria, por otro lado, quería tomar una dirección diferente. Una dirección más oscura y audaz que había estado ausente en todas las historias anteriores de Peg Perugo.

Natalie había notado ese cambio en la escritura de Victoria desde el verano. Un matiz que no encajaba en el tono de la década y media de trabajos anteriores. Escribían libros de trama intensa, no *thrillers* oscuros. Y habían tenido un éxito espectacular de ese modo. Sus lectores esperaban cierto género, y que usaran a su adorada protagonista de una manera tan oscura no sería bien recibido. Pero por más que Natalie se lo dijera, Victoria se negaba a escuchar. Simplemente volvía con ideas todavía más oscuras.

Natalie estaba en la terraza, leyendo la última versión del manuscrito que Victoria había escrito. Victoria salió y descorchó una botella de Dom Pérignon. El mar Egeo se extendía ante ellas y el aire estaba fresco. Natalie sintió que eso llenaba a Victoria de vigor. Percibía un desafío en la forma en la que Victoria sostenía la botella de champán y llenaba sus copas.

—Bien —dijo Victoria—. ¿Qué te parece? ¿No es nuestro mejor trabajo hasta ahora?

Natalie sintió un extraño escalofrío en la espalda. Había algo en la manera en la que Victoria había hecho la pregunta que la hacía dudar antes de expresar su verdadera opinión. Aun así, lo intentó una última vez.

—Vic, esto no es lo que nuestros lectores esperan de nosotras. No es lo que esperan de Peg Perugo.

Victoria le dio una copa de champán llena hasta el borde.

—¿Por qué lo dices? No pasa nada si Peg se equivoca en una investigación. Eso forjará su personaje en novelas futuras.

—Sí —dijo Natalie—. Es solo que… la forma en la que sucede. No estoy convencida de que debamos ir en esa dirección.

—Pero claro que deberíamos hacerlo —insistió Victoria—. Es la única forma en la que pueden engañar a Peg Perugo. Va de la mano

con el título que se me ha ocurrido.

Victoria alargó el brazo y brindó con Natalie.

—Además, es demasiado tarde para cambiar las cosas. Ya he enviado el manuscrito a Nueva York.

Otro escalofrío subió por la espalda de Natalie cuando Victoria le sonrió. Parecía como si la estuviera desafiando a protestar. Algo le decía que no lo hiciera, de manera que no lo hizo. En cambio, Natalie levantó la copa de champán y le devolvió la sonrisa a su amiga.

CAPÍTULO 80

Santa Mónica, California

Sábado 16 de abril de 2022

Walt no se había trasladado formalmente de Jamaica a California, pero era algo inevitable. Visitaba a Avery con cada vez más frecuencia, hasta el punto de que ella le había dado una llave de su casa. Se estaba acostumbrando a las tardes de viernes en las que volvía a su casa del estudio para encontrarse con un coche de alquiler en la entrada y con Walt cocinando y esperándola con una copa de vino. Después de pasar casi toda su vida en la Costa Este, Walt juraba que nunca volvería a pasar un invierno en ningún sitio donde la temperatura descendiera a menos de diez grados. Le gustaba bastante, le había dicho a Avery durante el año transcurrido, ir y venir entre el Caribe y el sur de California.

Esta vez se quedaría una semana, aprovechando el poco tiempo libre que tenía Avery antes de empezar a grabar los últimos episodios de su segunda temporada completa como presentadora de *Eventos Nacionales*. Después de ese fin de semana, no se verían hasta que Avery viajara a Jamaica en julio para pasar un mes allí durante sus vacaciones de verano. No había visto a Christopher desde octubre y estaba ansiosa por escuchar sus aventuras en el mar. Walt la había mantenido al tanto a lo largo de los meses, informándole cada vez que Christopher volvía a Jamaica para reaprovisionarse. El *Clari-Videncia II* estaba demostrando ser una embarcación tan formidable como Avery había predicho, y Christopher disfrutaba de su nueva vida como Aaron Holland.

Avery y Walt regresaron a casa después de una cena tardía. Walt encendió el televisor para ver el partido de los Yankees. Jugaban contra los Athletics y habían llegado a la novena entrada. Avery sirvió una copa de vino para cada uno, y mientras Walt se concentraba en el partido, volvió al libro que estaba leyendo, la

última novela de Peg Perugo, que había resultado ser tan cautivadora como todas las demás que había leído en los últimos meses. Esta, sin embargo, la tenía atrapada y en tensión de una manera en la que los otros libros de la serie no lo habían logrado. Era más oscura e intensa. Se perdió en sus páginas.

El partido de los Yankees terminó. Walt apagó el televisor.

—Me voy a la cama —dijo.

—Subiré en un rato —respondió Avery—. Solo me quedan un par de capítulos. —Walt la besó y desapareció por la escalera. Avery alargó el brazo hacia su copa de vino antes de volver a la novela. Mientras leía vorazmente los capítulos finales, el tiempo parecía detenido; las páginas volaban sin ningún esfuerzo. Llegó el desenlace y Avery anticipó el giro mientras leía. Sería la primera vez, en la aclamada carrera de Peg Perugo, que la detective se equivocaría en una investigación de homicidio. La primera vez que alguien engañaría al entrañable personaje. La forma en la que sucedió hizo que a Avery se le pusiera la piel de gallina. Era ingeniosa y astuta y la única manera en la que la adorable heroína podía haber sido embaucada. Ni siquiera Peg Perugo sospechó que el asesino había dejado la sangre de la investigadora privada en la escena del crimen para confundir a los detectives.

Mientras leía la última página, Avery sintió que su mente giraba como una peonza. Finalmente, cerró el libro y levantó la mirada hacia el televisor apagado donde minutos antes se estaba transmitiendo el partido de los Yankees. Luego volvió al libro y miró la portada. La copa de vino se le cayó de la mano y se hizo añicos cuando volvió a leer el título, y entendió de una nueva forma todo lo que significaba.

Engaño perfecto

Una novela de Peg Perugo

EPÍLOGO

La noche de la muerte de Cameron Young

14 de julio de 2001

Victoria Ford volvió a la habitación vestida solamente con una bata de seda desabrochada que cubría sus pechos, pero revelaba el escote, su abdomen suave y el hecho de que no llevaba nada más. Mantenía la mano derecha oculta detrás de la espalda. Cameron estaba tumbado en la cama con las manos atadas a los postes del cabecero. Ella se había asegurado de apretar los nudos más de lo habitual.

Él seguía tendido boca arriba, jadeando por lo que ella le había hecho. La ligereza habitual de su juego de roles había desaparecido esa noche y Victoria vio los moratones color púrpura oscuro que cubrían sus muslos y hombros. Había sido particularmente violenta con el látigo, pero él no había protestado. Necesitaba que su cuerpo se viera muy diferente al del vídeo casero que había grabado en secreto. Se acercó a la cama y lo montó. La bata de seda se deslizó de sus hombros y cayó detrás de ella. Victoria se inclinó y acercó los labios al oído de él susurrando de manera seductora, sabiendo que eso lo excitaría.

—Quiero asegurarme de que sepas cómo me siento esta noche.

Mientras le besaba el oído, sacó lentamente la cuerda que tenía oculta detrás de la espalda y se la pasó por la cara y por detrás de la cabeza hasta rodearle el cuello. De inmediato sintió la excitación de Cameron y supo que sería más fácil de lo que imaginaba. Tiró de la cuerda hacia arriba y el nudo corredizo se apretó sobre su piel. La cadera de Cameron se elevó hacia ella. Victoria dejó el extremo de la cuerda en la cama, este se enroscó sobre las almohadas como la

cola de una serpiente. Luego volvió a besarlo, esta vez en la boca. Fue un beso profundo y enérgico, casi violento. Sintió que él se sumía en un estado de euforia.

Le besó la barbilla, el cuello, la garganta y el pecho. Continuó el descenso por el esternón hasta el ombligo, donde se detuvo por un momento para mirarlo. Jadeaba como un perro. Esperando. Deseando. Tan vulnerable y distraído que no tendría ninguna posibilidad.

Terminó su descenso y lo oyó gemir. Quería llevarlo al borde del éxtasis, pero no más allá. Victoria quería que muriera en el mismo lugar donde la había matado a ella, en el umbral de la dicha y la alegría, completamente desprevenido. Cuando sintió que él estaba cerca del clímax, se detuvo y rápidamente bajó de un salto. Con dos pasos rápidos llegó a la cabecera de la cama, donde agarró la cuerda antes de que los ojos de Cameron se abrieran. La envolvió en sus manos y tiró con todas sus fuerzas. Con las manos atadas a los postes de la cama, Cameron estaba indefenso. Pasó casi un minuto antes de que la cuerda que sujetaba su muñeca derecha se soltara y él se arañara la garganta, intentando en vano aflojar la cuerda con la que Victoria lo estaba estrangulando.

Pasó otro minuto hasta que su cuerpo se relajó. Otro minuto más hasta que ella estuvo segura de que Cameron estaba muerto. Cuando finalmente soltó la cuerda y miró su cuerpo sin vida, vio que tenía la cara morada y los labios negros. Su pene estaba erecto pero flácido y le caía patéticamente sobre la cadera. Era la forma perfecta para que muriera.

Enseguida, Victoria se puso a trabajar. De su bolso sacó los elementos que necesitaba. La orina estaba en un táper sellado. Su investigación le había enseñado que a esas alturas, las enzimas ya se habrían descompuesto en amoníaco, lo que alertaría a los investigadores de que no había forma de que la orina hubiera podido salir de su cuerpo en las últimas veinticuatro horas. Les daría la primera pista de que la escena había sido un montaje. El tampón estaba en una bolsa de plástico con cierre hermético. Desde el aborto, Victoria había tenido frecuentes y abundantes hemorragias.

Concibió la idea de colocar su propia sangre en la escena, con el fin de llevar a los investigadores hacia Tessa Young, en el momento

en que los restos de su hijo no nacido salían a borbotones de su cuerpo. Tessa llevaba en su vientre el hijo que Cameron debía darle a Victoria y ambos merecían ser castigados. Victoria sabía que esa sangre estaba contaminada con los químicos tóxicos que se encuentran en los tampones de algodón. Sería otra pista para los investigadores.

El siguiente elemento que sacó fue la copa de vino que tenía restos de su pintalabios y sus huellas dactilares. Victoria la había guardado durante el fin de semana del 4 de Julio, al final de la velada, cuando Tessa colocó todos los vasos en el lavaplatos. El hecho de que la copa también tuviera las huellas de Tessa llevaría a los investigadores aún más en esa dirección. El cuchillo de cocina que Victoria había usado durante el 4 de Julio para picar verduras también tenía las huellas dactilares de ambas. El último elemento de la bolsa era la memoria USB que contenía el vídeo casero de contenido sexual. Victoria había planeado cuidadosamente el vídeo para que pareciera que ni ella ni Cameron sabían que los estaban filmando. Resultó aún mejor de lo que había imaginado. Colocó la memoria USB en el cajón del escritorio de la oficina de Tessa.

Por sí solos, ninguno de los elementos sería suficiente. Pero todos juntos, y sumados a los nudos as de guía que había pasado horas aprendiendo a hacer, pintarían un cuadro claro de una mujer despechada que intenta incriminar a la amante de su marido por su asesinato. Victoria estaba segura de que así sería. Pero en ningún momento imaginó que una fiscal se negaría a seguir las pruebas ni que un detective novato y deseoso de complacerla se negaría a confiar en su instinto.

Cuando Victoria terminó de montar la escena, solo quedaba una cosa por hacer. Dirigió su atención a Cameron. Mover su cuerpo sin vida era como levantar una bolsa de basura llena de escombros. Pero lo logró y con tiempo y esfuerzo finalmente levantó a Cameron por encima del balcón y lo dejó caer a la noche.

Agradecimientos

Un sentido gracias a todas las personas que ayudaron a hacer realidad este libro.

Especialmente a mi familia, que durante años ha lidiado con los altibajos de la montaña rusa emocional que forma parte del proceso de escritura. No podría hacerlo sin vosotros, y tampoco querría que fuera así.

A Amy y Mary, mis primeras lectoras, fuisteis fundamentales para hacer de esta historia lo que es.

A mi agente literaria, Marlene Stringer, por su apoyo y capacidad de leer a gran velocidad.

A mi editor, John Scognamiglio, por ayudarme a plasmar en las páginas lo que tengo en la cabeza.

A Mark Desire, subdirector de biología forense de la Jefatura de Medicina Forense de Nueva York: gracias por atender mis llamadas y explicarme con tanta elocuencia lo que tú y tu equipo hacéis para honrar a las víctimas de los ataques terroristas del 11S. Vuestros esfuerzos son heroicos.

Y a los lectores, como siempre, les agradezco que hayan elegido mi novela entre tantas opciones de entretenimiento.



CHARLIE DONLEA es un oftalmólogo y escritor estadounidense. Vive en Chicago con su mujer y sus dos hijos. Donlea cuenta que hasta los 20 años no había abierto una sola novela: «He sobrevivido a la vida académica sin haber leído un libro». Sus prejuicios con la literatura se superaron cuando leyó *La firma* (1991), de John Grisham. A día de hoy es uno de los autores más vendidos de Estados Unidos y sus libros se venden en más de 20 países.